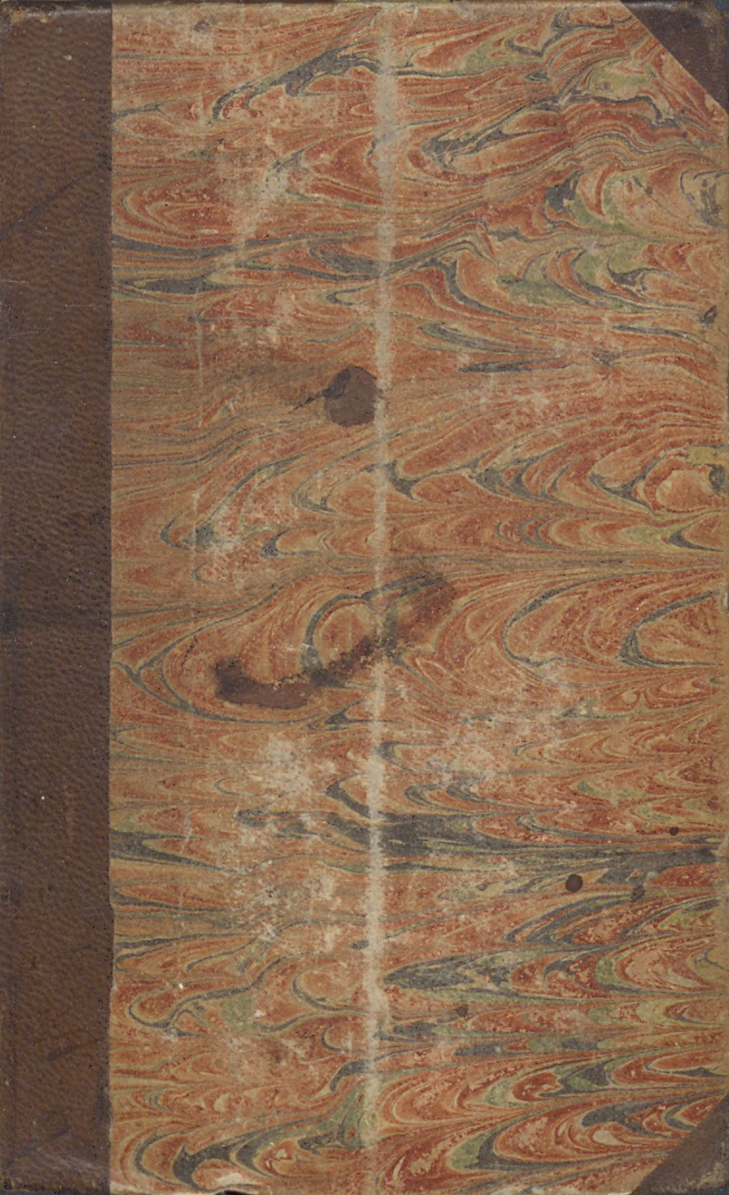


vinar dez Protae
provenant quelces

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XXVI.

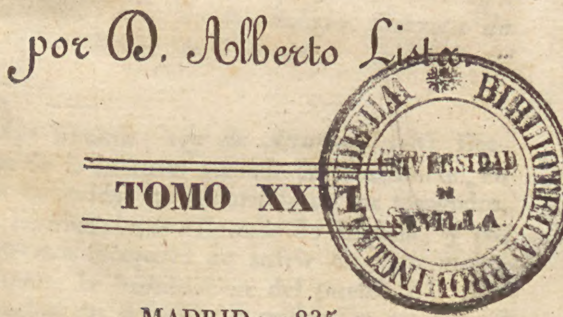
HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

HISTORIA DE ESPAÑA

por D. Alberto Lista.



TOMO XXVI.

MADRID: 1835.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA,
calle de Preciados.

HISTORIA DE ESPAÑA.

CAPÍTULO I.

Don Pelayo.

Don Pelayo, rey de Asturias. Batalla de Covadonga. Don García I Gimenez, rey de Navarra. Batalla de Poitiers. Casamiento de Alonso, duque de Cantabria, con Ermisenda, hija de D. Pelayo. Derrota de Abdelmelic en los Pirineos.

Don Pelayo, *rey de Asturias* (718). Despues de la infausta jornada del Guadalete, en que destruida la monarquía de los visogodos, los hombres mas valerosos de España, y por tanto mas incapaces de sufrir el yugo mahometano, la humillacion del pueblo y la profanacion de las cosas sagradas, se retiraron á las montañas mas remotas é incultas del norte de la península hácia Galicia, Asturias y Cantabria, defendidas de las armas árabes

aun mas por la esterilidad, selvatiquez y pobreza del pais que por su aspereza ó el valor y número de sus habitantes. Allegábase á esto la direccion que tomaron los árabes en sus conquistas despues que hubieron señoreado la península. Atraidos por la fertilidad y riqueza del mediodia de Francia, y mirando la Galia Narbonense, provincia antes del cetro de los visogodos, como un trofeo de su victoria sobre esta nacion, pasaron el Pirineo de Cataluña, acometieron sucesivamente á Narbona, las orillas del Ródano, las del Garona y las del Loira, resueltos á someter el reino de Francia á la dominacion de los califas, que en esta época se estendia desde el Indo hasta el Océano Atlántico.

Por esta razon descuidaron la Cantábria, pais entonces muy poco civilizado, y cuyos gefes ó magistrados supremos son conocidos en la historia con el nombre de duques ó señores. La parte de esta provincia, que comprehendia lo que hoy se llama Montaña de Santander y Vizcaya, obedecia entonces á Pedro, descendiente de la familia esclarecida de Recaredo. Este pais nunca fue hollado por los musulmanes; de modo que el primer estado cristiano que se halló establecido en España despues de la caida de los visogodos fue indudablemente el ducado de Cantabria.

Pero Asturias, llamada asi del nombre de sus antiguos habitantes los astures, fue ocupada por los moros, que pusieron un go-

bernador en Gijon, llamada antes Gegia ó Gigia, y cuyo puerto miraron con alguna atencion los conquistadores ya como punto militar, ya como escala mercantil. En aquella plaza habia una guarnicion árabe, cuyo gobernador Abi Neza, llamado Munuza por nuestros historiadores, mantenia en sumision el pais, y velaba la conducta del gran número de españoles que de todas partes se refugiaban á aquellas montañas.

Uno de ellos era Pelayo, hijo de Favila, duque que habia sido de Cantabria, y nieto de Chindasvinto, rey de los visogodos. Su padre habia perecido víctima de los recelos de Witiza. Rodrigo, sucesor de éste, y último rey de los visogodos, favoreció á Pelayo y le dió empleo en su guardia. El jóven guerrero peleó con estraordinaria valentía en la batalla del Guadalete, y despues de la pérdida de España se refugió como otros muchos en las Asturias. Era hombre de inclinaciones generosas y elevadas, y capaz de concebir y poner en ejecucion el gran proyecto de libertar su patria del yugo mahometano. Muchos partícipes de su ódio á la dominacion estrangera y de amor á la religion de sus padres se confederaron con él: sus exhortaciones movieron la agreste poblacion de aquellas montañas á sublevarse contra los moros; y para tener caudillo que los guiase en las batallas aclamaron rey á don Pelayo. Asi el primer monarca de los españoles fue un capitan, y su cetro una espada.

Batalla de Covadonga (719). Pero su sólio era un peñasco, y sus cortesanos y guardias los montaraces habitantes de aquel pais. Al esplendor, molicie, riquezas y vicios de los últimos visogodos sucedian la pobreza honrada, el valor intrépido y la creencia firme en las verdades de la fé y en la obligacion de sacrificarse por élla y por la patria. Estos fueron los elementos primitivos de la nacion española. Con ellos fue invencible durante muchos siglos.

Alhaur, gobernador de España por el califa, y á quien los historiadores españoles llaman Alahor, supo el movimiento de Asturias cuando se preparaba á hacer una espedicion á Francia, donde ya los árabes habian estendido sus conquistas hasta el Garona. No por eso renunció á sus designios: ¿qué podian cuatro montañeses mal armados contra el inmenso poder del califa? Pero no siendo la guarnicion de Gijon suficiente para contener á los asturianos, envió contra éllos para que los castigase á su lugarteniente Alcaman con un cuerpo considerable de tropas.

Pelayo, sabedor de la invasion de los enemigos, tomó posicion en una gruta, llamada de Covadonga, al pie del monte Auseba, con alguna gente, mientras el resto de los suyos ocupaba la cumbre de aquella montaña. Alcaman penetró con sus tropas en los valles profundísimos de la serranía buscando á los enemigos, que no parecian en ninguna

parte. En fin, cuando llegó á saber dónde estaba retirado el caudillo de los asturianos, le envió de parlamentario á Opas, arzobispo de Sevilla, hermano de Witiza, y que por su traicion en la batalla de Guadalete habia contribuido en gran manera á la ruina de su patria. Habíale Alcaman traido consigo para que persuadiese á Pelayo la sumision; pero sus palabras fueron despreciadas, y el caudillo árabe resolvió acometer.

Los moros empezaron á disparar dardos y piedras contra los cristianos que defendian la entrada de la gruta; pero todas estas armas arrojadizas se volvieron contra los mismos que las tiraban. Animados con este prodigio los asturianos, y persuadidos á que el cielo peleaba por su causa, se arrojaron á los moros que estaban aterrados. Los que ocupaban las alturas fulminaron contra los enemigos, acorralados en un valle estrecho, piedras y saetas, y causaron en éllos terrible mortandad.

Los árabes se retiraron por una ladera del Auseba, y se dirigieron por las estrechuras del monte Arnosa para pasar el territorio de Liébana, y cuando se creian ya seguros de todo peligro y marchaban por la ribera del Deva, un nuevo prodigio los esterminó; porque desgajándose un pedazo de la montaña, los oprimió con su mole, y los que pudieron escapar se ahogaron en el rio. Alcaman y todos los suyos perecieron. Abi Neza y la guarnicion

árabe de Gijon, no creyéndose segura en aquel punto, tan separado del centro de la dominacion musulmana, se pusieron en marcha para descender á las llanuras de Castilla; pero al llegar á Olalies fueron rodeados y muertos por los aldeanos de aquella comarca. Asi quedó toda Asturias libre del dominio mahometano.

Es muy dificil designar los límites del reducido imperio de don Pelayo; pero es muy probable que se compusiese de todo el pais comprendido entre el Océano Cantábrico y las montañas de Leon, de Norte á Sur, y que se estendiese de Oriente á Occidente desde la montaña de Santander hasta la parte montuosa de Galicia, ambas inclusive, pais esteril y muy poco civilizado todavía; pero concurriendo á él todas las personas que con sus capitales pudieron sustraerse á la tiranía de los moros, vino á ser en breve un centro de civilizacion cristiana, perfeccionó la agricultura y las artes fabriles, y recibió el grado de fertilidad de que es capaz aquel terreno. No es estraño, pues, que pocos años mas adelante se hallasen en él artífices de oro y plata, arquitectos y fabricantes de las artes propias para el lujo grosero de aquellos siglos.

Claro es que la legislacion política, civil y criminal de aquellas reliquias, escapadas del naufragio de la monarquía goda, debió ser el Fuero juzgo, en que estaban consignadas las leyes bajo las cuales habian nacido y cre-

cido la mayor parte de los que componian el nuevo estado. El cetro, pues, fue electivo, aunque no tardó en conocerse por el ejemplo de los visogodos y por algunos escarmientos posteriores cuán peligroso era, principalmente en un reino perpétuamente acometido de enemigos poderosos, el interregno y la discordia propia de las elecciones, y se introdujo poco á poco el sistema hereditario. Hubo nobleza, y puede decirse que entonces comenzó la de las casas mas ilustres de España. Hubo pueblo, mas no humillado ni abatido por la aristocracia, porque todos eran soldados. Y ¿qué hubiera sido de los nobles sin éllos?

El cuerpo mas poderoso del estado fue el clero; porque la nueva monarquía debió su existencia al principio religioso, opuesto al de los musulmanes sus enemigos: y los prodigios de Covadonga y de Amosa, que, despojados de su parte maravillosa y exagerada, pudieran esplicarse naturalmente, parecieron á aquellos hombres ignorantes, pero llenos de fé, efectos de la proteccion visible del cielo; el cual por otra parte no debe estrañarse que favoreciese de una manera visible causa tan justa bajo todos aspectos.

No se conservan memorias de los trabajos legislativos de aquellos tiempos primitivos consagrados todos á la guerra; mas no puede dudarse, si atendemos á las escasas noticias de las crónicas, que la forma del gobierno era la misma que en la monarquía

visogoda; es decir, el manejo de los negocios públicos y la formacion de las leyes pertenecia al rey en el consejo de los nobles. La nobleza, aunque hereditaria, no era esclusiva, y podian entrar en élla todos los que se distinguiesen por sus hazañas y servicios.

Los gobernadores árabes de España, engreidos con sus triunfos en Francia, á los cuales aplicaban todas sus fuerzas, porque el fruto de la victoria era mayor que el que podia esperarse de los estériles bosques de Asturias, contentos con poseer lo mas florido y granado de la península, descuidaron aquel rincon, donde solo podian esperar batallas y heridas. Estas circunstancias fueron muy favorables al acrecentamiento de la poblacion y á la consolidacion del estado. Pelayo, hombre valiente en los combates y capaz para el gobierno, se dedicó esclusivamente, despues de arrojados los musulmanes, á mejorar el culto divino y á aumentar las fuerzas de su pequeño reino. Sin embargo, algunas escursiones hacian los asturianos en los paises ocupados por los moros fuera de las montañas de Asturias; pero estas se reducian á la tala de los campos y al saqueo de los pueblos no fortificados. Estas cabalgadas se verificaban regularmente todos los años; y los cristianos llevaban casi siempre lo mejor en esta guerra de sorpresa, porque el mas debil toma en élla precauciones con mas tino que el que confía en sus fuerzas.

Garcia Gimenez, rey de Navarra (724). La parte montuosa de Navarra, principalmente la del Pirineo hasta Jaca, se hallaba en la misma situacion que la de Asturias, pero mas espuesta á los ataques de los musulmanes, que poseian á Pamplona, como la llave de una de las entradas de Francia, que era entonces por el canal del rio Aragon. Los navarros y demas pueblos de origen vasco nunca sometidos á los romanos, de quienes solo fueron aliados, y que habian defendido su independencia contra los godos en una lid de cuatro siglos, tampoco sufrieron el yugo árabe. Es verdad que éstos se habian apoderado de Pamplona; pero esta era mas bien que una capital de provincia una fortaleza sitiada constantemente por la poblacion pobre é indisciplinada, pero valiente y aguerrida de las montañas.

Su primera guerra contra los moros fue de escursiones y sorpresas, hasta que el ejemplo de Asturias los movió á elegir un caudillo que los dirigiese en la guerra y les administrase justicia. En el monte de Uruela habia un antiguo santuario donde hacia vida eremética un santo hombre, llamado Juan. Los pueblos cristianos de las cercanías concurrieron á él un dia de festividad, y conferenciando sobre los negocios públicos, y conociendo la necesidad de tener un gefe, eligieron por rey á García, hijo de Gimeno, y señor de los caseríos de Abarzusa y Amezcoa. Levantáronle sobre el escudo y le proclama-

ron. El nuevo rey se ciñó un yelmo por corona y empuñó una lanza por cetro, símbolos de una monarquía que habia de crecer por las armas.

Sus límites son aún mas difíciles de determinar que los de Asturias; porque es muy probable que solo poseyese el nuevo rey la parte montuosa de Navarra y de Sobrarve, y aun esta última no toda; pues Ainsa, su capital, fue conquistada de los moros por García, aunque se ignora el año. Tampoco constan como ciertas las épocas señaladas en los hechos que anteriormente hemos referido, ni nos es posible en una obra de la naturaleza de la nuestra entrar en discusiones críticas sobre una antigüedad tan remota y un período de tiempo en que no habia escritores ni historiadores, y cuyos sucesos han sido recogidos por tradicion en los siglos siguientes; pues Isidoro de Beja, ó el Pacense, que floreció en este intervalo, rodeado de musulmanes y sin comunicacion con los cristianos libres, conoció muy poco los hechos que acaecian en el norte de España. Nuestro objeto no es ilustrar estas épocas obscuras de nuestra historia; pero hemos seguido á los escritores mas acreditados tanto en la narracion, como en las fechas, descartando al mismo tiempo todas las fábulas que tan de ordinario finge en la cuna de las naciones el orgullo de la posteridad.

Batalla de Poitiers (732). El proyecto ambicioso que formaron los musulmanes de uncir

la Francia al mismo yugo que habian impuesto á España quedó destruido para siempre. Abderraman, gobernador de España, pasó los Pirineos con poderoso ejército, y despues de haber llevado la desolacion al centro de Francia, fue vencido y muerto entre Poitiers y Tours por el célebre Cárlos Martel, duque de Austrasia y gobernador del palacio de Neustria. Trescientos mil musulmanes quedaron en el campo de batalla. Las reliquias de aquel ejército, que amenazaba la ruina de toda Europa, perseguidas por Martel, pretendieron refugiarse en Pamplona atravesando el Pirineo de Navarra; pero los soldados de García Gimenez, con su valiente gefe á la cabeza, las cogieron en los numerosos desfiladeros de aquellas montañas, y las esterminaron.

La pérdida de un número tan grande de combatientes debilitó el poder de los sarracenos en España y lo destruyó en Francia. Cárlos Martel los redujo á la parte sudeste de este reino, que era la Galia Gótica: su hijo Pipino, primer rey de Francia de la dinastía Carlovingia, los arrolló hasta el Pirineo, su nieto Carlomagno los persiguió en España, y su viznieto Ludovico Pio conquistó gran parte de Cataluña. Los cristianos independientes de la península, sabida la rota de Poitiers, se alentaron para nuevas empresas; y desde entonces pudo preveerse que la dominacion agarena no se arraigaria en nuestro suelo como en Africa y en Oriente.

Casamiento de Alonso, duque de Cantabria, con Ermisenda, hija de D. Pelayo (734). Pelayo tuvo de su muger Gaudiosa un hijo, llamado Favila, que le sucedió, y una hija, llamada Ermisenda, á la cual casó con Alonso, duque de Cantabria, é hijo de Pedro, cuya alianza le habia sido tan útil en la guerra contra los árabes. Este ducado de Cantabria se estendia por las montañas hasta Bureba, Alava y Rioja, comarcas sometidas á los reyes visogodos, á escepcion de Vizcaya y Guipúzcoa que se conservaron independientes y se gobernaron con sus magistrados particulares, aunque el nombre de Cantabria se estendia tambien á éllos, como el de una provincia se estiende tambien á la parte no conquistada de élla. Esta alianza era, pues, utilísima á Pelayo, porque cubria sus estados por la parte de Oriente, y aumentaba las fuerzas de su monarquía.

Derrota de Abdelmelic en los Pirineos (736). Abdelmelic, sucesor de Abderraman en el gobierno de la España árabe, hizo dos espediciones á Francia, una en 734, otra en 736 para vengar la rota pasada, ó por lo menos sostener la gloria y dominacion de los sarracenos en aquel pais. En la primera fue vencido. En la segunda logró alguna ventaja; pero viendo cercana la estacion de las lluvias, al volverse á España con su ejército por el Pirineo de Navarra, encontró con el terrible García Gimenez, que derrotó su ejército en los

desfiladeros, y le obligó, despues de sufrir mucha pérdida, á encerrarse en Pamplona.

Al año siguiente falleció Pelayo despues de 19 años de reinado. A pesar de la escasez de sucesos de que adolece su historia, su nombre será inmortal mientras haya españoles: á él deben los primeros rudimentos de su monarquía. Fue sepultado en la iglesia de Santa Eulalia de Velania, cercana á Covadonga, y edificada por él, juntamente con su muger Gaudiosa, que falleció poco despues.

CAPÍTULO II.

Don Favila.

Don Favila, rey de Asturias.

DON FAVILA, *rey de Asturias* (737). Favila sucedió á su padre sin oposicion alguna; nò porque la corona dejase de ser electiva, sino porque las costumbres, las ideas y los intereses se iban ligando á la sucesion hereditaria. El único hecho notable que se refiere de este príncipe es la fundacion del monasterio de Santa Cruz cerca de Cangas. En el arco de la capilla mayor pusieron una inscripcion que ha conservado Ambrosio de Morales, escrita en el latin bárbaro de aquellos tiempos, y de la cual cons-

la que fue concluida y dedicada la iglesia en la era 777 (año de 739) por Favila, su muger Froiliesba y sus hijos ó hijas (porque la espresion *cum suorum prolium pignora nata* no distingue de sexos).

Poco despues de concluida la iglesia pereció Favila á manos de un oso en una cacería, y fue sepultado en ella. La fecha de la inscripcion que hemos referido fija las épocas de su reinado y del de Pelayo á los tiempos que hemos señalado, y no permite retardarla á años posteriores, como han querido algunos historiógrafos movidos por el silencio de Isidoro de Beja.

Favila tuvo sucesion de su esposa; pero nada consta en la historia de sus hijos ó hijas; solo se deduce que quedaron en tierna edad, y por consiguiente incapaces de suceder en el trono, ni de ser elegidos. Por un manuscrito de san Oton, obispo de Frisinga en Baviera, intitulado *Genealogía*, y conservado en el monasterio de Morimont en Francia, de que fue abad aquel santo, consta que una hija del rey Favila, llamada Favinia, casó con Luifrido, duque de Suevia; y que Godefrido, hijo de los dos, fue padre de Hildegarda, una de las mugeres de Carlomagno, primer emperador de occidente.

CAPÍTULO III.

Don Alonso I el católico.

Don Alonso I el católico, rey de Asturias. Espedicion á Galicia: conquista de Lugo. Conquista de Leon y Astorga. Espedicion al sur del Duero. Abderraman, califa de Córdoba. Desavenencia entre los reyes de Asturias y Navarra.

Don Alonso I *el católico, rey de Asturias* (739). Los hijos de Favila fueron escluidos de la sucesion por su corta edad, y los asturianos eligieron por rey á Alonso de Cantabria, tronco de la dinastía segunda, que reinó con gloria mas de dos siglos en Asturias y en Leon. Este príncipe, adornado de virtudes heróicas, era el pariente mas cercano de Pelayo; tenia por esposa á Ermisenda, hija del restaurador: habia contribuido en gran manera con las fuerzas de su ducado de Cantabria á los primeros triunfos de los cristianos y á la consolidacion del pequeño reino que fundaron: en fin, añadia á este reino con su advenimiento al trono lo que él poseia como duque de Cantabria en los paises montuosos de Santander, la Bureba, Alava

y Rioja, y ensanchaba los límites de la monarquía, aunque sea ahora imposible distinguir en aquellos paises lo que ocupaban los moros de lo que conservaban los cristianos.

Todas estas razones movieron á los principales del reino á elegir á Alonso por rey; á lo cual contribuyó mucho la tendencia general á la sucesion hereditaria, y el deseo que tenian los cristianos de ver en el trono á Ermisenda, princesa generalmente amada por ser hija de Pelayo y heredera de sus virtudes y piedad religiosa. El principio legal era la monarquía electiva: el amor á Pelayo y á Alonso I introdujo la hereditaria, mas conforme á las ideas, sentimientos y necesidades de la nacion.

Espedicion á Galicia: conquista de Lugo (742). Compuestas las cosas del interior, se propuso don Alonso salir á campaña contra los sarracenos. Moviéronle á ello, ademas de su innato valor y de la obligacion que como rey y como cristiano tenia de aumentar la fuerza de su estado, y libertar del yugo árabe los pueblos que pudiese, la situacion poco próspera de los enemigos. Vencidos en Francia, donde su potencia descaecia diariamente; trabajados con guerras civiles en España y Africa; muy apartados del centro del poder, que era Damasco, córte de los califas, donde tambien iba decayendo la dinastía de los Ommiadas ó Abenumeyas; en fin, enmuellecidos con los placeres que produce la opulencia y los climas deliciosos y fértiles que habitaban, no podian los mo-

ros de España oponer grandes fuerzas á las falanges, poco numerosas á la verdad, de los asturianos, pero acostumbradas á las privaciones y al trabajo, robustas, llenas de intrepidez y de espíritu religioso. Asi es que en las guerras que durante su reinado les hizo Alonso, á pesar de que obtuvo grandes despojos de éllos, y ocupó muchas ciudades y estensos territorios, no hubo ninguna batalla señalada de aquellas que dejan profundos vestigios en la historia. No halló, pues, grande oposicion. En los 24 años que contaba ya la independencia de Asturias se habian aumentado considerablemente el número de los habitantes y los medios de subsistencia. La residencia del trono era Cangas, llamada entonces Cánicas, y hermoseada solo por los monasterios é iglesias que los reyes fundaban. Alonso resolvió mover contra los enemigos una poblacion ya sobreabundante y capaz de estenderse, y poniéndose al frente de su ejército se presentó en las llanuras de Galicia.

Corrió todo el territorio de Mondoñedo sin hallar resistencia en ninguna parte sino en Lugo, donde los moros hicieron alguna defensa, aunque corta. Esta ciudad, colocada ventajosamente, fue fortificada como plaza de refugio. Atravesó despues el centro de Galicia, ocupó á Orense y á Tuy, que estaban desmanteladas desde la invasion de los árabes, y se volvió á Asturias cargado de botin y algunos esclavos; porque estas guerras se hacian con suma barbarie, y rara vez dejaban los vencidos de ser

pasados á cuchillo. La mayor parte de Galicia quedó libre del dominio de los infieles.

Conquista de Leon y Astorga (743). La posesion de Galicia era muy importante por estar defendida aquella provincia en tres de sus lados por el Océano y por el Miño. Para asegurarla, pues, era preciso ocupar los puntos que conducen á ella por el Occidente. Alonso descendió con su valiente ejército á las llanuras de Leon, tomó esta ciudad y la de Astorga, y recorrió todo el pais que está al pie de las montañas de Asturias y de Cantabria desde el Vierzo hasta Amaya, devastando y saqueando aquella parte del territorio que no pensaba conservar.

Al año siguiente descendió por las orillas del Pisuerga, llegó hasta el Duero, que entonces vieron los ejércitos cristianos por la primera vez, saqueó á Zamora, y siguiendo las orillas de aquel rio hasta las fronteras de Portugal, despues de haber conseguido un rico botin, se volvió á Asturias. Estas campañas, al mismo tiempo que enriquecian sus tropas, servian de reconocer los paises y de alejar la frontera de los moros, poniendo entre éllos y los cristianos un territorio talado é incapaz de proveer medios de subsistencia. En la campaña de 745 pasó don Alonso el Miño, y taló todo el territorio de Portugal comprendido entre este rio y el Duero. En la siguiente reconoció del mismo modo el curso oriental de este rio bajando de los montes de Oca. En esta espedicion

tomó y saqueó á Clunia, llamada hoy Coruña del Conde, á Osma y á Aranda.

Espedicion al sur del Duero (747). Los asturianos, observando la poca resistencia de los árabes, entre los cuales estaba entonces muy encendida la guerra civil, se atrevieron, capitaneados por su rey, á pasar el Duero, ocuparon á Sepúlveda, Salamanca, Avila y Segovia, y despues de saqueados y destruidos estos pueblos y talados sus campos, se volvieron á Asturias, trayéndose consigo á los habitantes cristianos de aquellos paises, imposibles de conservar, para que poblasen en Galicia y á la falda de las montañas las ciudades nuevamente conquistadas. En el repartimiento de esta poblacion entendió el rey don Alonso, así como en las artes de la paz, en el resto de su reinado. Acompañóle en todas sus espediciones militares su hermano Fruela, príncipe muy esforzado y hábil en la guerra.

Abderraman, califa de Córdoba (756). Una grande revolucion que sucedió por estos tiempos en Oriente produjo otra muy considerable en España. La dinastía de los Ommiadas cayó del trono de la inmensa monarquía de los árabes, y fue puesta en su lugar la de los Abasidas. De la ruina de la familia destituida se escapó Abderraman, que huyendo del Oriente al Africa, vivió algun tiempo oculto en los aduares de la tribu de los Zenetes, adicta á su dinastía.

Los moros de España, cansados de sus

guerras civiles, determinaron destruir sus causas. Estas eran la ambicion de los gobernadores subalternos, y la gran distancia del centro del poder, que era entonces Damasco. Para evitar uno y otro resolvieron llamar y recibir por rey y califa á Abderraman, legítimo descendiente de la dinastía de los Ommiadas. Abderraman llegó á España, entró en Córdoba, capital del imperio árabe en la península, triunfó de algunos gobernadores que se querian mantener independientes, ó aspiraban al trono, y fundó la monarquía musulmana de España. Esta concentracion del poder supremo en un caudillo, que residia en las orillas del Guadalquivir, fue acontecimiento de muy mal agüero para los cristianos, y retardó muchos siglos la restauracion de la patria.

Desavenencia entre los reyes de Asturias y Navarra (757). No fue de mejor agüero la desavenencia que ocurrió entonces entre García Gimenez, rey de Navarra, y Alonso de Asturias, sobre la posesion de algunos pueblos de Bureba y de Álava, que pertenecian al ducado de Cantabria, y que disgustados del dominio de Alonso, se inclinaban al de García. Éste se puso en campaña, y llegó hasta Miranda de Ebro; pero el rey de Asturias salió al opósito con sus tropas, le obligó á volverse á Navarra, y reprimió los pueblos rebelados.

Este ejemplo funesto se repetirá con frecuencia, y las guerras entre los príncipes cristianos de la península contribuirán mucho mas

poderosamente á retardar el triunfo de la cruz sobre la media luna que el poder de los monarcas mahometanos. No se sabe hasta qué punto hubieran llegado los tristes efectos de estas discordias, si el clero, cuya influencia era tan grande sobre los reyes y los pueblos, no hubiese intervenido incesantemente con sus amonestaciones para restablecer la paz entre los estados cristianos, y convertir las armas de tódos contra el enemigo comun. Este servicio importante y continuado que hizo el sacerdocio á la causa de la monarquía española se halla á cada paso consignado en la historia, y esplica el grande influjo político que obtuvo en nuestra patria.

El mismo año falleció Alonso I en Cangas á los 74 años de edad y 18 de reinado: príncipe esclarecido, que aumentó considerablemente las fuerzas y la gloria de la pequeña monarquía de Pelayo. Mereció el título de Católico por su celo y piedad religiosa. Fue sepultado en el monasterio de Santa María de Cangas al lado de su muger Ermisenda. Tuvo tres hijos legítimos y uno natural. Los primeros fueron Fruela y Bimarano, y la princesa Adosinda. El natural, habido despues de la muerte de Ermisenda en una criada, acaso dama de su difunta muger, se llamó Mauregato.

CAPÍTULO IV.

Don Fruela I.

Fruela I, rey de Asturias. Iñigo Arista, rey de Navarra. Segunda rebelion de los alaveses contra el rey de Asturias. Invasion de los moros en Galicia: victoria de Fruela. Fundacion de Oviedo. Conquista de Pamplona. Espedicion de Abderraman á Castilla. Muerte de Bimarano.

Don Fruela I, *rey de Asturias.* A don Alonso el católico sucedió su hijo mayor Fruela por eleccion de los asturianos. Este príncipe era intrépido y valeroso, cualidad la mas importante en las monarquías que comienzan, y mas si estan rodeadas de enemigos. Habia probado su valor en las guerras anteriores contra los moros; pero su condicion era dura y áspera, y prometia un reinado mas glorioso que benigno.

Iñigo Arista, rey de Navarra (758). El rey de Navarra, García Gimenez, falleció á los 34 años de su reinado, y los navarros eligieron por rey en su lugar á Iñigo Garces, su hijo, que tuvo el sobrenombre de Arista,

de una palabra vascongada, que significa *encina ó roble*: árbol sobre el cual se le apareció una cruz, segun dicen los historiadores de aquellos tiempos, para que se alentase á pelear contra los moros.

Segunda rebelion de los alaveses contra el rey de Asturias (759). Los de Alava y Bureba, muerto el rey don Alonso el católico, se rebelaron segunda vez para sustraerse á la dominacion de los asturianos y pasar á la de los navarros; pero Fruela se puso al frente de su ejército, derrotó á los alaveses que defendian la entrada en su pais, penetró en él, lo taló y saqueó, y les obligó á someterse. En el saco de uno de los pueblos cayó en poder de los vencedores una joven de estraordinaria hermosura, llamada Munia ó Nuña, perteneciente á una de las familias mas distinguidas del pais.

Fruela, á quien fue presentada, se enamoró de élla; y conciliando los intereses de su pasion con los de su política, la recibió por esposa, y con este matrimonio logró que se adhiriesen á su causa las principales familias de Alava enlazadas con la de Nuña. De este matrimonio tuvo un hijo que reinó despues con el nombre de Alonso el Casto, y una hija, llamada doña Gimena, tan célebre en las antiguas fábulas españolas por sus amores y casamiento clandestino con el conde de Saldaña, y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio.

Invasion de los moros en Galicia: victoria de Fruela (760). No tardó en conocerse cuán peligrosa era para los cristianos la nueva monarquía de Córdoba. Abderraman, deseoso de hacerla ilustre con victorias contra el nombre cristiano, envió un ejército numeroso á las órdenes de su lugarteniente Omar para que por la parte de Portugal entrase en Galicia. Fruela salió á esperarle al frente de sus asturianos, inferiores en número, pero mas valientes y resueltos. Dióse la batalla en Pontumo ó Pontuvio, lugar cuya posicion se ignora, y los mahometanos quedaron derrotados con pérdida de 54000 hombres, visiblemente exagerada por los historiadores cristianos. Omar, caudillo de los moros, cayó prisionero, y el rey mandó quitarle la vida; tal era la barbarie de los tiempos. El botin que se adquirió en esta jornada fue inmenso.

Fundacion de Oviedo (761). Fruela, rico con los despojos de la victoria, resolvió edificar una ciudad con silla episcopal que fuese la córte de su reino, y mas espléndida y magnífica que Cangas, donde hasta entonces habian residido los reyes de Asturias. Esta ciudad fue Oviedo, y dió su nombre al reino, segun la costumbre de los árabes que señalaban las monarquías con el título de sus capitales. Tan cierto es que se contraen los usos de aquellos con quienes se tienen frecuentes relaciones, aunque sean hostiles. No fue esta la única costumbre que los españoles tomaron

de los mahometanos, como se verá en el discurso de esta historia.

En el mismo año logró Fruela otra nueva victoria contra un ejército que Abderraman envió contra él. Parece probable que esta batalla se dió en Portugal, cuyos gobernadores moros se habian rebelado contra el rey de Córdoba, y no es imposible que al favor de estos rebeldes llegase Fruela con su ejército hasta Beja, donde segun Mariana consiguió el triunfo.

Conquista de Pamplona (762). Iñigo Arista, rey de Navarra, que desde los principios de su reinado no habia cèsado de pelear con felicidad contra los moros, se apoderó en esta época de Pamplona; pero Abderraman, que se hallaba en Zaragoza, envió al alto Aragon un cuerpo de tropas mandado por su lugarteniente Abdelmelic, que tomó y destruyó una fortaleza que los cristianos habian levantado en el monte Pano, y pasó á cuchillo la guarnicion.

Espedicion de Abderraman á Castilla (763). El rey de Córdoba, despues de sosegadas las cosas de Aragon, pasó á Cataluña, donde los gobernadores de Gerona y de Barcelona se habian rebelado, poniéndose bajo la proteccion de Pipino, rey de Francia. Los venció y castigó, asentó paces con Pipino, y al pasar por Castilla, volviéndose á Córdoba, quiso tentar la suerte de las armas contra Fruela. El nombre de Castilla era ya conocido, y se cree que

tuvo su origen en el gran número de fortalezas erigidas en aquella region por parte de los moros y de los cristianos para defenderse y ofender.

Fruela se hallaba con su ejército muy disminuido por la rebelion de los gallegos; sin embargo, no dudó en presentarse en campaña: peleó contra el califa y le derrotó. Abderraman, viendo el gran número de mahometanos que perecian en aquella guerra inútil y sin resultados, pues era imposible penetrar en la aspereza de las montañas de Asturias, y aunque se penetrase la esterilidad y pobreza del pais no permitia esperar frutos abundantes y opulentos de la victoria, hizo paces ó treguas con el rey cristiano, las primeras de que habla la historia de la restauracion.

La paz no era menos importante á Fruela para reprimir á los gallegos, cuya sedicion castigó con escesiva severidad al año siguiente. Los historiadores atribuyen esta rebelion á un decreto del rey, hecho de acuerdo con los pocos obispos que habia en su reino, prohibiendo á los clérigos separarse de sus mugeres, y el casamiento en lo sucesivo; relajacion que se habia introducido en la iglesia de España desde los tiempos de Witiza, rey de los visogodos. El clero de Galicia, pais recientemente conquistado, llevó muy á mal este decreto, y comunicó al pueblo su indignacion.

Muerte de Bimarano (767). Bimarano, hermano del rey, era tan afable y generoso co-

mo Fruela áspero é intratable; y asi los principales señores, que huian de la compañía del rey, buscaban la de su hermano, al cual daban las mayores muestras de amor. El año anterior le habia nacido al rey su hijo don Alonso; y la envidia que tenia del cariño que manifestaban todos á Bimarano, agregándose al recelo ó la sospecha de que aspirase al trono en perjuicio del mismo Fruela y de su sucesion, se convirtió en ódio mortal. Su condicion violenta no le sugirió otro medio que el del fratricidio; y un dia que Bimarano vino á palacio, le atraveso el pecho con su espada.

Este horrendo delito fue castigado al año siguiente con otro no menos horrendo. Los principales señores de la córte, temiendo la ira del que sabia derramar la sangre de su hermano, y deseosos de vengarla, se conjuraron contra él, y buscando ocasion oportuna, le dieron muerte en Cangas á los once años de su reinado. Diósele sepultura en la catedral de Oviedo, edificada por él mismo. Asi pereció este príncipe valeroso, que derrotó tres veces á los árabes en batalla campal, y conservó el reino de sus padres. Su ira fue la causa de su ruina, y mancilló su nombre en los anales de la historia.

CAPÍTULO V.

Don Aurelio.

Don Aurelio, rey de Asturias. Rebelion de los prisioneros musulmanes. Casamiento de la infanta Adosinda.

Don Aurelio, *rey de Asturias* (768). Despues del asesinato de Fruela I fue elegido rey de Asturias don Aurelio, su primo hermano, é hijo de Fruela, hermano de don Alonso I el católico. Este príncipe no tuvo sucesion, ni aun consta que fuese casado. La corta edad de Alonso, hijo de Fruela, le escluyó del trono en esta ocasion.

Al año siguiente confirmó don Aurelio las treguas que su antecesor habia hecho con Abderraman, rey de Córdoba, y así en los 6 años de su reinado gozaron los cristianos del reino de Asturias de perpétua paz con los moros. Estendíase entonces este reino hasta Belorado y Oca, como consta del documento de fundacion del monasterio de San Miguel cercano á Belorado, hecha por una señora llamada Munia Bella.

Rebelion de los prisioneros musulmanes (770). Don Alonso el católico, y su hijo y sucesor

don Fruela habian hecho un gran número de prisioneros en las victorias que consiguieron de los moros. Estos prisioneros vivian con alguna libertad entre los cristianos, ya esperando su rescate, ya trabajando para pagar su subsistencia. Alentados con su número, y abusando de la libertad que se les concedia, se reunieron y formaron una conspiracion que dió mucho cuidado. Don Aurelio se puso al frente de sus soldados, los persiguió y derrotó, castigó á los gefes de los conjurados, y mandó que fuesen guardados con mas severidad que antes.

Casamiento de la infanta Adosinda (771). Don Aurelio, que temia grandes desórdenes, si él faltase, por la corta edad de Alonso, hijo de Fruela, y el estado de diácono de su hermano Bermudo, únicos príncipes que quedaban de la familia real, casó á su prima Adosinda, hija de Alonso el Católico, con Silo, uno de los señores mas principales del reino, para que pudiese optar á la corona. El principio de sucesion hereditaria se fortificaba, y aun pasaba á las hembras; pues se creia dar algun derecho para ser elegido al esposo de una infanta.

Tres años despues falleció Aurelio, y fue sepultado en el monasterio de San Martin del valle de Laneyo, en Asturias, que hoy se llama San Martin de Ordion. La paz de que se gozó en su reinado contribuyó maravillosamente á que se poblasen y robusteciesen las

adquisiciones hechas por la monarquía en Castilla, en Galicia y á los pies de las montañas de Asturias.

CAPÍTULO VI.

Don Silo.

Don Silo, rey de Asturias. Espedicion de Carlomagno á España: batalla de Roncesvalles. Rebelion de los gallegos.

Don Silo, *rey de Asturias* (774). Muerto Aurelio, fue elegido por rey de Asturias don Silo, segun las previsiones de su antecesor. Este príncipe estableció su residencia en Pravia. Su muger Adosinda, que amaba mucho á su sobrino el infante don Alonso, hijo del rey Fruela, empezó á instruirle en los negocios del gobierno para que se hiciese capaz de suceder algun dia en el trono.

El reinado de don Silo fue pacífico como el de su antecesor. En 775 confirmó las treguas con Abderraman, segun parece, por mediacion de su madre. En aquella época eran comunes los matrimonios entre cristianos y musulmanes, y algunos han inferido de una espresion de la Crónica de Albelda, que la madre de don Silo tenia alguna hija ó hermana casada con algun mozo principal, por cuya

influencia se confirmaron las paces. Sus relaciones de buena armonía con los mahometanos eran tales, que pidió y obtuvo el cuerpo de Santa Eulalia, que se veneraba en Mérida, para depositarlo en la iglesia de San Juan Evangelista, edificada por él en Pravia.

Espedicion de Carlomagno á España: batalla de Roncesvalles (778). En esta época era Carlomagno, rey de Francia é hijo de Pipino, el monarca mas poderoso de Europa por sus triunfos sobre los lombardos en Italia, y contra los sajones en Alemania. Su ambicion igualaba á sus altas cualidades políticas y militares. Era uno de los enemigos naturales de su imperio la monarquía árabe de España, separada de Fráncia por los Pirineos de Cataluña y Aragon; y esperaba Cárlos una ocasion favorable para entrar con sus ejércitos en la península, y estender á élla su dominacion.

Esta ocasion no tardó en presentarse. Ibinalarabi, gobernador de Zaragoza, y Abiatar, que lo era de Huesca, se rebelaron contra Abderraman, é implorarou los auxilios del rey de Francia, ofreciéndose por vasallos de su corona. Carlomagno aceptó la oferta, y habiendo reunido dos ejércitos, el uno á las órdenes de sus lugartenientes, penetró en Cataluña, y sometió á Gerona y á Barcelona. Cárlos se puso al frente del otro, entró en España por el Pirineo de Aragon, llegó hasta el Ebro, y reforzado por las tropas de los gobernadores de Zaragoza y Huesca y por el ejército de

Cataluña, sometió todo el Aragon, entró en Navarra, y exigió vasallage de Íñigo Arista, que este monarca no quiso prestarle. Preparábase el héroe frances á pasar el Ebro y acometer con sus tropas la Castilla cuando los sajones, viéndole ocupado en guerra tan lejana, se revelaron de nuevo.

Cárlos, obligado á marchar con sus tropas desde el Ebro al Elva, desmanteló á Pamplona en venganza del desaire que habia recibido de los navarros, y volvió á Francia por el famoso desfiladero de Roncesvalles. Los navarros, irritados contra él, y reunidos con los vascos de Francia, que entonces estaban sublevados, pusieron emboscadas en aquellas asperezas, y dejando pasar la vanguardia y el centro, acometieron y rodearon la retaguardia donde venian los equipages; la esterminaron é hicieron rico botin, y se retiraron por la noche á las alturas de los montes, donde Cárlos no pudo seguirlos ni tomar satisfaccion del agravio. Esta fue la jornada de Roncesvalles, célebre en nuestros romances y en los libros de caballería, que adornaron su narracion con muchas fábulas. En ella perecieron Roldan, gobernador de Bretaña, y uno de los héroes de los poetas y novelistas de la edad media, Eginardo, maestresala del rey de Francia, y Anselmo, conde de su palacio.

Rebelion de los gallegos (779). Los gallegos se rebelaron contra don Silo, sin que conste de la historia la causa ó el pretesto de este levan-

tamiento. El rey se puso al frente de su ejército, entró en Galicia, y mas allá del Vierzo encontró á los amotinados en lo alto del monte Cebrero, llamado entonces Cipario, los derrotó completamente, y apagó la rebelion con el castigo de sus cabezas.

Dos años despues reunió su ejército el rey de Córdoba y se puso en marcha hácia el Ebro, sometió los gobernadores árabes que se habian hecho vasallos de Carlomagno en Aragon y Cataluña, y dejó sosegado el pais. El rey de Francia no pudo dar auxilio á aquellos gefes por hallarse entonces muy encendida la guerra en Alemania. Abderraman acometió tambien á los navarros; mas no pudo sujetarlos. Los historiadores árabes hacen espantosas descripciones del valor y ferocidad de los guerreros cristianos de aquel territorio. Abderraman no quiso empeñarse en la guerra contra un pueblo valiente y pobre, del cual nada podia sacar sino heridas, y se volvió á Córdoba.

Esta fue la última campaña del valeroso Íñigo Arista, segundo rey de Navarra. Este príncipe falleció en 783, dos años mas adelante. El mismo año murió don Silo, sin dejar otra sucesion que un hijo bastardo ó natural llamado Aldegastro. Fue sepultado en la iglesia de san Juan de Pravia. Su esposa Adosinda se retiró poco despues á un monasterio de religiosas, donde acabó sus dias: ejemplo de piedad que imitaron despues con muy pocas escepciones las viudas de los reyes.

CAPÍTULO VII.

Don Mauregato.

Don Mauregato, rey de Asturias: don Fortun, rey de Navarra. Conquista de Gerona y Urgel: batalla de Ollati.

Don Mauregato, *rey de Asturias: don Fortun, rey de Navarra* (783). Adosinda, antes de entrar en el monasterio, recabó de los señores principales que alzasen por rey á su sobrino Alonso, hijo de Fruela I, jóven ya y capaz de gobernar, adornado ademas de prendas ilustres que daban grandes esperanzas á la nacion. Pero Mauregato su tio, hijo natural de Alonso el Católico, y que aspiraba á la corona, pidió y obtuvo de Abderraman, rey de Córdoba, un cuerpo de tropas, con el cual penetró hasta Oviedo, y se apoderó de esta ciudad, donde los moros cometieron todo género de profanaciones en los templos. Alonso se hallaba sin fuerzas para resistir, y temiendo que si se prolongaba la guerra civil los árabes se aprovecharian de ella para destruir la monarquía, tuvo por mejor renunciar á su derecho, y se refugió á Alava, donde fue muy bien recibido de los parientes de su madre Munia que, como ya hemos

dicho, fue primero prisionera y despues esposa de Fruela. Parece que Alonso permaneció tranquilo en su retiro, pues se ignora que Mauregato, despues de haber obtenido la corona, le persiguiese.

La tradicion ha atribuido á Mauregato la infamia de haber contratado con los moros, en premio del auxilio que le habian dado, pagarles anualmente en feudo cien doncellas de las mejores familias. Pero esta es una fábula destituida de todó fundamento histórico. Mas probable parece que confirmó con Abderraman la paz de sus dos antecesores; y que en pago de su cooperacion le cedió algunas plazas de las que conquistó Alonso el Católico en su reinado, señaladamente Astorga; pues en un viaje que hizo el rey de Córdoba en 785 á Portugal, y en el cual llegó hasta Braga, se volvió á Toledo por Astorga, Zamora y Avila, segun consta de los historiadores árabes: lo que hace creer que aquellas ciudades pertenecian á su dominio. El resto del reinado de Mauregato fue pacífico.

Conquista de Gerona y Urgel: batalla de Ollati (785). Hallándose Abderraman en el centro de España, envió un ejército por el canal de Jaca para invadir el reino de Francia en venganza de la espedicion anterior de Carlomagno en España. Esta invasion fue desgraciada. Los franceses derrotaron á los árabes en tres acciones campales, y los obligaron á volverse á España. Al entrar en el valle de Roncal los navarros acometieron y derrotaron el campo mo-

ro en las cercanías de Ollati, entre Burgui y Navascues, y persiguieron á los vencidos, haciendo gran mortandad en éllos hasta las orillas del rio Aragon. El caudillo de los árabes cayó prisionero: y una roncalesa, tan fiera como sus montañas, no pudiendo sufrir que se conservase la vida á *un perro moro*, le atravesó con una espada.

Al mismo tiempo comenzó la restauracion de Cataluña. Los cristianos de Gerona, observando que la guarnicion árabe de la plaza era corta, dieron aviso de ello á los capitanes franceses de la frontera, y les prometieron auxiliarles para tomar la ciudad si la acometian. Luis, hijo de Carlomagno y rey de Aquitania (y el mismo que despues sucedió á su padre en la corona imperial), valido de esta noticia y animado con sus recientes triunfos contra el ejército sarraceno que habia invadido á Francia, atravesó el Pirineo con sus tropas, y se puso sobre Gerona. Los cristianos le dieron entrada en la ciudad, y los moros de la guarnicion fueron pasados á cuchillo. Los franceses se apoderaron despues de Urgel y de toda la falda meridional del Pirineo de Cataluña. Luis puso en aquel pais un conde con ejército para defenderlo. Este territorio, que se aumentó en lo sucesivo con nuevas conquistas, tuvo en el vasto imperio de Carlomagno el nombre de *Marca* (frontera) *de España.*

Tres años despues falleció Mauregato, aborrecido generalmente por su usurpacion, y por

haber dado lugar á que los árabes penetrasen en el territorio de Asturias, no violado desde los tiempos de Pelayo. Las ideas de sucesion hereditaria iban arraigándose, y no contribuyó poco á fomentarlas el triste ejemplo de un príncipe, que aunque perteneciente á la familia real, no era de legítimo matrimonio, y escluyó, auxiliado por los enemigos del nombre cristiano, al rey elegido por la nacion como descendiente sin mancha de Alonso el Católico, y no borró con ninguna hazaña, con ningun beneficio público la infamia de su nacimiento y de su conducta. Fue sepultado en Pravia. Tuvo un hijo llamado Hermenegildo.

El mismo año falleció Abderraman, rey de Córdoba, célebre por su valor y buenas prendas, fundador de la monarquía árabe de España. Introdujo en este pais las artes de la civilizacion, muy adelantadas ya entre los sarracenos del oriente: estableció escuelas y hermoseó las ciudades de su reino con suntuosos edificios. Entre ellos merece el primer lugar la mezquita de Córdoba que, convertida en catedral desde que la conquistaron los cristianos, es hoy uno de los mas famosos monumentos de la arquitectura árabe. Este magnífico edificio se comenzó en 786. A Abderraman sucedió su hijo Hixem.

CAPÍTULO VIII.

Don Bermudo el Diácono.

Don Bermudo el Diácono, rey de Asturias. Conquista de Lérida.

Don Bermudo *el Diácono, rey de Asturias* (788). Despues del fallecimiento de Mauregato se reunieron los señores de Asturias para elegir rey, y sin la menor consideracion al hijo del usurpador, ó por el ódio que se tenia á su padre, ó porque ya hubiese fallecido el príncipe Hermenegildo, los votos se reunieron á favor de Bermudo, hijo de Fruela, hermano de Alonso el Católico, escluido el infante don Alonso, hijo de Fruela I. La causa de esta esclusion era el temor de que Alonso vengase en unos la conjuracion contra su padre y el asesinato de este rey, y en otros los auxilios y servicios á favor de Mauregato cuando usurpó el reino. Por esta causa elevaron al trono á Bermudo, que aunque diácono, habia manifestado siempre mucho vigor é intrepidez; y para tener de él sucesion le obligaron á casar con una joven de familia distinguida llamada Adosinda ú Osenda.

Bermudo subió al trono contra su voluntad, porque creia que el heredero legítimo era

Alonso, hijo de Fruela, su sobrino segundo: tales eran las ideas del tiempo, aunque la ley favorecia la sucesion electiva. Pero gobernó con singular prudencia, y manifestó su alma grande y desinteresada llamando á su córte y palacio al infante don Alonso, dándole parte en el gobierno, y proporcionándole ocasiones de ganar á los grandes, que aún desconfiaban de él.

Conquista de Lérida (790). El principio del reinado de Hixem, rey de Córdoba, fue muy turbulento, porque tuvo que disputar la corona con sus hermanos, y el incendio de la guerra civil se estendió á todas las provincias de la España musulmana. Luis, rey de Aquitania, alentado con esta oportunidad, penetró con poderoso ejército en Cataluña, y llegó hasta cerca de Barcelona, cuyo gobernador Zado, rebelado contra Hixem, salió á recibirle con presentes y á ofrecérsele por vasallo: mas no quiso entregarle las llaves de la ciudad, temiendo que Luis, una vez dentro de ella, le despojase de su gobierno. Sintió el rey este desaire; mas lo disimuló por entonces, y revolviendo sobre Lérida, puso sitio á esta plaza y la tomó. Taló despues á sangre y fuego el territorio de Huesca, y hecho gran botin, se volvió á Francia contento de su espedicion. A Zado, que salió á despedirle al camino, mandó prender y le remitió á su padre Carlomagno.

Al año siguiente el rey de Córdoba, habiendo triunfado de sus hermanos rebeldes, determinó hacer guerra á los cristianos, y entró

con poderoso ejército en la Bureba. El rey Bermudo y su sobrino don Alonso salieron con sus huestes á recibirle, y tomando posicion en la aspereza de las montañas, sorprendieron y derrotaron completamente el ejército de Hixem, haciéndose dueños de su campamento, donde encontraron grandes riquezas. Otro cuerpo árabe que penetró en Galicia por la frontera de Portugal, despues de haber talado la comarca de Lugo, se retiró sabida la derrota del ejército principal en Castilla.

Bermudo, viendo disipadas todas las preocupaciones de los grandes contra su sobrino, y que la prudencia y afabilidad de Alonso habia ganado los corazones al mismo tiempo que su valor heróico, al cual se debia la última victoria, daba grandes esperanzas á la patria, renunció en él la corona con consentimiento y alegría de todo el reino; y continuó viviendo en la córte á su lado, siempre querido y respetado del nuevo rey: ejemplo de amistad poco comun en la esfera del poder. Bermudo falleció cuatro ó cinco años despues, dejando de su muger Osenda dos hijos y dos hijas, que don Alonso miró como suyos propios. Los hijos fueron Ramiro, que despues reinó, y García: las hijas Cristina y Tisiena. Esta última casó en Alemania con Masilio, duque de Suevia y descendiente de Favila, rey de Asturias, por su bisabuela Favinia, hija de este rey y esposa de Luifrido, tercer duque de Suevia.

CAPÍTULO IX.

Don Alonso II el Casto.

Don Alonso II el Casto, rey de Asturias. Invasion de Hixem, rey de Córdoba, en Cataluña y en la Galicia gótica. Espedicion de Alonso II á Portugal: saco de Lisboa. Sitio de Barcelona por Luis, rey de Aquitania. Conquista de Barcelona: ereccion de su condado. Conspiracion contra Alonso el Casto. Sancho I, rey de Navarra. Descubrimiento del cuerpo del apóstol Santiago. Don Aznar, conde de Aragon. Sitio y batalla de Benavente. Batalla de Zamora: treguas entre asturianos y moros. Batalla de Ocharen. Nueva espedicion de los franceses en Navarra. Don Gimeno Íñiguez, rey de Navarra. Batalla de Lugo. Don Íñigo II Gimenez, rey de Navarra.

DON ALONSO II *el Casto, rey de Asturias* (791). El reinado de don Alonso el Casto es uno de los mas importantes de la historia de nuestra naciente monarquía; porque en él á pesar del valor y poderío de Hixem, Alhacan y Abderraman II, sucesores inmediatos de Abderraman I en el reino de Córdoba, no solo se sos-

tuvieron los señoríos cristianos de Asturias, Navarra y Marca hispánica, sino tambien se engrandecieron notablemente, merced á la alianza y amistad perpetua que Alonso de Asturias sostuvo siempre con Carlomagno y Ludovico Pio su hijo, á la prudencia y valor de nuestro rey, y á las guerras civiles que de cuando en cuando afligian la España árabe. Las cortas fuerzas de la monarquía asturiana no hubieran podido resistir á los innumerables ejércitos de los sarracenos á no haber hecho los franceses contínuas y poderosas diversiones en Cataluña y Aragon. En el primer país estendieron la Marca hasta las orillas del Ebro; en el segundo asolaron toda la parte septentrional con contínuas invasiones, auxiliadas á veces por los *valíes* ó gobernadores moros de las fronteras que se pasaban frecuentemente del vasallage de Francia al de Córdoba con el objeto de conservarse en el mando.....

Alonso, joven á la sazon de 25 años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situacion. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fé. Jamas se casó, ó si lo hizo (que de esto dudan los historiadores) guardó continencia, por lo cual mereció el sobrenombre de *Casto*. Ignórase si su conducta en esta parte procedió de algun voto que hubiese hecho: tambien

parece probable que se privó de tener sucesion por no defraudar de sus derechos á la corona á los hijos de Bermudo el Diácono, que habia sido bienhechor suyo.

Su reino comprehendia entonces á Galicia, donde puso por gobernador á Ramiro, hijo mayor de su antecesor Bermudo, apenas tuvo edad de manejar las armas: las Asturias, donde fijó su residencia y córte en Oviedo, ciudad edificada por su padre, y fundó la catedral sobre las ruinas de la que los moros habian profanado y saqueado en la invasion de Mauregato: algunos territorios al sur del Miño en Portugal, que habian quedado destruidos, entre éllos la ciudad de Braga, en las correrías de los moros: las vertientes de los montes de Asturias hasta mas allá de Leon: la montaña de Santander, la Bureba, el Álava y Rioja hasta Calahorra. A semejanza de Carlomagno estableció condes para gobernar en estos diversos territorios, señaladamente en Castilla, donde eran mas frecuentes las guerras con los musulmanes.

Invasion de Hixem, rey de Córdoba, en Cataluña y en la Galia Gótica (793). Hixem, deseando recobrar las tierras que los franceses habian ocupado al sur del Pirineo, y esperando de esta guerra mas botin y mejor fortuna que los que habia logrado en la invasion de Castilla dos años antes, envió á Cataluña á su lugarteniente Abdelmelic con numeroso ejército. Los condes de la Marca no pudieron re-

sistirle por estar todas las fuerzas del imperio ocupadas en la guerra contra los sajones. Abdelmelic se puso sobre Gerona, destruyó sus fortificaciones, penetró en Francia, llevándolo todo á sangre y fuego, quemó los arrabales de Narbona, marchó sobre Carcasona, derrotó un ejército frances que salió al opósito; y rico con el botin que logró de aquellos fértiles paises se volvió á España.

No le salió tambien á Hixem la espedicion que emprendió contra Galicia al año siguiente. Mugeit, su lugarteniente, entró en élla con un cuerpo muy numeroso. Alonso II le salió al encuentro con su gente, y con hábiles movimientos le atrajo á un sitio llamado *Lutos ó Lodos*, en las vertientes de las montañas de Asturias, en donde el terreno estaba interrumpido con muchos pántanos, y los moros nó podian valerse de la superioridad de su número. Allí los derrotó completamente, y los fugitivos se ahogaron casi todos en las lagunas. Los muertos fueron 60000, si se ha de creer á nuestros historiadores.

Hixem falleció en 795, y le sucedió su hijo Alhacan. Los hermanos de Hixem, que habian disputado el trono al padre, lo disputaron tambien al hijo, y se movió nueva guerra civil entre los mahometanos de España. Sabedor Carlomagno de estos sucesos encargó á los condes de la Marca que recobrasen lo perdido. Parece que entonces volvieron á fortificar á Gerona. Entraron ademas en las

tierras de los moros y las talaron, escepto las de Zado, que habia vuelto al gobierno de Barcelona, y que, aterrado con el estrépito de las armas francesas, prometió vasallage á Carlomagno. En la campaña siguiente fortificaron los franceses á Ausona, hoy Vique, á Cardona, á Castroserra, lugar situado á orillas del Ter, entre Gerona y Vique; y estando estos y otros pueblos sin habitantes por los destrozos de la última invasion mahometana, se enviaron pobladores de Francia. Luis, rey de Aquitania, nombró por conde de la Marca á Borelo, y le dió tropas para que defendiese el pais. Bahalui, gobernador mahometano de Huesca, imitó la astuta política de Zado, y se reconoció vasallo de los franceses. Estos sucesos pertenecen á los años de 796 y 797.

Espedicion de Alonso II á Portugal: saco de Lisboa (798). Alonso el Casto deseando favorecer el movimiento de los franceses, con quienes habia contratado amistad y alianza en el oriente de España, determinó invadir la parte occidental de la península para distraer las fuerzas de los moros, quebrantadas ya por la guerra civil. Deseaba ademas poblar el territorio de Braga, para llevar la frontera de Galicia hasta el Duero: porque esto le hubiera asegurado la posesion del curso de este rio en lo interior de España.

Entró, pues, con su ejército en campaña, y llevó pobladores á aquella ciudad, aunque ni pudo fundar su iglesia ni reedificar sus mura-

llas. Atravesó el Duero, y sin encontrar resistencia que de contar sea, llegó hasta el Tajo, que los asturianos vieron entonces por la primera vez, y entró por fuerza de armas la ciudad de Lisboa, antiguo y nobilísimo emporio de la Lusitania. Con los ricos despojos de aquella plaza y de las demas del pais, que saqueó sin piedad, se volvió contento y victorioso á Asturias. Desde allí envió á Carlomagno un presente compuesto de la parte mas preciosa del botin. En estos dones se distinguia un pabellon ó tienda de campaña trabajada segun el gusto oriental. Cárlos recibió los regalos en Heristal, ciudad de Bélgica, donde se hallaba á la sazon, y los admiró igualmente que toda su córte, poco acostumbrada al lujo y á las artes de los árabes.

Sitio de Barcelona por Luis, rey de Aquitania (800). En este año triunfó Alhacan de sus tios, y consiguió pacificar su reino. Zado, gobernador de Barcelona, atentó siempre á seguir la fortuna, se declaró á favor suyo y renunció al vasallage de Francia. Luis de Aquitania penetró en Cataluña con grueso ejército, sitió á Lérida, que en la invasion de Abdelmelic habia vuelto á poder de los moros y demolió sus fortificaciones, no hallándose con fuerzas suficientes para guarnecerla, y emprendió el sitio de Barcelona cuando ya el otoño era entrado. Los franceses, no pudiendo tomar tan importante plaza por asalto, se mantuvieron sobre ella todo el invierno, teniendo mucho cuidado de cortarle los víveres y fabricando casas en los reales

no solo para guarecerse de la estacion, sino tambien para manifestar á los sitiados la firme resolucion de no dejar la empresa hasta apoderarse de la ciudad. Entretanto otro cuerpo frances penetró en el alto Aragon y taló el territorio de Huesca en venganza de que su gobernador no habia querido admitir tropas cristianas en la ciudad como habia prometido hacerlo.

Conquista de Barcelona: ereccion de su condado (801). Luis se volvió á Tolosa y sus lugartenientes continuaron el sitio: pero como se hubiese adelantado muy poco en él por la falta de gente, envió el rey de Aquitania entrada la primavera un cuerpo considerable de refuerzo. La reserva de este nuevo ejército se quedó en el Rosellon: otra division, mandada por Rostagan, conde de Gerona, reforzó las líneas del sitio: y otra mandada por Guillermo, alferez mayor del rey y por Ademaro salieron al encuentro á un cuerpo mahometano que venia de Zaragoza con intento de socorrer la plaza, y que reconociendo la superioridad de las fuerzas francesas se volvió sin pelear.

La guarnicion y vecindario mahometano de Barcelona, perdida la esperanza de auxilio, aconsejaron á Zado que huyese de la plaza, donde no podia esperar buen cuartel por su pérfida conducta con respecto á Carlomagno, y se acogiese á la piedad del rey de Aquitania. Hízolo así; pero Luis le remitió á su padre, que indignado contra él, le mandó desterrar. En esto llegó Luis á las líneas del sitio con su guardia. Ya

los cercados esperimentaban la penuria de todas las cosas necesarias á la vida, y ademas estaban debilitados con seis semanas de asaltos contínuos: por lo cual Omar, nuevo gobernador despues de la fuga de Zado, pidió capitulacion, y se le concedió con permiso de ir la guarnicion y los mahometanos donde mas les pluguiese. Asi volvió aquella ilustre ciudad al poder de los cristianos, aun no cumplido el siglo de la dominacion árabe. Luis erigió el condado de Barcelona y lo dió á Bera, uno de sus lugartenientes. Este señorío, primero feudatario de la monarquía francesa, despues independiente, se unió tres siglos despues con la corona de Aragon y aumentó al doble sus fuerzas y su poderío. En estos tiempos las tropas de Carlomagno ocuparon las islas Baleares y las de Córcega y Cerdeña para libertarlas y defenderlas contra los árabes.

El ejército de Zaragoza, que no pudo socorrer á Barcelona, emprendió para vengar la pérdida de esta ciudad una espedicion contra Castilla, y llegó haciendo grandes daños en los pueblos hasta las montañas de Oca; pero fueron derrotados con grave pérdida por el rey don Alonso, que les salió al opósito con su gente, y dejaron en poder del vencedor el abundante botin que habian hecho.

Conspiracion contra Alonso el Casto (802). Las brillantes cualidades de Alonso, y el amor universal que se habia grangeado, no impidieron que algunos ambiciosos, tramando una conspiracion, se apoderasen de su persona y le redu-

jesen en un monasterio. Pero Teudio y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le restituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron despues de haberla logrado, ni el castigo que se les dió.

El mismo año volvió Luis á Cataluña, ocupó á Tarragona, que estaba entonces desmantelada, taló toda la comarca de Tortosa, y envió al otro lado del rio Segre á sus lugartenientes, entre los cuales se contaban Bera, conde de Barcelona, y Borelo, conde de Vique. Este ejército pasó el Cinca y el Ebro asolando todo el pais, y llegaron hasta Villarubia; pero sabiendo que un ejército mahometano venia en su busca, se retiraron en buen órden, echando delante el inmenso botin que habian hecho. Los moros ocuparon las alturas de la Sierra de Ibana, en cuyos desfiladeros esperaban destruir á los franceses; pero éstos siguieron otro camino menos dificil. Acometidos en su marcha por los moros, volvieron la cara al enemigo y le derrotaron completamente: despues de lo cual pasaron el Ebro y se reunieron al ejército de Luis que los esperaba en Cataluña.

Al año siguiente hicieron los franceses una tentativa inútil sobre Tortosa. Construyéronse en Barcelona unas barcas, fáciles de armar y desarmar, con el objeto de impedir que por el Ebro entrasen socorros á la plaza que intenta-

ban sitiar: y puestas sobre unas acémilas marchó con ellas el ejército la vuelta de Tortosa por el camino de las montañas, y ocultándose en ellas de dia, proseguia sus jornadas por la noche. Así llegó sin ser sentido á las cercanías de la plaza. Pero un moro, que se bañaba en el rio, observando la grande cantidad de estiércol que éste llevaba, dió parte al gobernador manifestándole su recelo de que en la parte superior del rio hubiese algun cuerpo de caballería cristiana. El gobernador hecho el reconocimiento, descubrió á los franceses y salió contra éllos confiado en el gran número de tropas que tenia; pero fue derrotado y hubo de encerrarse en la ciudad. Los cristianos dieron la tala al campo, y no creyéndose con fuerzas suficientes para sitiar una fortaleza tan principal y defendida por numerosa guarnicion, se volvieron á Barcelona cargados de despojos.

Sancho I, rey de Navarra (804). Este año falleció Fortun, rey de Navarra, y le sucedió su hijo Sancho I, el cual durante todo su reinado tuvo que defender su pequeña pero valiente república contra el poder de los franceses, que afectaban soberanía sobre ella, y contra los moros, que concluidas sus guerras civiles, hacian anualmente correrías é invasiones con cuerpos mas ó menos numerosos en los estados cristianos de España.

Este año fue mas venturoso Luis, rey de Aquitania, que lo habian sido sus generales en el anterior. Púsose con ejército numeroso sobre

Tortosa, y despues de haberse resistido la guarnicion durante cuarenta dias, hallándose muy disminuida y sin esperanzas de ser socorrida, hubo de entregarse la plaza por capitulacion. Así se concluyó la conquista de Cataluña, que fue entonces una provincia del dilatado imperio de Carlomagno, y que bajo sus débiles sucesores corrió la misma suerte que las demas y siguió las diferentes fases de la anarquía feudal.

Luis, resuelto á agregar al reino de Aquitania todo el pais comprendido entre el Ebro y los Pirineos, envió á su lugarteniente Eriberto para que pusiese sitio á Huesca. Hízolo así el general, despues de haber talado la comarca, y sin esperar las tropas que debian reforzarle. Los de la ciudad hicieron una salida, en la cual bien que rechazados, hicieron grande estrago en las francesas: de modo que aunque el sitio continuó hasta otoño fue sin grande efecto, y Eriberto tuvo que levantarlo y retirarse.

Espedicion de Luis de Aquitania en Navarra (806). Los vascones aquitanos, ó del lado allá de los Pirineos, se rebelaron este año: y el rey Luis marchó contra éllos y los subyugó. Pasó despues á Navarra, sobre la cual tenian pretensiones los franceses desde la invasion de Carlomagno en España, llegó hasta Pamplona sin hallar resistencia, y recibió la obediencia y el homenage de los navarros. Al volverse á Francia, receloso de que le sucediese lo que á su padre en el desfiladero de Roncesvalles, no se puso en marcha sin llevar consigo en calidad de rehenes

las mugeres é hijos de los principales de la tierra; y así pasó los montes sin peligro. Sancho I cedió á esta tempestad que no podia evitar, y despues de la vuelta del rey Luis á sus estados recobró su autoridad.

Al año siguiente envió Alhacan, rey de Córdoba, un poderoso ejército á las márgenes del Ebro, y recobró la ciudad de Tortosa, llave de aquel rio y de la frontera meridional de Cataluña. Con la posesion de esta plaza tenian siempre los infieles entrada franca en el condado de Barcelona, y quedaba el pais espuesto á sus invasiones y correrías. Pero en aquellos siglos no se conocia tan bien como en el presente la importancia de las posiciones militares, y las guerras eran mas bien de saqueo y de esterminio que de conquista y conservacion.

Descubrimiento del cuerpo del Apóstol Santiago (808). En la diócesis de la antigua ciudad de Iria, situada en el pais de los calaicos ó gallegos, la cual segun se cree fue la que hoy se llama Padron, habia un bosque cerrado y un campo, sobre el cual vieron muchas personas de virtud y autoridad bajar por las noches del cielo ángeles y luces. Teodomiro, obispo de Iria, sabedor de estas apariciones, fue á examinarlas por sí mismo, halló ser verdaderas, y movido de celestial inspiracion, comenzó á desmontar el bosque, y halló en su centro una ermita y en ella un sepulcro que encerraba el cuerpo del apóstol Santiago, que fue el primero que predicó el Evangelio en España. Conocióse que aquel

era el mismo cuerpo del apóstol por revelacion que tuvieron del cielo el obispo Teodomiro y un santo ermitaño, llamado Pelayo, que hacia vida penitente en aquellas asperezas, y por los milagros que se obraron en el sepulcro. Así refieren este hecho importante de nuestra historia todos los escritores de los anales de España.

Los resultados de este descubrimiento fueron inmensos. Los cristianos se creyeron protegidos del cielo en su lucha perpétua contra los musulmanes, y redoblaron su celo, su valor y sus esperanzas. Bajo la proteccion de Santiago, patron de España, se tuvieron por invencibles: y su nombre fue el grito militar de la nacion. Alonso el Casto fundó en aquel mismo sitio una iglesia: la peregrinacion á venerar las reliquias del santo apóstol se hizo una devocion general no solo de los cristianos de la península, sino tambien de las demas naciones de Europa. Los dones ofrecidos por los peregrinos y la afluencia de ella produjeron una nueva poblacion alrededor del santuario, la cual llegó á ser en breve una ciudad considerable y la capital de Galicia, llamada hoy Santiago, y en sus primeros tiempos Compostela, nombre tomado del de *campus stellæ* ó campo de la estrella, que se dió á las cercanías de la ermita quizá por las luces que se vieron bajar del cielo sobre él. Alonso solicitó y obtuvo sede episcopal para aquella iglesia, y dos siglos despues se afectaron á ella los privilegios de metropolitana que gozaba en tiempo de los visogodos la de Mérida, ciu-

dad que se hallaba entonces en poder de los moros.

Don Aznar, conde de Aragon (809). Un nuevo, aunque pequeño, señorío cristiano comenzó entonces de pequeños principios para llegar á ser con el tiempo una de las mas célebres monarquías de la edad media. Los habitantes cristianos del Pirineo de Aragon no pudiendo sufrir las vejaciones é injusticias de los condes que enviaba para gobernarlos la corte de Aquitania, se resolvieron á elegir un señor que los libertase de aquel yugo y al mismo tiempo los defendiese contra los moros. La eleccion recayó en don Sancho, hijo de don Rodrigo Frolaz, conde de la frontera de Castilla por Alonso el Casto: don Sancho logró tan señaladas victorias de los infieles que éstos le dieron el sobrenombre de Medarta, que en su lengua significa estrago ó ruinas. Su hijo y sucesor don Aznar, conquistó de los moros á Jaca, y la hizo capital de su pequeño condado, que tomó el nombre del rio Aragon que lo atraviesa antes de entrar en Navarra.

Luis de Aquitania, despechado por la pérdida de Tortosa, determinó recobrarla á toda fuerza, y pasando el Pirineo de Cataluña, se puso sobre ella con toda la gente de aquella frontera. La guarnicion de la plaza era numerosa, y se resistió valerosamente: ademas el rey de Córdoba envió en su socorro á Abderraman su hijo con un grueso ejército. Luis, viéndose sin fuerzas suficientes para estrechar la plaza y pelear

contra los moros, abandonó su empresa despues de un mes de sitio.

Al año siguiente volvió á Navarra para obligar al rey don Sancho I á que reconociese su autoridad. El navarro cedió como en la primera invasion, Luis entró en Pamplona, y sosegados al parecer los movimientos de aquella frontera, se volvió á Aquitania. Al atravesar los desfiladeros del Pirineo redobló sus precauciones porque los naturales del pais le esperaban en ellos para darle una rota semejante á la que sufrió Carlomagno; pero los batidores franceses descubrieron la emboscada, ahorcaron á un navarro que cayó en su poder, y Luis exigió rehenes para pasar los montes con seguridad. Esta autoridad que pretendian tener en Navarra Carlomagno y Luis era ilusoria y solo duraba el tiempo que la ocupaban militarmente, y no era reconocida sino en los puntos ocupados por las tropas francesas. Luis no podia dejar pequeñas guarniciones en un pais acometido frecuentemente por los moros; y que por otra parte no hubieran bastado para tener á los navarros bajo el yugo. Un grande ejército no podia subsistir en un territorio reducido y pobre por mucho tiempo. Carecian, pues, los franceses de arbitrio para conservar su dominacion en Navarra.

En el año siguiente de 811 consiguió Alonso el Casto una victoria señalada contra un ejército de alarabes que penetró por Viseo en la frontera del Duero, llamada por los cristianos *Estremadura*, *Extrema Durii*. Las correrías ó *alga-*

ras, como las llamaban los moros, eran anuales en tiempo de guerra: y así la historia no refiere sino las invasiones hechas al frente de grandes ejércitos, ó las incursiones en que ocurrió algun hecho notable y digno de memoria.

Sitio y batalla de Benavente (812). Alhacan, rey de Córdoba, deseoso de resarcir la pérdida del año anterior en la guerra contra los asturianos, mandó á Omar, gobernador de Mérida, que hiciese otra invasion con su ejército en los dominios cristianos. Omar obedeció; atravesó el Duero, avanzó hasta Benavente y puso sitio á esta plaza. Alonso el Casto acudió con los suyos, dió batalla al enemigo, le venció y le obligó á levantar el cerco y á retirarse.

Este año dieron queja los catalanes al emperador Carlomagno de las estorsiones que sufrian de parte de los condes franceses que gobernaban el pais, que les quitaban sus posesiones y los gravaban con impuestos arbitrarios. El emperador, ademas de mandar por un edicto que los condes cesasen de molestar á los pueblos, envió delegado á Cataluña á Juan, arzobispo de Arles, para que oidas las partes, hiciese justicia y pusiese fin á los desórdenes.

Batalla de Zamora: treguas entre asturianos y moros (813). En esta campaña hizo Alhacan el último esfuerzo contra los asturianos y llegó al frente de su ejército hasta Zamora. Don Alonso, que no estaba desprevenido, salió á encontrarle con el suyo, y junto á aquella ciudad se dió una cruel batalla en que los cristia-

nos qnedaron vencedores. El rey de Córdoba, aterrado por el valor de aquel pueblo pobre, pero invencible, desistió de la guerra y firmó paces con don Alonso.

Entonces necesitaba Alhacan todos sus recursos para la lid marítima que sostenia contra Carlomagno: pues aunque en ella fueron vencidas muchas veces sus escuadras, el saqueo de las ciudades principales de Córcega, Cerdeña y Mallorca, hecho por los corsarios y escuadras de los musulmanes, satisfacian su codicia. Este año fue derrotada su armada cerca de Mallorca por Ermengaudo, conde de Ampurias, que mandaba la del emperador; pero los moros vengaron este reves con el saqueo de Niza en la costa de Lombardía y de Centumcelas en la de Toscana.

Al año siguiente falleció el inclito emperador Carlomagno, y recayó el peso de su vasto imperio sobre los débiles hombros de Luis de Aquitania, que aunque valiente y hábil en la guerra, como lo probó en la conquista de Cataluña, carecia de las dos prendas mas necesarias en un rey, la justicia y el vigor. Sus primeros actos con respecto á los negocios de España fueron la proteccion que concedió á un gran número de españoles que habian emigrado á la Galia Narbonense huyendo del yugo mahometano y las paces que ajustó con el rey de Córdoba en 817. El año anterior, á pesar de las treguas firmadas con don Alonso el Casto, habia entrado un ejército, á las órdenes de Abdelca-

rin, lugarteniente del rey de Córdoba, en las tierras de Rioja, donde saqueó algunos lugares, y puso sitio á Calahorra. Don Alonso salió contra él; pero los infieles se retiraron y no pudo alcanzarlos.

Batalla de Ocharen (820). Los bascos de Francia se rebelaban frecuentemente contra el rey de Aquitania, que despues de Carlomagno, fue Pipino, hijo del emperador Luis: y aunque vencidos muchas veces, se retiraban á Navarra, donde hallaban buena acogida en el rey Sancho I ya por la identidad de nacion y de idioma, ya porque les servia aquel pais de frontera contra la prepotencia de los franceses. En esta época se hallaba en paz con el emperador Luis, ocupado en otros negocios, señaladamente en la distribucion de sus estados entre sus hijos Lotario, Luis y Pipino: causa de crueles guerras civiles que acabaron por destruir el imperio de Carlomagno. En este repartimiento tocó la Cataluña á Lotario. Bera, conde de Barcelona, convencido de inteligencia secreta con el rey de Córdoba, fue condenado á muerte, sentencia que se conmutó en la de destierro. Su sucesor fue el célebre Bernardo, valído del emperador, el cual rompió la tregua que habia con los moros, atravesó el Segre y taló los campos del territorio de Huesca.

Sancho de Navarra, libre del cuidado de Francia, juntó sus huestes para resistir á los moros que acometieron sus estados por la parte de la Várdena. Encontrólos en Ocharen, y los

derrotó completamente. En esta batalla se distinguieron los habitantes del valle de Roncal: por lo cual se les concedieron grandes y honoríficos privilegios. La victoria de Ocharen permitió á los navarros estender algun tanto su pequeño territorio por las orillas del Ebro y del Aragon.

Alhacan, desgraciado en sus tentativas contra la frontera del Ebro, intentó nueva empresa contra la del Duero, enviando dos ejércitos para que pasasen este rio é invadiesen los estados del rey don Alonso. Los asturianos se dividieron tambien en dos cuerpos, uno á las órdenes del rey, y otro á las del príncipe don Ramiro, su primo y salieron al encuentro á los infieles. Diérouse, pues, dos batallas, una junto á Naharon, otra en las orillas del rio Anceo, sitios ambos desconocidos en la geografia actual. Los moros fueron vencidos y derrotados en las dos partes, y se retiraron con gran pérdida á sus fronteras.

Al año siguiente falleció Alhacan, rey de Córdoba. Abderraman II, su hijo y sucesor, tuvo que pelear á los principios de su reinado con los partidarios de los hermanos de su abuelo Hixem, que al principio de cada reinado renovaban sus pretensiones al trono y la guerra civil. Por esta causa gozaron algunos años de descanso las fronteras cristianas; y aun los condes de Cataluña hicieron frecuentes invasiones en Aragon, pasando el Segre y talando los territorios de Huesca y Zaragoza.

Nueva espedicion de los franceses en Navar-

ra. (824). El emperador Luis, ostinado en conservar la soberanía de Navarra, siempre desconocida mientras no hubiese ejército frances en este reino, envió dos condes aquitanos, llamados Eblio y Aznar, con un ejército: los cuales lograron facilmente el vasallage ilusorio que solicitaban; pero al volverse á Francia fueron sorprendidos y casi esterminadas sus tropas por las del rey don Sancho en los desfiladeros de las montañas. Despues de esta rota no volvió la córte de Francia á renovar sus pretensiones sobre el dominio de Navarra.

Este mismo año Mahamut, uno de los rebeldes contra Abderraman, vencido en un combate, se refugió con los que pudo salvar de sus compañeros á la corte de Alonso II: el cual le recibió muy bien conociendo su valor y le confió la defensa de la frontera de Portugal: lo que fue encomendar al lobo la entrada del redil, como no tardaron en demostrarlo los acontecimientos.

Al año siguiente terminó la guerra civil de los mahometanos; y Abderraman, cuyo valor y prudencia eran ya conocidos, emprendió renovar las lides contra los cristianos. Habia sido gobernador de Zaragoza en vida de su padre, y deseaba reducir bajo su dominio toda la provincia echando á los cristianos de Jaca. A este fin movió su ejército contra aquella plaza; pero toda la poblacion montaraz del territorio, inclusas las mugeres, tan fieras como los hombres, salieron contra los moros, y valiéndose de la as-

pereza de los lugares, los derrotaron y ahuyentaron. Esta victoria se celebra en Jaca anualmente el primer viernes de mayo.

Don Gimeno Iñiguez, rey de Navarra (826). Sancho I, rey de Navarra, ilustre por la victoria de Ocharen, y por haber sostenido y asegurado contra las armas y política de Francia la independencia de su pais, falleció despues de un reinado de 22 años, y los navarros eligieron por rey á su primo don Gimeno Íñiguez, hijo de don Íñigo, tercer hijo del primer rey García Gimenez. Sn reinado fue pacífico, porque los moros y franceses tuvieron guerra encarnizada en Cataluña durante todo él. Aprovechó, pues, esta feliz circunstancia para poblar su reino, casi destruido por las guerras anteriores.

Los condes de Cataluña, conocida la debilidad del emperador, comenzaron á hacerse guerra unos á otros. Entonces empezaba en todo el imperio frances la anarquía feudal, y la moda se estendió á Cataluña, provincia de aquel imperio. Un conde, llamado Aizon, se apoderó de Vique, é imploró la proteccion del rey de Córdoba para mantenerse en el gobierno usurpado. Guillermo, hijo de Bera, el primer conde de Barcelona, se juntó con Aizon en 827, y taló la comarca de Puigcerdá. El rey de Córdoba, á favor de estas turbulencias, envió un ejército al mando de Abumarvan, que penetró en Cataluña, la llevó toda á fuego y sangre, tomó y fortificó las plazas de Manresa, Cardona y Solsona, bien que no las conservó, y se volvió al Ebro

cargado de inmenso botin. El emperador castigó á los condes, causa de este infortunio, quitándoles sus dignidades, y envió un ejército para la defensa del pais.

Batalla de Lugo (829). Mahamud, el rebelde contra el rey de Córdoba, que se habia refugiado á Asturias, deseoso de volver á la gracia de Abderraman, resolvió adquirirla haciendo alguna cosa memorable en servicio suyo. Valióse, pues, de la oportunidad de hallarse en la frontera del Duero, entabló comunicacion con el rey de Córdoba, y este le envió un grande número de tropas, con las cuales se lisonjeaba entregar la Galicia á los mahometanos.

Cuando estuvo pronto el ejército, salió á recibirlo, volvió con él á la frontera, penetró en el centro de Galicia llevándolo todo á sangre y fuego, llegó hasta Lugo, y tomó posicion en el castillo de Santa Cristina. El rey Alonso y el príncipe Ramiro juntaron toda la gente que pudieron, reunieron sus fuerzas en Lugo, y acometieron al enemigo con tanto valor que le obligaron á huir con gran mortandad. El campo quedó cubierto, si se ha de dar crédito á nuestros historiadores, con los cadáveres de 50000 mahometanos, entre ellos el de Mahamud, dos veces traidor. El castillo fue entrado por asalto, y se hizo inmenso botin de los despojos del campo enemigo.

Cinco años despues (en 834) envió Abderraman á su lugarteniente Zafa contra la frontera de Castilla con poderoso ejército. Zafa pa-

el Duero, asoló la parte de Castilla que ocuparon sus armas, llegó al monasterio de San Pedro de Cardeña, y degolló 200 monges que hacian en él vida penitente bajo la direccion de su santo abad Esteban. El rey don Alonso acudió con los suyos apenas supo la entrada de los moros; pero Zafa no se atrevió á esperarle, y se retiró al otro lado del Duero. Esta fue la vez última que el rey don Alonso salió á campaña. Parece que hubo treguas entre él y los moros; pues la historia de su reinado no refiere mas guerras.

Don Iñigo II Gimenez, rey de Navarra (835). Este año falleció Gimeno Íñiguez, rey de Navarra, y le sucedió su hijo mayor Íñigo Gimenez. Nada tuvo que temer de las pretensiones del emperador Luis, ocupado en las guerras civiles contra sus hijos, ni de éstos despues de la muerte de aquel monarca, porque pelearon entre sí por el repartimiento de los estados de su padre, y dieron motivo con su ambicion al desmembramiento y decadencia del imperio. Bernardo, conde de Barcelona, supo sostenerse en aquellas convulsiones y conservar su estado, al cual en cierto modo estaban sujetos los demas condes de Cataluña por la consideracion de que siempre gozó Bernardo en la córte de Luis y en la de su hijo Carlos el Calvo que le sucedió en el trono de Francia.

Este mismo año hizo el rey don Alonso que los principales de su reino jurasen por heredero á su primo segundo el príncipe Ramiro. Desde

él se ha conservado contínua la sucesion de los reyes de España, de modo que ninguno se ha ceñido la corona sin haberla antes poseido su padre ó su madre. Alonso el Casto, que era ya de mucha edad, quiso evitar á sus súbditos las disensiones que pudiesen ocurrir despues de su muerte por causa de la sucesion.

Siete años despues falleció el rey don Alonso el Casto á los 76 de edad y 51 de reinado. Este príncipe, dotado de todas las prendas dignas de un cristiano, de un héroe y de un rey, hizo grandes progresos en la vasta obra de la restauracion de España, tanto mas apreciables cuanto se vió precisado á luchar contra la monarquía árabe de Córdoba en su mayor fuerza y esplendor. Para valuar sus cualidades militares bastan las frecuentes rotas que dió á los moros sin ser nunca vencido. Su hábil política se conoce por su alianza con Carlomagno y con su hijo Luis, cuyas fuerzas logró que se aplicasen á la conquista de Cataluña, distrayendo así los ejércitos y la atencion de los mahometanos. En el gobierno interior se aplicó á la repoblacion de los lugares destruidos, y puso la frontera de su reino en el Duero de Zamora y de Castilla poblando los lugares intermedios. No pudo conseguir lo mismo en Portugal y Braga, punto muy importante, y objeto de su particular cuidado, no se pobló en su reinado. Todavía cuando él murió estaban despobladas en Galicia las ciudades de Orense y de Mondoñedo.

CAPITULO X.

Don Ramiro I.

Don Ramiro I, rey de Asturias. Invasion de los normandos en Asturias y Galicia. Guerra con los moros: conquistas en Portugal. Segunda victoria de don Ramiro contra los moros.

Don Ramiro I, *rey de Asturias* (842). Concluidas las exequias del rey don Alonso II, que fue enterrado en la iglesia de Santa María, edificada por él con capilla para su entierro y el de sus sucesores, se levantó una rebelion que pudo haber causado notables calamidades á no haberla cortado á tiempo el valor y prudencia de Ramiro, experimentados ya en la guerra contra los mahometanos y en el gobierno de Galicia.

Este príncipe habia tenido de su primera muger doña Paterna un hijo llamado don Ordoño. Habiendo fallecido su esposa, trató de pasar á segundas nupcias con una señora castellana llamada doña Urraca; y al tiempo que murió su antecesor se hallaba en Castilla celebrando su boda. Su ausencia de la córte dió osadía á Nepociano, uno de los principales señores

de Oviedo, para ceñirse la corona auxiliado de una faccion que le favorecia. Ramiro, apenas supo esta noticia, pasó á Galicia, cuyos habitantes y ejército que habia mandado tantos años, estaban á su devocion, y marchó á Asturias, donde su rival le esperaba ya con su gente y un gran número de bascos que habia llamado en su socorro. Encontráronse los dos ejércitos junto al rio Narcaya, y no fue menester venir á batalla, porque las tropas de Nepociano le abandonaron y se pasaron á las banderas del rey. El rebelde huyó perseguido por los condes llamados Scipion y Sonna, que le alcanzaron en Primonias, y le prendieron. Ramiro mandó sacarle los ojos y encerrarle en una prision, donde acabó sus dias.

Invasion de los normandos en Asturias y Galicia (844). En esta época infestaban las costas occidentales de Francia los normandos, ú hombres del Norte, que saliendo en gran número de barcos de las costas de Dinamarca y de Noruega, entraban por las embocaduras de los grandes rios ó en los puertos indefensos, desembarcaban y destruian los pueblos, esterminaban á los habitantes, y se llevaban todas las riquezas: calamidad que duró hasta que fundaron el ducado de Normandía en la embocadura del Sena, y se convirtieron al cristianismo.

Alcanzó á España alguna parte de esta plaga. Una escuadra de esta nacion se presentó delante del puerto de Gijon; mas no se atrevió á desembarcar por la poca comodidad del ancla-

dero, ó por la defensa que temieron de los naturales. Pasó costeando á la Coruña, desembarcaron en ella los normandos, y comenzaron sus robos y desolaciones acostumbradas. Don Ramiro envió contra ellos su ejército; trabóse la batalla; una parte de los enemigos quedó en el campo, y los demas prisioneros, porque se les cortó la retirada al mar, y los asturianos avanzando á la Coruña con presteza quemaron la mayor parte de la escuadra.

Los navíos que pudieron escaparse, reunidos con otros de su nacion, invadieron y saquearon á Lisboa, que habia vuelto á poder de los moros, y pasando á Andalucía penetraron por el Guadalquivir hasta Sevilla, y saquearon y quemaron el arrabal de Triana, aunque no pudieron tomar la ciudad valerosamente defendida por los mahometanos, y se retiraron cargados de despojos. Despues de esta espedicion no volvieron los normandos á acometer las costas de España sino una vez sola en los primeros tiempos de sus piraterías.

Este mismo año concluyó infelizmente su larga carrera Bernardo, conde de Barcelona. Cárlos el Calvo le mandó venir á Tolosa á dar cuenta de su conducta. No se atrevió á desobedecer; entró en la ciudad, fue preso y condenado á muerte por el consejo de los Barones. Acusósele de haber tenido inteligencias secretas con Pipino, rey de Aquitania, sobrino de Cárlos, en deservicio de éste. En su lugar fue nombrado conde de Barcelona el general Ademaro, que

tomó posesion de Cataluña arrojando de ella á Guillermo, hijo de Bernardo. Guillermo se refugió á la córte de Abderraman, y solicitó de él socorros para recobrar aquel estado, prometiendo reconocer su soberanía.

Guerra con los moros: conquistas en Portugal (846). Abderraman juntó un ejército considerable, y rompió la guerra contra el rey de Asturias entrando por la parte de Galicia. Don Ramiro le salió al encuentro con el suyo, le derrotó completamente, le persiguió hasta lo interior de Portugal, y sujetó á su dominacion á Montemayor el Viejo y otras ciudades, poniendo en el Mondego superior el término de su monarquía.

Dos años despues se levantó contra el rey don Ramiro Piniolo, conde de su palacio, llevando á mal que el rey, con el consentimiento de los grandes, hubiese declarado á don Ordoño su hijo compañero y sucesor en el trono el año anterior. Pero su conspiracion fue descubierta, y él y siete hijos suyos perdieron la vida. En 845 habia conspirado tambien contra el rey Aldroito, antecesor de Piniolo en el cargo de conde del palacio; pero se descubrió la trama, y fue castigado con la pérdida de la vista y de la libertad. Estas conspiraciones eran los últimos esfuerzos de los defensores del sistema electivo de sucesion, y su derrota afirmó el principio hereditario, arraigado ya en las costumbres y confirmado por la esperiencia. En efecto, los reyes que mas habian engrandecido la mo-

narquía asturiana habian sido Alonso el Católico, Fruela y Alonso el Casto, que debieron la corona al derecho de herencia. Aurelio, Silo y Mauregato, que reinaron por eleccion, casi nada hicieron.

En 848 Guillermo, hijo del conde Bernardo, con los socorros que le dió Abderraman y con los partidarios y amigos que tenia en Cataluña, se apoderó de Barcelona y de Ampurias, y obligó á Ademaro á retirarse á Francia, cuyo rey en guerra perpétua con sus hermanos, con los barones de su reino y con los normandos no pudo darle tropas para recobrar su estado. Así se perdió en gran parte el fruto de las victorias de Luis el Piadoso; y Cataluña, aunque sometida á un príncipe cristiano, se hallaba feudataria del rey de Córdoba.

Segunda victoria de don Ramiro contra los moros (849). Abderraman envió un ejército contra los estados de don Ramiro hácia la parte del Ebro. Los asturianos le salieron al encuentro con su rey al frente, y ganaron una señalada victoria obligando á los moros á retirarse. Parece que en esta espedicion recobró el rey de Asturias á Calahorra, que habia vuelto á poder de los musulmanes. Íñigo II, rey de Navarra, que vivia en buena amistad con Ramiro, pasó tambien el Ebro, y conquistó á Nájera y otras plazas de las cercanías que estaban por el rey de Córdoba.

Al año siguiente falleció don Ramiro despues de siete años de reinado. Conservó con

valor y prudencia la monarquía de Alonso el Casto, y aun la aumentó. En el reinado de Ramiro ponen algunos historiadores la gran victoria de Clavijo, la aparicion del apostol Santiago en auxilio de los cristianos, y el célebre voto á favor del sepulcro é iglesia del apostol: hechos visiblemente fabulosos, pues nada hablan de éllos ni la crónica de Albelda, escrita en aquellos tiempos, ni la del rey Alonso III, nieto de Ramiro. El primer historiador que los refiere es el arzobispo de Toledo don Rodrigo en el siglo XIII. Es verosimil que la segunda victoria de don Ramiro, que fue muy señalada y se consiguió en aquellos sitios, pasando por los cantares y tradiciones del vulgo, recibiese como adornos épicos aquellas consejas, que dieron motivo despues á las pretensiones de la iglesia de Santiago, y creidas despues. El voto llegó á ser un establecimiento legal, aunque nunca se ha visto el supuesto privilegio concedido por el rey Ramiro; y la copia del archivo de dicha iglesia está equivocada en la fecha y en la persona misma del rey. Ramiro fue sepultado en Santa María de Oviedo. De Paterna, su primera muger, tuvo á su sucesor Ordoño: de Urraca, que fue la segunda, una hija llamada Aldonza.

CAPÍTULO XI.

Don Ordoño I.

Don Ordoño I, rey de Asturias. Sitio de Albelda. Batalla del monte Laturce. Batalla de Guadacelete. García II Gimenez, rey de Navarra. Toma de Salamanca y de Coria por los cristianos. Espedicion naval de los cordobeses á Galicia.

Don Ordoño I, *rey de Asturias* (850). Ordoño, semejante á sus dos antecesores, fue valeroso y feliz en la guerra, y aumentó considerablemente en la paz las fuerzas de su reino, fortificando cuatro puntos interesantes, que fueron Tuy en Galicia, frontera de Portugal, Astorga, Leon, al pie de las montañas de Asturias, y Amaya en Galicia. Estas plazas permitian laborear las tierras y apacentar ganados con seguridad en todos los paises que estaban al Norte de éllas; y asi recibió grandes creces la poblacion y la riqueza.

En el mismo año primero de su reinado tuvo don Ordoño que someter á los alaveses rebelados contra él. El motivo de la insurreccion fue el temor de que la corona, de elec-

tíva que era antes, se hiciese hereditaria, contra sus antiguos fueros; y para sostener el principio de eleccion imploraron el socorro de los mahometanos; pero el rey acudió con presteza, los sujetó y castigó, y saliendo al encuentro á los moros, que llegaban para auxiliar á los alaveses, los derrotó completamente.

Al mismo tiempo, Guillermo, conde de Barcelona, habiendo recibido de Abderraman, rey de Córdoba, un cuerpo auxiliar, acometió la plaza de Gerona; pero los condes franceses de la frontera, reunidas sus fuerzas, salieron contra él, le derrotaron y le persiguieron hasta Barcelona, donde se encerró. Los habitantes de la ciudad, que le querian mal por haberse sometido á los infieles, tuvieron inteligencias secretas con los condes Ademaro é Isembardo, que mandaban las tropas francesas. Conjuráronse contra Guillermo, le mataron á puñaladas, y admitieron en la ciudad las tropas de los condes. Asi volvió Cataluña á ser una provincia, ó por mejor decir, un feudo del reino de Francia.

Al año siguiente se pobló Astorga, y se empezaron á construir sus fortificaciones. El conde don Gaton, por mandado de Ordoño I, la pobló con gente del Vierzo, montaña que separa á Galicia del territorio de Leon. Esta ciudad fue conquistada por don Alonso el Católico: Abderraman I, rey de Córdoba, la habia vuelto á ocupar; pero estando demasiado espuesta á las invasiones de los cristianos, la

abandonaron los moros despues de haberla desmantelado.

En 852 falleció Abderraman II, cuyo reinado fuera glorioso á no haberlo mancillado la persecucion que movió por causas muy leves contra los cristianos, señaladamente en Córdoba, donde muchos recibieron la corona del martirio. Inspiró este mismo espíritu de intolerancia á su hijo y sucesor Muhamad, en cuyo reinado fueron presos cristianos de todas edades sexos y condiciones. Esta intolerancia civil fue tanto mas notable en una monarquía mahometana cuanto está prohibida en el alcoran la persecucion religiosa. El fanatismo de los musulmanes se limita á imponer un tributo á sus súbditos de diferente creencia, y escluirlos de todos los derechos políticos, esto es, de los destinos públicos, único fuero que hay en los estados despóticos.

Sitio de Albelda: batalla del monte Laturce (853). El nuevo rey de Córdoba, deseoso de estinguir el nombre cristiano, mandó á los valíes de Valencia y Zaragoza que hiciesen entradas en Cataluña y Castilla. La incursion en Cataluña fue afortunada para los moros, porque llegaron hasta las fronteras de Francia saqueando los pueblos abiertos y talando los campos, sin hallar resistencia, y se retiraron al Ebro con riquísimo botin.

Pero la espedicion de Castilla no fue tan ventajosa, aunque al principio dió grandes esperanzas. Porque Muza, gobernador de Za-

ragoza, llegó hasta Logroño, y para asegurar la posesion del Ebro, fortificó á Albelda, llamada entonces Albayda, pueblo cercano á aquella ciudad. El rey don Ordoño, conociendo lo perjudicial que sería la fortaleza tan cercana á las fronteras de Alava en el centro de la Rioja, resolvió apoderarse de ella á toda costa, y poniéndose al frente de las tropas, reforzadas con un cuerpo de navarros que le trajo Íñigo II, su aliado, sitió la plaza. Muza acudió con su ejército para socorrerla, y puso sus reales en las alturas del monte Laturce, cercano á ella.

Don Ordoño, dejando una parte de sus tropas en el sitio de la villa, acometió con las demas á los moros, y á pesar de su número y de la superioridad del puesto, los desalojó de él, se apoderó de los reales en donde encontró ricos despojos, persiguió á los moros en la llanura, y les mató 10000 hombres. Muza escapó con tres heridas. El rey volvió al cerco, entro en la plaza por asalto una semana despues, degolló su guarnicion y demolió las fortificaciones.

Batalla de Guadacelete (854). La derrota de Laturce indispuso á Muhamad contra Muza, tanto mas cuanto este gobernador se habia apoderado el año anterior de Huesca y de Tudela, y agregádolas á su gobierno sin permiso del rey de Córdoba. Muza, sabedor de la mala voluntad del rey, trató de asegurarse contra él. Era gobernador de Toledo Lobia, su hijo, al

cual los historiadores cristianos llaman Abenlop; de modo que los dos gobiernos mas poderosos de la España árabe, cuales eran los de Toledo y Zaragoza, estaban en poder de padre é hijo. Atreviéronse, pues, á rebelarse contra Muhamad, y pidieron socorro á don Ordoño, rey de Asturias.

Don Ordoño, tan habil político como esforzado capitan, conociendo que todo lo que debilitase las fuerzas del rey de Córdoba aumentaria la seguridad de su reino, hizo alianza con los rebeldes de Muhamad, y envió un cuerpo de tropas en auxilio de los de Toledo. Este fue el primer ejemplo de alianza entre los reyes cristianos y los potentados musulmanes de España; ejemplo que se repetirá, y no siempre con la misma oportunidad que entonces, pues algunas veces se dirigirá la alianza contra algunos príncipes cristianos. De estas amistades resultó la mayor introduccion de las artes y literatura árabe entre los españoles, que hasta aquella época casi no conocian mas profesiones que la labranza, la ganadería y la guerra.

La primer campaña de los cristianos en alianza con los moros no fue venturosa. Muhamad, determinado á reducir á los de Toledo, llegó con ejército á aquel territorio, acampó la mayor parte de las tropas en el valle de Guadacelete, y envió una partida á campear delante de los muros de la capital. Los centinelas dieron aviso, y los moros y cristianos sus

aliados salieron á rechazar á aquellos atrevidos, que retirándose con precaucion empeñaron al enemigo á perseguirlos hasta la emboscada. Salieron de ella los cordobeses, y se trabó una batalla funesta á los toledanos y asturianos por el número muy superior de sus contrarios. Perecieron en ella 12000 de los primeros y 8000 de los segundos. Las reliquias de los vencidos se retiraron á la ciudad. La pérdida de Muhamad fue grande; pues conseguida la victoria se volvió á Córdoba sin emprender nada contra Toledo.

Este reves no desanimó á don Ordoño; al contrario, en los años siguientes continuó enviando socorros á los toledanos, pero recomendando á los capitanes que tuviesen mas precaucion. Estos auxilios prolongaron mucho tiempo la guerra civil entre los moros, y dejaron descansar algun tanto las tierras del reino de Asturias, que se fortificaba entretanto y reponia las pérdidas de su poblacion, trasladado á otra parte el teatro de la guerra. Y asi dos años despues (en 856) se concluyeron las fortificaciones de Astorga, y estaban muy adelantadas las de Leon.

García II Gimenez, rey de Navarra (859). Por muerte de don Íñigo Gimenez, sucedió en el reino de Navarra su hermano García Gimenez, segundo de este nombre. La corona era todavía electiva; pues aunque el difunto rey dejó un hijo, llamado tambien Garcia, en edad competente para gobernar, fue sin embargo

elegido por los señores su tio. Este año se verificó la segunda espedicion de los normandos en España. Desembarcaron en la costa de Galicia, é hicieron en ella muchos daños, hasta que acudiendo el conde don Pedro, gobernador de la provincia, con gente que le envió el rey don Ordoño, los venció en una batalla, los persiguió haciendo en éllos gran matanza hasta el mar, y quemó la mayor parte de los navíos.

Este año consiguió Muhamad, rey de Córdoba, apoderarse de Toledo, y Lobia huyó. Su padre Muza habia ya muerto, con lo que se sometió al imperio de Córdoba la ciudad y gobierno de Zaragoza. Pero otra armada de normandos, á la cual se reunieron las reliquias de la espedicion de Galicia, asolaba entretanto las marinas de Andalucía desde Algeciras hasta Adra, desde donde pasó al África y á las islas del Mediterráneo haciendo sus acostumbrados estragos en todas partes.

Al año siguiente mandó el rey don Ordoño fortificar á Tuy en Galicia, y á Amaya en Castilla; y él, poniéndose al frente de su ejército, taló las tierras de Salamanca y Coria, y se volvió á Oviedo, despues de haber vencido un ejército de mahometanos, cargado de despojos. Pero Almundir, hijo de Muhamad, pasó con gande ejército el Ebro, penetró en Navarra hasta Pamplona, y sin encontrar resistencia en ninguna parte mas que en las ciudades fortificadas, taló el pais y se volvió á

Córdoba con gran botin. Entre los cautivos hechos en esta espedicion fueron los infantes don Fortun y doña Íñiga, hijos de don García Íñiguez, escluidos del trono en la eleccion última. Fortun estuvo prisionero en Córdoba veinte años, y no debió su libertad sino al casamiento de su hermana con Abdalá, hijo segundo del rey Muhamad, que se habia enamorado de élla.

En 861 hizo el príncipe Almundir otra espedicion semejante á la de Navarra en tierras de Castilla; pero fue vencido por el rey don Ordoño, y obligado á retirarse. Estas entradas de los ejércitos, estos robos y depredaciones sin mas resultado que verter sangre y destruir pueblos, tenian por resultado asolar los paises intermedios entre las fronteras, y dificultar la entrada al enemigo por la falta de subsistencias.

Toma de Salamanca y de Coria por los cristianos (862). Don Ordoño, por pagar la visita de Almundir, pasó el Duero al año siguiente, se puso sobre la plaza de Salamanca, defendida por un valiente capitan, llamado Mozror, la entró por asalto, degolló la guarnicion, excepto al gobernador y su familia, á quienes despues dió libertad, desmanteló la plaza, y vendió como esclavos los vecinos. Lo mismo hizo en Coria, y habiendo enriquecido á sus soldados con el botin de aquel territorio, se volvió triunfante á Oviedo.

El príncipe Almundir estaba ocupado en

hacer la guerra á Omar, moro natural de Ronda, de baja estraccion, pero astuto y atrevido. Éste consiguió juntar algunos compañeros en las asperezas del Pirineo de Aragon, logró apoderarse de Huesca y Lérida, é hizo alianza con el conde de Aragon, que ya en este tiempo era señor de Benavarre y de Benasque. Cerca de cuatro años duró aquella guerra con vario suceso, hasta que al fin logró Almundir esterminar las tropas del rebelde, que huyó entonces á las montañas de Sobrarbe. La plaza de Ainsa cayó en poder de los moros.

En 863 asoció Ordoño al trono, y declaró por heredero del reino, á su hijo mayor don Alonso, que á la sazon tenia quince años. Asi se preparaba el camino á la sucesion hereditaria. Despues hizo una entrada en Portugal, asoló el pais hasta las puertas de Lisboa, tomó á Cintra, y se volvió al Duero con grandes despojos. Los historiadores árabes hacen mencion de esta campaña de don Ordoño, aunque los españoles no la especifiquen. Se contentan con decir en general, que "peleó muchas veces con los moros y siempre salió vencedor."

Los toledanos se rebelaron de nuevo contra Muhamad; y Lobia, auxiliado con las armas de don Ordoño, volvió á ponerse al frente de éllos, haciendo ostinada guerra al rey de Córdoba.

Espedicion naval de los cordobeses á Galicia (865). Muhamad, viendo que sus ejérci-

tos de tierra no hacian efecto alguno contra los asturianos á causa de lo dificil que era penetrar en su territorio por medio de desiertos, hechos por las mútuas incursiones, y de fronteras bien fortificadas y defendidas, mandó construir una formidable armada que transportase sus tropas á las playas de Galicia, desde donde le seria facil atravesar el centro de esta provincia por un pais fertil y no asolado por la guerra. El proyecto era bien imaginado, y hubiera puesto á don Ordoño en gran peligro á no haberse desencadenado contra él los elementos. Apenas llegaron los navíos á la boca del Miño y se preparaban á desembarcar, les sobrevino una tempestad, que junta con la ignorancia de los árabes en el arte de la navegacion, destrozó y sumergió toda su escuadra, de la cual se salvaron muy pocos, entre ellos el comandante de la espedicion Abdelamid.

Al año siguiente falleció el rey don Ordoño II á los 16 años de reinado, ilustre por sus escelentes cualidades de príncipe y de guerrero, y fue sepultado en el panteon real de Santa María de Oviedo. De su esposa doña Nuña tuvo cinco hijos, don Alonso que heredó su trono y sus virtudes, y los infantes don Bermudo, don Nuño, don Odoario y don Fruela.

CAPÍTULO XII.

Don Alonso III el Grande, rey de Asturias.

Don Alonso III el Grande, rey de Asturias. Batallas de Leon y del Vierzo. Don García III Iñiguez, rey de Navarra. Batalla de Coria. Combate de Polvorosa. Batalla de Llerena. Principios de la ciudad de Burgos. Batalla de Aybar: don Fortun II el Monje, rey de Navarra. Conjuracion de los infantes de Asturias. Batalla de Zamora. Sancho II Abarca, rey de Navarra. Sitio y batalla de Pamplona.

Don Alonso III *el Grande*, *rey de Asturias* (866). Este príncipe, que empezó á reinar á la edad de 18 años, mereció el renombre de Grande por sus virtudes y hazañas. Fue tan esforzado y hábil capitan como su padre Ordoño: tan piadoso como los dos Alonsos que le precedieron: tan amante de la justicia como Fruela I, pero sin nota de crueldad: naturalmente afable y liberal, benéfico para los pobres y desvalidos, y mas magnánimo que todos en dejar la corona cuando conoció que no podia

conservarla sin arrostrar los horrores de la guerra civil. Fue el primer héroe asturiano que dió vista al frente de sus ejércitos al Guadiana y á Sierra Morena, y campeó en las llanuras de Castilla la Nueva, pasando las montañas de Guadarrama. En su largo reinado se aumentó en gran manera el poder de la monarquía asturiana, y se fijó definitivamente en el Duero su frontera contra los moros. En fin, en él comenzó una de las épocas mas interesantes de la historia de la España cristiana.

Sus afanes militares y políticos comenzaron con su reinado; pues apenas fue aclamado rey, Fruela Bermudez, conde ó gobernador de Galicia, se rebeló contra él para quitarle la corona: levantó ejército, marchó á Oviedo, de donde huyó don Alonso, que aun no habia podido juntar tropas para resistirle. Fruela fue proclamado rey; pero los señores de Asturias, que no querian reconocerle, le asesinaron, y don Alonso fue restituido al trono.

Afirmado ya en él, su primer cuidado fue edificar junto á la ciudad de Leon un castillo, llamado entonces Sublancia, y hoy Sollanzo, para impedir á los moros la entrada por aquella parte á las Asturias. Con el mismo objeto pobló á Cea, y construyó en esta villa una fortaleza. Entrambas obras comenzó en el año de 867, segundo de su reinado. Pocos reyes hubo en aquellos principios de la monarquía que tuviesen mas solicitud en poblar y fortificar ciudades y villas; porque no habia mas medio para esten-

der por las armas la conquista que el aumento de poblacion y la seguridad de lo ya conquistado.

Al año siguiente se levantó contra el rey, Eilon, conde de Alava; pero apenas apareció Alonso en aquel gobierno con sus huestes, cuando los alaveses se presentaron á rendirle vasallage, y le entregaron al conde rebelde, á quien puso en una prision. Apenas el rey se restituyó á Oviedo, los partidarios de Eilon se volvieron á levantar. Alonso marchó de nuevo á Alava con su ejército, castigó á los sediciosos, y consolidó su autoridad en la provincia.

Batallas de Leon y del Vierzo (869). Muhamad, rey de Córdoba, desembarazado de rebeldes en esta época, envió contra don Alonso dos ejércitos que penetraron en los dominios del rey de Asturias por dos partes: tan destruidas estaban las fronteras, que no podia proveer de víveres ninguna de ellas á un ejército numeroso. El primero, á las órdenes de Abulmundar, hermano de Muhamad, penetró por Castilla, y al favor de algunas fortalezas que poseian aún los mahometanos en tierra de Campos, penetró hasta dar vista á Leon. El segundo, mandado por Alcanatel, lugarteniente de Muhamad, atravesó el Duero de Portugal, y por el camino de Benavente y Astorga llegó hasta el Vierzo con el objeto de invadir á Galicia ó á Asturias.

Don Alonso se apostó en medio de los dos para impedir que se reuniesen, lo que hubiera dado un golpe mortal á su monarquía; y aco-

metiendo prestamente á Abulmundar que tenia á la vista, le derrotó con gran matanza junto á Leon, y le ahuyentó de sus estados; y revolviendo con la celeridad del rayo contra Alcanatel, le encontró en los desfiladeros del Vierzo y esterminó su ejército. Así en una sola campaña logró dos victorias señaladas, y salvó su reino de uno de los mas grandes peligros que hasta entonces habia corrido desde los tiempos de Pelayo.

De vuelta de tan gloriosa espedicion celebró su matrimonio con doña Gimena, hija de García, y nieta de don Íñigo II, rey que fue de Navarra, y sobrina de don García II, que reinaba entonces en aquel pais. Este matrimonio estableció entre asturianos y navarros una alianza muy útil á entrambas naciones por los mútuos socorros que se prestaron en la guerra contínua contra los mahometanos.

Don García III Iñiguez, rey de Navarra (870). A García II Gimenez sucedió García III Íñiguez, padre de Gimena, reina de Asturias. Este príncipe engrandeció sobre manera el reino de Navarra, ya por los lugares y fortalezas que quitó á los moros, ya por la herencia que recayó en él del condado de Aragon. Estaba casado con Urraca, única hija de Endregoto, conde de Aragon: y cuando falleció su suegro se agregó aquel condado á la corona de Navarra. Este es el primer ejemplo decisivo que hubo en España de la sucesion á un estado por el derecho de una hembra: derecho reconocido

en muchos feudos del vecino reino de Francia, aunque no admitido en la sucesion de la corona.

Alonso de Asturias se puso este año al frente de su ejército, y penetrando en los dominios de los moros por la parte de Soria, puso sitio al castillo de Deza, que se resistió ostinadamente por algunos dias; pero fue entrado por asalto, saqueado y entregado á las llamas. Acometió despues á Atienza, que amedrentada con la triste suerte de Deza, se entregó sin resistencia alguna.

Al año siguiente hizo una entrada semejante en Portugal, y rindió y demolió á Coimbra, volviéndose con los despojos del pais. Muhamad, aterrado con las victorias del nuevo rey de Asturias en una edad tan juvenil, le pidió treguas, que le fueron concedidas, y duraron hasta el año 876. Aprovechóse don Alonso de este descanso para poblar y fortificar las ciudades de Orense, Braga, Oporto (llamada antes Portu Cale, de donde se originó el nombre de Portugal, dado á aquel pais), Lamego, Viseo, Erminio, á quien dió el nombre de la Guardia, por serlo de aquella frontera, y Coimbra: llevando de este modo las fronteras de su reino en la parte occidental hasta las orillas del Mondego.

Batalla de Coria (876). Muhamad, rey de Córdoba, concluido el tiempo de las treguas con Asturias, no pudo hacer mas que estar á la defensiva, porque los de Zaragoza, Huesca y Toledo se le habian rebelado, y el terrible Omar

de Ronda, saliendo de las montañas de Sobrarbe, y coligándose con don García Íñiguez, rey de Navarra, infestaba los dominios de los mahometanos. Don Alonso se puso al frente de su ejército, entró por la parte de Idaña en tierra de moros, y saqueó todo el pais. El ejército musulman tomó posicion en Coria para impedir que pasase adelante; pero Alonso marchó contra él, lo derrotó completamente, pasó el Tajo, llegó hasta la vista de Mérida, capital entonces de un gobierno, y se volvió á Asturias, rico con los despojos de un pais que no habia esperimentado hasta aquel año las calamidades de la guerra.

Al año siguiente pagaron los mahometanos la visita entrando en Galicia con ejército mandado por Abuhalit, lugarteniente de Muhamad. El rey no salió á esta jornada; envió contra los moros á sus capitanes y condes, que lograron una victoria completa cogiendo prisionero al general de los enemigos. Abuhalit pagó al rey por su rescate cien mil sueldos, y para lograr su libertad dejó por rehenes de la paga un hijo, dos hermanos y un sobrino.

Combate de Polvorosa (878). Muhamad hizo el último esfuerzo contra el rey de Asturias. Juntó un poderoso ejército en Andalucía á las órdenes de su hijo el príncipe Almundir: mandó alistar las gentes de Toledo, Salamanca y Guadalajara, sosegadas entonces, y que siguiesen las huellas de Almundir. Este se encaminó á Leon por el Duero de Castilla, y llegó á dar vista á aquella ciudad, de la cual salió el rey á

recibirle. Las gentes del gobierno de Toledo en número de 14000 hombres atravesaron el Duero mas abajo de Zamora, y se dirigieron hácia Leon por el rio Orbigo y Astorga. Sabedor el rey de este movimiento, dejó el ejército á cargo de los condes, formó un destacamento de sus mejores tropas, se puso al frente de ellas, y con gran recato se apostó en una montaña cercana á Polvorosa, pueblo situado en el páramo que hay entre el Orbigo y el Ezla, y al pasar por él muy descuidados los mahometanos cayó sobre éllos de improviso, y los derrotó tan completamente que muy pocos escaparon con la vida. Hecho esto, volvió á sus reales con presteza, resuelto á dar la batalla á Almundir: mas el príncipe, sabida la derrota de los suyos, se retiró con celeridad, y evitó la tempestad que le amenazaba.

Las dos campañas de 869 y 876 demostraron en el héroe de Asturias una habilidad militar nada comun en aquel siglo bárbaro, y que en don Alonso era efecto del genio mas bien que de la instruccion. El movimiento estratégico por el cual se evita la reunion de dos ejércitos enemigos, y se les vence separadamente, ha sido siempre considerado como uno de los prodigios del arte militar. Despues de esta campaña hicieron treguas por tres años los reyes de Asturias y de Córdoba.

Batalla de Llerena (881). Concluida la tregua, entró don Alonso con su ejército, que ya tenia preparado, por Estremadura, rindió una fortaleza fronteriza llamada Nepsa, pasó el Tajo

y el Guadiana, llegó al monte Oxífero, que es uno de los de Sierra Morena, y no halló resistencia en ninguna parte sino en Llerena, adonde estaba acampado el ejército enemigo; porque Muhamad tenia entonces que atender á la guerra civil contra los Zimaeles, hijos de Muza, que se habian rebelado en Zaragoza y Tudela, y contra Abdalá, hijo de Lobia, que se hizo dueño de Toledo.

Don Alonso venció á los moros con muerte de 10000 de ellos junto á Llerena, y se volvió á su reino con inmenso botin. Durante esta espedicion se habia ceñido de murallas la ciudad de Oviedo, providencia que tomó don Alonso para el caso de que los piratas del norte hiciesen algun desembarco en Asturias mientras él estuviese ocupado en la guerra contra los mahometanos.

Don Alonso atendia á los cuidados de la guerra sin olvidar los de la política, y asi mantenia alianza con los Zimaeles de Zaragoza y con Abdalá de Toledo; pero éste entró en composicion con el rey de Córdoba, conservando su valía, y unió sus tropas con el ejército del príncipe Almundir, que habiendo sitiado infructuosamente en 882 á Zaragoza y á Tudela, hizo una invasion en Castilla. Don Vela Gimenez, conde de Alava, y don Diego Rodriguez, conde de Castilla, defendieron valerosamente el pais. Los mahometanos acometieron á Celorico y á Pancorbo, y fueron rechazados de ambas partes con grande pérdida de gente. Almundir de-

terminó marchar sobre Leon, entró en Castrojeriz, abandonado por el conde Nuño Flaino por no tener suficiente fortificacion para su defensa, y llegó cerca del Ezla; pero sabiendo que don Alonso le esperaba para darle batalla, no se resolvió á esperarle, y se retiró precipitadamente sin hacer mas efecto que el incendio de algunos castillos.

Entonces mandó el rey á los condes de Alava y Castilla que acometiesen las tierras del valí de Toledo, que habia dejado su alianza por la de Muhamad. En efecto, hicieron tantos estragos en el pais que Abdalá propuso nuevas condiciones de amistad; mas don Alonso no las quiso admitir. La situacion de Abdalá, que aspiraba entonces á la independencia, era brillante; porque mientras el príncipe Almundir consumia inútilmente su ejército en la espedicion de Castilla y Leon, peleó con los Zimaeles, los hizo prisioneros y se apoderó de Zaragoza, publicando que la tenia en nombre del rey de Córdoba. Pero como Muhamad le pidiese los prisioneros para castigarlos, en vez de entregárselos les dió libertad, recibiendo en rescate á Valtierra y á San Esteban de Monjardin, les dejó á Tudela é hizo alianza con éllos. Como esta conducta habia de desagradar mucho al rey de Córdoba, y prevía un próximo rompimiento con él, queria conservar la amistad del de Asturias, y por eso le propuso la paz.

En efecto, Abdalá no se engañaba. Al año siguiente le declaró guerra el rey de Córdoba,

y se hizo una campaña semejante á la del año anterior. El príncipe Almundir sitió inútilmente á Zaragoza, entró en Navarra, fue rechazado de todas partes, escepto del castillo de Zia, que tomó y desmanteló: acometió á Castilla, y fue vencido por los condes en Celorico y Pancorbo: llegó hasta Leon, no se atrevió á pelear con don Alonso, y se volvió por Cea á los dominios de su padre. Como encontrase desierta aquella villa, porque sus habitantes se habian refugiado al castillo, destruyó hasta los cimientos la iglesia de los santos mártires Facundo y Primitivo.

Acompañóle en esta espedicion Abuhalit, el que habia sido prisionero de don Alonso, y por su medio se entablaron negociaciones de paz. Dulcidio, sacerdote de Toledo, y que á la sazon se hallaba en la córte del rey, pasó á Córdoba á tratar con Muhamad, y se firmaron treguas por seis años. En esta negociacion adquirieron los españoles los cuerpos de san Eulogio y de santa Leocricia. En aquellos tiempos todos los príncipes cristianos de España se valian de los breves períodos de paz con los mahometanos para solicitar de éllos la entrega de las reliquias de los santos, que conservaban con sumo cuidado los fieles sometidos al dominio de los musulmanes. De estas treguas quedó escluido Abdalá, valí de Zaragoza y de Toledo, igualmente odioso á los reyes de Córdoba, de Asturias y de Navarra.

Principios de la ciudad de Burgos (884).

El rey don Alonso, conociendo que la parte mas débil de su frontera estaba en Castilla, por no haber en su centro una poblacion considerable donde pudiesen reunirse los cristianos en tiempo de invasion, y que contuviese con sus murallas las acometidas de los mahometanos, mandó á don Diego, conde de Castilla, que poblase y fortificase á Burgos sobre las ruinas de un pueblo antiguo llamada Brago á las orillas del Arlenzon, y no lejos de su confluencia con el Arlanza. Esta ciudad, que empezó entonces á construirse, aumentada y hermoseada en el siglo siguiente, llegó á ser una de las mas famosas metrópolis de España.

Al año siguiente (885) empezaron las conspiraciones que turbaron tan frecuentemente la gloria del reinado de Alonso III. Un caballero principal, llamado Ano, conspiró contra él; pero descubierto á tiempo su designio, fue preso y castigado, y se le confiscaron los bienes. No se saben mas circunstancias de esta conjuracion. Al mismo tiempo se renovó la guerra de moros y cristianos en el principado de Cataluña, interrumpida tantos años por la debilidad de la Francia, convertida ya en monarquía feudal por las guerras civiles de los musulmanes, y por el cuidado que les daba el rápido aumento de poder del reino de Asturias. Era entonces conde de Barcelona Wifredo, que poseia aquel estado como feudo de la corona de Francia, á la cual rendia vasallage nominal como los demas barones. Éste habia quitado á los

moros algunos lugares, lo que movió al rey de Córdoba á enviar contra él un cuerpo de ejército, que fue rechazado.

García III, rey de Navarra, confederado con el valiente Omar de Ronda, recorrió la tierra de los moros hasta el Ebro; y desbarataron y vencieron los cuerpos que envió contra ellos Abdalá, valí de Zaragoza, y el de Huesca. Ya en este tiempo eran mas conocidos que antes los límites que tenian en Navarra las posesiones de los moros y de los cristianos, y parece que las de los primeros se estendian muy poco al norte del Ebro.

Batalla de Aybar: don Fortun II el Monje, rey de Navarra (886). Abdalá, valí de Zaragoza, penetró en el territorio de Tudela con un ejército muy considerable, señaladamente en caballería: lo que obligó á García Iñiguez á retirarse delante de fuerzas tan superiores, y subiendo por la derecha del Aragon, hizo alto en Aybar, creyendo que los moros no le seguian el alcance. Allí pasó una noche, y cuando se preparaba á seguir su retirada al rayar el dia, se halló rodeado por las tropas de Abdalá. No quedaba, pues, á los cristianos otro medio que el de vender caras sus vidas; y así lo hicieron. La acometida que dieron para abrirse paso fue terrible, la resistencia ostinada, la matanza atroz. Al fin la victoria se declaró por la superioridad del número. Pocos cristianos escaparon con vida. Allí pereció García III peleando valerosamente, y el intrépido Omar

murió poco despues de las heridas que recibió en la batalla.

Don García Íñiguez dejó de su muger doña Urraca cuatro hijos y dos hijas: don Fortun y don Sancho que le sucedieron, los infantes don Íñigo y don Gimeno, doña Íñiga esposa de Abdalá, hijo de Muhamad, rey de Córdoba, y doña Gimena, muger de Alonso III, rey de Castilla. Don Fortun fue proclamado rey despues de la muerte de su padre. Habia estado 20 años prisionero en Córdoba, como ya hemos contado en otro lugar, y las vicisitudes humanas habian hecho en él tal impresion, que negado á todo sentimiento de gloria y de ambicion mundana, anhelaba solamente por el sosiego y la soledad de los claustros Así era muy poco á propósito para restaurar la Navarra del estado calamitoso en que la habia puesto la funesta jornada de Aybar.

Este año falleció el rey de Córdoba Muhamad, y le sucedió Almundir su hijo, ilustre por sus empresas militares, aunque no todas fueron afortunadas. Con este motivo se prepararon los ánimos á la guerra civil acostumbrada en las monarquías árabes á la muerte de un rey. Abdalá de Zaragoza trató de fortificarse en su gobierno, hizo paces con Wifredo, conde de Barcelona, y dejó la guerra de Navarra, porque tenia necesidad de todas sus fuerzas para sostenerse en el dominio usurpado.

Don Alonso castigó otra nueva conspiracion. Hermenegildo, caballero principal y rico en las

cercanías del cabo de Finisterre, y su muger Iberia, levantaron tropas, atrajeron muchos á su partido, é hicieron grande estrago en los que se conservaron leales al rey. Alonso envió un cuerpo de tropas, mandado por uno de sus capitanes, que desbarató á los rebeldes, castigó con el último suplicio á los autores de la rebelion, y confiscó sus bienes.

Almundir reinó solo dos años, pero en este corto tiempo se rebelaron contra él los habitantes de Toledo, y recibieron por gobernador á Aben Hufsun, hijo de Omar de Ronda, que mas afortunado que su padre, se habia apoderado de Huesca y Zaragoza. Almundir puso sitio á Toledo, y pereció como valiente peleando con los contrarios en una salida que hicieron de la plaza. Esto acaeció en 888. Sucedióle su hermano Abdalá en el trono de Córdoba.

Conjuracion de los infantes de Asturias (896). Abdalá, ocupado en la guerra civil contra Aben Hufsun, dejaba en su quietud á los cristianos; pero las conjuraciones contra el rey don Alonso se multiplicaban. Witiza, caballero de Galicia, en 894, y al año siguiente Sarraimo y Sandina su muger, partidarios de Witiza, se sublevaron contra el rey. Ambas conspiraciones fueron fácilmente reprimidas y castigadas. Pero en 896 estalló otra mas seria.

El principio de sucesion á la corona iba ya haciendose hereditario, y don Alonso tenia numerosa y masculina sucesion. Sus hermanos se veían, pues, escluidos de toda esperanza al tro-

no, y bajo un rey de tanto mérito les era imposible prevalecer sobre sus sobrinos, sin derribarle con la fuerza. Las conspiraciones anteriores fueron tentativas, tramadas por los mismos infantes, para presentarse en la palestra si cundian; pero su pronta represion los obligó á tomar resoluciones mas atrevidas, y proyectaron quitar la vida al rey. Don Alonso descubrió la conspiracion, y sus hermanos huyeron á Castilla sin haber hecho nada; pero fueron perseguidos, presos y condenados á la pérdida de la vista y á reclusion perpétua.

Bermudo, el mayor de éllos, pudo escaparse de la prision al año siguiente, pasó á Astorga, donde tenia muchos parciales, se hizo dueño de la ciudad, é imploró el socorro de los mahometanos que le enviaron algunas tropas. El activo don Alonso se puso sobre la ciudad, que le resistió ostinadamente. Abdalá, rey de Córdoba, le envió otro cuerpo auxiliar, considerando cuan útil le era entretener la discordia entre los cristianos. Apenas se acercó este nuevo refuerzo, don Bermudo salió de Astorga para reunirse con él y dar batalla al rey. Don Alonso le acometió en los llanos de Grajal de Ribera, le derrotó con pérdida de la mayor parte de los moros, y le obligó á refugiarse en los dominios de Abdalá. Astorga, la Ventosa (llamada hoy Lastanosa) y otros pueblos que se habian levantado á favor de don Bermudo volvieron á la obediencia del rey. Dos años despues (en 899) se dedicó la catedral de Santiago, que Alon-

so III habia edificado de piedra de sillería. Y al año siguiente de 900 se celebró un concilio en Oviedo, en que se establecieron reglas de disciplina, y se declaró al obispo de la capital metropolitano de todas las iglesias del reino. Desde entonces empezó el cuerpo sacerdotal á ejercer un grande imperio político en la nacion, dimanado del ascendiente moral que le correspondia en un pueblo que peleaba al mismo tiempo por su religion y por su independencia.

Batalla de Zamora (904). Don Alonso, pacificado el interior del reino y arregladas las cosas eclesiásticas, volvió su atencion á la defensa de las fronteras: y viendo la facilidad con que penetraban los mahometanos en sus invasiones hasta Leon y Astorga, centro entonces de la monarquía, mandó poblar y fortificar toda la línea del Duero. Encargóse en persona de la restauracion de Zamora; su hijo mayor, el príncipe don García, de la de Toro, y encomendó á otros dos señores principales la de Simancas y Dueñas. Estas operaciones se siguieron con tanta actividad que estaban ya casi concluidas á fines de 903.

Pero al año siguiente se conoció cuán importante habia sido la prevision del rey. Aben Hufsun, dueño de toda la España árabe hasta los montes de Sierra Morena, y poseedor de muchos terrenos en Andalucía, en cuya posesion se habia mantenido á despecho de Abdalá, rey de Córdoba, determinó aumentar su poderío, subyugando la monarquía de Asturias, ó á lo

menos apoderándose de gran parte de ella.

Abulcasim su general partió con numeroso ejército á la frontera del Duero. Don Alonso salió á recibirle á Zamora, y apoyado en esta plaza recien fortificada, le dió una de las rotas mas terribles que hasta entonces hubiesen sufrido los mahometanos. Casi todo su ejército, que constaba de 60000 hombres, perecieron en la batalla y en el alcance: entre los muertos se contaron Abulcasim, caudillo de los moros, y Abderraman, uno de los mas esforzados capitanes de la morisma. Esta jornada sangrienta fue célebre por mucho tiempo entre los cristianos con el nombre de dia de Zamora. El rey de Córdoba se disculpó con don Alonso, diciendo que aquella guerra habia sido intentada no por él, sino por un vasallo rebelde.

Sancho II Abarca, rey de Navarra (905). Don Fortun II, rey de Navarra, cansado de estar en el trono, donde nada útil hacia, y que le apartaba de la vida monástica, renunció la corona, y entró monje en el monasterio de San Salvador de Leyre, donde vivió hasta la edad de 126 años, única circunstancia que distinguió á este rey, á quien los navarros, para indicar su inclinacion y su último estado, dieron el sobrenombre de *Monje*. Fue elegido rey en su lugar su hermano Sancho Garces con grande aplauso de los navarros, á quienes eran ya conocidas sus prendas políticas y militares.

Al año siguiente (906) queriendo don Alonso tomar venganza de los moros toledanos que

habian promovido la guerra de Zamora, entró con su ejército por Ávila, y penetró en tierra de Toledo, que vió entonces por la vez primera las armas de los cristianos; llevándolo todo á sangre y fuego, escepto aquellos territorios cuyas poblaciones redimieron la vejacion con grandes sumas de dinero. Concluida la espedicion, se volvió á sus estados, pasando el puerto de Guadarrama, y de camino tomó un fuerte que poseían todavía los moros en tierra de Campos cerca de Carrion: mas no sin resistencia; porque el gobernador de la fortaleza no quiso rendirla, y fue preciso entrarla por asalto. Ninguno de sus defensores escapó de muerto ó prisionero.

Aun todavía se hallaba Alonso III en Carrion cuando descubrió otra conspiracion, tramada por un caballero llamado Adalpino, y por sus hijos. Los reos fueron presos inmediatamente, convencidos de haber atentado contra la vida del rey, y condenados al último suplicio. Es imposible al historiador encontrar una causa probable de tantas conspiraciones como tuvo que domar un rey como Alonso III sino en la ambicion del mando que aquejó primero á sus hermanos los infantes y despues al príncipe su hijo.

Sitio y batalla de Pamplona (907). Los gascones, nombre derivado de los antiguos vascones, estaban divididos sobre la eleccion de su duque, y un gran partido se declaró á favor de don Sancho II, rey de Navarra. Este príncipe,

aprovechando la ocasion de estender sus dominios, pasó el Pirineo con su ejército, impuso silencio á los del partido contrario, y estableció duque de la Gascuña ulterior, donde hoy estan Auch y Mont de Marsan, á su hijo segundo don García por sobrenombre el *Corvo*; y agregó al reino de Navarra el territorio de San Juan Pie de puerto, y aquella parte del Bearne, del Bigorre y del Cominge que está en las vertientes septentrionales del Pirineo.

Entretanto Abdalá de Zaragoza, que habia vuelto al gobierno de esta ciudad despues que la batalla de Zamora quebrantó el poder de Aben Hufsun, viendo ocupado al rey al otro lado del Pirineo, creyó favorable la ocasion para acabar con el reino de Navarra; y juntando poderoso ejército marchó contra Pamplona, y la puso sitio, sin hallar resistencia por estar todo el ejército navarro en Gascuña, ni temer que don Sancho viniese á socorrerla: pues ya estaba muy entrado el otoño y los puertos del Pirineo cubiertos de nieve.

Pamplona se hallaba en el último apuro, defendida solo por el valor de sus habitantes, cuando repentinamente aparece en las alturas inmediatas el ejército del rey. Don Sancho, apenas tuvo noticia de la invasion de los mahometanos, se puso en marcha para atravesar los puertos. Dícese que entonces dió á sus tropas una especie de calzado, llamado *abarca*, con el cual pudieron caminar mas fácilmente sobre la nieve, y que por esta causa se le dió el sobre-

nombre de Abarca, con el cual es conocido en nuestra historia.

Apenas dió vista á los reales enemigos, se lanzó sobre ellos con la velocidad del rayo y esterminó el ejército sitiador. Esta victoria dió grande nombradía á la nacion navarra; y desde entonces sus reyes que en Asturias y en Córdoba apenas tenian otro nombre que el de señores ó condes, empiezan á figurar en la historia de los pueblos de España: y aun durante cierta época fue Navarra el primero de los estados cristianos de la península.

En este mismo año fue descubierta la conspiracion del príncipe don García contra su padre don Alonso el Grande. Estaba casado con doña Nuña, hija de don Nuño Fernandez, conde de Amaya, y uno de los grandes señores del reino. Espoleado por su ambicion propia, por la de su suegro, por la aversion que su madre Gimena tenia contra el rey su esposo, aversion cuya causa callan los historiadores, y por la cooperacion de su hermano segundo don Ordoño, que era gobernador de Galicia, se atrevió á conjurarse contra su padre. Pero el rey, á cuyo activo gobierno nada se ocultaba, descubrió la trama, y puso preso á su hijo en el castillo de Gauzon, construido poco antes sobre la costa del mar Cantábrico.

Al punto estallaron movimientos y asonadas en la córte, en Galicia, en Castilla: los poderosos cómplices de don García no dejaron piedra por mover para obligar al rey á que diese

libertad á su hijo. Hallábase don Alonso en gran perplejidad: por una parte no queria dejar impune el delito: por otra los conjurados eran muchos, y su gran corazon no le permitia empeñar una guerra civil que seria funesta á la patria. Esta incertidumbre duró hasta el año de 910, en que pospuso su propia dignidad al bien público, perdonó á sus hijos y renunció la corona en don García, dando la Galicia á don Ordoño, no se sabe si como gobierno ó como feudo. Ejemplo admirable de magnanimidad con que este héroe coronó todas sus hazañas venciéndose á sí mismo.

Don Alonso III abdicó á los 62 años de edad y 44 de reinado. De su esposa doña Gimena de Navarra tuvo seis hijos: García, Ordoño y Fruela, que reinaron sucesivamente; Gonzalo, que fue arcediano de la iglesia de Oviedo, Bermudo que falleció antes de la abdicacion y Ramiro: y tres hijas; de dos de ellas se ignoran los nombres, la tercera, llamada Sancha, casó en Alemania con Conrado, duque de Suevia, cuya familia se habia ya enlazado otras dos veces con la real de Asturias.

Alonso III fué sin duda el monarca mas ilustre de la dinastía de Cantabria, que fue la segunda de nuestro reino. Las victorias de Coria y Zamora, las campañas del Ezla, las espediciones al Mondego, al Guadiana, á Sierra Morena y á las cercanías de Toledo, demuestran su intrepidez y habilidad militar, su cuidado en poblar y fortificar su reino, su prontitud

en descubrir y castigar tantas conspiraciones como se movieron contra él, y sus afanes para el arreglo de la iglesia, enlazada íntimamente en aquella época con el régimen civil, su capacidad política. Ni en un siglo tan bárbaro y en medio de tan graves ocupaciones fue ignorante de la literatura. Ha quedado de él una Crónica, que llega hasta el principio de su reinado. En fin, con sus victorias y sus prudentes disposiciones estendió y consolidó la monarquía, cuyos límites puso en el Mondego por la parte de Portugal, y en el Duero por la de Castilla.

En el intermedio de 907 á 910, don Sancho II de Navarra, aprovechándose de la consternacion de los mahometanos por el desastre de Pamplona, tomó la fortaleza de San Esteban de Monjardin, se apoderó de los Arcos, Sansol y Torres, y de Mendavia, Lodosa, Carcar, San Adrian, Andosilla y otros pueblos hasta Milagro en la confluencia del Ebro y del Aragon.

CAPÍTULO XIII.

Don García.

Don García, rey de Asturias. Ultima espedicion y muerte de Alonso III.

Don García, *rey de Asturias* (910). Don García, rey de Asturias, apenas se ciñó la corona y dió órden en el gobierno interior del reino, preparó su ejército para salir á campaña contra los mahometanos: y en la primavera de 911 entró por sus dominios llevándolo todo á sangre y fuego, pasó la sierra de Ávila, penetró en el territorio de Toledo, derrotó á Ayola, lugarteniente del rey de Córdoba, que le habia salido al opósito con un cuerpo numeroso, y le hizo prisionero, bien que el moro logró escaparse por descuido de sus guardas. Don García se volvió á Oviedo cargado de despojos.

Ultima espedicion y muerte de Alonso III (912). Alonso III tuvo en Astorga una entrevista con su hijo, en la cual la ambicion del padre, sometida al bien público, y la del hijo satisfecha, dejaron su imperio á los afectos paternales y á la piedad filial, que hicieron fácilmente la reconciliacion. El héroe pidió á su hijo que no le negase el favor de hacer una campaña

contra los musulmanes, y don García se lo concedió: suceso muy notable y acaso único en la historia, y que honra sobremanera el carácter de ambos: el de Alonso, porque inspiró la confianza al mismo que le habia destronado: el del hijo, porque creyó en la virtud, y no temió confiar sus tropas al que tantas veces las habia mandado y podria si quisiese valerse de ellas para echarle del trono adquirido con malos medios.

En el magnánimo corazon de Alonso solo dominaba el amor de la religion y de la patria. Siempre atento á su sabia y antigua política, aconsejó á su hijo, que mientras él hacia la guerra á los moros, se fortificasen nuevas plazas en el Duero. García lo hizo así, y durante la espedicion de su padre pobló y ciñó de murallas á Rueda, á San Esteban de Gormaz, á Osma, á Coruña del Conde y á Coca.

Don Alonso se puso al frente del ejército, penetró por los territorios de Avila y Segovia, derrotó los cuerpos mahometanos que se le opusieron, saqueó las ciudades, taló los campos, y se volvió á Zamora victorioso y lleno de despojos. Los moros no pudieron hacerle resistencia, porque este mismo año falleció Abdalá, rey de Córdoba, y le sucedió su nieto Abderraman III; y ademas estaban las fuerzas musulmanas empleadas en la guerra civil contra Aben Hufsun el rebelde, que conservaba todavía la plaza y gobierno de Toledo. Don Alonso cayó enfermo en Zamora, y á pocos dias murió; su cuerpo fue

trasladado á Astorga, donde recibió sepultura.

Al año siguiente (913) empezó á notarse alguna enemistad entre don García y su hermano don Ordoño, y á no ser por la mediacion de la reina viuda doña Gimena, de los demas hermanos del rey y de otras personas de autoridad, le hubiera movido guerra para quitarle á Galicia. Don Ordoño, que habia heredado el valor y ardimiento de su padre, reconciliado con Don García, hizo entrada en los dominios árabes de Portugal, llegó hasta Beja, la entró á fuerza de armas, la saqueó y desmanteló, y se volvió á Galicia con muchos esclavos y riquezas. Poco despues falleció el rey don García, á los tres años de su reinado, sin dejar sucesion, y fue sepultado en Oviedo en el panteon de los reyes.

CAPÍTULO XIV.

Don Ordoño II.

Don Ordoño II, rey de Leon. Batalla de San Esteban de Gormaz. Batalla de Valdejunquera.

Don Ordoño II, *rey de Leon* (914). Don Ordoño, sabida la muerte de su hermano, pasó de Galicia á Leon, donde estaban reunidos los obispos y grandes, y fue proclamado y recono-

cido por rey. Este príncipe estableció su corte en aquella ciudad, que era entonces la mas central de sus dominios, y estaba defendida por las fortalezas del Duero: por lo cual se mudó el nombre de reyes de Asturias, y él y sus sucesores fueron llamados reyes de Leon, segun la costumbre mahometana que daba á los reinos el título de sus capitales.

Apenas puso órden en las cosas del gobierno, marchó con su ejército contra los moros, atravesó las sierras que separan las dos Castillas por la parte de Ávila, taló toda la comarca de Talavera, cercó esta plaza, derrotó un ejército moro que acudió á socorrerla, la entró despues por asalto pasando á cuchillo la guarnicion, la saqueó y desmanteló, y se llevó cautivos á los habitantes.

Por estos años Sancho II, rey de Navarra, lograba tambien victorias decisivas sobre los moros que ocupaban la Rioja, abandonada por Alonso III de Asturias, como pais demasiado lejano y muy dificil de sostener. Logroño, Alcanadre, Ansejo, Calahorra, Alfaro, los pueblos de la comarca de Tudela y Tarazona, cayeron en poder de los navarros. Reconquistaron á Nájera que habia vuelto á manos de los musulmanes, y estendieron sus conquistas hasta las fuentes del Duero.

En la campaña siguiente (de 915) hizo el rey de Leon otra invasion en los dominios mahometanos por la parte de Estremadura. Entró á saco el castillo de Montanches, llamado Alan-

ge por los moros, y lo desmanteló. Los habitantes de Mérida y Badajoz, aterrados, pagaron grandes sumas de dinero para evitar las hostilidades y la tala de sus campos. Concluida la campaña, se volvió el rey á Leon cargado de despojos.

Batalla de San Esteban de Gormaz (916). La monarquía de Córdoba, trabajada por las rebeliones contínuas de los valíes, no se hallaba en estado de resistir á las armas cristianas, guiadas por dos monarcas tan valerosos como Ordoño de Leon y Sancho de Navarra. Abderraman III recurrió á las tribus de Africa, cuyo auxilio imploró; y pasó el estrecho un ejército de moros, que unido á las tropas andaluzas, de que podia disponer Abderraman, formó un total de 80000 combatientes. Sus generales Ablapaz y Almotaraf, gobernador de Ceuta, se pusieron en movimiento, y llegaron á las riberas del Duero por la parte de San Esteban de Gormaz.

Ordoño de Leon salió á recibirlos con todas sus fuerzas, y dióse á la vista de aquella plaza una de las mas terribles batallas de que habla nuestra historia. Los africanos sostuvieron el choque con estraordinario valor y ferocidad. Los árabes de España, por no ser menos que éllos, emularon en bizarría; pero la muerte de los dos capitanes moros, que perecieron en lo mas recio del combate, desalentó á su gente, y don Ordoño consiguió una victoria completa: los cristianos irritados por la resistencia estermi-

naron casi todo el ejército enemigo: cuyo campamento, que contenia inmensas riquezas, cayó en poder del vencedor.

Despues de esta victoria hicieron treguas por tres años los reyes de Leon y de Córdoba. Don Ordoño empleó este tiempo en fortificar nuevas plazas y en poblar algunos lugares al mediodía del Duero: porque ya los cristianos meditaban pasar al Tajo las fronteras de su reino. Al mismo tiempo empezó á edificar la catedral de Leon dentro de la ciudad (porque hasta entonces estuvo fuera); para lo cual dió unos edificios suntuosos que le servian de palacio. Así mostró su gratitud al cielo por la señalada victoria que acababa de conseguir.

Don Sancho de Navarra, por estar mas espedito para continuar la guerra contra los moros de Huesca y Zaragoza por la parte del rio Aragon, confió á su hijo mayor don García el gobierno de la Rioja con título de rey. Don García puso su córte en Nájera el año de 918. Al siguiente, en que concluyeron las treguas entre Leon y Córdoba, habiendo recibido los moros nuevas levas del Africa, juntaron un considerable ejército, que penetró en Galicia; y en un lugar llamado Mindonia, cuya posicion es desconocida, les salió al encuentro don Ordoño. Dióse una batalla mas ostinada todavía que la de San Esteban, Despues de haber peleado todo el dia, sin reconocerse ventaja por ninguna de las dos partes, la noche separó á los combatientes; y la pérdida que habian sufrido fue tal

que ni unos ni otros se atrevieron á renovar la batalla. Los moros se retiraron á sus fronteras.

Batalla de Valdejunquera (921). Los valíes de Zaragoza y Huesca, ostigados por las correrías frecuentes de los cristianos, manifestaron al rey de Córdoba la necesidad de socorrer sus provincias. Abderraman III trajo del África levas muy numerosas y juntó un poderoso ejército. Uno de sus lugartenientes se puso al frente de él, y marchó por Toledo y Ágreda, donde se le juntaron las huestes del centro de España, de Zaragoza y de Huesca, la vuelta de Rioja. El infante don García, que como ya hemos dicho, tenia bajo su dominio esta provincia, viendo la inumerable multitud que cargaba sobre él, recogió las guarniciones de las plazas y castillos, pasó el Ebro, y se replegó entre el Ega y el Arga, esperando al rey de Leon don Ordoño, á quien habia avisado el peligro que corria.

No tardó este héroe en reunir toda la gente que pudo juntar de su reino: al pasar por Castilla, encargó á los condes que reuniesen sus mesnadas y fuesen á reforzarle, mientras él, adelantándose rápidamente por Álava, Salvatierra y la Borunda, se incorporó con don García. Entretanto los moros, dejando en Nájera una guarnicion considerable, entraron por Viana y Estella en Navarra, y llegaron saqueando todo el pais á sangre y fuego hasta Muez. Los cristianos esperaron algunos dias las tropas de Castilla, pero viendo que no llegaban, y siendo preciso dar la batalla para contener el ímpetu

del enemigo, salieron á encontrarse con él. La batalla se dió en Valdejunquera, junto á Salinas del Oro, y fue de las mas bravas que se dieron entre moros y cristianos. Los primeros, muy superiores en número, suplian la terrible matanza que en éllos hicieron los cristianos entrando nuevos cuerpos de refresco. Así obligaron á los príncipes don Ordoño y don García á ceder el terreno, hasta que al fin fueron desbaratados y deshechos. Don Ordoño se volvió á Leon con los que pudo recoger en la fuga, y don García se retiró á Pamplona para defenderla.

Esta batalla pudo haber destruido el reino de Navarra, que entónces empezaba á figurar entre las potencias de España. Pero los moros ó no pudieron ó no quisieron aprovecharse de su victoria, atentos mas al botin que á la gloria ni al poderío. Atravesaron la Navarra saqueando todos los lugares abiertos, y siguiendo el canal de Jaca, entraron por el Pirineo en Francia, y llegaron hasta Tolosa, llevándolo todo á sangre y fuego. Concluida su campaña de latrocinio, se volvieron á Córdoba, no sin pagar cara la victoria de Valdejunquera en las estrechuras de los montes, donde los esperaron don García y su padre el rey don Sancho II; mientras don Ordoño de Leon, que con admirable rapidez formó otro nuevo ejército, entró en Estremadura, donde tomó y arruinó muchos castillos, pasó la Sierra Morena, y llegó hasta una jornada de Córdoba, sin que en ninguna parte hallase resistencia, porque casi todas las fuerzas de la Es-

paña árabe estaban en la espedicion de Francia. Esta campaña fue de esterminio, como dirigida por la venganza y el despecho, y la espada de los cristianos no perdonó á ninguno de los moros que cayeron en su poder.

Llegando de vuelta de su espedicion á Zamora recibió la noticia de la muerte de su muger doña Elvira, que era nieta del conde don Gaton, poblador de Astorga. Al año siguiente casó con una señora principal de Galicia, llamada Araconta; pero al cabo de algunos meses, sin saberse por qué, la repudió, segun la costumbre bárbara de los magnates en aquellos siglos. La reina se retiró al monasterio de Santa María de la Salceda, donde vivió y murió santamente. El rey conoció su culpa, pues consta que hizo penitencia de ella.

Ordoño, indignado contra los condes de Castilla, por no haberle acudido con sus tropas, como debian, en la campaña anterior, y porque tenia noticia de que trataban de rebelarse contra él, pasó á Burgos, y los mandó venir á su presencia; mas no obedecieron: volvió á Leon, juntó sus tropas, y púsose en marcha contra éllos, despues de haberlos enviado á llamar otra vez. Los condes, temiendo la ira y el poder del rey, obedecieron esta vez, y encontraron al rey en un palacio que tenia á orillas del rio Carrion junto á Tejares. Estos condes eran Nuño Fernandez, Almondar el Blanco y su hijo don Diego, y don Fernando Ansurez. Ordoño los mandó prender y llevar á Leon, donde fueron pues-

tos en la cárcel, y muertos en ella por órden del rey.

Esta atrocidad ha sido censurada con razon por el Padre Mariana, y no bastan á disculparla las razones que alegan Ferreras y el marques de Mondejar, tomadas del cronista Sampiro, que escribió su obra no mucho tiempo despues. Es indudable que los condes merecian castigo, y si eran rebeldes, el último suplicio; pero las formas de la justicia no debieron ser violadas, y el rey no pudo castigarlos arbitrariamente sin ponerlos antes en juicio.

Don García de Navarra recobró este año todas las plazas perdidas en la campaña anterior en Rioja, escepto las de Nájera y Viguera. En la campaña siguiente de 923 volvieron á reunirse Ordoño y García con sus ejércitos y recobraron aquellas dos plazas. Ordoño, que tomó á Nájera, la entregó al navarro: recibió como premio de su hazaña la mano de doña Sancha, hija del infante, y se volvió con su esposa á Leon. En un viage que hizo poco despues á Zamora se sintió indispuesto, y falleció á los 9 años de reinado. Se sepultó en la catedral de Leon, que él mismo habia mandado edificar.

Este príncipe no degeneró de su padre Alonso III ni en el valor ni en la política; pero le fue muy inferior en las virtudes. De su primera muger Elvira tuvo cuatro hijos, Alonso, Ramiro, García y Sancho, y dos hijas, Gimena y Ora. Todos se nombran en los documentos públicos de aquella época; pero con mucha confusion

por la costumbre de llamarse *reyes* todos los varones de la familia reinante. Sin duda esta voz equivalia entonces, tomada en un sentido mas lato, á príncipe ó infante.

CAPÍTULO XV.

Don Fruela II.

Don Fruela II, rey de Leon.

DON FRUELA II, *rey de Leon* (923). Aunque Ordoño II habia dejado sucesion varonil y en edad competente para reinar, fue sin embargo elevado al trono su hermano Fruela: señal de que aun subsistia el derecho de eleccion, bien que limitado ya por la costumbre á sola la familia reinante. Sin embargo, este príncipe solo se distinguió por su crueldad. Apenas se ciñó la corona, mandó matar á los hijos de un caballero principal llamado Olmundo, y desterró á Frunimio, obispo de Leon, hermano de ellos. Este homicidio no encontró en los historiadores próximos á aquella época la misma apología que el de los condes de Castilla cometido por el antecesor de Fruela: antes bien, habiendo muerto este rey al año siguiente consumido de una lepra, atribuyeron un género de muerte tan es-

traordinario en nuestros climas; á justo castigo del cielo por la sangre inocente que habia derramado. Este rey tuvo sepultura en la iglesia catedral de Leon.

El infante don García de Navarra, siguiendo el curso de sus conquistas, reconquistó de los moros á Tarazona, ocupó á Agreda, y nombró obispo para Calahorra, destruida entonces por las guerras, á un prelado que residió en Nájera, córte á la sazon de don García, hasta que poblada y restaurada aquella ciudad se pudiese trasladar á ella la sede.

Don Fruela fue casado dos veces; la primera con doña Nunilona Gimena, hija del rey de Navarra don Sancho II. Esta señora falleció antes de que su marido ascendiese al trono de Leon, y le dejó tres hijos, Alonso, Ordoño y Ramiro. De su segunda muger doña Urraca que le sobrevivió, no tuvo sucesion. Fuera de matrimonio tuvo un hijo llamado Aznar, que Salazar pone entre los ascendientes de la nobilísima casa de Silva.

En el reinado, córte de este príncipe cruel y débil, se supone la fábula de la independencia de Castilla, de los jueces nombrados por el pueblo para administrar justicia, y de los condes soberanos de aquel pais; pero esta fábula prueba á lo menos la impaciencia con que los castellanos llevaban el yugo de los reyes de Leon desde el asesinato de sus condes en tiempo de Ordoño II, y lo dispuestos que estaban á declararse independientes á la primera ocasion que se les pre-

sentase, como efectivamente la tuvieron despues. Los primeros condes de Castilla no fueron señores feudales, sino gobernadores militares y políticos nombrados por la corona de Leon y dependientes de ella: y los últimos tampoco fueron señores feudales, sino soberanos de Castilla.

CAPÍTULO XVI.

Don Alonso IV el Monje.

Don Alonso IV el Monje, rey de Leon. Don García IV Sanchez, rey de Navarra.

Don Alonso IV *el Monje, rey de Leon* (924). Muerto don Fruela, último hijo de Alonso el Magno, empezaron á reinar los de don Ordoño II, su hijo segundo; porque se iba estableciendo la costumbre de no pasar á la línea directa de un rey hasta que hubiesen faltado sus hermanos. Este mismo método se observó en Rusia en los principios de la monarquía, y produjo despues los males y calamidades que refiere la historia de aquel pais.

Dos causas dieron nacimiento á esta costumbre. La primera fue que se necesitaban varones ya formados para el manejo de las armas; lo que naturalmente daba la preferencia á los tios sobre los sobrinos, casi siempre demasiado

jóvenes. La segunda era el respeto que en las familias tienen los menores á los mayores, señaladamente cuando están las naciones mas cercanas á la sencillez primitiva de la naturaleza; y hubiera parecido una contradicion que el sobrino fuese acatado en público como rey de aquel á quien debia respeto segun las relaciones domésticas. En España se añadió otro motivo mas, y fue que los reyes dejaban á sus hijos para asegurar su sucesion al trono el gobierno de las provincias con autoridad muy poco definida y casi independiente. Alonso el Magno dejó á sus hijos Ordoño y Fruela la Galicia y las Asturias. ¿Qué hubieran podido hacer los hijos de García, heredero del trono, si hubiese tenido sucesion, contra sus tios, que cada uno tenia bajo su mando las tropas de sus provincias? ¿Ni qué pudieran hacer los hijos de Ordoño II, jóvenes todavía y sin clientela, contra el poder de su tio don Fruela? Los males que produjo despues este pésimo sistema de repartimiento y de sucesion hicieron que se renunciase á él.

El mayor de los hijos de Ordoño II subió al trono, muerto Fruela, pospuestos los hijos de éste. Llamábase Alonso, y fue el único que deshonró este nombre, de fausto agüero en los monarcas de España. Era débil, incapaz de grandes ideas ni de grandes empresas. Gobernó mal el reino, y no movió guerra contra los moros; bautismo de sangre que necesitaba entonces todo rey español que aspirase á la gloria.

Don García IV Sanchez, rey de Navar-

ra (926). Sancho II, rey de Navarra, falleció este año, héroe á quien se debió la fundacion de aquel reino ilustre. La victoria de Pamplona le cubrió de gloria inmortal: y su vida entera, consumida hasta una estrema senectud en pelear contra los moros, testifican el temple de su alma y su valor intrépido. Sucedióle su hijo mayor el infante don García, IV de este nombre, que ya habia años que llevaba sobre sí el peso de los mayores negocios.

Murió en este tiempo Gimena, esposa de Alonso IV de Leon. El rey hizo grandes estremos de dolor por su pérdida. La debilidad de su alma para sufrir aquel golpe, y el fastidio que el pesar le produjo para las cosas del gobierno á que nunca fue muy inclinado, le parecieron señales de vocacion á una vida mas perfecta; y así resolvió dejar la corona á su hermano Ramiro, jóven de capacidad y ardimiento, á quien habia encomendado la defensa del Duero de Portugal, y que á la sazon se hallaba en Visco. Mandóle venir á Zamora donde él estaba con muchos señores y grandes del reino, y en presencia de todos renunció en él la corona, y se retiró á hacer vida monástica en el convento de Sahagun, á los tres años de reinado. Este príncipe tuvo tres hijos: Ordoño, á quien sus contemporáneos dieron el sobrenombre de *Malo*, Fortis, que fue diácono, y Fruela. El primero consta que lo tuvo de su esposa doña Gimena. Los otros dos se ignora si fueron legítimos ó habidos fuera de matrimonio.

CAPÍTULO XVII.

Don Ramiro II.

Don Ramiro II, rey de Leon. Toma y saco de Madrid. Batalla de Osma. Primeras córtes de España. Batalla de Alhandio ó del foso. Batalla de Simancas.

Don Ramiro II, *rey de Leon* (927). Este príncipe era digno descendiente de los Ordoños y de Alonso III el Grande. Apenas subió al trono empezó á hacer los preparativos de la campaña siguiente contra los moros: y al principio de la primavera de 928 se encaminó á Zamora, y se dispuso á entrar en los dominios mahometanos. Pero su hermano don Alonso, que se habia fastidiado muy pronto de estar recluso en Sahagun, salió del monasterio, reunió algunos señores mas afectos á sus vicios que á las cualidades heróicas de Ramiro, y se hizo fuerte en Leon, donde era mayor el número de sus parciales.

Sabedor don Ramiro de esta rebelion, dejó guarnecida la frontera, se volvió con el ejército á la capital, declarada ya á favor de Alonso el Monje, y la puso sitio; mas no queriendo destruirla, se contentó con impedir la comuni-

cacion de la ciudad con el resto del pais, y él salió con un fuerte destacamento á recorrer el reino y sujetar algunos pueblos que se habian declarado á favor del hermano. El sitio de Leon duró dos años, pero sin operaciones militares: contentándose los sitiados con defender la plaza, y los sitiadores con observarla.

Pero al año siguiente de 929 se estendió el fuego de la rebelion á Asturias. Alonso, Ramiro y Ordoño, hijos de Fruela II, y que tenian sus bienes en aquella provincia, donde habia gobernado ó reinado su padre antes de ser rey de Leon, quisieron aprovecharse de la ocasion en que Ramiro II estaba ocupado en someter á su hermano, y declararon rey al mayor de éllos, fundándose en el derecho heredado de su padre.

No por eso abandonó Ramiro la empresa de Leon, y estrechó el bloqueo de suerte que, acosados los habitantes del hambre, persuadieron á don Alonso á que se pusiese en poder de su hermano. Hízolo así, y el rey entró en la ciudad, y perdonó todos los parciales de la rebelion; pero puso en prisiones á don Alonso. Hecho esto, y asegurado en la posesion del reino, determinó pasar con su ejército á Asturias á domar la rebelion de sus primos.

Los asturianos le enviaron á decir que apenas atravesase las montañas se le someterian y le entregarian los príncipes; pero el cauto don Ramiro no quiso ir sin el ejército para hacer mas cierto el cumplimiento de la promesa. En

efecto, la provincia le recibió como á su rey, y cayeron en su poder los tres hijos de Fruela, que los mismos habitantes prendieron y entregaron. Ramiro hizo lo mismo que en Leon; y perdonó á todos los rebeldes, mas no á su propia sangre: porque usó con ella de escesivo rigor por no decir crueldad. Llevó presos á sus tres primos á Leon, y tanto á éllos como á su hermano don Alonso mandó sacar los ojos en un mismo dia, y los condenó á prision perpétua. La reduccion de Leon y de Asturias se verificó el año de 930. Al siguiente, movido á piedad de los príncipes, que en la prision donde los habia puesto sufrian incomodidades y privaciones no dignas de su alto nacimiento, mandó tratarlos con mas dulzura, y edificó para éllos el monasterio de San Julian en Ruiforco, pueblo cercano á Leon, donde los trasladó. Allí acabaron sus dias, considerados siempre y tratados como príncipes, pero privados de la vista y de la libertad.

Toma y saco de Madrid (932). En fin, desembarazado ya don Ramiro de los disturbios interiores, logró la ocasion que deseaba de hacer guerra á los moros. Púsose, pues, al frente de su ejército, y atravesando las sierras de Guadarrama, llegó á Madrid, poblacion entonces no muy estendida, pero sumamente fuerte. Los moros que la defendian se resistieron con ostinacion; pero despues de algunos dias de sitio, la entró por asalto, degolló la guarnicion, la saqueó enteramente, y se llevó esclavos á los ha-

bitantes, dejando la villa desmantelada. Despues taló toda la tierra desde Alcalá á Toledo, y llevando ricos despojos se volvió á Leon.

Batalla de Osma (933). Abderraman III, rey de Córdoba, en venganza de los destrozos hechos por los cristianos en la campaña anterior, juntó en ésta un ejército numeroso, que atravesando el gobierno de Toledo para incorporar las huestes de esta provincia y esperar las de Zaragoza, cuando estuvieron todas reunidas, pasó el puerto de Somosierra, y se dirigió á Osma. Era entonces conde de Lara Fernando Gonzalez, que despues lo fue de toda Castilla, y llegó á hacerse independiente del reino de Leon. Este héroe valiente, y uno de los mas célebres caudillos que ha tenido la cristiandad en España, estaba casado con doña Sancha, hermana del rey de Navarra García IV.

El conde Fernando, ó como generalmente se le nombra en nuestra historia Fernan Gonzalez, avisó con tiempo á los reyes de Leon y de Navarra del peligro que amenazaba á Castilla. Uno y otro acudieron, Ramiro por defender sus estados, García por no faltar en ocasion tan importante á la defensa de la causa cristiana. La batalla se dió de poder á poder junto á los muros de Osma. Fue sangrienta; pero despues de algunas horas de combate, quedó la victoria por los dos reyes, que siguieron el alcance haciendo gran matanza en los moros, y se apoderaron de los reales enemigos, donde encontraron cuantioso botin.

Primeras córtes de España (934). En este año se celebraron las primeras *córtes* conocidas de la monarquía de Leon : las llamamos primeras no porque antes no se hubiesen celebrado congresos, á que concurrian los obispos, abades y señores para tratar de los asuntos públicos, como se hacia en los concilios de Toledo durante la dominacion de los visogodos, sino porque el de este año fue el primero conocido con el nombre de córtes, voz probablemente tomada de la latina *curia*, despues de haber pasado por la dura pronunciacion de las naciones septentrionales, que convirtieron esta voz en *Cur*, *Cant* ó *Cort*. El español, poco aficionado á las prolaciones duras y sordas en fin de diccion, rompieron en *Córte*. Así llamaban al tribunal del rey, despues á su casa y familia: y en fin la ampliaron, usando la palabra en plural, á los congresos políticos.

Estaban en aquella época las atribuciones políticas tan mal deslindadas, que en este primer congreso solo se trató de un pleito eclesiástico: á saber, si debian restituirse á la diócesis de Astorga algunas iglesias de los territorios de Sanabria, Braganza y Quiroga. Decidióse que sí, por haberse justificado que aquellas parroquias pertenecian, antes de la invasion de los mahometanos, á la jurisdiccion episcopal de Astúrica.

El rey don Ramiro, indignado contra el valí de Zaragoza, llamado Abenhaya, por haber sido el que mostró mayor animosidad contra los

cristianos en la campaña anterior, entró con su ejército por la parte de Soria en el territorio del valí. Este, hallándose incapaz de resistir al ejército del leones, reforzado con tropas que le envió el rey de Navarra, envió á pedirle que le admitiese por vasallo suyo, con la condicion de pagar á la corona de Leon el mismo servicio de dinero que pagaba al rey de Córdoba. Ramiro admitió esta proposicion; y como algunos pueblos de la valía se sublevasen por no sufrir la indignidad de reconocer por superior á un enemigo del mahometismo, el rey marchó contra éllos y los sometió á la obediencia de Abenhaya. Este fue el primer ejemplo de vasallage de un territorio de moros á un monarca cristiano.

Es verdad que dos años despues (en 936) Abenhaya, ostigado por el rey de Córdoba, que preparaba una grande espedicion contra los cristianos, y amenazado por sus armas, negó la obediencia que habia jurado á Ramiro, y se sometió de nuevo á Abderraman. El rey de Leon no se hallaba entonces con poder suficiente para vengar esta falta de fé, porque necesitaba de todas sus fuerzas para resistir á la tempestad que amenazaba del mediodía.

En 937 reunió don Ramiro segunda vez las córtes de su reino, que se juntaron en Astorga con asistencia de los obispos y señores. Ni en esta época ni hasta dos siglos despues tuvieron representacion las ciudades. Acaso eran sus procuradores los mismos obispos como en tiempo de los visogodos, acaso los gobernadores militares.

Es verdad que en aquella época, que habia muy poca industria, los intereses esclusivos de la sociedad fueron la religion, á la que debian los españoles el espíritu de independencia, y la clase militar, á la cual debían la seguridad y la victoria. Así la mayor parte de la propiedad estaba en estas dos clases. Ellas, pues, fueron las únicas que por entonces lograron representacion.

En estas segundas córtes se trató por lo menos de los negocios públicos; pero no han quedado actas de ellas, y así se ignora de qué materias trataron y quiénes fueron los que concurrieron á ellas. Aun su noticia consta solamente de una escritura de donacion hecha por Salomon, obispo de Astorga, y citada por Sandoval; pero no publicada en tiempo del erudito Ferreras, que se quejaba de esta falta.

Batalla de Aihandic ó del foso (938). A principios de este año avisaron á Abderraman sus valíes que estaban prontas las huestes destinadas á su grande espedicion. El rey salió de Córdoba con su guardia y la flor de la caballería andaluza. El príncipe Almudafar, su tio, salió de Mérida con la caballería de Algarbe, y se reunió en Salamanca con el rey todo el ejército, que era de mas de cien mil hombres. Dividíase en tres huestes: la primera á las órdenes de Almudafar; la segunda de Obeidalá, valí de Badajoz, y la tercera mandada por Abderraman en persona.

Pasaron el Duero, asolaron todo el pais, destruyeron á Amaya y otros pueblos, y pusie-

ron cerco á Zamora. Esta plaza, como que era la principal de los cristianos en aquella frontera, estaba muy bien fortificada, y tenia dobles fosos, anchos, profundos y llenos de agua. El valí de Valencia, de orden del rey, se encargó del sitio de la plaza, y hubo casi diariamente salidas y combates muy encarnizados.

Ramiro de Leon acudió con su ejército en defensa de la ciudad, y le salieron al encuentro las huestes de Almudafar y de Abderraman en número de 80000 hombres. Despues de una leve escaramuza se retiraron uno y otro ejército á su campo, permanecieron ociosos dos dias, y al tercero se dió la batalla. Almudafar mandaba la vanguardia y centro de la batalla, el valí de Toledo la derecha, el de Badajoz la izquierda, y el rey de Córdoba el cuerpo de reserva.

Los cristianos descendieron de una altura y acometieron al enemigo con su intrepidez ordinaria. Almudafar y Ramiro hicieron hazañas increibles; pero el denuedo de los cristianos era tal, que ya los moros empezaban á ceder, cuando Abderraman, viendo que muchas de sus banderas se desordenaban, y que toda la hueste se iba retirando, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al flanco de los leoneses, y aunque rechazados por los escuadrones de lanceros cristianos, volvió á la carga, consiguió penetrar entre éllos, y atrajo hácia aquella parte toda la fuerza del ejército enemigo; con que las huestes, ya desordenadas, de

los mahometanos volvieron al combate con mayor furia. La accion continuó hasta la noche sin reconocerse ventaja por ninguna parte.

Pero al dia siguiente se conoció que los cristianos habian llevado lo peor por la retirada de su ejército; mas tambien se vió la gran pérdida que habian sufrido los moros en que no se atrevieron á seguir el alcance, sino se volvieron al cerco de Zamora. Los cristianos defendieron con valor el foso, que dió su nombre á la batalla, y perecieron en su defensa. Los moros le pasaron cargándole con los cadáveres de sus muertos, y entraron la ciudad á sangre y fuego, si se ha de creer á los historiadores árabes; porque los españoles no hablan ni de este sitio ni de la batalla, á pesar de que uno y otra son muy celebrados en las historias mahometanas, que confiesan que en esta espedicion perecieron cuarenta ó cincuenta mil moros, y que al año siguiente recobraron los leoneses á Zamora.

Batalla de Simancas (939). Abderraman, satisfecho y alegre por el resultado de su primer campaña contra los cristianos, preparó otra espedicion mas numerosa todavía, pidiendo gente á los aliados de Africa, que en estas guerras se acostumbraron al clima y fertilidad de España; lo que dió motivo á que mas adelante la señoreasen. Al mismo tiempo mandó á Abenhaya, valí de Zaragoza, que se le reuniese con su ejército.

Venida la primavera pasó la Sierra, atrave-

só la Mancha y el gobierno de Toledo, y habiéndosele reunido las huestes de Abenhaya marchó la vuelta del Duero, y habiendo pasado á su orilla septentrional, dió vista al ejército del rey don Ramiro en las llanuras de Simancas que se estienden entre los rios Duero y Pisuerga.

Allí se dió un terrible combate entre todas las fuerzas reunidas de ambas monarquías. Cada ejército parecia un muro imposible de penetrar, y mucho tiempo estuvieron los combatientes dando y recibiendo la muerte sin adelantar un paso, hasta que el valiente Ramiro, indignado de tanta resistencia, gritó á los suyos: "¿Por qué no avanzais? Yo romperé con mi espada esa pared que tan inútilmente os detiene aquí." Acometió denodadamente, todos los suyos le siguieron, y lograron, en fin, romper la línea enemiga. La batalla solo fue desde entonces una horrible carnicería. Abderraman volvió á pasar el Duero dejando en poder del vencedor los reales, el bagaje, y un gran número de prisioneros, entre ellos Abenhaya, valí de Zaragoza, al cual mandó poner Ramiro en estrecha prision en castigo de la felonía que habia usado con él rompiendo la ley del homenage.

Los cristianos siguieron el alcance, y encontraron á Abderraman en Alhóndiga al sur de Salamanca, donde habia juntado las reliquias de su ejército. Allí le derrotaron segunda vez. Huyó herido de la pelea con un corto número de caballeros que se salvaron con él. Asi pereció un ejército mahometano que al

principio de la campaña era de 150000 hombres. El botin fue inmenso, como de un campamento real, en que los árabes y todos los pueblos de Oriente hacen siempre alarde de sus riquezas.

Don Ramiro, despues de una victoria tan decisiva, estendió los dominios de su monarquía hasta las sierras que separan á Castilla la Vieja y el reino de Leon, de Castilla la Nueva y de Estremadura; para lo cual mandó que se poblasen y fortificasen Salamanca, Ledesma, Ribas, los Baños, Alhóndiga y otras fortalezas que continuaban la frontera del Mondego en Portugal. Al mismo tiempo se fortificaron las plazas de Castilla, destruidas en las dos espediciones de Abderraman, y la historia ha conservado los nombres de cuatro condes de aquel pais que de órden de Ramiro restablecieron aquellas fortalezas: Nuño Nuñez, la de Roa; Gonzalo Tellez, la de Osma; Fernan Gonzalez, la de Sepúlveda; y Gonzalo Fernandez, las de Coruña del Conde, de san Esteban de Gormaz y de Riaza.

Abderraman, cansado de tantas derrotas, solicitó y obtuvo treguas en 940; con ellas se terminó por entonces una lid que habia amenazado á los cristianos su total ruina, y que cedió en mayor gloria suya y acrecentamiento de su poderío. En todas estas campañas hizo servicios desinteresados á la causa de la cristiandad el valiente don García, rey de Navarra, aliado fiel de don Ramiro; y su compañero en todos los peligros y combates.

Este mismo año pasó el rey de Leon á Castilla con tropas, y se trajo presos á dos condes, Fernan Gonzalez y Diego Nuñez. La causa no se sabe; pero es muy probable que fuese la escesiva altivez de estos señores, que aspiraban ya á la independencia. Al año siguiente, á ruego de sus parientes y amigos, y en consideracion tambien á sus servicios y hazañas, les dió libertad, se reconcilió con éllos, y casó á su hijo mayor don Ordoño con Urraca, hija del conde Fernan Gonzalez.

Desde esta época hasta 949 se gozó de suma paz y sosiego en toda España. Pero en el año citado concluyeron las treguas con los moros, y el infatigable don Ramiro hizo una entrada en la comarca de Talavera, derrotó un ejército moro que le salió al encuentro, y despues de dar tala á los campos y saquear las poblaciones se volvió á Leon con muchos despojos y 7000 cautivos. Despues de la campaña hizo un viaje á Oviedo; y sintiéndose indispuesto volvió á Leon, donde falleció el 5 de enero de 950 á los 23 años de reinado, y fue sepultado en el monasterio del Salvador, donde era religiosa Elvira, su hija. De su muger doña Urraca Teresa tuvo, ademas de Elvira, tres hijos, Ordoño y Sancho, que reinaron despues, y Bermudo, que murió antes que su padre. De una manceba llamada Artigia tuvo dos hijos, Teudon y Rosendo.

El reinado de don Ramiro es muy notable, porque en él se vió la monarquía leonesa lu-

chando frente á frente y con ventaja contra todas las fuerzas del imperio de Córdoba. Alonso II el Casto habia peleado con felicidad contra los moros distraidos perpetuamente por la guerra de Cataluña y el poder inmenso de Carlomagno y de su hijo Luis el Piadoso. Este poder habia acabado, y los condes de Barcelona, feudatarios de Francia, no causaban ningun recelo á los moros, dueños de Lérida, Cardona, Solsona y otras plazas que habian recobrado en el interior del pais. Alonso III el Grande consiguió grandes victorias de los moros, pero divididos entre sí por guerras civiles. Ramiro II peleó contra Abderraman, señor absoluto y reconocido de toda la España árabe. Si pudo sostenerse contra él fue, ademas de sus prendas heróicas, porque ya el reino de Leon tenia suficientes fronteras y poseia una poblacion aguerrida, virtuosa, sobria y animada de un deseo comun, el de la ruina del mahometismo.

CAPÍTULO XVIII.

Don Ordoño III.

Don Ordoño III, rey de Leon. Saco de Lisboa. Segunda batalla de San Esteban de Gormaz.

Don Ordoño III, *rey de Leon* (950). Hechas las exequias de Ramiro II, subió al trono su hijo mayor Ordoño, príncipe de grandes esperanzas, á no haberle arrebatado la muerte en la flor de su vida. Era activo, firme, valiente en los combates, prudente en los consejos, y heredó el celo de su padre Ramiro por la gloria y aumento de la monarquía.

Apenas subió al trono le pidió su hermano segundo Sancho que le diese alguna parte en el gobierno, alguna provincia donde fuese llamado rey, imitando el ejemplo de los monarcas precedentes. Pero Ordoño, conociendo el peligro de dar infantazgos considerables á los príncipes de la sangre, y teniendo á la vista el escarmiento de las revueltas pasadas con los hijos de Alonso el Grande, de Ordoño II y de Fruela II, no quiso condescender con su deseo.

El príncipe recurrió á Fernan Gonzalez, conde de Castilla, á quien era útil para lograr

su independencia, cuanto produjese disensiones intestinas en el reino y córte de Leon, y á García IV, rey de Navarra, su cuñado, que deseaba la independencia de Castilla, ya por amor á su hermana, ya por el deseo general de los estados pequeños, á quienes siempre hace sombra la vecindad de una grande monarquía.

Don Ordoño III no se dejó vencer por sus representaciones, y creyeron amedrentarle por la fuerza de las armas. En 951 entraron el rey de Navarra y el conde de Castilla en el reino de Leon. Ordoño se contentó con fortificar las plazas fuertes, y colocar sus tropas á vista de ellas de tal manera que ni pudiesen los enemigos obligarle á pelear, ni emprender el sitio de ningun castillo. Así que en esta guerra no hubo ningun combate, y los navarros y castellanos se retiraron sin haber hecho efecto alguno.

Ordoño III se vengó de Fernan Gonzalez repudiando á su hija Urraca, de la cual no habia tenido sucesion, y enviándosela á Castilla; y para que la injuria fuese imposible de reparar, tomó inmediatamente por esposa á doña Elvira, hija de don Gonzalo, conde de Asturias. En Galicia hubo movimientos y señales de rebelion entre los principales del pais en 952. El ejemplo del feudalismo iba cundiendo en Europa; y todo el que tenia alguna autoridad meditaba hacerla perpetua y lo mas independiente que fuese posible.

Saco de Lisboa (953). Ordoño III se puso

en marcha con sus tropas, entró en Galicia, y no halló enemigos en ninguna parte. Fuese el temor de sus fuerzas ó el respeto debido á la corona, todos se le sometieron. El rey los trató tan benignamente que se granjeó las voluntades, y se le ofrecieron con entusiasmo en la entrada que pensaba hacer contra los moros de Portugal.

El ejército cristiano llegó al Mondego, y desde allí penetró en Estremadura, la arrasó toda, se puso á vista de Lisboa, entró en esta ciudad por asalto, pasó á cuchillo la guarnicion, la saqueó completamente, y se volvió con los despojos y un gran número de cautivos á las fronteras de su reino. No pudo conservar á Lisboa en su poder porque estaba muy adelantada, y no tenian aun los cristianos posesiones ni puntos fortificados en la línea del Tajo, que se termina en aquella nobilísima capital.

Segunda batalla de San Esteban de Gormaz (954). Abderraman III, que estaba ya entrado en años, y que habia escarmentado con el mal éxito de la espedicion de Simancas, confiado sin embargo en las desavenencias que tenian el rey de Leon y el conde Fernan Gonzalez, envió un ejército contra el Duero de Castilla para recobrar un castillo llamado Corazo ó Corranzo, que el conde habia quitado el año anterior á los mahometanos.

Fernan Gonzalez, viéndose acometido por fuerzas tan superiores, tomó una resolucion digna de su grande alma: pasó á Leon, se pre-

sentó al rey, le pidió perdon de la ofensa, y le manifestó el actual peligro de la cristiandad. Ordoño III, no menos noble y generoso, se reconcilió con él, le confirmó en el mando de Castilla, y le prometió un cuerpo considerable de tropas para la guerra contra los moros. Con ellas y las castellanas salió Fernan Gonzalez al opósito de los enemigos; y encontrándolos junto á San Esteban de Gormaz, lugar de fausto agüero por la victoria que en él consiguió contra los moros en 916 Ordoño II, rey de Leon, les dió una rota no menos famosa que aquella en los anales españoles.

Ordoño III falleció á mediados del año siguiente de una enfermedad aguda á los cinco años de reinado, y recibió sepultura en el monasterio de San Salvador. De su segunda muger Elvira tuvo dos hijos, Bermudo, que reinó despues, y Ordoño. Su primera muger Urraca, que despues de repudiada pasó á residir á la córte de su padre el conde Fernan Gonzalez, casó en élla con Ordoño el Malo, hijo de Alonso IV el Monje, y tuvo sucesion de él.

CAPÍTULO XIX.

Sancho I el Gordo.

Sancho I el Gordo, rey de Leon. Usurpacion de Ordoño el Malo. Restauracion de don Sancho: batalla de Aronia. Rebelion de Sisenando, obispo de Santiago.

SANCHO I *el Gordo*, *rey de Leon* (955). El infante don Sancho, hermano de Ordoño III, fue proclamado rey de Leon. Habíase refugiado á Navarra huyendo el enojo de su antecesor. Como el príncipe don Bermudo, hijo del difunto rey, habia quedado de muy corta edad, los señores del reino antepusieron á su tio. Don Sancho tuvo el sobrenombre de *Gordo* por su escesiva obesidad, que le hacia inhabil para el manejo de las armas; defecto muy notable en aquella nacion y en aquel siglo.

Usurpacion de Ordoño el Malo (958). El conde Fernan Gonzalez de Castilla, dispuesto siempre á abrazar la política mas á propósito para lograr su proyecto, que era hacerse independiente de los reyes de Leon, entró en inteligencias secretas con los señores principales de Galicia, Asturias y Leon, ya exagerando la incapacidad del rey don Sancho para la guer-

ra y el gobierno, ya haciéndoles temer que algun dia se vengase de los que no favorecieron su causa en las desavenencias que tuvo con su hermano Ordoño III para conseguir alguna parte en el gobierno. Obró con tanta actividad y astucia, que se formó una vasta conjuracion, de modo que don Sancho, aunque su ánimo era mas vigoroso que su cuerpo, no se creyó con fuerzas para dominarla. Y asi salió de Leon, y se retiró segunda vez á Navarra, donde el rey don García le acogió con el mismo cariño que antes. Esta fuga de don Sancho á la córte de Pamplona se verificó en 956.

Todo el año siguiente quedó suspensa y en duda la sucesion del trono con grande daño y perjuicio de la república. Fernan Gonzalez queria ceñir la corona á Ordoño el Malo, hijo de Alonso IV el Monje, á quien pensaba hacer yerno suyo, casándole con Urraca su hija, y de quien esperaba por la gratitud, por el parentesco, y aun mas por la flojedad de su caracter, lograr lo que tanto deseaba, que era la independencia de Castilla. Alegaba para dar algun viso de justicia á su partido, que segun la costumbre adoptada debia subir al trono el príncipe de mas edad, y que asi la corona tocaba á Ordoño.

Los señores de Asturias y de Galicia, por el contrario, ponian delante el derecho de sucesion directa é inmediata; porque deseaban colocar en el trono á don Bermudo, hijo de Ordoño III, cuya madre Elvira tenia paren-

tesco con casi todos los grandes propietarios de aquellos paises. Al mismo tiempo don Vela, conde de Álava, sostenia la causa de don Sancho, á quien veia protegido por el rey de Navarra, potencia demasiado cercana á su condado para que no la respetase. Pero Fernan Gonzalez, resuelto á oprimir á toda costa este adversario, entró en Álava con sus huestes, se apoderó de élla, y obligó al conde á retirarse á Córdoba con su muger é hijos. Abderraman los recibió y acogió benignamente, contento con las divisiones que habia entre los cristianos, y orgulloso con ejercer respecto á éllos el derecho de proteccion y supremacía.

En 958 tuvo motivo para nueva satisfaccion; porque don Sancho, rey destronado de Leon, sintiéndose acometido de hidropesía, y siendo inútiles los remedios que le aplicaban los médicos de Pamplona, determinó pasar á Córdoba, célebre entonces por los estudios árabes, pues era la segunda escuela del mahometismo, para curarse en aquella ciudad. Logró fácilmente el seguro de Abderraman, por medio del conde de Vela que á la sazon estaba allí refugiado; y trasladándose á las orillas del Guadalquivir, fue recibido del rey moro con grandes muestras de cariño. Los médicos de cámara de Abderraman se encargaron de su curacion; y fuese la mayor habilidad de estos profesores en la medicina, ó la benignidad del clima, sanó radicalmente, y cobró salud y agilidad, disminuida en gran parte su gordura.

Entretanto su competidor Ordoño el Malo subia al trono de Leon por la autoridad y poder del conde Fernan Gonzalez, en cuyas manos quedaron las riendas del gobierno. A Ordoño acusan los historiadores de lujuria, crueldad y cobardía. Tomó el título de Ordoño IV, que la historia ha suprimido, arrojándole de la lista de los reyes de Leon, y mirándole como á usurpador.

Restauracion de don Sancho: batalla de Aronia (960). La tiranía de don Ordoño el Malo, y la prepotencia del conde Fernan Gonzalez, tenia disgustada la nobleza y pueblo del reino de Leon; y don Sancho recibia contínuos avisos en Córdoba, incitándole á que volviese á su reino, y asegurándole que en ninguna parte hallaria oposicion. Don Sancho, que por sus modales agradables y por su inteligencia y rectitud de juicio se habia granjeado la voluntad de Abderraman, le pidió tropas para recobrar su reino; ejemplo pésimo para la cristiandad de España. Abderraman se las concedió no se sabe si adquiriendo algunas plazas y territorios de las fronteras que se le cedieron entonces, ó solo por generosidad y por la gloria de que se entendiese que estaba en su poder dar y quitar coronas en los estados cristianos.

Temíase, sin embargo, el poder y el valor del conde de Castilla que no faltaria á su yerno en semejante riesgo. Pero don García de Navarra, á quien hacia sombra la prepotencia de

Fernan Gonzalez en la España cristiana, y que conservaba siempre amistad y correspondencia con su amigo y pariente don Sancho, se ofreció á vencer esta dificultad acometiendo la frontera oriental de Castilla.

En 960, preparadas todas las cosas necesarias para la espedicion, atravesó don Sancho el rio Duero al frente de un ejército mahometano sin encontrar oposicion en ninguna parte; tanto era el aborrecimiento que en todas se tenia á don Ordoño, y tan exactas eran las combinaciones que habian tomado los señores del pais en sus secretas inteligencias con don Sancho. Al mismo tiempo penetró el rey de Navarra por la frontera de Castilla; lo que obligó á Fernan Gonzalez á abandonar á su yerno para salir con sus huestes al opósito de los navarros.

Ordoño, abandonado de su protector y de sus vasallos, huyó con su muger y su familia á Asturias, mientras don Sancho entraba en Leon, y era reconocido por todos los señores de este reino y de Galicia. Despedido con muestras de gratitud el ejército moro, de que ya no tenia necesidad, persiguió en Asturias á su competidor, el cual, no creyéndose seguro en aquel pais se refugió á Burgos. Los habitantes de esta ciudad le arrojaron de élla por cobarde, despues de quitarle á su muger y á sus hijos, á los cuales respetaron como á hija y nieta del conde de Castilla. Fernan Gonzalez no pudo socorrerle, porque entonces estaba en

campaña contra los navarros. Ordoño, cubierto de ignominia, y atormentado por su conciencia, no quiso presentarse á los ojos de su suegro; y pasó á Zaragoza, donde acabó su vida entre los moros en el oprobio y la miseria. De su muger doña Urraca dejó un hijo y una hija: la historia solo ha conservado el nombre de ésta, que fue Velazquita. Urraca pasó á terceras nupcias con un caballero particular, al cual sobrevivió; y despues entró en un monasterio, donde acabó sus dias.

Entretanto que en el reino de Leon se verificaba esta mudanza, peleaba infelizmente el conde Fernan Gonzalez contra los navarros; porque habiéndose encontrado los dos ejércitos cerca de Aronia (hoy Cirueña), pueblo de Rioja, se dió una batalla en que don García, rey de Navarra, consigió victoria completa, haciendo prisionero al conde. Esto puso fin á la guerra, emprendida solo para impedir las hostilidades de Fernan Gonzalez á favor de Ordoño y en contra de Sancho I.

Rebelion de Sisenando, obispo de Santiago (962). Asegurado el rey don Sancho en el trono de Leon, casó con doña Teresa Ansurez, hermana de don Fernando Ansurez, conde de Monzon en tierra de Campos. Al mismo tiempo se hicieron las paces entre Castilla y Navarra, y el conde Fernan Gonzalez fue puesto en libertad.

Este año murió Abderraman III, rey de Córdoba, y le sucedió su hijo Alhacan II. La

diminucion que esperimentaba la potencia árabe en España por las conquistas de los cristianos, se resarcia con el aumento de territorio é influencia que tenian en la parte occidental de África, con cuyas tribus belicosas reclutaban fácilmente sus ejércitos los reyes cordobeses.

Los piratas normandos desembarcaron en las costas de Galicia y saquearon algunos pueblos. Sisenando, obispo de Compostela, pidió licencia al rey don Sancho para cercar de muros aquella ciudad y el sepulcro del apostol Santiago, con el pretesto de defenderlo de las depredaciones de los piratas. Pareció justa la causa, y se concedió el permiso que solicitaba; pero apenas se vió dueño de una fortaleza, empezó á ejercer todo género de tiranías y exacciones asi sobre los eclesiásticos, como sobre los seglares, fiado en sus conexiones de parentesco con los señores mas poderosos de Galicia.

Al año siguiente de 962 aumentó sus maldades, de modo que el rey don Sancho le reprendió ásperamente. Irritado por esto, juntó parciales, y proyectó hacerse independiente de la autoridad real. Don Sancho le cortó las alas pasando á Galicia con algunas tropas. Allí supo con mas certeza la indignidad de la conducta del obispo. Púsole en una prision, le destituyó de su sede, y nombró obispo de aquella iglesia á San Rosendo, que lo era de Mondoñedo; varon ilustre en todo el reino por sus virtudes.

En 964 volvieron los normandos á infestar las costas de Galicia, haciendo en ellas daños considerables. Los condes del pais, á instancias de San Rosendo, juntaron un ejército, marcharon contra aquella gente bárbara, y los obligaron á volver al mar con mucha pérdida. El mismo santo dirigió la espedicion; tal era el espíritu de aquel siglo: bien que en una guerra contra gente inculta, que solo venia á robar y matar, no puede dejar de mirarse como laudable el celo patriótico de aquel prelado; y entonces era comun la creencia de que era permitido el servicio militar á los eclesiásticos en las lides de religion.

Tres años despues se sublevó contra el rey el conde don Gonzalo, que mandaba las armas en la línea del Mondego. Don Sancho salió contra él al frente de su ejército, y el traidor, no atreviéndose á pelear, recurrió á la perfidia. Fingióse arrepentido de su maldad, y por medio de valedores y amigos logró que el rey le perdonase y aun le restituyese á su gracia, y le diese en su familia y palacio un cargo que ya antes habia ejercido. Don Gonzalo, valiéndose de la oportunidad, dió veneno al rey, que sintió inmediatamente sus efectos, y se apresuró á volver á Leon; pero al tercer dia de marcha falleció en el monasterio de Castrelo á los doce años de reinado. Su cadáver fue conducido á Leon, y sepultado en el monasterio del Salvador.

Este príncipe, lleno de bondad y de esce-

lentes cualidades, no era, sin embargo, apto para la guerra. Felizmente no la hubo en su tiempo por la amistad que mediaba entre él y el rey de Córdoba. De su muger doña Teresa Ansurez tuvo un hijo, llamado Ramiro, que le sucedió, y una hija, cuyo nombre fue Ermisenda.

CAPÍTULO XX.

Don Ramiro III.

Don Ramiro III, rey de Leon. Nueva invasion de los normandos: batalla de Tornellos. Sancho III, rey de Navarra: Garci Fernandez, conde de Castilla. Pérdida de San Esteban de Gormaz.

Don Ramiro III, *rey de Leon* (967). Muerto el rey don Sancho I, subió al trono Ramiro III su hijo, á la edad de cinco años; suceso estraordinario en la monarquía de Leon, y que demostró la introduccion completa de la sucesion hereditaria en lugar de la electiva en el hecho y en la costumbre, de los cuales se formó despues la ley. El derecho de eleccion se redujo á la mera formalidad de la jura, y el sistema de sucesion directa de padre á hijo quedó establecido. La preferencia dada

á un niño sobre su primo Bermudo, hijo de don Ordoño III, jóven de mérito, capaz de gobernar y que daba grandes esperanzas, no podia provenir sino de la resolucion firme de sucesion directa á la colateral.

Otro suceso no menos estraordinario fue haber concedido la tutela del rey y el gobierno del reino á su madre doña Teresa la reina viuda, siguiendo en el trono, asimilado ya á una herencia, las disposiciones legales que se aplican á la propiedad. Tuvieron tambien parte en el gobierno, como consultores de la reina madre, la infanta doña Elvira, tia del rey y hermana de don Sancho, y otros señores de los principales del reino.

El primer cuidado de la regencia fue conservar la paz que mediaba entre los reinos de Leon y Córdoba. Don Velasco, obispo de Leon, pasó á la córte de Alhacan II, renovó el tratado de paz, y en prendas de ella trajo el cuerpo de san Pelayo, que recibió el martirio en tiempo de Abderraman III por defender su pureza. Este cuerpo se colocó en el monasterio del Salvador, que desde entonces tomó el título de San Pelayo.

A esta época debe referirse la independencia y separacion absoluta del condado de Castilla. Fernan Gonzalez, valiente, ambicioso, y célebre por su pericia militar, por sus victorias, y por la firmeza de alma que no le abandonaba en sus derrotas, conservó en los reinados anteriores, señaladamente en el de Sancho I, una

dependencia casi ilusoria; la cual cesó enteramente con la menor edad de Ramiro III. Desde entonces los condes de Castilla fueron soberanos; y esta division del reino mas poderoso de los cristianos de España produjo males sin número á entrambos pueblos: no siendo el menor de ellos la rivalidad y ódio entre castellanos y leoneses, á pesar de su orígen comun. La cristiandad de España estuvo muy cerca de su ruina; y las victorias de los Alonsos, Ordoños y Ramiros, que á tanta costa habian creado la monarquía, se compensaron con calamidades horrendas.

Sisenando, obispo de Compostela, apenas murió el rey don Sancho, salió de su prision, arrojó violentamente de la sede á san Rosendo, y volvió á ocuparla. Tal era la suerte de aquellos infelices tiempos. Bajo reyes fuertes y vigorosos el poder del monarca era casi absoluto; en tiempo de gobiernos débiles la fuerza y el atrevimiento decidian todos los negocios, aun los mas sagrados.

Nueva invasion de los normandos: batalla de Tornellos (969). Una armada de normandos, á las órdenes de un caudillo llamado Gunderedo, desembarcó en las costas de Galicia, y asolando el pais, se dirigió hácia Compostela. El obispo Sisenando no contaba entre sus defectos la cobardía, y poniéndose al frente de toda la gente capaz de tomar armas, salió al opósito al enemigo, y le encontró junto á Tornellos. Allí se dió una sangrienta batalla, en que pereció

combatiendo valerosamente. Los normandos, dueños del campo, pasearon á su placer y saquearon todas las ciudades de Galicia desde las playas del mar hasta el Vierzo, desde donde se volvieron llevando delante el inmenso botin que habian recogido.

Sancho III, rey de Navarra: Garci Fernandez, conde de Castilla (970). Entretanto el ejército de Leon se adelantaba hasta Galicia con suma rapidez á las órdenes del conde don Gonzalo Sanchez; y alcanzó á los normandos que conocian menos el pais, y caminaban mas despacio para acarrear los despojos, no lejos del puerto donde tenian surta su escuadra. Los leoneses acometieron con denuedo, pasaron á cuchillo casi todos los piratas, entre ellos á su gefe Gunderedo, hicieron cautivos á los pocos que escaparon de la accion, y acercándose á la marina pusieron fuego á las naves de los normandos y las redujeron á cenizas.

Este año fallecieron el conde Fernan Gonzalez de Castilla y el rey de Navarra García IV, uno y otro célebres por su valor y política. El primero supo crear un estado soberano; el segundo conservar y acrecentar el que habia recibido de sus mayores. Sucediéronles sus hijos, al conde de Castilla Garci Fernandez, y al rey de Navarra Sancho III Garces, á quienes algunos historiadores trasladan el sobrenombre de Abarca que dimos á su abuelo Sancho II.

En esta época era conde de Barcelona Borelo; y temeroso de que los moros de Zaragoza y

Lérida querian moverle guerra, fortificó la plaza de Solsona, que estaba en aquella frontera; lo que prueba que los cristianos la habian vuelto á conquistar, aunque se ignora en qué año se verificó la reconquista. Tarragona se hallaba en aquellos tiempos en poder de los moros.

En 976 falleció Alhacan II, rey de Córdoba, y le sucedió su hijo Hixem II en la menor edad de diez años, bajo la tutela de Muhamad Abenamir; hábil político, gran capitan y mahometano fanático. La administracion de este hombre fue tanto mas funesta á las monarquías cristianas de España cuanto se habian dividido ya los estados de Leon y Castilla: y aunque Garci Fernandez heredó el valor y las prendas políticas de su padre, Ramiro III manifestaba indolencia, poca actividad y mucha disposicion para dejarse arrastrar de agenos consejos.

Las espediciones de Abenamir contra los cristianos fueron contínuas y crueles, y en ellas alcanzó grandes victorias que le granjearon el sobrenombre de *Almanzor*. Su primera entrada fue en 977: despues de haber recorrido la provincia de Zaragoza y puéstola en buen estado de defensa, penetró en Castilla por la parte de Soria, paseó una gran parte del pais talándolo y saqueándolo, y se volvió á Córdoba, contento del ensayo que habia hecho de sus fuerzas.

Al año siguiente penetró segunda vez en Castilla por la parte de Ávila, derrotó un ejército que le salió al encuentro, devastó el pais,

y se volvió triunfante á Córdoba. En esta ocasion se le dió el título de Almanzor. Estas primeras campañas no constan de los historiadores cristianos; pero se hallan consignadas en los árabes.

El mismo año de 978 tomó estado el rey don Ramiro de Leon con una señora llamada doña Urraca, y empezó á gobernar por sí solo. Miéntras oyó los consejos de su madre la reina viuda doña Teresa fue aplaudido y respetado. Pero su esposa, á la cual amaba mucho, llevando á mal con envidia de nuera la influencia de su suegra, impidió al rey que oyese la voz que hasta entonces le habia sido tan útil, é hizo que siguiese sus propios consejos, que como de muger jóven é irreflexiva, causaron la subversion del reino.

Al año siguiente de 979 no hizo Almanzor guerra á los cristianos; pero envió á Castilla un ejército á las órdenes de su lugarteniente Orduan, á quien acompañaba don Vela, conde de Álava, desposeido por Fernan Gonzalez, y que deseando volver á recobrar sus estados con el auxilio de los moros, habia incitado notablemente á la guerra contra Castilla al virey Almanzor.

El conde Garci Fernandez, no pudiendo resistir con solas sus fuerzas á la tempestad que le amenazaba, pidió auxilio á los reyes de Leon y Navarra. Sancho III vino con sus tropas á socorrerle; pero Ramiro se negó á ello pretestando las paces que tenia asentadas con el rey de

Córdoba; pero en la realidad por el aborrecimiento con que entonces se miraban los dos pueblos y los dos soberanos.

Sin embargo, esta campaña no fue tan gloriosa para los mahometanos como las dos anteriores. Orduan penetró en Castilla por las comarcas de Osma y de san Esteban de Gormaz, y taló el pais á discrecion, hasta que llegaron los navarros con su rey al frente. Unidos con los castellanos de Garci Fernandez marcharon contra el enemigo, le vencieron en un sangriento y ostinado combate, y le obligaron á volverse á las tierras del dominio de Córdoba, dejando los bagajes y el botin en poder de los cristianos.

En la campaña de 980 mandó el mismo Almanzor el ejército de los moros: entró en Castilla y la taló. Garci Fernandez, abandonado de los leoneses, y socorrido por un corto número de navarros que le envió Sancho III, que este año no pudo acudir en persona, viéndose sin fuerzas para conservarse en la campaña, evitó los combates decisivos, y se contentó con fatigar al enemigo en sus marchas. En una de estas ocasiones, en que los castellanos acampados en las alturas estaban á la vista de los moros sin temor de ser atacados, se presentó un caballero cristiano al frente de banderas segun la costumbre, y pidió combate singular. Tres moros salieron sucesivamente contra él, y á los tres rindió y mató. Almanzor indignado queria salir al desafio que el cristiano continuaba haciendo, y al cual ninguno de los mo-

ros se atrevia á responder; pero Mustafá, uno de sus capitanes, salió por el general.

El cristiano le preguntó: "¿de qué familia eres?" Mustafá, blandiendo su lanza, le respondió: "esta es mi nobleza." Empezó el combate, y el moro, menos cansado y mas joven, dió la muerte á su enemigo. Estos desafios particulares, muy del gusto de los moros, empezaron entonces á introducirse; y los cantares y romances del vulgo celebraban mas estos combates que las batallas mas reñidas.

Pérdida de san Esteban de Gormaz (981). Almanzor volvió á Castilla con su ejército, y viendo que no le era posible obligar al conde Garci Fernandez á entrar en accion, puso sitio á san Esteban de Gormaz, y la rindió despues de ostinada resistencia, entrándola por asalto y pasando á cuchillo todos los cristianos que habia en el castillo. Los castellanos vengaron este desastre; porque habiendo vuelto Almanzor por el otoño á hacer nueva entrada pasados los calores del verano, en una de sus marchas un cuerpo de caballería, creyendo lejano al enemigo, entró en unas alamedas muy frondosas á descansar de la fatiga y dar pasto abundante á sus caballos. Una emboscada de castellanos cargó sobre ellos cuando se creian mas seguros, llevaron el terror y la matanza al campo de los moros, y no se retiraron hasta que Almanzor acudió con toda su guardia, pero despues de haber hecho gran destrozo en los mahometanos.

Al año siguiente descansaron las armas en Castilla; pero hubo guerra civil entre leoneses y gallegos. Ramiro III, entre sus muchos defectos, tenia el de tratar á los señores principales del reino con palabras ásperas, ademas de las injusticias que cometia contra ellos. Los de Galicia, mas independientes por estar mas lejanos de la córte, se valieron de la oportunidad de tener en su pais al infante don Bermudo, hijo de don Ordoño III. Aclamáronle rey, levantaron huestes en su favor, y marcharon la vuelta del Vierzo para embarazar á don Ramiro la entrada en Galicia. Ramiro se puso al frente de sus tropas, y los dos ejércitos se encontraron en Portela de Arenas, cerca de Monterroso. Allí se dieron una batalla que duró hasta la noche y quedó indecisa: mas produjo el efecto de que don Ramiro renunciase á la invasion de Galicia y se volviese á Leon. En esta ciudad le sobrevino una enfermedad, de que murió, sin dejar sucesion, á los 20 años de edad y 15 de reinado inglorioso, y en sus últimos tiempos tiránico. Fue sepultado en san Miguel de Distriana.

CAPÍTULO XXI.

Don Bermudo II el Gotoso.

Don Bermudo II el Gotoso, rey de Leon. Conquista de Barcelona por Almanzor. Restauracion de Barcelona. García V el Temblador, rey de Navarra. Sancho García, conde de Castilla: batalla del Ezla.

DON BERMUDO II, *el Gotoso, rey de Leon* (983). Bermudo, competidor de Ramiro y su pariente mas cercano, subió al trono sin oposicion despues de la muerte de su primo hermano. Era príncipe dotado de prudencia y valor, prendas que afeaba su sensualidad; por cuyos escesos contrajo la enfermedad de gota, que le dió el sobrenombre. Su reinado fue infelicísimo, no por culpa suya, sino por la superioridad de las armas mahometanas, dirigidas por un capitan hábil y venturoso. Habiendo cesado con la muerte de Ramiro III las paces entre Leon y Córdoba, hizo entrada Almanzor en las tierras de aquel reino, marchó sobre la capital, de la cual habian sacado los cristianos todas las cosas preciosas para ponerlas en salvo en Oviedo; y despues de heróica resistencia de parte de los defensores, la asaltó por la puerta

de occidente. Almanzor fue el primero que entró en la plaza con una bandera en una mano y la espada en la otra, y dió muerte al gobernador de los cristianos. Al dia siguiente saqueó la ciudad, desmanteló las fortificaciones, y se llevó en cautiverio los que quedaron vivos de los combates, y las mugeres y niños.

Astorga sufrió la misma suerte. Defendida con igual intrepidez, hubo de sucumbir al número; sus muros fueron arrasados, y su poblacion muerta ó cautiva. Lo mismo hizo el moro en Simancas al volverse á Córdoba ufano y glorioso con los despojos que logró en esta campaña, lisonjeándose de destruir en breve la monarquía de los cristianos. Estos volvieron á ocupar aquellos lugares destruidos, á fortificarlos de nuevo lo menos mal que podian, y á prepararse á la resistencia contra las invasiones futuras. Bermudo II entendia en estos cuidados con grande actividad: al mismo tiempo observando el estragamiento de la disciplina eclesiástica y de las costumbres públicas, restauró á su vigor las leyes del rey Wamba acerca de la administracion de justicia y los cánones de la iglesia.

Conquista de Barcelona por Almanzor (984). El terrible Almanzor, resuelto á apoderarse de Barcelona, punto importante para estender el imperio naval de los moros en el Mediterráneo, se puso en marcha al frente de su ejército, y atravesando toda la España oriental, entró en Cataluña. Don Borelo, conde de Barcelona, le

salió al encuentro con sus tropas, y fue desbaratado. Viendo que no podia sostenerse en la plaza, huyó por mar tan secretamente que los navíos moros que guardaban la marina no conocieron su fuga. La ciudad se rindió á los dos dias por capitulacion, salvas las vidas.

Restauracion de Barcelona (985). El conde don Borelo de Barcelona, habiendo recibido socorros de Luis IV, rey de Francia, su soberano, reforzado con las huestes de Cataluña, se puso sobre Barcelona, donde Almanzor habia dejado guarnicion árabe, y entró en la ciudad y degolló todos los moros que la defendian. Así volvió este emporio nobilísimo al poder de los cristianos. En un incendio que hubo mientras la poseyeron los mahometanos, no se sabe si por casualidad ó de industria, pereció el archivo de Barcelona con todos sus papeles y documentos.

Entretanto el infatigable Almanzor asolaba el reino de Leon. Sus campañas eran mas de esterminio que de conquista; lo que daba lugar á los cristianos retirados en las montañas á respirar en el intérvalo de una campaña á otra. Auxiliábanle en esta guerra algunos señores de Leon y Castilla, que disgustados de sus reyes se pasaban á vivir entre los moros; costumbre que despues se hizo ley, y fue reconocido el derecho de desnaturalizacion.

En esta campaña entró por fuerza de armas y desmanteló á Coyanca, penetró hasta las playas de Galicia, saqueó á la vuelta el monaste-

rio de Sahagun: en el otoño taló el territorio de Nájera, y las orillas del Ebro hasta los montes de Álava; y á la vuelta castigó á los habitantes de Osma, Alcoba y Atienza, que habiéndole prometido obediencia, se le habian rebelado, y puesto bajo la obediencia del conde de Castilla.

Dos años despues (porque el de 986 le ocuparon los negocios de África) quemó y destruyó á Osma y Alcoba, y desmanteló á Atienza, en castigo de haber recibido estas plazas guarnicion cristiana. En 988 asoló el pais llano de Cataluña: en 989 se apoderó de Coimbra, Lamego, Viseo, Braga y Tuy, entró en Galicia hasta Santiago, destruyó los muros de esta capital y la saqueó, llevándose á Córdoba las puertas y campanas de esta iglesia. Las conquistas de Alonso III y Ramiro II desaparecieron, y el reino de Leon asolado y destruido, asi como Castilla, estaba ya casi reducido al primitivo territorio de Asturias. Bermudo II peleaba como bueno y aprovechaba todas las ocasiones de hacer daño á los moros; pero ¿qué podian sus débiles fuerzas contra los ejércitos poderosos de Almanzor? Sin embargo, en la vuelta de Galicia le hizo mucho daño picándole la retaguardia; y la disentería que sufrieron los moros al fin de esta campaña disminuyó en gran manera su número. Sin duda á esta pérdida debe atribuirse que Almanzor no se volviese á presentar en las fronteras del Duero hasta cinco años despues.

En este intérvalo descansaron de la guerra los estados cristianos, escepto una invasion que en 991 hicieron los moros de Zaragoza en el territorio de Navarra. El rey don Sancho III salió contra ellos, y los derrotó completamente. Garci Fernandez, conde de Castilla, tuvo harto en que ocuparse con reprimir y sobrellevar el caracter fiero é indisciplinado de su hijo primogénito don Sancho Garcęs, ó García. El rey de Leon don Bermudo, mientras se empleaba en restaurar los estragos hechos por Almanzor, tuvo que sosegar en 992 la rebelion de Gonzalo Melendez, señor de cuenta, que se sublevó en Galicia, y cometió todo género de escesos y desafueros. Bermudo reprimió esta sedicion, le puso preso, y á ruego de sus grandes le dió libertad, recibiendo como fianza de su conducta futura la villa y fortaleza de Puerto Marin.

García V el Temblador, rey de Navarra (994). Don Sancho III, rey de Navarra, falleció, y le sucedió su hijo mayor García, llamado el *Trémulo ó temblador*, por la propiedad estraordinaria de ser acometido de un temblor, que no podia ni vencer ni disimular siempre que entraba en combate; pero este temblor no le impedia ser escelente capitan, y uno de los caballeros mas esforzados de su hueste.

El mismo año renovó Almanzor las hostilidades interrumpidas contra los cristianos de Leon; pasó con su ejército el Duero y el Miño,

derrotó las tropas que le salieron al opósito, y llegó hasta Santiago, de cuya iglesia habian sacado los cristianos las alhajas mas preciosas, y puéstolas en salvo en Oviedo. Irritado, por habérsele escapado de las manos aquella presa, destruyó la ciudad, y se volvió á Córdoba con inmenso número de cautivos y ganados.

Sancho García, conde de Castilla: batalla del Ezla (995). Almanzor se puso en campaña este año con tanta celeridad, que antes que se supiese en Castilla su salida de Córdoba, se hallaba en la frontera del Duero. Pasó este rio, y buscó el ejército de los cristianos, acaudillado por Garci Fernandez, conde de Castilla. Don Bermudo de Leon le habia enviado un cuerpo auxiliar de tropas; convencidos, aunque tarde, tanto los castellanos como los leoneses de que su discordia era la causa principal de los males que la cristiandad de España sufria.

Apenas se dieron vista los dos ejércitos, la caballería de los moros acometió: los castellanos, que esperaban el ejército de don Bermudo con este monarca al frente, para ganar tiempo, se retiraron á unas alturas, y se hicieron fuertes en ellas. Al rayar el alba del siguiente dia recorrió Almanzor su frente de banderas, y dió la señal de acometer. Su vanguardia, que tenia órden de hacer una retirada fingida, fue perdiendo poco á poco el terreno, y los cristianos, engañados por este movimiento, descendieron con ímpetu de las colinas, abandonando su posicion. Cuando los moros que tenian á la vista

aparentaban desordenarse y disponerse para huir, la caballería de las alas y de la retaguardia de Almanzor acometió á los cristianos por los costados, y á pesar del valor de los caudillos, el soldado se desalentó con este ataque general é imprevisto, y huyó perseguido por la caballería mahometana. La matanza fue terrible, y quedaron cautivos los caballeros mas principales de Castilla, entre éllos el mismo conde Garci Fernandez; pero tan gravemente herido que falleció poco despues. Así acabó este héroe, igual á su padre en el valor y en la prudencia, pero muy inferior en la fortuna.

Ignórase el sitio en que se dió esta memorable batalla: puede creerse que fue en las alturas de Lerma, las mas notables que hay antes de llegar á Burgos desde el Duero. Almanzor mandó poner al conde en una caja bien labrada, envuelto en un rico paño de escarlata y oro con muchos aromas, y así le entregó á los castellanos que vinieron á rescatarle vivo ó muerto. Pero Almanzor nada quiso recibir de las riquezas que traían. A Garci Fernandez sucedió en el condado de Castilla su hijo mayor Sancho García.

El ejército moro, despues de conseguida esta gran victoria, marchó la vuelta de Leon, y se adelantó hasta el Ezla. Salió el rey don Bermudo al opósito, y se trabó una cruel batalla. El primer ímpetu de los cristianos fue tal que los moros se desordenaron y se pusieron en fuga, siguiéndolos el enemigo. En vano Almanzor ex-

hortaba y rogaba á los fugitivos que volviesen al combate; ni sus ruegos ni sus amenazas servian de nada. Entonces bajó del caballo, se sentó en el suelo, se quitó el turbante, y dijo: "he sido vencedor en muchas batallas; mas quiero morir aquí abandonado por vosotros que vivir partícipe de vuestra ignominia." Estas palabras hicieron mella en aquellos ánimos feroces, y espoleados del honor y de la vergüenza volvieron al combate, y arrancaron la victoria de las manos á los leoneses que ya seguian el alcance desordenados. Don Bermudo y su tropa se retiraron á guarecerse de la ciudad.

El rey envió á pedir treguas al moro, y como ya era la estacion de las lluvias, Almanzor se volvió con su ejército á Córdoba, dejando en Leon á un caudillo de su confianza para que hiciese el convenio. Pero cuando el plenipotenciario mahometano volvió á Córdoba con el tratado que habia firmado, se indignó tanto Almanzor de las condiciones que le puso en una cárcel, de donde no salió hasta la muerte del virey.

Sin embargo, cumplió el tratado, y en el reinado de don Bermudo no volvió á hostilizar el reino de Leon. Estaba ademas ocupado en la guerra de África, y por otra parte en la batalla del Ezla habia sufrido mucho su ejército: por todas estas razones no volvió á las fronteras de los cristianos hasta el año de 1000. En el anterior falleció de un ataque de gota el rey don Bermudo, á los 16 años de reinado. Su último acto fue castigar á un hombre principal de Asturias,

llamado Adulfo, que quiso matar á don Alonso, hijo del rey, y de edad entonces de 5 años; sin que la historia haya conservado el motivo por qué intentó aquel crímen. El castigo fue ponerle en estrecha prision, muy ligero si el delito estaba probado, y escesivo si no constaba. Don Bermudo II fue sepultado en Valbuena.

Este rey casó con doña Velasquita, hija del conde Garci Fernandez de Castilla, de la cual tuvo una hija, llamada Cristina, que casó con don Ordoño, príncipe de la familia real, llamado el *Ciego* por su cortedad de vista, y que tuvo sucesion numerosa, de la cual descendieron los célebres infantes de Carrion. Bermudo repudió á su primera muger, sin saberse el motivo, y pasó á segundas nupcias con doña Elvira, hermana de su primera muger: tal ignorancia habia entonces de las leyes civiles y eclesiásticas relativas al matrimonio. De ella tuvo á Alonso, que le sucedió en el trono, á Teresa, que fue religiosa en el monasterio de San Pelayo, á Sancha, y á Pelayo. De una manceba, llamada Justa, tuvo una hija, llamada Elvira; y de otra, cuyo nombre se ignora, un hijo llamado Ordoño.

CAPÍTULO XXII.

Don Alonso V.

Don Alonso V, rey de Leon. Sancho IV el mayor, rey de Navarra: batalla de Cervera. Batalla de Calatañazor. Espedicion de los castellanos al territorio de Toledo. Espedicion de los castellanos á Andalucía: batalla de Quintos. Espedicion de los catalanes á Andalucía: batalla de Acbatalbacar: sitio de Toledo. Batalla de Funes. Don Berenguel, conde de Barcelona. Don García II Sanchez, conde de Castilla.

DON ALONSO V, *rey de Leon* (999). Muerto don Bermudo II, subió al trono su hijo Alonso V, en la menor edad de cinco años: prueba cierta de haberse establecido el principio de la sucesion hereditaria, al cual propendian todos los estados cristianos de España. Fue gobernadora del reino su madre doña Elvira, y se le dió por ayo al rey niño el conde don Menendo Gonzalez, que poseía grandes bienes en Galicia. Su reinado fue pacífico y próspero. Libre el gobierno de las incursiones de los moros se dedicó, por el espacio de 27 años que duró la paz interior y esterior, á restablecer las fortalezas é

iglesias destruidas por los mahometanos, y las ciudades que yacian por el suelo, señaladamente la capital Leon, que salió segunda vez de sus cimientos. Así se repuso la primera monarquía cristiana de las pérdidas que le habia causado Almanzor.

Por estos tiempos se hizo soberanía independiente el condado de Barcelona. Mientras duró la dinastía de los Carlovingios, fue feudatario de Francia; pero habiéndose apoderado de este reino Hugo Capeto á fines del siglo X, Berelo, que era entonces conde de Barcelona, procuró hacerse independiente; mas no lo consiguió por las amenazas del nuevo rey de Francia. Sin embargo los primeros reyes Capetos, cuyo dominio era muy corto, en guerra perpétua con sus vasallos inmediatos y con los varones feudales, mal podian sostener sus derechos sobre un pais como la Cataluña, tan lejano, y puesto fuera de los límites naturales de la Francia. Parece, pues, que la independencia definitiva del condado de Barcelona y la ereccion de un cuarto estado soberano y cristiano en España se refiere á los tiempos de don Ramon, hijo de Borelo.

Sàncho IV el mayor, rey de Navarra. Batalla de Cervera (1000). García V el Trémulo falleció despues de un reinado dificil, pero glorioso, en que peleó con vario éxito contra los mahometanos, ya auxiliando al conde de Castilla, ya defendiendo sus estados propios, que logró conservar. Sucedióle su hijo primogénito Sancho IV, á quien dieron el sobrenombre de *Ma-*

yor, por haber sido el principal potentado de la España cristiana en su tiempo, no solo á causa de los estensos dominios que puso bajo su señorío, sino tambien por las prendas militares y políticas que le adornaban.

Almanzor, desembarazado de la guerra de África, hizo este año una invasion en Cataluña, encontró el ejército de los cristianos en Cervera, y lo derrotó haciendo en éllos gran mortandad. Dejó yerma la tierra: porque los mismos catalanes quemaban sus casas y aldeas, y los bienes que no podian poner en salvo, porque no cayesen en poder de los moros.

Doña Elvira, reina gobernadora de Leon, dió una prueba insigne de su bondad y de su prudencia. Don Vela, conde de Álava, desposeido por Fernan Gonzalez, habia muerto emigrado en Córdoba, dejando sus dos hijos herederos de sus pretensiones y de su ódio á los condes de Castilla. Habia ademas en la capital del Guadalquivir otros muchos señores castellanos y leoneses desnaturalizados; porque la política de Almanzor era valerse de los cristianos descontentos, agasajándolos y tratándolos con aparente estimacion, para que le ayudasen en las campañas con sus noticias y á veces con sus brazos. Doña Elvira cortó de raiz este mal, concertándose con don Sancho García para que volviesen todos los emigrados y se les restituyesen sus bienes y dignidades. Los hijos de don Vela volvieron á Castilla; pero parece que no se les restituyó el condado de Alava, sino que se les

dieron resarcimientos que éllos creyeron insuficientes: nueva semilla de ódios y crímenes que produjo grandes revoluciones en los dominios cristianos.

Batalla de Calatañazor (1001.) En fin llegó la hora de la venganza, y los cristianos, afligidos por tantos años de una guerra desgraciada y desoladora, lograron el premio de su constancia. Almanzor reunió un ejército mas poderoso que otras veces, resuelto á dar un golpe decisivo á la potencia castellana, á cuyo efecto trajo de África muchos cuerpos de escelente caballería, que desembarcó en Algeciras y en un puerto de los Algarbes, llamado aún por los mismos árabes Santa María de Ossonoba. Reuniéronse con ellos las huestes de Mérida y Badajoz en Toledo, de donde salió Almanzor para hacer su entrada en tierra de cristianos.

Castellanos, leoneses y navarros, viendo venir la tempestad, reunieron todas sus fuerzas mandadas por el conde de Castilla, y se acamparon en Calatañazor, pequeño pueblo en el camino de Osma á Soria. Almanzor, despues de haber corrido la orilla del Duero, se dirigió adonde estaban los enemigos, los descubrió, reconoció su campo, y tomó sus disposiciones para dar batalla al otro dia, habiendo gastado todo el primero en escaramuzas de poca monta.

Al rayar del dia siguiente salieron los cristianos de su campo y se trabó la accion. Duro hasta la noche con terrible mortandad y grandes hazañas de una y otra parte, sin que se re-

conociese ventaja por ninguna. Uno y otro ejército pernoctaron en el campo de batalla; pero Almanzor, convocados sus caudillos, y viendo que acudian muy pocos, porque los demas habian muerto ó estaban muy mal heridos, supo la inmensa pérdida de los suyos, que los historiadores cristianos valúan en cerca de 100000 infantes, 30000 caballos; así, hallándose tambien herido, se retiró á la izquierda del Duero, y no paró hasta Medinaselin, hoy Medinaceli, donde recrudecida la herida con el camino y la pesadumbre de ánimo, falleció este gran capitan, uno de los hombres mas célebres que ha producido la España musulmana.

En la designacion y série de sus hechos hemos seguido la cronología árabe con preferencia á la de los historiadores españoles. La victoria de Calatañazor es una de las épocas mas notables de nuestra historia, porque afirmó el poder cristiano muy abatido por las anteriores derrotas y estragos, y debilitó el imperio de los Abenumeyas, que decayó rápidamente faltándole la columna que lo sostenia: porque el rey Hixem II no conocia del reinar mas que los deleites y las torpezas; y fue necesario que Abdelmelic, hijo de Almanzor, pero muy inferior á su padre, se encargase del gobierno.

Sancho García, conde de Castilla, se cubrió de gloria en esta batalla: y Sancho el Mayor, rey de Navarra, comenzó en ella la larga série de victorias que ilustraron su reinado. Una nueva esperanza alentó los pechos de los cris-

tianos. Los vencedores de Almanzor se creyeron invencibles; y no hubo empresa por árdua que fuese la cual no imaginasen fácil para su intrepidez.

Abdelmelic hizo su primera campaña contra los cristianos de Cataluña no con mala suerte; pues entrando por la parte de Lérida, derrotó el ejército cristiano, y recogió los despojos del pais el año 1002. Pero el conde de Barcelona vengó este desastre al año siguiente derrotando á los moros junto á Albesa, y recobrando parte del territorio perdido en tiempo de su padre Borelo.

Los historiadores árabes hablan de muchas entradas hechas por Abdelmelic en las tierras de Galicia, Leon y Castilla hasta el año de 1008 en que falleció, dicen, despues de una batalla indecisa con los cristianos. Pero estas espediciones no serían mas que las correrías y escaramuzas ordinarias y contínuas. En las historias españolas no se encuentra rastro alguno de la entrada en Leon que le atribuyen los autores de su nacion en el año de 1003. Sucedióle en el gobierno del reino su hermano Abderraman, privado del rey Hixem, y mas semejante á él en las costumbres que al héroe de quien descendia.

Espedicion de los castellanos al territorio de Toledo (1006). En estos mismos tiempos en que los escritores árabes atribuyen á Abdelmelíc frecuentes entradas en Castilla y Leon, dicen nuestros historiadores, con mas probabili-

dad, que el conde don Sancho de Castilla, pasando los puertos (cosa á que desde muchos años antes no se atrevian los cristianos), invadió la tierra de Toledo, y se llevó de ella grandes riquezas y muchos cautivos y rebaños.

El gobierno de Abderraman, virey de Córdoba, no duró mas que cuatro meses. Aspiraba con el favor de Hixem II, que no tenia hijos, á sucederle en el trono; pero Muhamad Almodi, primo del rey, desbarató aquel proyecto contra la dinastía de los Abenumeyas, conmovió el pueblo de Córdoba, y en una sedicion dió la muerte al hijo de Almanzor y se apoderó del gobierno y despues del trono: porque ocultando á Hixem cuidadosamente, echó voz de que habia fallecido, y para acreditarla hizo ahogar á un esclavo cristiano parecido al rey en semblante y estatura, y le dió sepultura magnífica fingiendo que era Hixem difunto.

Para ganar á su favor el pueblo de Córdoba, que llevaba á mal las demasías de la guardia berberisca que tenian los reyes, mandó que saliesen de la ciudad. Los berberiscos indignados se rebelaron, pero fueron vencidos. Persistiendo todavía en su rebelion, eligieron por gefe á uno de sus capitanes llamado Suleiman, el cual, viéndose con pocas fuerzas, reclamó el auxilio de don Sancho García, conde de Castilla.

Espedicion de los castellanos á Andalucía: batalla de Quintos (1009). Sancho García, alegre de la ocasion que se le presentaba de llevar al Andalucía el estrago y destrozo que tantas

veces habia hecho en Castilla Almanzor, prometió su auxilio á Suleiman, preparó su ejército, se unió con la gente de Medinaceli, que era contraria á Almodi, y con la de Suleiman en Sierra Morena, y junto un considerable cuerpo de tropas marcharon la vuelta de Córdoba. Esta fue la primera vez que los cristianos independientes de España vieron aquella soberbia capital y su famoso rio.

Almodi, creyendo que era contra su dignidad esperar encerrado al enemigo, salió con poderoso ejército, y le dió batalla en Quintos, pueblo cercano á la capital, pero fue completamente derrotado con pérdida de 20000 de los suyos, y dejando á Córdoba en poder del enemigo, pasó la Sierra y se refugió en Calatrava. Suleiman fue proclamado rey en Córdoba; y el conde de Castilla, ufano con la victoria, y bien pagada y regalada su gente por el nuevo rey, se volvió á Castilla, apoderándose en el camino de Atienza, que estaba por Almodi, y agregándola á sus estados.

Espedicion de los catalanes á Andalucía: batalla de Acbatalbacar (1010). Así como Suleiman habia implorado la asistencia de los castellanos para destrozar al usurpador Almodi, así éste recurrió á don Ramon, conde de Barcelona, príncipe célebre por su valor, para recobrar el reino perdido. Don Ramon, guiado por los mismos principios de política que movieron á Sancho de Castilla á auxiliar á Suleiman, se decidió á pelear en favor de Almodi; y poniéndose

él y su hermano Armengol, conde de Urgel, al frente de 9000 catalanes escogidos, se reunieron con el ejército que Almodi habia juntado en número de 30000 hombres de las provincias de Zaragoza, Valencia y Toledo que estaban á su devocion.

El resultado fue el mismo que el de la campaña anterior. Almodi llegó con sus aliados á Acbatalbacar, pueblo distante diez leguas de Córdoba, Suleiman salió á recibirle, le sorprendió en su marcha, y desordenó algun tanto su ejército; pero rehaciéndose despues, logró Almodi una completa victoria de su enemigo que huyó derrotado á Zafra. Córdoba abrió sus puertas al vencedor. Los historiadores cristianos dicen que el conde de Urgel falleció en la batalla cuando Suleiman acometió; pero los mahometanos aseguran que salió de ella libre, permaneció algun tiempo en Córdoba con su gente, y que receloso de alguna perfidia de Muhamud Almodi se retiró con sus tropas á Cataluña.

Al año siguiente de 1011 fue descubierto el engaño de Almodi y el sitio donde yacia oculto el infeliz Hixem II. Sacáronle de él y le volvieron á elevar al trono, y Almodi fue descabezado. No por eso cesaron las guerras civiles entre los moros. Suleiman hizo guerra á Hixem, y los gobernadores árabes se hicieron fuertes en las provincias, aspirando cada uno á fundar una nueva monarquía.

El mismo año se hizo dueño Sancho el mayor, rey de Navarra, de todos los pueblos que

habia á la falda de los Pirineos en las orillas del Gallego. Animábale á ello el mal estado de la monarquía árabe. Las fortalezas de aquellos paises estaban defendidas por el vecindario mahometano. Sancho, que aspiraba á conquistar y no á destruir, conservó los castillos, añadió otros nuevos, é *hizo frontera* en aquella parte, como se decia entonces cuando se impedia una entrada á los enemigos con puestos fortificados. En 1012 continuó sus conquistas en Sobrarbe y Ribagorza, en las cuales le ayudaron los cristianos que vivian en aquel pais bajo el dominio de los moros, porque á la sombra del ejército navarro se sublevaban contra los infieles, y los arrojaban de las poblaciones y fortalezas. Un caballero, llamado García Aynaz, reuniendo sus parientes y amigos, se apoderó del castillo de Boil, y lo entregó á don Sancho. Es muy de notar que este fue en nuestra historia el primer ejemplo de cristianos sometidos á los moros que se levantaron contra éllos: y aun despues de esta época fueron rarísimos los casos de las insurrecciones de esta especie.

Sitio de Toledo (1013). Continuaba la guerra entre Suleiman, á cuya devocion estaban siempre los berberiscos, y el débil Hixem II. Suleiman hizo alianza con Abdalá, hijo de Muhamad Almodi, y gobernador de Toledo, incitado ya por sí mismo á vengar la muerte de su padre. Abdalá se rebeló contra el rey de Córdoba, se hizo proclamar rey en Toledo, donde era muy querido, y unió sus armas con las de

Suleiman. Este, para aumentar la fuerza de su partido, imploró la asistencia de su antiguo aliado Sancho García, conde de Castilla.

El conde, para quien toda alianza contra mahometanos era igual, creyó sin embargo mas útil la del rey de Córdoba, menos belicoso y por consiguiente menos temible á los cristianos; y del cual podia esperar un partido mas ventajoso. Escribióle, pues, refiriendole las propuestas que le hacia Suleiman; dándole á entender al mismo tiempo que le acomodaria mas la alianza con él, por ser príncipe legítimo, y que uniria las armas castellanas con las cordobesas si se le cediesen las plazas de San Esteban de Gormaz, Osma y Coruña del Conde, que desde los tiempos de Almanzor estaban en poder de los mahometanos. En las circunstancias apuradas en que se hallaba Hixem aquella insinuacion era una órden. Las tres plazas se entregaron al conde; y éste se puso inmediatamente al frente de sus tropas, pasó los puertos, se unió cerca de Toledo con las tropas cordobesas que enviaba Hixem, y cercó aquella ciudad.

Las incomodidades del sitio y los daños que los sitiadores causaban en el territorio quebrantaron la constancia de los moros toledanos. Ellos mismos abrieron las puertas de la ciudad, la rindieron á las tropas de Hixem, y les entregaron á Abdalá, que fue llevado á Córdoba, y descabezado. Don Sancho García recogió el botin que habia hecho en aquella campaña, y se volvió á Burgos.

En 1014 Suleiman triunfó de Hixem y le arrojó de su capital. Resentido contra don Sancho de Castilla por su conducta en la campaña anterior, envió hácia la frontera del Duero un cuerpo de tropas que sorprendió á Coruña del Conde y pasó á cuchillo sus habitantes. Don Rodrigo, don Diego y don Iñigo, hijos del conde don Vela, cometieron algunas demasías contra los vasallos del conde, y huyendo del castigo merecido, se pasaron al reino de Leon, donde el rey don Alonso V los acogió benignamente, y les dió tierras á las faldas de las montañas de Asturias donde pudiesen vivir con la decencia correspondiente á su alto nacimiento.

Batalla de Funes (1015). Don Sancho, rey de Navarra, continuando sus conquistas en las vertientes españolas del Pirineo, se apoderó de Roda. Guillermo, conde de Ribagorda, y segun todas las probabilidades feudatario de Francia, le disputó aquella plaza, alegando que era de su conquista. El rey le venció en batalla, y se apoderó de gran parte de sus estados.

En este tiempo Suleiman, habiendo vencido á Hixem en una batalla y obligádole á refugiarse al África, donde acabó su vergonzosa vida, se coronó rey de Córdoba; cetro que le disputaron en largas y sangrientas guerras civiles dos príncipes Abenhumeyas. Entretanto Mundir, amigo de Suleiman y gobernador de Zaragoza, viendo al rey de Navarra empeñado en la guerra con el conde de Ribagorza, pasó el Ebro, y penetró en lo interior del reino hasta la con-

fluencia del Arga y del Aragon. En el valle de Funes, cercano á aquellos puntos, le encontró don Sancho, y le dió una rota considerable, obligándole á huir á Zaragoza con las reliquias de su ejército.

Don Berenguel, conde de Barcelona (1016). Don Ramon, conde de Barcelona, falleció, y le sucedió su hijo Berenguel en menor edad bajo la tutela de su madre la condesa viuda Ermisenda. Mundir, gobernador ó rey de Zaragoza (que entonces era lo mismo en las provincias apartadas del centro del imperio árabe), de vuelta de una de las espediciones á Andalucía para sostener el partido del rey intruso Suleiman, antes de entrar en sus cuarteles penetró en Cataluña, y taló el pais hasta cerca de Barcelona.

La condesa, que tenia una hija casada con Ricardo, duque de Normandía, pidió socorro á su yerno para vengar aquella injuria. El duque vino en su armada el año de 1018 con un cuerpo considerable de normandos que, reunidos á los catalanes, entraron á sangre y fuego en los estados de Mundir. Los normandos, para aterrar á los moros, fingieron que eran antropófagos, y aparentaron que la carne que comian era de los prisioneros. Este grosero estratagema produjo efecto; y los moros, aterrados por la superioridad del número y por la ausencia de Mundir, que estaba entonces en Andalucía, dieron satisfaccion á la condesa, y rindieron parias anuales en indemnizacion de los daños que habian hecho. En esta época ya

habia muerto Suleiman, y se disputaban la corona de Córdoba Alí y Alcacin, de la familia de los Abenhumeyas.

Al año siguiente hizo entrada don Sancho, conde de Castilla, en las tierras de los moros, y se apoderó de Peñafiel, Maderuelo, Montijo y Sepúlveda. En esta última plaza halló grande resistencia; mas al fin la rindió. Las cosas de los cristianos se mejoraban, al paso que las de los moros iban de caida por sus divisiones intestinas. Castilla volvia á estender sus límites hasta los puertos, y el reino de Leon, con la paz continuada, se poblaba y resarcia de sus pérdidas anteriores.

Don García II Sanchez, conde de Castilla (1022). Este año falleció el valiente Sancho García, conde de Castilla, que restauró las desgracias de su padre y de su patria. Las batallas de Calatañazor y de Quintos y el sitio y toma de Toledo inmortalizaron su nombre, no menos que los fueros y privilegios que concedió á los caballeros castellanos; porque ya el derecho comun con la ignorancia de los tiempos habia cedido el lugar á las costumbres y preeminencias adquiridas por los servicios hechos en la guerra. Sucedióle su hijo García, niño de trece años, bajo la tutela de su madre doña Urraca. Algunos años despues un aventurero se apoderó de Zaragoza y tomó el título de rey; mas no quisieron obedecerle los de Huesca, Lérida y Tudela, y se hicieron independientes en sus distritos. Así se llenó España de pequeñas

satrapías de sarracenos, y fue mas facil á los cristianos la conquista.

Los primeros años del reinado de Alonso V de Leon se emplearon en restaurar y poblar las ciudades y castillos, en reedificar las iglesias y monasterios destruidos en las invasiones de Almanzor: hecho lo cual determinó el rey aprovecharse, como los castellanos y navarros, de la debilidad que causaban á los moros las guerras civiles para estender los dominios de su reino. En 1026 hizo grandes preparativos para una espedicion á Portugal; y en 1027 atravesando el Duero por Zamora rindió un gran número de castillos, taló las tierras de los moros, y puso sitio á Viseo, plaza que Almanzor habia reconquistado.

Era á la sazon entrado el mes de mayo, y como habia calor no quiso don Alonso armarse para un reconocimiento que hizo á caballo del muro de la plaza. Repararon en él los sitiados, y uno de ellos, que era muy certero, le disparó una saeta, y le hirió mortalmente. Así pereció por una imprudencia á los 28 años de reinado y 33 de edad este escelente príncipe, en quien tenian fundadas esperanzas los leoneses de ver renovados los tiempos gloriosos de Alonso III y Ramiro II. Fue sepultado en la iglesia de san Juan Bautista, llamada despues de san Isidoro, donde él mismo habia trasladado á un magnífico panteon los restos de sus antecesores.

De su esposa doña Elvira Menendez, con

quien se habia criado por ser hija del conde don Menendo Gonzalez su ayo, tuvo á don Bermudo, que le sucedió en el reino, á doña Sancha, que fue reina propietaria de Leon, y á doña Gimena, que casó con el conde don Diego de Asturias, y fue madre de la célebre Gimena tan nombrada en nuestros romances y fábulas, que fue esposa de Ruy Diaz del Vibar, por sobrenombre el Cid.

CAPÍTULO XXIII.

Don Bermudo III.

Don Bermudo III, rey de Leon. Doña Nuña y don Sancho el Mayor, reyes de Navarra, condes de Castilla. Guerra entre Castilla y Leon. Don Fernando I el Grande, rey de Castilla: don García VI el de Nájera, rey de Navarra: don Ramiro I, rey de Aragon: don Gonzalo, rey de Sobrarbe: don Ramon II, conde de Barcelona. Guerra entre Castilla y Leon. Batalla de Tamara: muerte de Bermudo III.

Don Bermudo III, *rey de Leon* (1027). Apenas falleció el rey don Alonso el V de Leon, fue proclamado su hijo don Bermudo III, jóven á la sazon y mas esforzado que prudente. Reina-

ba en Castilla el conde don García bajo la tutela de don Sancho el Mayor, rey de Navarra, casado con doña Nuña, hermana del conde. La monarquía mahometana estaba dividida en varios reinos. Ali Maimon era rey en Toledo; Muzeit en Valencia; Hairan en Orihuela; Edris en Sevilla, Granada y gran parte de Andalucía; Abenhud en Zaragoza; y la ciudad de Córdoba, á la cual se reducia entonces el gran imperio de los Abenhumeyas, á un capitan árabe llamado Aben Mahomet. En esta época empezó la dinastía de los Edris de Africa en Sevilla, que volvió á ser la principal ciudad de Andalucía.

Doña Nuña y Sancho el Mayor, reyes de Navarra, condes de Castilla (1028). Una alevosía execrable trastornó en esta época todas las relaciones entre las potencias cristianas de España, y produjo nuevas combinaciones políticas. Don García, conde de Castilla, habiendo llegado á edad de tomar estado, por consejo de los señores de su reino y con el consentimiento del rey de Navarra su tutor, eligió por esposa á Sancha, hermana del rey don Bermudo de Leon, que aceptó con alegría la propuesta.

Ajustados, pues, los contratos, partió don García á Leon á celebrar su casamiento, acompañado de la flor de la juventud castellana, y del rey don Sancho de Navarra, que solo llegó hasta la frontera de los dominios de Bermudo III. Fue recibido muy bien por la reina doña Elvira, viuda de Alonso V, y por la infanta doña Sancha su hija, con la cual iba á casarse:

porque el rey de Leon se hallaba á la sazon en Oviedo, pero dispuesto á volverse pronto á la capital para asistir á las bodas de su hermana.

Diósele al conde alojamiento propio de su dignidad, donde descansó aquella noche; y al dia siguiente por la mañana, pasando á oir misa á la iglesia de san Juan Bautista, se le acercaron en ademan suplicante como para besarle la mano los tres hijos de don Vela, que como ya hemos dicho, estaban refugiados en el reino de Leon. El mayor de éllos, que fue el que primero se aproximó, hirió al conde con un puñal, y acercándose los otros dos y sus parciales, que tenian prevenidos y estaban muy bien armados, le acabaron de quitar la vida, sin que pudiesen impedir la maldad los caballeros castellanos y leoneses que habian salido como de fiesta y á la iglesia, y no estaban prevenidos de armas. Tanto pudo en aquellos ánimos feroces la venganza de los antiguos agravios que su familia habia recibido de los condes de Castilla.

La atrocidad del hecho conmovió todos los ánimos; pero los Velas, como gente prevenida, despues de haber dado muerte á muchos de los que solicitaban prenderlos, se salieron de la ciudad, y temiendo la ira del rey de Leon, se hicieron fuertes en Monzon, castillo cercano á Palencia, con intento de aprovechar la primera ocasion de pasarse á tierras de los mahometanos.

Don Sancho el Mayor, que aún se hallaba en Castilla, no les dió tiempo para ello. Apenas supo el asilo en que se habian encastillado con sus parciales, marchó á Monzon con un cuerpo de navarros y castellanos despues de haberles interceptado el camino para el mediodia: puso sitio á la fortaleza, donde los Velas se defendieron con el valor de la desesperacion; y al fin la entró por asalto dando la muerte á los que la defendian; y á los tres hermanos, que cayeron vivos en su poder, los mandó arrojar en una hoguera.

Doña Nuña, hermana única del difunto don García, entró sin resistencia alguna en posesion del condado de Castilla, y con ella su esposo don Sancho de Navarra. Este fue el segundo ejemplo de una soberanía heredada por hembra en España; porque el primero fue el del pequeño condado de Aragon, incorporado en la corona de Navarra por unas bodas como ya digimos en su lugar. Alonso I el Católico y Silon adquirieron de sus esposas, no derecho, sino cierto esplendor de la casa real para ser elegidos; porque en aquella época era aun electiva la corona, aunque las costumbres propendian á la sucesion hereditaria. El primer antecedente perentorio en Castilla del derecho adquirido por una hembra fue el advenimiento de doña Nuña y de don Sancho su marido.

Muchas causas accidentales contribuyeron á establecer este precedente: el rey de Navarra era un gran capitan y consumado político; ha-

bia conseguido grandes victorias de los moros; tenia mas celebridad que ningun otro príncipe cristiano de su tiempo. Ademas habia ganado el afecto de los castellanos por su afabilidad, justicia y prendas verdaderamente reales. En fin, habia vengado la muerte del último conde, y tenia fuerzas suficientes para sostener el derecho que alegaba de su esposa si alguno se hubiese opuesto á su voluntad. El mismo año casó don Bermudo, rey de Leon, con doña Gimena, hermana de doña Nuña, condesa de Castilla.

En los años siguientes tuvo que reprimir varias rebeliones en Galicia. La primera en 1029 de un caballero principal llamado Oveco Rosendo, que fue castigado con la confiscacion de bienes. La segunda en 1031, de Instruario, obispo de Santiago, que fiado en su poder y riquezas, tiranizaba el territorio. El rey le puso en prision, y le dió por sucesor á Cresconio, varon virtuoso y sabio. Las costumbres feudales, importadas de Francia, se iban introduciendo en España; pero siempre tuvo la autoridad real fuerza suficiente para reprimirlas.

Guerra entre Castilla y Leon (1032). Movióse guerra entre los reyes de Leon y Navarra sobre los límites de Castilla; pretendiendo don Sancho el Mayor que Palencia pertenecia á su condado, y don Bermudo al reino de Leon. Don Sancho, mas poderoso y ejercitado en la guerra, invadió los estados de Bermudo, le obli-

gó á refugiarse en Galicia, se apoderó del reino, puso sitio á Astorga y la rindió.

Al año siguiente se hizo la paz; porque habiendo reunido Bermudo III un poderoso ejército para recobrar su reino, y estando ya los dos contrarios para darse la batalla, los prelados y varones prudentes que preveian la ruina y estrago de las fuerzas cristianas, que podrian emplearse mejor contra el enemigo comun, inclinaron los ánimos de entrambos reyes á la reconciliacion. Esta se hizo casando el infante don Fernando, hijo segundo de Sancho el Mayor, con la infanta doña Sancha, hermana de don Bermudo; y cediendo éste, á título de dote, las tierras conquistadas por don Sancho entre el Pisuerga y el Cea. Bermudo llevó muy á mal esta cesion, y solo vino en hacerla por los ruegos é instancias de los suyos.

Don Fernando I el Grande, rey de Castilla: don García VI el de Nájera, rey de Navarra: don Ramiro I, rey de Aragon: don Gonzalo, rey de Sobrarbe: don Ramon II, conde de Barcelona (1035). Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, falleció y repartió sus estados entre sus cuatro hijos: consejo pernicioso á ellos mismos y á la cristiandad. Don Sancho habia tomado el título de *rey de las Españas* por la estension de sus dominios; y parecia haber reconocido la utilidad de formar una gran monarquía, que en pocos años podria acabar con el poder de los moros, divididos entonces ;y aquejados con guerras civiles; pero el amor pa-

ternal y la vanidad casi pueril de dejar reyes á sus cuatro hijos aumentó el número de las soberanías de España, produjo guerras sangrientas entre los cristianos, y retardó la libertad del suelo español.

A García, el mayor de sus hijos, dejó el reino de Navarra, patrimonio de su familia, el señorío de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, lo que poseia al otro lado del Pirineo en el pais de los bascos, en el Bearne y en el Bigorne. Los límites de Navarra eran entonces mas estensos que ahora, pues comprendia la Rioja, llegaba hasta el nacimiento del Duero en Castilla y hasta el Moncayo, en lo que hoy es Aragon.

A don Fernando, su hijo segundo, dejó la Castilla con título de reino y los dominios conquistados en el reino de Leon. A don Gonzalo, que era el tercero, los paises de Sobrarbe y Ribagorza; y á don Ramiro, su hijo natural, el curso del rio Aragon, antes de entrar en Navarra, con título tambien de reino, que el valor de este príncipe y de sus sucesores estendió hasta el punto de ser una de las principales potencias de Europa. El mismo año falleció don Berenguel, conde de Barcelona, y le sucedió su hijo don Ramon, II de este nombre.

Guerra entre Castilla y Leon (1036). Don Bermudo III, apenas supo la muerte de don Sancho, se preparó á recobrar los territorios cedidos. A fines del año anterior se apoderó de Palencia, y en éste recobró los demas lugares sin resistencia de parte de don Fernando, rey de Casti-

lla, que no se hallaba con suficientes fuerzas para oponerse al numeroso ejército de los leoneses.

Batalla de Tamara: muerte de Bermudo III (1037). Fernando de Castilla, para contrarestar las fuerzas de su adversario, pidió auxilio á su hermano mayor García, rey de Navarra, con quien entonces estaba muy unido, y que era joven mas valiente que político, y amigo de empresas difíciles. García accediendo á los deseos de su hermano, pasó á Castilla con muy buenas tropas, y reuniéndolas con las castellanas, salieron los reyes en demanda del leonés.

Don Bermudo no los esperó en su territorio; antes bien juntando el ejército mas numeroso que pudo, entró en Castilla y dió vista al enemigo en el valle de Tamara cerca de Carrion. Trabóse la batalla: don Bermudo, mas valeroso que prudente, fiado de sus dobles armas y en la velocidad de su caballo, se adelantó á los suyos y se metió entre los escuadrones enemigos, buscando á los reyes para pelear con alguno de éllos en combate singular, segun la costumbre de aquellos tiempos caballerescos; pero cargando sobre él los enemigos, recibió un bote de lanza y cayó muerto del caballo. Asi pereció á los diez años de reinado el último rey de la dinastía de Cantabria, que fue la segunda, y que á pesar de tantos peligros y contradicciones llevó la monarquía española desde las montañas de Asturias hasta las vegas del Duero.

La muerte del rey de Leon desalentó á los suyos; pero Fernando, que pensaba heredar sus estados por el derecho de su muger doña Sancha, hermana de don Bermudo, mandó suspender el combate, recogió el cadáver de su cuñado, y le conservó con la decencia correspondiente para llevarle al panteon de sus antepasados. Don Bermudo III no habia tenido mas que un hijo llamado Alonso, que falleció á pocos dias de su nacimiento.

En los últimos años de la dinastía Cantábrica se celebraron en Leon las primeras córtes de que se conservan actas, que fueron las de 1020. En éllas se dió fuero á los habitantes de la capital; prueba de que era ya necesaria esta precaucion para libertarse de la opresion de los poderosos. Asistieron á éllas obispos, abades y principales señores, sin el menor vestigio de representacion municipal; lo que demuestra la poca ó ninguna industria fabril y mercantil en aquellos siglos.

CAPÍTULO XXIV.

Don Fernando I el Grande.

Doña Sancha y don Fernando I el Grande, reyes de Leon. Reunion de Sobrarbe y Ribagorza al reino de Aragon. Sitio y batalla de Tafalla. Conquista de Calahorra. Concilio ó córtes de Coyanca. Guerra entre Navarra y Castilla: batalla de Atapuerca: guerra de Castilla: guerra de Toledo: guerra de Estremadura: batalla de Grao: Sancho Ramirez, rey de Aragon. Sancho V el de Peñalen, rey de Navarra. Guerra en Portugal. Conquista de Viseo y de Lamego. Conquista de Coimbra.

Doña Sancha *y don Fernando I el Grande, reyes de Leon.* Fernando de Castilla, conseguida la victoria de Tamara, marchó á Leon con el cadáver de su cuñado, entró sin resistencia en la ciudad, y fue proclamado rey por el derecho de su esposa doña Sancha, hermana de Bermudo III. Solo opusieron alguna resistencia los señores de Galicia, como mas lejanos y mas independientes, y tuvo que valerse del tiempo y de la astucia para someterlos; por cuya causa en los primeros años

de su reinado no pudo hacer guerra á los moros como deseaba.

El advenimiento de la dinastía de Navarra al reino de Leon fue un suceso fausto para los cristianos por haberse reunido al reino de Castilla, ya por sí bastante poderoso, las tres importantes provincias de Asturias, Galicia y Leon. Este acontecimiento consagró tambien el principio de la sucesion hereditaria en las hembras, adoptada ya en Castilla, y lo estendió á Leon, con la particularidad de la preferencia concedida á la hija sobre los colaterales; pues aunque nada dicen los historiadores, es imposible que en aquella época se hubiesen estinguido todas las ramas transversales y varoniles de la dinastía de Cantabria. Bermudo, Odoario, Nuño y Fruela, hermanos de Alonso III el Grande, Gonzalo, Bermudo y Ramiro, sus hijos, Alfonso, Ordoño y Ramiro, sus nietos, hijos de Fruela II, no pudieron haber fallecido todos sin haber dejado descendencia varonil; y á todos fue preferido el derecho directo é inmediato de doña Sancha.

Es verdad que este derecho estaba apoyado en un ejército victorioso y guiado por un héroe; pero tambien lo es que se estableció principalmente por la utilidad pública de evitar guerras sangrientas entre Leon y Castilla, y de renovar la antigua reunion entre estos dos paises, con tan mal consejo separados. De esta reunion y del caracter del nuevo rey se esperaban grandes triunfos contra el enemigo comun.

Reunion de Sobrarbe y Ribagorza al reino de Aragon (1038). Fernando atendia ante todas cosas á consolidar su potencia en su nuevo reino. Muchos caballeros se pasaron á los moros de Sevilla por no servir, como éllos decian, á un monarca estrangero; entre ellos nombra la historia á uno poderoso en Galicia, llamado don Sisenando, cuya ausencia contribuyó mucho á pacificar aquel pais.

Otra reunion importante de soberanías se verificó este mismo año. Don Gonzalo, rey de Sobrarbe y Ribagorza, atravesando la puente de Monclus, al volver de caza, fue asesinado alevosamente por uno de sus criados, llamado Ramonet, que le atravesó con un venablo, sin que refiera la historia la causa de esta maldad ni su castigo. Los de Sobrarbe aclamaron por rey á Ramiro I de Aragon, hermano del difunto, y el mas próximo, y por consiguiente en mejor disposicion para socorrerlos contra los mahometanos. Asi el pequeño reino de Aragon, casi reducido en su cuna á la montaña de Jaca, se estendió considerablemente, y se hizo tan grande como la primer monarquía de Asturias creada por Pelayo. No se vió que don García, rey de Navarra, su hermano mayor, ni don Fernando de Castilla diesen muestras de pesar por no haber sido consultados. Pero es creible que ya entonces empezase á echar raices el sistema de sucesion, en parte electivo y en parte hereditario, que estuvo vigente por muchos siglos en la mo-

narquía aragonesa. Al año siguiente de 1039 hizo don Ramiro guerra á los moros de Zaragoza, y les quitó la importante fortaleza de Benavarre, y en el de 1040 taló la comarca de Lérida. Al siguiente hizo lo mismo en la de Huesca; de modo que los reyes mahometanos de aquellos parages temblaban de solo su nombre.

Sitio y batalla de Tafalla (1042). Este año reunió don Ramiro su ejército, y se preparó á una espedicion mas grande y gloriosa, que su escesiva ambicion convirtió despues en ignominia suya, y afeó la gloria de sus hazañas. Apenas tuvo junta su gente marchó la vuelta de Zaragoza. El rey moro de esta ciudad, aterrado con la invasion, solicitó la paz que don Ramiro no concedió sino bajo dos condiciones muy diversas en su esencia y en su objeto. La primera fue que permitiese el nombramiento de un obispo en Zaragoza; la segunda que mandase á los reyes de Huesca y de Tudela que le asistiesen con sus armas, igualmente que él, para una espedicion que meditaba; lo que da á entender que entonces tenia alguna superioridad el rey de Zaragoza sobre aquellos dos caciques.

Los moros aceptaron ambas condiciones; y Ramiro, incorporando en su ejército las tropas auxiliares de los tres reyes, entró en Navarra cogiendo desprevenido á su hermano García, y puso sitio á Tafalla. Esta repentina invasion asombró é indignó á todos los cristianos de

España. García tan valiente como sus hermanos, pero menos activo, mostró sin embargo en aquella ocasion increible diligencia: envió á decir á los de Tafalla que prolongasen la resistencia cuanto les fuese posible que él marchaba á socorrerlos. Juntó gente de todas partes, y haciendo de noche las marchas para sorprender á los lidiadores, cayó sobre ellos de improviso cuando estaban dormidos, y entró en las trincheras degollando y matando á cuantos encontraba. No fué posible á don Ramiro en medio del terror, la confusion y la oscuridad rehacer su gente despavorida y fugitiva; y conociendo el riesgo huyó en un caballo enmantado sin freno ni silla. Al amanecer del dia prosiguieron los navarros el alcance, é hicieron terrible destrozo en los enemigos.

Don García en venganza de la injuria entró á fuego y sangre en Aragon. Don Ramiro huyó á Sobrarbe, y viéndose sin ejército ni medio de levantarlo, recurrió á la generosidad de su hermano, pidiéndole perdon y reconociendo su yerro. Don García le concedió el perdon, le restituyó su amistad y la parte de sus dominios que le habia ocupado, y se volvió victorioso á Nájera, donde tenia su córte y residencia, por lo cual le llamaron don García el de Nájera.

Conquista de Calahorra (1045). Este año hizo don García, rey de Navarra, su segunda entrada en los dominios mahometanos, des-

pues de otra que habia hecho cuando persiguió á su hermano Ramiro desde Tafalla, pero con mas utilidad, porque sitió á Calahorra, que era padrastro de sus dominios por la parte del Ebro, venció la ostinada resistencia de los habitantes, rompió una parte del muro, entró en la plaza por asalto, y degolló ó redujo á esclavitud los defensores. Despues fortificó muy bien la ciudad, estableció en ella sede episcopal, y fue una de las llaves de Navarra.

Concilio ó córtes de Coyanca (1050). Mientras estas cosas pasaban en Navarra y Aragon, el rey don Fernando de Castilla solo entendia en pacificar á Galicia y consolidar su dominacion en el reino de Leon. Ya llevaba su obra muy adelantada, y sus eminentes cualidades le habian ganado el afecto de sus nuevos súbditos. Para afirmar y perpetuar su obra determinó celebrar córtes de todos sus dominios, y concurrieron á Coyanca, juntamente con él y su esposa doña Sancha, los prelados eclesiásticos y principales señores de sus reinos.

Comenzando por la religion, se establecieron leyes muy saludables para la disciplina eclesiástica, estragadísima en aquellos tiempos de inmoralidad é ignorancia. Una de ellas mandaba que en ninguna iglesia faltasen los libros necesarios para los oficios divinos, y en otra que los eclesiásticos no usasen de armas. En materias civiles se mandó que los condes y *merinos* administren recta justicia. Parece que los primeros eran gobernadores civiles y mili-

tares en los distritos ó *merindades*, y que los segundos, cuyo nombre empezó á oirse en este siglo, eran magistrados enviados por el rey para administrar justicia.

La ley mas importante hecha en estas córtes fue que en el reino de Castilla rijan los fueros concedidos por el conde don Sancho García, y en el de Leon las leyes de don Alonso V hechas en las córtes de 1020. Las primeras formaron la coleccion que se llamó despues *Fuero viejo* de Castilla. Asi los dos reinos, aunque enlazados en una misma corona, quedaron divididos en cuanto á la legislacion.

Al año siguiente padeció el rey don García de Navarra una enfermedad grave; y su hermano don Fernando fue á visitarle á Nájera, donde se hallaba; pero entre las amistades de la visita dieron aviso al rey de Castilla, sin que haya podido averiguarse si fue falso ó verdadero, de que su hermano García trataba de apoderarse de su persona para obligarle á ceder algunas porciones considerables de sus dominios. Fernando, poseido de esta sospecha, buscó el pretesto mas verosimil para acortar su visita, y se retiró á su reino jurando vengar el agravio, que segun él, se habia querido hacerle.

Guerra entre Navarra y Castilla: batalla de Atapuerca. Don Sancho V el de Peñalen, rey de Navarra (1054). No tardó en venírsele á las manos la ocasion. Cayó enfermo en la primavera de 1054, cuando estaba ocupado

en las prevenciones de la guerra que pensaba hacer á los moros, sosegado ya el reino, y su hermano don García vino á visitarle. Al punto le mandó prender y encerrar en el castillo de Cea.

Don García tuvó medios de avisar á los suyos de la situacion en que se hallaba; que tenia meditada la manera de escaparse; que enviasen alguna gente que llegase disfrazada hasta el castillo para asegurar su salida. Asi lo hicieron los navarros, y á la deshilada y encubiertos llegaron el dia señalado á la prision; don García salió de ella ó sobornando la guardia, ó arrojándose por una almena, fue recibido de los suyos, y montando á caballo llegó á su reino sin ser conocido en el camino.

Al punto reunió sus huestes, solicitó y obtuvo tropas auxiliares de los moros de Zaragoza y Tudela, y en venganza de la injuria recibida entró por Castilla. Su hermano Fernando le envió embajadores para que le templasen; disculpó su accion con la que habia creido que don García intentára; añadiendo que si fue falso el informe que á él le dieron en Nájera, con la satisfaccion competente podria concluirse la querella sin derramamiento de sangre cristiana.

Don García ni quiso escuchar los embajadores, ni oyó los consejos de San Íñigo, abad de Oña, ni de Santo Domingo, abad de Silos, ni de su ayo don Fortunio Sanchez, ni de otros señores que le aconsejaban. Don Fer-

nando que tenia prevenidas sus huestes, viendo inevitable la guerra, se adelantó hasta Atapuerca, pueblo situado á tres leguas de Burgos, donde segun la costumbre de aquel siglo se habia aplazado la batalla para el primer dia de setiembre.

Trabóse la accion con sumo ardimiento por entrambas partes. El rey de Castilla, mas hábil guerrero que su hermano, envió por un flanco un cuerpo de caballería leonesa que penetró con furia por aquella parte, y llegó desordenando á los contrarios hasta el punto en que peleaba don García. Este infeliz rey murió en el conflicto, segun algunos historiadores, á manos de un soldado navarro, llamado Sancho Fortuño, cuya muger habia deshonrado, y que le derribó del caballo de una lanzada. Los navarros cargando hácia aquel punto impidieron que los leoneses le acabasen. San Iñigo vino con aceleracion á suministrarle los auxilios espirituales, y en sus brazos exhaló el último suspiro.

Con la muerte del rey de Navarra desfalleció el ánimo de sus tropas. Don Fernando logró la victoria, y sigió el alcance, dando órdenes á los suyos que dejasen lugar á los navarros para que se salvasen; pero que no diesen cuartel á los mahometanos auxiliares. Asi se hizo. Al rey difunto don García sucedió Sancho V su hijo primogénito. Unos historiadores dicen que don Fernando de Castilla hizo la paz con los navaros sin estender sus dominios; otros

que se quedó con la Rioja alta, es decir, con la parte de esta provincia que hay desde los confines de la de Burgos hasta el rio Oja.

Guerra en Portugal (1054). Fernando I, aunque feliz en sus guerras contra Bermudo III de Leon y García VI de Navarra, las miraba como infaustas porque hasta entonces le habian impedido pelear contra los verdaderos enemigos de la patria. Las victorias de Almanzor habian destruido las antiguas fronteras de Portugal, y Coimbra, Lamego y Viseo estaban en poder de los moros. Fernando determinó restablecerlas, y probar á los gallegos, á quienes pertenecian, que ninguna provincia debia estar mas satisfecha de su dominacion que la que mas la habia repugnado.

Adelantada ya la primavera de 1055, y cuando ya la tierra ofrecia pastos abundantes á la caballería, sacó su ejército de los cuarteles, atravesó el Duero y el Tormes, y entró por cerca de Almeida en Portugal para continuar las conquistas meditadas por don Alonso V, y suspendidas por su desgraciada muerte delante de Viseo. Taló los campos sin detenerse en ninguna parte hasta llegar á Sea, plaza fuerte, cuya resistencia castigó entrándola por asalto, degollando parte de la guarnicion, y llevándose cautivos á los demas. Despues se estendió por todo el pais saqueándolo y llevándolo á fuego y sangre, y lo mismo hizo en la campaña siguiente.

Conquista de Viseo y Lamego (1057). El

sitio de Viseo, que emprendió en su tercer campaña, fue peligroso por los flecheros de la guarnicion, acostumbrados á disparar con tanto acierto y violencia que no erraban tiro, y traspasaban muchas veces los yelmos, corazas y demas armas defensivas. El rey apostó hácia la parte mas flaca de la ciudad un cuerpo de escelentes honderos, que llevaban cubiertas las adargas con tablas sobrepuestas para que en ellas se clavasen las flechas y perdiesen su ímpetu. Despues de algunos dias de ostinado combate entró el rey en la plaza haciendo prisionera la guarnicion. Al flechero que habia disparado la saeta con que fue herido el rey don Alonso V mandó cortarle entrambas manos. Todo el botin lo repartió entre sus soldados para tenerlos contentos y dispuestos para otras espediciones.

Bien pronto los hubo menester en el sitio que puso á Lamego, y conoció su buena voluntad; pues aunque los muros eran altos y capaces de buena defensa, los rodearon con torres de madera, y desde ellas los batieron con tanta furia, que á pocos dias abrieron brecha y entraron la ciudad por asalto degollando á los que se resistieron, y haciendo cautivos á los demas habitantes. El rey mandó agregarlos á los monasterios y fábricas de las iglesias, primer ejemplo de esta especie de esclavitud.

Apoderóse despues de los castillos de San Martin y de Toranza y otros de aquella comarca, y mandó arruinarlos para quitar á los

enemigos toda esperanza de hacerse fuertes en aquellos parages. En esta campaña no volvió con su ejército á Leon; sino le dió un breve descanso en las plazas conquistadas hasta concluir el año; porque deseaba empezar á principios del siguiente la empresa de Coimbra.

En este año, temerosos don Sancho V de Navarra y don Ramiro de Aragon del poder escesivo del rey Fernando, tuvieron entrevista en el monasterio de Leyre, y juraron alianza ofensiva y defensiva; pero el ambicioso don Ramiro vendió caro su auxilio; pues obligó á su sobrino á cederle, durante su vida, las plazas de Sangüesa, Lerin y Undues. Al mismo tiempo don Ramon II, conde de Barcelona, hizo guerra á los moros de Zaragoza, tomó á Manresa, derrotó los cuerpos mahometanos que se le opusieron, y ganó á Prados del Rey, Calaf, Tárraga, Cervera, Odena y otros pueblos.

Conquista de Coimbra (1058). A principios de enero movió el rey don Fernando sus huestes contra Coimbra, y el 28 tenia ya sus tropas al pie de las murallas de aquella plaza, que era fortísima y estaba provista de víveres, municiones y numerosa guarnicion de buenas tropas. Los cristianos la batieron vigorosamente con suma pertinacia con todo género de las máquinas comunes en aquel siglo, y los moros se resistieron con suma ostinacion. Seis meses duró el sitio: don Fernando lo hubiera levantado por falta de víveres si los monjes del monasterio de Lorvaon, situado á dos leguas de Coim-

bra, no le hubiesen provisto de todas las subsistencias necesarias para concluir la empresa. Coimbra se rindió por capitulacion. Todos los ciudadanos salieron libres con sus mugeres é hijos y el dinero necesario para el viaje, quedando sus propiedades y demas haberes en poder del vencedor.

En la mezquita de Coimbra, despues que se purificó y se puso en ella la catedral, fue armado caballero por manos del rey el célebre Ruy Diaz del Vivar. Fernando, gozoso de haber vuelto á poner en el Mondego los límites del reino de Leon, dejó por gobernador en la plaza conquistada al mismo caballero don Sisenando, que por no obedecerle habia emigrado á Sevilla, y que ya vuelto á su gracia le habia servido muy bien en aquella jornada.

Guerra de Castilla (1059). Este año dirigió don Fernando su ejército hácia el reino de Toledo. Tomó de paso á san Esteban de Gormaz, de que los moros se habian vuelto á apoderar en las revueltas que sucedieron á la muerte del conde don Sancho, quitando aquel padrastro pernicioso donde se reunian los moros siempre que emprendian correrías contra las tierras de Castilla ó Leon. Despues tomó á Vado del Rey, y luego á Berlanga, plaza muy fuerte; pero sus habitantes aterrados horadaron los muros por la parte opuesta á la que asaltaban los cristianos, y se escaparon sin ser vistos, abandonando las mugeres y niños que no pudieron seguirlos.

Tomó ademas don Fernando á Aguilera, á Santa María, á San Justo, á Guermos, y echó por tierra los castillos y atalayas de los enemigos, y corrió desde Medina Celi hasta Tarazona saqueando todas las haciendas y aldeas. El rey moro de Zaragoza, ocupado entonces en la guerra contra los catalanes, por redimir la vejacion, le pagó parias y rindió vasallage. A lo menos asi parece del contesto de la historia; porque las relaciones entre los moros y los potentados cristianos de aquella época, están sumergidas en una grande confusion. Nosotros, en caso de divergencia de los historiadores, y cuando no alegan documentos ciertos, esplicamos los hechos de la manera que nos parece mas probable. En el mismo año movió sus armas don Ramiro de Aragon contra el rey de Zaragoza, le quitó la plaza de Loharre, y le obligó á pagarle tambien parias.

Guerra de Toledo (1060). El rey don Fernando aumentó su ejército con tropas escogidas y un cuerpo considerable de honderos, determinado á conquistar el reino de Toledo, cuyos moros eran muy ricos y poderosos, y temidos hasta de Aben Abed, rey de Sevilla, que era entonces el principal de los monarcas árabes de la península. Atravesó, pues, las montañas que separan las dos Castillas, bajó por el Jarama, asoló los territorios de Uceda, Talamanca, Alcolea, Guadalajara y Madrid, y dejó yermo todo el pais del Henares y del Manzanares.

Hecho esto, puso sitio á Alcalá, plaza entonces muy considerable y poblada; pero viéndose sus habitantes sin medios para defenderse por largo tiempo del ímpetu con que la acometieron los cristianos, enviaron á Hiaya Almamon, rey de Toledo, una embajada manifestándole la triste situacion en que se hallaban, y pidiéndole que los socorriese ó con las armas ó con la paz.

El rey de Toledo, sin fuerzas para evitar el peligro de los de Alcalá ni el de su reino, tomó la resolucion de pasar en persona al campamento de don Fernando, se le presentó con grande cortesía y humildad, le regaló ricas joyas y telas preciosas que llevaba, y le ofreció hacerse su tributario si desistia de la guerra. Don Fernando no creyó conveniente reducir á la desesperacion los enemigos, admitió las parias, y se volvió á Leon cargado de riquezas y despojos.

Guerra de Estremadura: batalla de Grao: Sancho Ramirez, rey de Aragon (1063). Dos años descansó de la guerra el rey don Fernando, y en ellos se empleó en restaurar y fortificar á Zamora, y en labrar de cal y canto la iglesia de san Juan Bautista de Leon, destruida por Almanzor, y labrada de tapia por Alonso V. En 1063 hizo una espedicion contra Aben Abed, rey de Sevilla, invadiendo sus estados á sangre y fuego. El moro, no hallándose con fuerzas suficientes para resistirle por las guerras que frecuentemente sostenia contra los reyezuelos cercanos, siguiendo el ejemplo del rey de To–

ledo, se presentó en su tienda á rendirle vasallage y parias, que el rey Fernando aceptó, pidiéndole al mismo tiemo el cuerpo de Santa Justa, que habia sufrido el martirio en Sevilla; mas como no se encontrase, se trasladó en su lugar á Leon el de San Isidoro, arzobispo de la misma ciudad. El rey le depositó en la nueva iglesia que labraba, se le dedicó, y desde entonces tuvo aquel templo la advocacion de San Isidoro.

El mismo año movió guerra el rey don Ramiro de Aragon á los moros de Zaragoza, taló sin piedad su territorio, y se puso sobre la plaza de Grao. El rey de Zaragoza, vasallo de Castilla, pidio socorró á Fernando I, el cual le envió á su hijo mayor el infante don Sancho con un cuerpo de tropas para auxiliar á su feudatario. Don Sancho llegó á Zaragoza, llevando por alferez á Ruy Diaz del Vibar, y reunido con las tropas de Zaragoza marchó á libertar la plaza que se defendia con increible denuedo. Don Ramiro salió á recibirlos con los suyos, y se trabó la batalla á vista de Grao. El combate fue ostinado y sangriento; pero la muerte de don Ramiro, que murió peleando como bueno, decidió la victoria. Los aragoneses vencidos se retiraron, y proclamaron rey al hijo mayor de don Ramiro, llamado Sancho Ramirez, no menos valeroso que su padre.

Dos años despues hizo el rey don Fernando su última campaña contra los moros de Toledo y Zaragoza, que le negaban las parias.

Penetró en los estados de uno y otro, los taló y saqueó en venganza de la felonía, y llegó con sus huestes hasta Valencia, siendo esta la primer vez que los castellanos y leoneses visitaron la playa del Mediterráneo. Sintióse enfermo, y se volvió á Leon, donde falleció á los veinte y ocho años de uno de los reinados mas gloriosos que ha tenido España.

Su muerte fue estraordinaria, y manifiesta el espíritu religioso que dominaba en aquella época la sociedad española. Apenas llegó de la campaña, su primer visita fue á la iglesia de San Isidoro, donde oró fervorosamente, y despues pasó al palacio á descansar algunas horas. A media noche volvió á la iglesia, donde se celebraban los maitines del Nacimiento del Salvador, oyó la misa de la aurora, y desfallecido tuvo que volver á su cama.

El 26 de diciembre se adornó con las vestiduras reales, hizo que le llevasen al templo acompañado de los obispos y abades que habia en la córte y de todo el clero secular y regular; y allí postrado de rodillas lo mejor que pudo, esclamó con voz clara y entera: "Tuyo es, Señor, el poder, tuyo el dominio: tu eres el rey de los reyes, y tuyo es el reino del cielo y de la tierra. Te restituyo, Señor, la corona que tu me diste, y que tuve mientras quisiste conservármela. No te pido otra cosa sino que saliendo mi alma del abismo de esta tierra, la recibas misericordiosamente en tu seno." Dicho esto, se despojó de las vestiduras reales, se cu-

brió de ceniza, se puso el saco que entonces usaban los penitentes, y se reclinó en tierra llorando sus culpas é implorando la piedad divina hasta la tarde del dia siguiente que falleció. Hombres de este temple, que así vivian y morian, eran invencibles; y asi se necesitaba que fuesen para fundar la monarquía.

Fernando I mereció el sobrenombre de *Grande*, que le dieron sus contemporáneos, por su valor, su política, su espíritu religioso y las grandes victorias que consiguió. Humilló á los mahometanos, vengó las calamidades que Almanzor habia causado en Castilla y Leon, y restituyó estos dos reinos mejorados á sus anteriores límites. Pero fue desgraciado en sus guerras contra los cristianos, no porque le abandonase en ellas la victoria, sino porque cada uno de los tres triunfos de Tamara, Atapuerca y Grao le costó un hermano. Es verdad que ninguna de estas guerras fue provocada por él; pero no admite disculpa la prision de su hermano don García. Otro yerro, no moral, sino político, cometió repartiendo sus estados entre sus hijos; motivo de terribles guerras y de crímenes odiosos.

Amó entrañablemente toda su vida á su esposa doña Sancha, reina propietaria de Leon, y que tuvo más parte en el gobierno que ninguna de las anteriores viviendo su marido. Era varonil y prudente: unas veces acompañaba á su esposo á la guerra, como en la espedicion de Coimbra. Otras activaba desde la córte todos los

preparativos necesarios para la campaña. En fin, ejerció las funciones de verdadera reina de Leon.

Tuvo de ella don Fernando tres hijos, Sancho, Alfonso y García, á los cuales dejó los reinos de Castilla, Leon y Galicia; y dos hijas, Urraca y Elvira, que tuvieron en señorío las ciudades de Zamora y Toro, y las rentas de muchos monasterios. Dúdase si Zamora se dió á doña Urraca por su padre don Fernando, ó por su hermano don Alonso, que la amaba mucho.

CAPÍTULO XXV.

Don Sancho II.

Don Sancho II, rey de Castilla: don Alonso VI, rey de Leon: don García II, rey de Galicia. Batalla del Campo de la Verdad. Batalla de Llantada. Batalla de Volpejares: conquista de Leon por don Sancho II. Conquista de Galicia por don Sancho. Cerco de Zamora.

Don Sancho II, *rey de Castilla: don Alonso VI, rey de Leon: don García II, rey de Galicia* (1065). Los tres hermanos, hijos del rey don Fernando I, despues de hechas las exe-

quias de su padre, que fue sepultado en el panteon de san Isidoro, partieron á tomar posesion de sus reinos. Todos eran valientes, ambiciosos y altivos; y mas que todos el primogénito don Sancho, resentido ademas de que su padre hubiese distribuido el reino, que en su opinion pertenecia á él solo. Pero mientras vivió la reina viuda doña Sancha estos ódios y enojos estuvieron encubiertos: tanto era el respeto que aquella escelente reina inspiraba á todos.

El mismo año que murió Fernando I fue conquistada de los moros la ciudad de Barbastro. Don Sancho Ramirez, rey de Aragon, juntó un poderoso ejército, que se reforzó con tropas francesas y con un cuerpo auxiliar que le trajo don Ermengaudo, conde de Urgel, hijo y sucesor del que habia mandado una division en la célebre jornada de los catalanes á Córdoba.

Reunidas estas fuerzas salió á campaña, derrotó á los mahometanos y los encerró en sus plazas fuertes, rindió algunos castillos, y puso sitio á Barbastro, ciudad principal de aquella comarca, perteneciente al régulo de Huesca, y muy importante para los cristianos, porque arrojados ya los moros de las asperezas del Pirineo, era la primera plaza de la tierra llana, desde la cual podrian, si la tomaban los aragoneses, correr toda la vega del Ebro, y lograr en ella grandes despojos sin tener que pasar por los desfiladeros de las montañas.

El reyezuelo de Huesca, incapaz de defender la ciudad por sí mismo, pidió socorros á los

de Lérida y Zaragoza, que enviaron en su socorro algunos cuerpos de tropas. Don Sancho quedó en los cuarteles para continuar el sitio, y el conde de Urgel salió á los enemigos que venian de fuera. Derrotó una de sus divisiones; pero al volverse á los reales victorioso encontró otra que se habia interpuesto entre él y la ciudad; y aunque el valeroso jóven logró tambien vencerlos y ahuyentarlos fue á costa de su vida. Por esta razon mereció el nombre de Hermengaudo, ó Armengol de Barbastro. Esta plaza, viéndose cada dia mas estrechada y sin esperanza de defensa, cayó en poder del rey don Sancho Ramirez, y desde entonces era mas viva y contínua la guerra que los cristianos hacian á los moros por aquella parte.

Batalla del Campo de la verdad (1067). En este tiempo hallándose la ciudad de Braga bastante poblada, emprendió don García, rey de Galicia, la reedificacion de su catedral para establecer en ella la antigua sede metropolitana. Este rey se hizo aborrecer de sus vasallos por el escesivo favor que tenia con él un caballero particular, que se empleaba en malquistar á los demas, y movia al rey á cometer muchas sinrazones é injusticias. Los señores de la córte le dieron muerte casi á la vista de don García, y temiendo su enojo, se pasaron al servicio de don Alonso, rey de Leon.

Don Alonso, el mas amado de los tres hermanos, trataba entonces su casamiento con la princesa Agueda, hija de Guillermo el Conquis-

tador, rey de Inglaterra y duque de Normandía; primer contrato matrimonial entre las casas cristianas de España y las familias reales de otros paises de Europa. Este matrimonio no se efectuó, porque hechos los conciertos, y pasando la princesa á España, murió de enfermedad en la nave que la conducia, y su cadáver fue sepultado en un monasterio de la costa vecina de Francia.

Don Sancho, rey de Castilla, buscando pábulo á su ambicion, acometió las tierras de Rioja que pertenecian al rey de Navarra. Este llamó en su auxilio á su primo Sancho Ramirez, rey de Aragon, y tuvieron batalla con el de Castilla en el campo donde despues se edificó la ciudad de Viana, llamado entonces *Campo de la verdad*, porque en él se hacian los desafios ó *juicios de Dios*; arbitrio digno de la barbarie de aquel siglo para conocer la verdad. La batalla fue muy sangrienta; en ella fue vencido el rey de Castilla, que tuvo que huir en un caballo enmantado. El rey de Navarra recobró los pueblos que los castellanos le habian tomado en Rioja. Esta batalla se llamó tambien de los *tres Sanchos* ó de los *tres primos*, porque los tres reyes tenian este nombre y eran primos hermanos.

Poco despues de la vuelta de don Sancho de Castilla á Burgos falleció su madre; y roto ya el freno que su amor y su autoridad le imponian, comenzó á buscar pretesto para despojar á sus dos hermanos. Así se emprendió una guerra cruel, en que se vertió la sangre mas

pura de la nobleza de Castilla y Leon, y que acabó en la flor de su edad con la vida del desgraciado príncipe, cuya ambicion fue la primer causa de los males.

Batalla de Llantada (1068). La primer empresa de don Sancho fue contra el reino de Leon, como mas próximo. Don Alonso hizo sus preparativos de defensa, y muchos caballeros de Galicia, que le amaban por su afabilidad y mansedumbre, tanto como aborrecian á sus hermanos, acudieron á servirle. Los ejércitos de los dos hermanos se avistaron cerca del rio Pisuerga, junto á un pueblo llamado entonces Plantada, y despues Llantada. La accion fue terrible y ostinada, con gran mortandad por ambas partes; y aunque la victoria quedó por el castellano, retirándose vencido don Alonso, sin embargo la grande pérdida de gente que habia sufrido le obligó á dar oidos á las amonestaciones de los señores del reino y de sus hermanas, señaladamente de doña Urraca, cuya predileccion á don Alonso era conocida, y ha quedado consignada en la historia. Cesaron, pues, por entonces las hostilidades.

Este año se establecieron en Cataluña los *usaticos*, ó leyes de costumbre. La legislacion visogoda estaba casi olvidada en aquel pais, conquistado en su mayor parte por los franceses, cuyas leyes eran muy diversas, principalmente despues de la introducion del feudalismo. La oposicion entre las costumbres introducidas y las determinaciones del Fuero Juzgo aumenta-

ban en gran manera los pleitos. El conde don Ramon II para evitar este mal juntó córtes de los señores y prelados, y se mandó poner por escrito las leyes sancionadas ya por el uso para que sirviesen de norma en lo sucesivo á los particulares y á los magistrados.

Batalla de Volpejares: conquista de Leon por don Sancho II (1070). Don Sancho, resarcidas las pérdidas que habia sufrido en la accion de Llantada, invadió segunda vez el reino de Leon, amenazando por la parte de Carrion. Don Alonso, despues de haber pedido y obtenido de don García, rey de Galicia, tropas auxiliares, pues que á ambos hermanos amenazaba la ambicion de don Sancho, le salió al encuentro, y le dió batalla en Volpejares.

La accion duró todo el dia, y fue muy sangrienta; pero la victoria quedó por don Alonso, y el ejército de don Sancho fue puesto en fuga. El rey de Leon, cuyo carácter era humano y generoso, prohibió que se siguiese el alcance del enemigo, queriendo evitar la efusion de sangre cristiana. Esta generosidad fue causa de su ruina; porque don Sancho, habiendo hecho alto, recogió sus tropas dispersas durante la noche, y cargó sobre los vencedores al amanecer. Sorprendidos los leoneses en la seguridad del sueño, logró de éllos una completa victoria. Don Alonso, viendo derrotado su ejército, huyó y tomó asilo en la iglesia de Santa María de Carrion. Allí le encontró su hermano, y le envió preso á Burgos.

Don Sancho marchó con su ejército á Leon, cuyas puertas halló cerradas; pero los habitantes, considerando que preso ya y destronado su rey pertenecia la corona al hermano mayor, le recibieron y proclamaron; ejemplo que fue seguido por todas las ciudades del reino. La infanta doña Urraca, sabida la desgracia de su hermano querido, temiendo la ira y ferocidad de don Sancho, se puso en camino para verse con él, y por sus ruegos y súplicas, que fueron apoyadas por los demas señores de Castilla, logro la libertad de don Alonso á condicion que saliese desterrado de Castilla y Leon.

Don Alonso partió al reino de Toledo, se presentó al rey Alí Almamon implorando su hospitalidad, y el toledano le acogió con la benignidad y nobleza que los musulmanes usan respecto á los desgraciados que buscan su patrocinio. Dióle casa y medios decorosos de subsistencia para él y tres caballeros de la noble familia de Ansurez que quisieron seguir su suerte; y prendado de su buen talento y agradable conversacion no tardó en profesarle grande afecto y amistad, y desde entonces entablaron la alianza que despues tuvieran en dias mas felices para don Alonso.

Conquista de Galicia por don Sancho (1071). Despues de haberse apoderado don Sancho del reino de Leon, acometió al de Galicia, donde el rey don García, mal querido de sus vasallos, no pudo juntar fuerzas suficientes para resistirle, y así abandonando sucesivamente á su her-

mano las ciudades de Galicia y de Portugal, huyó á los estados de Aben Abed II, rey de Sevilla, que acababa de suceder á su padre del mismo nombre. Así la violencia puso en poder de don Sancho todos los estados de sus hermanos.

En este tiempo vino á España el cardenal Hugo, legado del papa Alejandro II, con el objeto de introducir el rezo y oficio romano, en lugar del antiguo de la iglesia goda de que usaban los españoles, y que examinado varias veces en Roma no presentó la menor seña de heterodoxia. Sin embargo tenia la corte de Roma grande empeño en que se admitiese el Misal romano porque en aquella época empezaba á estender su jurisdiccion temporal sobre el orbe cristiano, y miraba la uniformidad del servicio divino en todo él como un medio muy á propósito para asegurar su imperio. A pesar de esto, no pudo conseguirlo por entonces mas que en Cataluña y Aragon: Navarra, Castilla y Leon se negaron á hacer novedad en su liturgia.

Cerco de Zamora (1072). Pesábanle al ambicioso don Sancho las dos ciudades de Zamora y Toro que poseían sus hermanas Urraca y Elvira, señaladamente Zamora, que era muy fuerte y la llave del reino de Leon por la frontera del Duero. Resolvió, pues, apoderarse de ella; y negándose doña Urraca á admitir la compensacion que su hermano le ofrecia de otras villas y lugares, juntó don Sancho su ejército, y se puso sobre Zamora, cuyos habitantes, fieles á

su rey don Alonso, y afectos á la princesa que los gobernaba, y que habia heredado la bondad, la prudencia y las demas virtudes de su madre doña Sancha, resolvieron defenderse hasta la última calamidad. Don Arias Gonzalo, caballero de los mas principales de Leon, y el consejero de mas confianza de doña Urraca, dirigió la defensa de la ciudad; que fue tan ostinada que en todos los asaltos llevaron los castellanos lo peor, á pesar de tener á su frente al rey don Sancho, que era muy esforzado caballero, á Ruy Diaz del Vibar, el primer guerrero de su siglo, y á otros señores de gran valía.

El rey don Sancho, viendo que nada adelantaba con los ataques, determinó rendir la plaza por hambre, y estrechó el bloqueo tan rigorosamente, que la falta de víveres afligió sobremanera á los ciudadanos, y ya se llegó á hablar entre éllos de rendirse, cuando uno de aquellos fanáticos, para quienes todos los medios son iguales con tal de que se consiga el fin, llamado Bellido Alnurfer, y mas conocido del vulgo con el nombre de Bellido Dolfos, dijo que "no se tratase de la entrega de la plaza, que él sabia un medio infalible para que se levantase el cerco."

Salió de la ciudad como fugitivo, se pasó al campo de los castellanos, solicitó audiencia del rey; y obtenida, dijo que venia huyendo de la muerte que querian darle los zamoranos por haberles demostrado la necesidad de entregar la plaza. Habiendo hecho creer esta mentira, y

captada la confianza de don Sancho, le dió á entender qne Zamora tenia un portillo en un sitio apartado, y cuya custodia estaba descuidada por no creerse que los castellanos la atacarian por aquella parte: que sería fácil sorprender el puesto y entrar por él en la ciudad. Don Sancho, violento en sus deseos y en sus resoluciones, quiso examinarlo por sí mismo, y salió acompañado de Bellido, el cual aprovechando la ocasion de haberse retirado el rey á un sitio oculto para satisfacer alguna necesidad de la naturaleza, le atravesó con su venablo por detras de parte á parte. Cometida la alevosía, huyó. Su nombre quedó en España sinónimo de los traidores y malvados.

Así falleció á los siete años de reinado Sancho II, dejando en la historia renombre de valiente guerrero, pero de monarca injusto. Divulgada la noticia de su muerte, los castellanos, que le seguian de mala gana á aquella empresa, levantaron el campo, y se volvieron á Burgos llevando consigo el cuerpo de su rey, que fue sepultado en el monasterio de Oña. Don Sancho no tuvo sucesion de su muger doña Alberta, y la corona recayó en su hermano don Alonso, refugiado á la sazon en Oviedo.

CAPÍTULO XXVI.

Don Alonso VI.

Don Alonso VI, rey de Castilla y Leon. Guerra contra el rey de Sevilla. Don Berenguel II y don Ramon III cabeza de estopa, condes de Barcelona: Sancho Ramirez, rey de Aragon, VI del nombre en Navarra: agregacion de la Rioja á Castilla: campaña de Andalucía. Principios de la guerra de Toledo. Don Ramon IV, conde de Barcelona: toma de Talavera. Traicion y matanza de Rueda. Conquista de Toledo. Batalla de Zalaca. Conquista y reedificacion de Tarragona. Invasion de los almoravides en el reino de Toledo. Nueva guerra entre los reyes de Aragon y de Huesca. Sitios de Huesca y de Valencia: don Pedro I Sanchez, rey de Aragon y de Navarra. Batalla de Alcoraz: conquista de Huesca. Espedicion del rey don Alonso al reino de Sevilla. Batalla de Malagon. Reconquista de Barbastro. Alonso I el Batallador, rey de Aragon y de Navarra. Batalla de Ucles.

DON ALONSO VI, *rey de Gastilla y Leon.* Apenas la infanta doña Urraca supo la desgra-

ciada muerte de su hermano don Sancho, envió esta noticia al rey de Leon, que continuaba refugiado en Toledo, para que acudiese pronto á tomar posesion de sus reinos, encargando al mensagero lá celeridad y el secreto que tan gran negocio merecia. Don Alonso, recibida la carta de su hermana, estuvo dudoso si daría parte de ella á su protector Alí Almamon, ó si partiria sin su noticia. Lo primero podria esponerle al riesgo de ser detenido, si el moro, viéndole ya rey de los cristianos, queria imponerle condiciones duras: lo segundo podia ser mirado como una ingratitud y falta de confianza á su bienhechor, que por otra parte podia estorbar su fuga, si estaba informado de la muerte del rey de Castilla. La nobleza de carácter del rey pudo mas que toda otra reflexion: se presentó á Almamon, le contó cuanto pasaba, y le pidió su beneplácito para restituirse á su reino.

Almamon apreció en gran manera esta confianza, aunque ya sabia los sucesos de Zamora por mas diligencias que habian hecho don Pedro Ansurez y sus dos hermanos que acompañaban al rey don Alonso para impedirlo. Y considerando el gran poderío que iba á poseer su huesped, reuniendo en su cabeza las dos coronas de Castilla y Leon, despues de darle el parabien y permiso para partirse, solo le pidió en premio del hospedage que conservase amistad con el reino de Toledo durante su vida y la de su hijo y sucesor Hixem. Don Alonso lo prometió de muy buena voluntad; y emprendió su

viage con sus compañeros de infortunio y una numerosa escolta que le dió el rey Almamon.

Llegó á Zamora, donde fue recibido con la mayor alegría, y concurrió toda la nobleza de Leon, Galicia, Asturias y Portugal, que le juró por rey. Los castellanos estaban resueltos á hacer lo mismo; pero habiéndose esparcido el falso rumor de que Bellido Dolfos habia dado muerte al rey don Sancho por instigacion de don Alonso, los castellanos le ofrecieron la corona bajo la condicion de que purgase con juramento aquella voz popular. Don Alonso admitió esta condicion, y partió á Burgos acompañado de sus hermanas y caballeros de su córte, y fue recibido con grande aplauso. Habia de hacerse el juramento y la proclamacion en la parroquia de Santa Gadea; y hallándose todos presentes para la ceremonia, Ruy Diaz del Vibar, que se habia encargado de tomar el juramento al rey, por no atreverse los demas caballeros de Castilla á ejercer una comision tan delicada, se presentó, y el rey hizo el juramento que se le pedia; pero el castellano le obligó á que lo repitiese otras dos veces. Esta nimiedad, para la cual no estaba preparado don Alonso, le ofendió en gran manera, y poco despues de elevado al trono de Castilla mostró su resentimiento al de Vibar mandándole salir de sus estados.

El valeroso castellano obedeció; y resuelto á ganar gloria por sí mismo, reunió un pequeño, aunque valiente escuadron, de sus parientes, amigos y vasallos, con el cual hizo entradas en

las tierras de los moros, conquistó plazas, arrasó fortalezas, y obligó á los régulos del mediodía del Ebro y de las fuentes del Tajo á que le rindiesen párias y vasallage. Sus hazañas andan mezcladas con bastantes fábulas; pero el nombre de *Cid*, ó señor, que le dieron los mahometanos, prueba sus victorias, así como su lealtad el cuidado que siempre tuvo de remitir á su rey, aunque enojado contra él, una parte del botin que conseguia de los enemigos. Al fin Alonso VI se reconcilió con el héroe.

Don García, rey de Galicia, apenas supo la muerte de don Sancho, abandonó el asilo que el rey de Sevilla le habia dado, y se presentó en su reino. Temíase una nueva guerra civil, y para evitarla se cometió una alevosía. El rey don Alonso le envió á decir que para terminar amigablemente todas las pretensiones y diferencias que pudieran ocurrir entre éllos sería conveniente que tuviesen una entrevista. Don García, tan imprudente en su conducta como violento y áspero en su carácter, vino á verse con él; mas apénas se presentó en la córte, fue arrestado y conducido al castillo de Luna, cercano á Leon, donde acabó preso su miserable vida. Esta perfidia, en la cual no olvidan los historiadores dar parte á doña Urraca, manchará el carácter de don Alonso el VI á los ojos de la posteridad. Pero en su época se disculpó con la incapacidad de don García para el gobierno, con el ódio de sus vasallos que se habia granjeado, y con la necesidad de conservar entera la

monarquía, cuya desmembracion habia producido consecuencias tan perniciosas. La prision de don García fue en 1073.

En el mismo año don Sancho Ramirez, rey de Aragon, que ya en 1069 habia construido y poblado en tierras de moros las fortalezas de Alquezar y de Monte Aragon, determinó acometer con grandes fuerzas el territorio de Zaragoza; pero el rey moro se declaró vasallo de don Sancho V, rey de Navarra. Este monarca, amigo de la paz y de las artes útiles, admitió el vasallage y las párias, que consistian en 12000 *mancusos* de oro anuales; é interpuso su mediacion para que el de Aragon renunciase á su empresa.

El cardenal Hugo Cándido volvió á España como legado de Gregorio VII, que ya reinaba entonces, con el objeto de remediar algunas tropelías cometidas por los legados sus antecesores en las causas de muchos obispos á quienes depusieron por motivo de simonía, vicio entonces muy comun, y cuya estirpacion fue una de las empresas que ilustraron mas el pontificado célebre de Hildebrando. Cuando el cardenal se volvió á Roma le acompañaron embajadores del rey don Alonso, que deseaba ver establecido en España el rezo romano, no se sabe si por conviccion propia, ó por ligarse mas íntimamente con la córte del sumo pontífice.

Guerra contra el rey de Sevilla (1074). Ali Almamon, rey de Toledo, estaba entonces en guerra con el de Sevilla Aben Abed II, á quien queria despojar de sus dominios en Andalucía y

Murcia. Almamon, dueño de Toledo y Valencia, juntó de ambas partes poderoso ejército, y penetró en Murcia, cuyos valíes, que eran aliados del de Sevilla, le pidieron socorro.

Aben Abed, empleado entonces en la guerra contra los moros de Granada y de Málaga, mandó á su lugarteniente Aben Omar que marchase á socorrerlos. Obedeció, juntó algun ejército, partió á Murcia, y de allí á Barcelona, donde mediante cierto subsidio persuadió al conde don Ramon II que enviase un cuerpo de tropas de caballería contra el rey de Toledo. Don Ramon se puso al frente de éllas, y recibiendo en rehenes á un hijo de Aben Abed, se encaminó á Murcia.

El rey don Alonso acababa de celebrar su matrimonio con doña Ines, señora leonesa, emparentada con la familia real; pero sabiendo el aparato de guerra que cargaba sobre su huesped y aliado Almamon, juntó sus huestes, y pasó los puertos; lo que puso en gran recelo á Almamon hasta que supo del mismo don Alonso que sabiendo su peligro venia llamado de su propia obligacion á auxiliarle. Los dos monarcas juntaron sus tropas, atravesaron la Mancha, y se pusieron sobre Murcia.

El conde de Barcelona llegó con su gente; mas cuando vió el corto número de tropas que tenia Aben Omar, comparado con el ejército numeroso de Toledo y Castilla que sitiaba la plaza, se quejó amargamente del rey de Sevilla, creyó que le habian engañado para perderle, y puso á

buen recaudo al hijo de Aben Abed que tenia en rehenes. Los confederados de Toledo, sabiendo la mala inteligencia que habia entre el conde y Aben Omar, caudillo de los sevillanos, por los desertores catalanes que se pasaban al campo de don Alonso, determinaron dar la batalla, que fue muy sangrienta, y quedó la victoria por el de Toledo.

Entretanto el rey Aben Abed, arregladas las cosas de Granada, marchaba con el grueso de su ejército desde Jaen á Murcia, y aun pudo llegar á tiempo de impedir la derrota de los suyos, á no haberle hecho perder algunos dias de marcha una avenida del Guadalmena. Detuvóse tambien porque no creia tan urgente su auxilio. Los fugitivos de la batalla llegaron á este rio, y muchos se ahogaron con el ansia de interponerlo entre éllos y los que los perseguian. El conde de Barcelona se volvió á su tierra con el hijo del rey de Sevilla, á quien no devolvió hasta que se le pagaron los subsidios en que se habia concerdo su asistencia.

Murcia abrió sus puertas á los vencedores y Almamon fue reconocido por señor de ella. Él y don Alonso se volvieron á sus estados muy contentos de la campaña que habian hecho y del prez y despojos que lograron en ella. Aben Abed se retiró á Jaen con sus tropas, y se previno para las nuevas invasiones que temia de parte de su adversario.

Continuábase con gran calor la solicitud de la introducion en España del rito romano: á lo

cual se resistian mucho los pueblos de Navarra, Castilla y Leon; pero á este negocio, que favorecia con todo su poder Alonso VI, se allegó otra pretension de la curia romana que causó mucha sorpresa á los reyes cristianos de España: y era que toda la península pertenecia á la santa sede desde los tiempos anteriores á la invasion sarracénica, y así que todo lo que poseían ó conquistasen en lo sucesivo lo tuviesen como feudo de la iglesia de San Pedro. Se les anunciaba ademas que un cierto Evulg, conde de Roceyo, habia recibido de su santidad la investidura de todo lo que conquistase á los moros en España.

Ni este conde de Roceyo puso los pies en el territorio español, ni esta pretension sin fundamento en la historia ni en el derecho público, é inventada, segun se creyó, por el cardenal Hugo Cándido en el tiempo que estuvo en España, aunque repetida algunas veces, produjo consecuencias. Nuestros reyes supieron siempre conservar el respeto debido á la sede apostólica en materia de religion y de costumbre, sin degradar su soberanía é independencia propia.

Don Berenguel y don Ramon III cabeza de estopa, condes de Barcelona: Sancho Ramirez, rey de Aragon, VI del nombre en Navarra: campaña de Andalucía: agregacion de la Rioja á Castilla (1076). Don Ramon II, conde de Barcelona, falleció en la primavera de este año, dejando muy acrecentados sus dominios con grandes posesiones en Francia. La Provenza y las

ciudades de Mompeller y de Carcasona le reconocian vasallage. Adquirió algunos de estos estados por herencia, otros porque los propietarios los reconocieron como feudos de Barcelona pára tener un protector que los defendiese contra los barones vecinos.

Dejó dos hijos, Berenguel y Ramon III, por sobrenombre Cabeza de estopa, segun unos por el color rubio de sus cabellos, segun otros porque habiendo salido herido de muchos combates en la cabeza, se restañaba la sangre con estopa. Estos dos hermanos fueron á un mismo tiempo condes de Barcelona por disposicion del padre, y los historiadores varían tambien acerca de los efectos que produjo la compañía del cetro. Unos dicen que ardió Cataluña en guerras y disensiones civiles, que se terminaron en un parricidio: otros que vivieron los dos hermanos en buena armonía, habitando alternativamente el palacio y ejerciendo la autoridad en períodos iguales de tiempo. Esto nos parece mas probable, como se verá por el contesto de la historia.

Lo que desgraciadamente es mas averiguado fue la horrible alevosía que este año se cometió en Navarra, y de cuyas resultas se desmembró aquel reino, el mas poderoso de todos los cristianos de España en tiempo de Sancho el Mayor. Su nieto don Sancho V, príncipe de carácter suave y bondadoso, gobernaba sus vasallos en paz y justicia, sin ambicionar nuevas conquistas. Tenia por hermanos dos monstruos, llamados don Ramon y doña Ermesenda, que se

conjuraron para darle la muerte; sin que se entienda el interes que podia tener la hermana en aquella maldad, pues no puede atribuírsele, como á don Ramon, el de la ambicion de reinar. La manera con que dispusieron y ejecutaron la traicion fue la siguiente:

Gustaba el rey mucho de la caza; y habiendo emprendido una montería en las sierras que hay entre Funes y Milagro, le acompañaron su hermano don Ramon y los conjurados con el objeto de aprovechar la primera oportunidad que se les presentase. Empezó la montería: levantáronse algunas fieras: acudieron los cazadores á sus puestos, y el rey para gozar mejor del espectáculo, subió á un risco de aquella sierra, llamado Peñalen, que dominaba todo el pais, y era tajado por una parte. Los conjurados que le acompañaban siempre al lado de su hermano, cogiéndole descuidado, le dieron un golpe violento en las espaldas; cayó por el precipicio, y llegó al valle hecho pedazos. Así pereció Sancho V, rey de Navarra, que debió á su desgracia el sobrenombre del de Peñalen. Dejó un hijo de pequeña edad, llamado García, que murió antes de llegar á la adolescencia.

Esparcióse la noticia por todo el reino; y los navarros ardiendo en ira buscaron al fratricida, que en vano habia empezado á poner en práctica algunos medios para coger el fruto de su maldad apoderándose del trono. Viendo concitada contra sí la ira de toda la nacion, se refugió á Zaragoza, donde acabó sus dias infame-

mente. Su culpable hermana, que segun algunos historiadores acompañó al rey en la caza y tuvo parte en el asesinato, buscó un asilo en la córte del rey don Alonso de Castilla.

Atendida la corta edad del príncipe don García se propuso colocar en el trono á don Ramiro, hermano del rey difunto, mas los navarros no quisieron admitirle, ó porque le sospechasen cómplice en la traicion, ó porque no quisiesen á ninguno de la generacion que habia sido capaz de tal alevosía. Esta esclusion, hija del enojo, fue impolítica y funesta al reino; porque escluidos don García y don Ramiro, los parientes mas cercanos del rey difunto eran sus primos hermanos don Sancho Ramirez, rey de Aragon, y don Alonso el VI de Castilla, ambos vecinos y poderosos, y que sabida la catástrofe de Peñalen, acercaron sus ejércitos á las respectivas fronteras.

Sucedió lo que debia preveerse. Los riojanos y vizcainos se adhirieron á don Alonso: los navarros al aragones, que fue proclamado en Pamplona con el título de Sancho VI: y estos dos monarcas, en vez de disputarse con las armas la totalidad del reino, cediendo á los consejos prudentes de los grandes y señores de sus estados, repartieron los dominios navarros, estableciendo el Ebro por barrera comun de sus estados. El infante don Ramiro de Navarra se retiró con sus hermanas á la corte de Castilla.

La guerra entre los reyes de Toledo y Sevilla se hizo este año con suma actividad. Alma-

mon invadió la Andalucía con ejército poderoso en el cual militaba un cuerpo auxiliar de castellanos. Los autores árabes dicen que el rey don Alonso asistió en persona á esta espedicion; pero habiendo sido tan célebre, parece imposible que no se hubiese conservado memoria de ella en las crónicas españolas. Por otra parte la prontitud con que don Alonso acudió con sus tropas á Rioja cuando supo los trágicos acontecimientos de Navarra prueba que en aquella primavera no habia salido de Castilla.

Las armas del rey de Toledo fueron felices al principio. Arrojó de Córdoba las tropas de Aben Abed, y se apoderó de esta ciudad; metrópoli poco antes de toda España. Marchó sobre Sevilla, y la entró sin resistencia, porque las tropas de Aben Abed estaban ocupadas en hacer la guerra á los reyes de Málaga y de Algeciras. Las riquezas de aquella opulenta ciudad se repartieron entre los moros de Toledo y los castellanos.

Aben Abed reunió todas sus fuerzas para recobrar su capital, y la puso cerco, casi al mismo tiempo que acometió á Almamon la enfermedad de que murió pocos dias despues. Succedióle su nieto Yahía, hijo de Hixem, que habia muerto algunos años antes. Yahía, príncipe afeminado y cruel, era incapaz de sostener las conquistas hechas por su padre en Andalucía. Su ejército se abrió paso por entre los enemigos que sitiaban á Sevilla y se volvió á Toledo. Córdoba cayó en poder del vencedor, y en las campañas

de los años siguientes, por industria de Aben Omar, primer ministro del rey de Sevilla, fue despojado Yahía de los estados de Murviedro, Valencia, Cuenca y Murcia.

El rey de Castilla dejó de ser su aliado, tanto por haberse concluido en él el tratado de alianza que hizo con Almamon cuando era su huesped, como por sus vicios que manchaban el carácter de Yahía, y le hicieron aborrecible á sus vasallos mismos. Varias veces se conmovieron contra él, y una de ellas le obligaron á salir de la ciudad de Toledo, hasta que apaciguada la sedicion, volvió á su trono. Allegábase á estos motivos la política, que persuadia á Alonso VI á aumentar su monarquía á costa de un rey aborrecido de sus vasallos, y á llevar al Tajo las fronteras del reino de Castilla.

Quien naturalmente debia oponerse con mas ardor á esta empresa era quien mas le incitaba á ella. Aben Abed, rey de Sevilla, el mas poderoso de los reyes mahometanos de España, deseando acabar con el poder de los reyes de Toledo, sus rivales, envió á Aben Omar á Burgos á incitar á don Alonso contra los toledanos, á cuyo efecto hizo alianza con él. Desde entonces debió preveerse como cierta la ruina de Toledo.

La reina doña Ines de Castilla falleció en 1078 sin dejar sucesion. Enamoróse entonces el rey de doña Gimena Nuñez, prima segunda suya, por ser nieta del infante don Ordoño, hermano del rey don Alonso V, y parienta de su primera muger. Tuvo de ella dos hijas, llama-

das Elvira y Teresa. La primera casó con don Ramon, conde de Tolosa de Francia, y la segunda con Enrique de Borgoña, tronco de los reyes de Portugal, y á quien don Alonso VI dió en calidad de dote y con título de condado todos los paises conquistados de los moros al Sur de Galicia.

Don Alonso quiso casarse con doña Gimena; pero impidiéronselo las exhortaciones del sumo pontífice Gregorio VII, acérrimo defensor de las leyes eclesiásticas relativas al matrimonio. Hízole ver que no podia admitir en su lecho á la parienta de su primera muger; y en aquella época no se habia introducido en la disciplina la facilidad de las dispensas en los grados del parentesco. Don Alonso, deseoso de tener sucesion legítima, dejó á la que no le era posible mirar sino como manceba, y casó en 1080 con doña Constanza, hija de Roberto, duque de Borgoña. Tuvo de élla seis hijos; pero los cuatro murieron antes que su madre, y solo sobrevivieron Urraca, que heredó el reino de su padre, y otra infanta, cuyo nombre no consta de los historiadores.

En 1077 se reunió concilio en Burgos, en que se determinó abandonar el oficio gótico y adoptar el romano; pero este decreto tuvo grandes dificultades para su ejecucion, y se recurrió al bárbaro arbitrio del duelo para decidir la cuestion. En el combate quedó vencedor el caballero del oficio gótico; pero á pesar de este *juicio de Dios* (así se llamaba al desafio en aque-

llos tiempos) quedó definitivamente establecido el Misal y rezo romano en los reinos de Castilla y Leon. El año anterior (de 1078) se trasladó á Burgos la silla episcopal de Auca, ciudad arruinada en las guerras con los mahometanos, y cuyo obispo habia residido hasta entonces en diversos pueblos de Castilla.

Don Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Navarra, despues que hubo asegurado su poderío en este último reino, volvió sus armas contra los moros de Aragon, ganó el fuerte castillo de Muñones; y en la campaña de 1080 rindió las villas de Corvino y Pretela, y derrotó á los reyes mahometanos de Zaragoza y Huesca que salieron contra él. Tal era el estado de las cosas cuando empezó la célebre guerra de Toledo, que llamó la atencion de todos los cristianos de España y aun la de Europa. La reconquista de la antigua capital de la monarquía visogoda debia ser en aquellos siglos una empresa de la mayor importancia.

Principios de la guerra de Toledo (1081). A los motivos ya espresados para hacer la guerra de Toledo, se añadieron las contínuas cartas que recibia don Alonso, no solo de los cristianos, sino tambien de los moros de aquella ciudad y reino que le conocian y le eran aficionados desde los tiempos de Almamon. En todas le suplicaban que los libertase de la insufrible tiranía de su rey. Habiendo, pues, reunido sus huestes, pasó las montañas, rindió á Madrid, Olmos y Canales, dió la tala al pais, y dejando en

aquellos puntos guarnicion suficiente, se volvió á su reino.

Este mismo año sitió y tomó don Sancho Ramirez la importante plaza de Bolea. En el asalto se distinguieron sobremanera dos caballeros del linage de Torres, que de allí adelante tomaron el apellido de Bolea. Con motivo de estas conquistas en la tierra llana se mudaron muchos nombres de las primeras familias aragonesas, tomando el de los pueblos ó batallas en que se señalaban los caballeros por sus hazañas.

Don Ramon IV, conde de Barcelona: toma de Talavera (1082). Don Ramon III fue asesinado junto á Pertica de Ostor en un viage que hizo de Ostalric á Girona. Muchos historiadores dicen que esta maldad se cometió por órden de su hermano don Berenguel; mas si esto fue así, ¿cómo se confió al fratricida la tutela de don Ramon IV, hijo de Cabeza de estopa, que le sucedió en menor edad? Parece mas probable que viajando con poca escolta fue acometido por una cuadrilla numerosa de bandoleros, comunes durante muchos siglos en los bosques y montañas de Cataluña, y que habiéndose puesto en defensa pereció combatiendo.

Yahía, rey de Toledo, pidió socorro contra los castellanos á Almuctadir, rey de Zaragoza, y á Aben Alaftas, rey de Badajoz, y uno de los capitanes mas esforzados de su siglo. Pero de Zaragoza no recibió ningun socorro, porque el rey Almuctadir falleció el año anterior, y su hi-

jo Almutamen, que le sucedió, estaba harto ocupado en la guerra con los aragoneses. El rey de Badajoz atravesó el Tajo, y llevó á los toledanos un buen refuerzo de caballería.

Don Alonso, queriendo impedir la comunicacion inmediata entre Badajoz y Toledo, guió este año su ejército por el territorio de Ávila, fortificó y pobló á Escalona para hacerla plaza fronteriza por aquella parte, y se puso sobre Talavera y la ganó. Talado el pais circunvecino, y puesta buena guarnicion en la villa, que asegurase aquel paso del Tajo, no penetró mas adelante en el reino de Toledo, receloso de las tropas de Badajoz y Mérida, y puso su gente en cuarteles de invierno.

Concluida la campaña se volvió el de Badajoz á sus estados, y falleció de enfermedad. Sucedióle su hermano menor Muhàmad Omar. Este reino comprendia casi todo el pais que corre desde el Cabo de San Vicente por entre Guadiana y Tajo hasta las fronteras de Castilla y de Léon. Al mismo tiempo Aben Abed, rey de Sevilla, libre de la guerra de los reyes de Toledo, dilataba sus conquistas en Andalucía.

En la campaña siguiente de 1083 penetró don Alonso mas en lo interior del reino de Toledo por la parte de Talavera, rindió las fortalezas de Maqueda y de Santa Olalla, y ocupó toda la línea de puestos que habia desde Talavera á Madrid. De esta manera quedaron en su poder todas las faldas de Guadarrama y Somosierra y los caminos del Tajo. Entretanto don

Sancho, rey de Aragon, continuando sus conquistas, tomó á Gras, pobló á Ayerbe, en el camino del Bearne á Zaragoza, y fortificó muy bien entrambas plazas para impedir las correrías de los moros por aquella frontera. Los moros levantaron ejército contra él, y el mismo dia de Navidad los venció en Piedra Pisada.

Traicion y matanza de Rueda (1084). El rey don Alonso, resuelto á completar la conquista de la parte septentrional del reino de Toledo, acometió este año por la Alcarria, rindió á Talamanca, Uceda, Hita y Guadalajara, y pobló á Buitrago para tener espedita por Somosierra la comunicacion de las dos Castillas. Hecho esto, habia llegado con sus puestos al centro del reino de Toledo, y solo le faltaba la conquista de la capital para coronar su grande empresa.

En esta campaña preparó contra él el rey de Zaragoza un lazo en que estuvo á pique de perecer, y que llenó de luto la córte de Castilla. Aben Falag, uno de sus capitanes, y alcaide del Castillo de Rueda, situado á cinco leguas de Zaragoza en las orillas del Jalon, de acuerdo en secreto con su rey, fingió levantarse con el castillo y negarle la obediencia. Almutamen por su parte aparentó grande enojo, y juntó tropas como para ir á castigarle.

En esta situacion estaba el negocio, de modo que no se hablaba de otra cosa en los paises cercanos que del levantamiento de Aben Falag, cuando el rey don Alonso recibió una carta y mensage del alcaide, en que le decia, que ofen-

dido del de Zaragoza, se habia alzado con aquella fortaleza, y que no teniendo fuerza bastante para defenderla, viniese con gente, y se la entregaria y se pasaria á su servicio, lo cual le abriria paso fácil para la conquista de Zaragoza.

Creyóle el rey de Castilla; y poniéndose en marcha con poca, aunque muy escogida gente, llegó á Rueda, avisó á Falag de su venida, y le envió á decir que le entregase el castillo. El moro respondió que no lo entregaria si el mismo rey en persona no entraba á tomar posesion de la fortaleza. Esta respuesta, y no haber salido Aben Falag á avistarse con don Alonso, infundió desconfianza en los cabos que venian con el rey, y no le permitieron entrar en el castillo como él queria. Y así enviaron á decir al alcaide, que el rey no iria al castillo; y que así si queria entregarle, le pusiese en poder de làs personas que don Alonso nombrase.

Aben Falag, conociendo que se desconfiaba de él, desistió de su empeño, por no perderlo todo, y se convino en entregar la fortaleza á los que el rey enviase. Don Alonso, sin tomar precaucion alguna ni reclamar rehenes, envió á varios caballeros, siendo los mas señalados entre éllos el infante de Navarra don Ramiro, hermano de don Sancho el de Peñalen, y que habia casado con una hija del Cid Ruy Diaz del Vibar, y los condes don Gonzalo Salvadores y don Nuño de Lara.

Apenas los tuvo el alevoso alcaide dentro de la fortaleza, echó el rastrillo y los mandó dego-

llar. El rey sintió sobremanera esta perfidia, y dió algunos asaltos por si pudiese haber á las manos á Aben Falag; todo en vano: porque ademas de ser muy fuerte la plaza, estaba bien provista de víveres y gente. Hubo, pues, de retirarse despues de rescatar los cadáveres de sus caballeros.

El rey don Sancho Ramirez ganó este año á Arguedas, á Piedratajada y á Siecastilla, y derrotó en una batalla junto á Morella á los reyes de Zaragoza y Huesca, y junto á Tudela al régulo de esta ciudad. Todo el conato de don Sancho era la conquista de Huesca, plaza la mas importante de cuantas poseian los moros en la Celtiberia septentrional.

Mientras el rey de Castilla preparaba la conquista de Toledo, y el de Aragon la de Huesca, Aben Abed, rey de Sevilla, conquistaba á Jaen y á las ciudades de Ubeda, Baeza y Martos puestas en su territorio. Ya se habia apoderado de Adra, Málaga y demas ciudades de Andalucía, ademas de las que posecía en la Mancha, en Murcia y en las fronteras de Valencia.

Conquista de Toledo (1085). El rey de Castilla, despues que en las cuatro campañas anteriores se hubo apoderado de todos los puntos importantes que yacen entre las sierras y el Tajo, y quebrantado con sus talas y correrías las fuerzas y el poder de los mahometanos de Toledo, resolvió concluir de un solo golpe esta guerra señoreando esta nobilísima ciudad. Así se lo pedian en sus cartas los cristianos que moraban

en ella, cansados de la tiranía del rey moro, cuyos vicios no corregia el infortunio de los años anteriores.

Juntó, pues, don Alonso un ejército mas considerable que otras veces y los pertrechos y municiones necesarias para un sitio que no debia ser de corta duracion atendida la estension y fortaleza de la plaza. Recibió ademas un cuerpo auxiliar de aragoneses y navarros que le envió su primo el rey don Sancho Ramirez. Concurrió tambien á esta grande empresa un grán número de caballeros aventureros de Alemania y de Italia, y de Francia mas, por mas cercana. Llamábaseles á todos francos, ó por los fueros y exenciones que se les concedieron en atencion á sus servicios, ó porque habia mas franceses que de otra nacion. Este ejército numeroso y valiente, apenas estuvo reunido, se puso en marcha la vuelta de Toledo.

El rey moro Yahía tomó las disposiciones necesarias para la defensa, metiendo en la ciudad mucha y escogida gente de guerra, y proveyéndola en abundancia de víveres y municiones: bien que le faltaba el principal apoyo en los peligros de los reyes, que es el amor de sus pueblos, porque era generalmente aborrecido. Imploró tambien el auxilio del rey de Badajoz, que mandó á Alfadal su hijo, valí de Mérida, que juntase un cuerpo considerable de tropas para acudir al socorro de los toledanos.

El rey don Alonso, apenas dió vista á Toledo, distribuyó su gente en los cuarteles, que

puso muy bien fortificados en la vega alrededor de la montaña sobre que está fundada la ciudad. Hubo frecuentes escaramuzas sin suceso digno de nota: solo se echaba de ver que así como los moros eran superiores á los cristianos en las peleas de caballería por la destreza y velocidad de los movimientos, así les eran muy inferiores en los combates de á pie. La infantería era un arma mas estimada en España que en otras partes, y á ella debieron los españoles la superioridad que tuvieron sobre otros pueblos de Europa, cuando lanzados los moros al África, pelearon en los campos de batalla de Italia, Francia y Alemania.

Los castellanos levantaron torres de madera, y emplearon otras máquinas para acercarse á la muralla, batirla y abrir entrada: todo en vano; porque aunque aterraban á los moros, no acostumbrados á aquellos artificios, y derribaron alguna parte del muro, la subida era muy áspera, las calles estrechas, los edificios desde donde se defendian los moros muchos y muy altos.

En este tiempo llegó el valí de Mérida con su gente, y parte de los castellanos le salió al encuentro. Hizo todos los esfuerzos posibles para romper los cuarteles y darse la mano con la guarnicion; pero habiendo perdido en varios combates la flor de sus tropas, y desesperado de poder forzar los reales que estaban en muy buen estado de defensa, recogió lo que le quedaba de su gente, y dejó abandonados á su destino

la ciudad de Toledo y el rey Yahía.

Los cristianos, que habian convertido el sitio en bloqueo, estaban causados del largo cerco, tanto mas cuanto les era necesario traer los víveres desde muy lejos, y esperimentaban suma escasez, porque las talas de las campañas anteriores habian dejado yermas todas las cercanías de la ciudad. Sin embargo sufrieron con admirable constancia las privaciones, mucho mas desde que se estendió por los reales la voz de que San Isidoro, apareciéndose en sueños á Cipriano, obispo de Leon, que seguia al rey don Alonso en la guerra, le habia prometido la rendicion de la plaza dentro de dos semanas.

En efecto, en la ciudad se padecia mas y con menos resignacion por la falta de subsistencias, y llegaron á comer carne de jumento. Resueltos, pues, á acabar sus males, se reunieron los ciudadanos, y con gran vocería y alboroto fueron al palacio, y pidieron al rey que pusiese fin á la guerra. Yahia les hizo ver que los cristianos no estaban mas abundantes que éllos de víveres, y que si eran constantes, los obligarian á levantar el sitio y volverse á sus tierras.

Estas razones no aquietaron al pueblo de Toledo, y fue necesario tratar de conciertos. Enviáronse embajadores al rey don Alonso, y le propusieron párias y vasallage. El rey les respondió que no admitiria ninguna negociacion, cuyo primer artículo no fuese la entrega de la ciudad: terrible condicion que la necesidad obligó á los moros á admitir pasados algunos dias.

La capitulacion fue la siguiente: el alcazar, las puertas de la ciudad, los puentes, la huerta del rey (posesion muy amena de los reyes moros de Toledo á las orillas del Tajo) se entreguen al rey don Alonso: Yahía tenga libertad de ir á Valencia, de donde era tambien rey, ó adonde mas quisiese fuera del reino de Toledo: los moros que quieran permanecer en la ciudad tengan sus bienes, sus mezquitas y el libre ejercicio de su religion; los que quieran retirarse, llévense sus muebles: los moros que queden en Toledo no paguen mas tributo que el que pagaban á sus reyes, y adminístreselos justicia segun su ley y por magistrados de su nacion.

Así volvió á poder de los cristianos la antigua metrópoli de España, despues de haber estado en poder de los árabes 370 años. Con ella quedó por tierra el único baluarte que tenia el mahometismo en el centro de la península: y la frontera cristiana, que durante dos siglos estuvo en el Duero, fue trasladada al Tajo, eje desde entonces de las operaciones militares contra los moros. Con este rio y con las sierras quedaron defendidos los reinos de Castilla la Vieja y de Leon, en cuyos campos no volvió á tremolar el estandarte del islamismo.

La fama del rey don Alonso el VI voló por toda Europa, en la cual tomó lugar Castilla como una potencia considerable. El mismo don Alonso no pudo resistir al orgullo que inspira la victoria, y tomó el título de emperador de España. Los cristianos, despues de la toma de

Toledo, pasaron el Tajo, y ocuparon todo el país desde Mora hasta Consuegra, donde parece que acababa el reino de Yahía y comenzaba el de Aben Abed. Yahía se retiró con su córte á Valencia, donde hizo un tratado de paz y de alianza con el rey de Castilla.

La pérdida de Toledo aterró á todos los mahometanos de España, y se levantó un grande incendio de ira contra el rey de Sevilla por no haber dado socorro á Yahía, y contra Aben Omar, su caudillo y consejero principal, y autor de la alianza entre Aben Abed y el rey don Alonso. Decíase que el rey de Sevilla por dominar en toda Andalucía, y su visir por aumentar sus riquezas con el gobierno opulento de Murcia que á la sazon poseía, y por tener valías que vender, habia hecho traicion á la causa del islamismo, abandonando á las armas cristianas la primera fortaleza de los musulmanes en España.

Aben Abed, para apartar de sí el odio general, determinó sacrificar á su privado; y como los cargos que le hacian de soborno y rapiña eran verdaderos, se valió de este pretesto para arruinarle, y envió órden á Murcia de que le prendiesen. Súpolo con tiempo Aben Omar por los valedores que tenia en la córte de Sevilla, y huyó á Valencia, de donde no hallándose muy seguro por el ódio que Yahía debia tenerle como la causa de todos sus infortunios, pasó á la córte de Castilla que estaba entonces en Toledo; porque habiéndose que-

dado un gran número de moros en la ciudad á favor de la capitulacion, para impedir que se rebelasen determinó don Alonso fijar su residencia en élla por algun tiempo mientras se aumentaba la poblacion de los cristianos.

El rey le recibió muy bien; pero como Aben Omar no cesase aun allí de seguir el hilo de sus intrigas, le dijo un dia don Alonso: "Tu, Aben Omar, te pareces al ladron que hurta y guarda lo hurtado hasta que otro se lo quite." Parecieron al moro de mal agüero estas palabras, y se huyó á Zaragoza, donde fue muy bien recibido y empleado en tratos dobles para reducir á la obediencia del rey Almutamen algunas fortalezas en las fronteras de Valencia y de Murcia.

Los emisarios del rey de Sevilla le encontraron en el castillo de Segura, y le condujeron cargado de prisiones y de la maldicion de todos los mahometanos á la córte de Aben Abed: despues de algunos dias de prision, el rey, que aun se acordaba de sus servicios y del antiguo afecto que le tuvo, incitado sin embargo por el enemigo de Aben Omar, entró en su prision y le cortó la cabeza con su misma cimitarra. Asi acabó víctima de su astucia el hombre que por engrandecer á su rey vendió la causa de su pueblo y de su religion.

Desde entonces empezaron á ser menos amistosas las relaciones entre Aben Abed y el rey de Castilla; y el moro escribió al conquistador de Toledo que se contentase con esta

ciudad, y que dejase libres los demas pueblos del reino: ademas que le cumpliese lo que habian concertado en sus tratados de alianza. Don Alonso le respondió que estaba pronto á asistirle en sus guerras contra el rey de Granada, y que en prueba de ello le enviaba un cuerpo de 500 caballeros, y que los pueblos que habia guarnecido eran suyos ó del rey de Valencia su aliado.

Efectivamente la caballería castellana se presentó delante de Sevilla; pero Aben Abed les dijo que se volviesen, porque estaba en tratos de paces con el granadino. Los castellanos se volvieron, no sin hacer talas, robos y daños en las fronteras del reino de Toledo. Aben Abed, determinado á quebrantar por cuantos medios pudiese el poder de los cristianos, reunió en Sevilla los principales caudillos mahometanos de su reino y de los de Granada, Almería y Badajoz. Convencidos de la poquedad de sus fuerzas para resistir al poder del rey don Alonso, determinaron de comun acuerdo llamar contra él y en auxilio del islamismo á Jucef, príncipe de los almoravides, que acababan de conquistar el África y de fundar el imperio de Marruecos. Así llevados por su mala política á la perdicion los reyes de Andalucía, despues de haber engrandecido con sus divisiones el poder de los castellanos, buscaron contra este mismo poder un auxiliar que no tardó en imponerles su yugo.

Jucef, contento como suelen los conquistadores de la ocasion que se le presentaba para es-

tender su señorío, respondió favorablemente á la demanda prometiendo pasar en España al año siguiente. El rey don Alonso, sabedor de estos tratos, pidió al rey de Sevilla que le entregase algunas plazas fronterizas. Aben Abed se las negó, y algunos cristianos que estaban en Sevilla á recoger dineros que debia el moro á don Alonso, fueron maltratados, y muerto un judío, tesorero del rey de Castilla, encargado principalmente de aquella comision. Así no era dudosa la guerra.

En el mismo año que don Alonso el VI ganó á Toledo, entró por asalto el rey Sancho Ramirez de Aragon la importante fortaleza de Monzon, y pobló á Estella en la parte occidental de Navarra. En estos tiempos se distinguió mucho contra los moros del Segre y del Cinca don Armengol, conde de Urgel, por sobrenombre el de Gerp, por un castillo de este nombre que edificó en la frontera contra los moros de Lérida. Este conde ganó la ciudad de Balaguer, y se hizo tan temido de los mahometanos que los reyes de Lérida y Zaragoza le pagaron párias.

Batalla de Zalaca (1086). El rey don Alonso, sabiendo los preparativos de guerra que hacian los musulmanes, preparó egército numeroso con el fin de anticiparse al enemigo y entrar primero en campaña. Púsose sobre Coria, fortaleza del rey de Badajoz, y la ganó. Con este motivo fueron mas frecuentes las plegarias de los moros de Andalucía, Estremadura y Algarbe al rey de Marruecos para que viniese á socorrerlos en su angustia.

Jucef se resolvió á la empresa de España; y habiéndosele dado la plaza de Algeciras para que desembarcase su ejército y le sirviese de fortaleza en caso de necesidad, pasó desde Ceuta á la costa vecina de Andalucía con inumerable multitud de africanos, deseosos de apoderarse de un pais tan fértil y templado como el que se ofrecia por teatro á su ambicion. Esperábanle en el desembarcadero Aben Abed y sus emires con buena y muy escogida caballería. El primer cuidado de los almoravides fue reedificar los muros de Algeciras, y poner en la fortaleza muy buena guarnicion y proveerla abundantemente de víveres, como que la consideraba llave de España,

Hecho esto, marchó al frente de su ejército á Sevilla, desde donde se previno la jornada para Badajoz. Acudieron á ella todos los caudillos de la España mahometana, escepto el de Almería, que se escusó con que tenia cerca de sus estados cierto capitan cristiano que los amenazaba. Este caudillo seria probablemente el Cid, que infestaba continuamente las tierras de los enemigos. Jucef en el órden de la marcha desde Sevilla á Badajoz puso la caballeria de los almoravides en la vanguardia, y la infantería en la retaguardia. Las tropas de Sevilla, Granada, Valencia y Algarbe iban en el cuerpo de batalla con sus caudillos al frente mandados por Aben Abed.

El rey de Castilla que, segun los autores mahometanos, despues de ganada Coria habia hecho entrada en las tierras del rey de Zaragoza quizá en venganza de la traicion de Rueda, ape-

nas supo la venida de Jucef, se puso en marcha para Estremadura. Si ha de darse crédito á los historiadores árabes traía en su ejército 80000 ginetes, la mitad armados de hierro, y la otra mitad, en la cual habia 30000 musulmanes de los que eran vasallos suyos, armados á la ligera.

Diéronse vista los dos ejércitos á cuatro leguas de Badajoz en los llanos que los moros llamaban de Zalaca ó *resbaladero* por haber en ellos una pendiente considerable, y los cristianos de Zagalla, Cazalla ó Sacralias. El Guadiana separaba entrambos campos. El dia de la batalla dividió el rey de Castilla su ejército en dos haces, y marchó contra el enemigo. Recibióle la vanguardia de los almoravides mandada por Almudafar, lugarteniente de Jucef, que hubo de volverse á su línea muy maltratado de los cristianos.

No tardó mucho don Alonso en acometer el grueso de los enemigos, y trabó un sangriento combate contra los almoravides mandados por el mismo Almudafar, y á pesar de su resistencia los atropelló con gran matanza. Albar Fañez, pariente y discípulo del Cid en el arte de la guerra, y García, hijo de Ramiro (probablemente del infante de Navarra que pereció en Rueda), mandaban la segunda hueste de los cristianos; cayeron sobre los moros españoles, que estaban á las órdenes del rey de Sevilla, los rodearon y desordenaron, y los pusieron en vergonzosa fuga hácia Badajoz. Solo la caballería sevillana, á cuyo frente se puso

el valeroso Aben Abed, sostenia con increible constancia el peso de la multitud que los rodeaba.

Jucef, sabiendo el mal estado de la batalla en aquella parte, envió á su lugarteniente Abibekir con las tribus berberiscas de Zenates, Masumudes y Gomeles, y otras que estaban de reserva, para sostener su primera línea, y él mismo, poniéndose al frente de su numerosa guardia, se dirigió á los reales y tiendas del rey de Castilla, que tenian poca defensa, porque casi todas las tropas cristianas habian entrado en accion. Fácilmente, pues, entró en los reales, degolló los caballeros que los defendian, y puso fuego á todo el campo.

Este movimiento atrevido cambió la faz de la batalla; porque cuando el rey don Alonso peleando en lo mas ardiente del combate llevaba ya de vencida á Almudafar, llegaron á refugiarse á su hueste los cristianos que venian huyendo del campamento perseguidos por el príncipe de los almoravides. Alonso cambió su frente contra el nuevo enemigo, y se renovó la batalla con estraordinario encarnizamiento. El rey de Castilla, Jucef y Aben Abed hicieron prodigios de valor; pero las dos huestes castellanas, cogidas entre la de Jucef y las de Almudafar y el rey de Sevilla, reforzados por Abibekir, comenzaron á cejar. Con esta noticia las tropas que habian huido hácia Badajoz volvieron al campo de batalla, y la derrota del rey de Castilla fue completa.

Los musulmanes siguieron el alcance hasta puesto el sol. Alonso, herido en un muslo, se retiró del campo de batalla, y huyó con muy poca gente que pudo escapar de la refriega. El número de los cristianos muertos, segun los escritores árabes mas moderados, ascendió á 24000. Jucef hizo remesas de sus cabezas á Sevilla, Córdoba, Zaragoza, Valencia, Murcia y Marruecos.

Esta fue la célebre derrota de Zalaca, en que el rey don Alonso, victorioso hasta entonces, vió por la primera vez el rostro á la desgracia desde la muerte de su hermano. Bien conoció que las fuerzas de los mahometanos, antes quebrantadas, iban á adquirir nuevos brios con la llegada de los almoravides. Pero su constancia y magnanimidad eran superiores á los vaivenes de la fortuna; y empezó á prepararse contra la tempestad que amenazaba con la prudencia que sabe buscar los recursos, y la actividad que los emplea oportunamente.

En el mes de noviembre convocó córtes en Toledo. En ellas se restableció el antiguo arzobispado de esta famosa capital de los visogodos. El primer arzobispo despues de la restauracion fue don Bernardo, frances de nacion, y abad de Sahagun. Parece que en esta época cesó el oficio muzarabe en Toledo, y quedó reducido á una sola capilla para memoria eterna. Llamábanse muzárabes los cristianos que habian conservado su religion viviendo sometidos á los moros durante la dominacion de éstos. El

Breviario y Misal romano fueron admitidos desde entonces en toda la España cristiana.

Jucef, despues de conseguida la victoria de Zalaca, se volvió al Africa á causa de haber muerto un hijo suyo á quien habia dejado, al pasar á España, el gobierno de aquellas provincias; pero dejó en Andalucía á Abibekir su lugarteniente con un cuerpo de almoravides en auxilio de Aben Abed, el cual en la campaña de 1087 penetró en el reino de Toledo, y se apoderó de Uclés, Huete, Cuenca, Consuegra y otras fortalezas. De alli pasó al reino de Murcia, donde fue vencido y derrotado por un cuerpo de caballeros cristianos que ocupaban la fortaleza de Alid ó Elibat, cercana á Lorca, colocada en un monte escarpado. Cuando don Alonso supo este suceso, reforzó hasta 12000 hombres aquella guarnicion, que fue durante algunos años el terror de los mahometanos de Murcia y de Granada. Al mismo tiempo el Cid infestaba con frecuentes correrías el reino de Valencia. El rey don Alonso entró con su ejército en Estremadura y la taló, sin que los enemigos se atreviesen á presentarse en batalla.

Pero este aparente sosiego de los musulmanes no tranquilizaba al rey de Castilla; porque sabia que la verdadera causa era la ausencia del rey de Marruecos; y asi, recelando siempre verse acometido por todo el poder de los almoravides, trató de aumentar sus fuerzas para conjurar la tempestad. Para esto se valió del parentesco y amistad que tenia por su muger

doña Constanza con la casa de Borgoña, enlazada con la de Francia. Don Ramon y don Enrique, príncipes de aquella familia, y don Ramon, conde de Tolosa, vinieron á la córte de España con muchos caballeros de la principal nobleza de Francia, ilustres ya por la fama de su valor. Don Ramon de Borgoña era hijo del conde del mismo título, y dueño por consiguiente del Franco Condado. Don Enrique tenia por sobrenombre de Besanzon, y era nieto de Roberto, duque de Borgoña.

El celo indiscreto de don Bernardo, arzobispo de Toledo, y de la reina doña Constanza, los empeñó en una accion contraria al derecho de gentes, y que pudo haber tenido funestísimas consecuencias. Hallábanse en Toledo durante una ausencia que hizo el rey al monasterio de Sahagun: llevaban muy á mal ver en poder de los infieles la mezquita principal, que habia sido la antigua basílica de Toledo en tiempo de los visogodos: sabian que el rey don Alonso sentia en gran manera no poderla restituir al culto divino ligado por los artículos de la capitulacion. Resolvieron, pues, cortar el nudo que no podian desatar, y una noche se apoderaron violentamente de la mezquita, arrojaron de élla á los musulmanes; don Bernardo en la misma noche la purificó, levantó altares, á la mañana siguiente celebró misa en élla, y la dejó convertida en un templo cristiano.

Los moros enviaron diputados á Sahagun

á quejarse de la violacion de la fe pública. El rey los oyó, é irritado contra su muger y el arzobispo, se puso inmediatamente en camino para Toledo resuelto á castigarlos ejemplarmente. Pero los mahometanos, sabedores de la disposicion en que venia el rey, y calmada ya la ira que les habia causado el despojo, consideraron que cualquier cosa que el rey hiciera contra dos personas tan generalmente queridas y respetadas produciria contra ellos grande aborrecimiento, cuyos efectos mas tarde ó mas temprano les serian perniciosos; y asi con mejor consejo salieron al encuentro al rey, y con grandes plegarias é instancias le suplicaron que depusiese su enojo, que éllos cedian la mezquita, y que se contentaban con las otras que habia en la ciudad y con el libre ejercicio de su religion. El rey accedió á su ruego, y los dejó contentos con su afabilidad y algunos beneficios. Asi se terminó por la prudencia de los musulmanes una querella que pudo haber causado gravísimos males.

Conquista y reedificacion de Tarragona (1088). La invasion de los castellanos en el reino de Murcia, y la ocupacion de la fortaleza de Alid, obligó segunda vez á los moros de Andalucía á implorar el socorro del rey de Marruecos: tan debilitados estaban con los placeres del clima, y tanto habian degenerado de sus antepasados. El mismo Aben Abed, rey de Sevilla, pasó á Ceuta á verse con Jucef, é incitarle á su segunda espedicion á España.

Jucef aceptó el convite tan conforme con las miras ocultas de su ambicion, y desembarcó con su ejército en Algeciras.

Proclamóse en toda la Andalucía la espedicion contra el castillo de Alid, á la cual concurrieron todas las fuerzas mahometanas de España y África. Jucef pasó por Málaga á Lorca. En el camino se le reunieron con sus tropas los reyes de Sevilla, Málaga, Granada y Almería, como tambien los valíes de Baza y Jaen. En Lorca se juntaron al ejército el valí de esta ciudad y el de Murcia.

Asentaron el campo delante de la fortaleza de Alid, donde á pesar de la desigualdad del número se defendieron los cristianos como leones, asegurados en la fortaleza del sitio y en el gran número de bastimentos que habian acopiado. Los moros, temiendo que el rey don Alonso bajaria á dar socorro á los suyos, se daban gran prisa á batir el castillo, mas poco les aprovechaba, porque sus fortificaciones eran inexpugnables. Este sitio, de cuya verdad no puede dudarse, aunque no hablen de él los historiadores castellanos, porque lo refieren muy á la larga los árabes, á pesar de que el resultado fue vergonzoso para éllos, duró mas de dos años, y en él tuvo principio la discordia entre andaluces y almoravides, que terminó con la ruina de los primeros.

El rey don Alonso cuidaba entonces de fortificar sus fronteras, siempre receloso de las armas de los almoravides. Y así reedificó, po-

bló y ciñó de murallas las principales poblaciones situadas entre el Duero y el Tajo hasta las sierras que dividen las dos Castillas. A don Ramon de Borgoña, con quien pensaba casar á su hija Urraca, heredera presuntiva de la corona, encomendó la poblacion de Segovia, Ávila y Salamanca, de las cuales como mas cercanas á Toledo, podian sacarse en caso de invasion de los enemigos auxilios mas prontos y eficaces. El conde don Ramon desempeño muy bien este encargo: concurrieron de las partes mas septentrionales del reino familias nobles y plebeyas, entre las cuales se repartieron los territorios, y en breve llegaron aquellas tres ciudades á tener suficiente poblacion que en pocos años hizo rápidos progresos. Otros caballeros se encargaron de poblar y fortificar á Medina del Campo, Arévalo, Olmedo, Coca, Iscar, Cuellar, Sepúlveda y Osma.

Este año partió á Roma don Bernardo, arzobispo de Toledo. Recibió del sumo Pontífice Urbano II el palio y una bula en que le constituyó *primado* de las Españas: amplia materia de disputas entre la iglesia de Toledo y otras metropolitanas de nuestra nacion. Pero estas discusiones, como se refieren á un título puramente honorífico, no han alterado nunca el vínculo de la caridad.

Don Berenguel, conde de Barcelona, preparó una espedicion contra los mahometanos que ocupaban á Tarragona y su campo, y los echó de él hasta las montañas de Prades. Aque-

lla famosa ciudad, capital en otro tiempo de la España romana, estaba entonces reducida por las continuas guerras con los moros á una miserable aldea. El conde don Berenguel mandó poblarla y fortificarla; y cuando lo estuvo, se restableció en ella la antigua iglesia metropolitana, agregándole por sufragáneos los obispados de Cataluña que antiguamente le pertenecian, no sin oposicion del arzobispo de Narbona, á quien se habian agregado conforme se habian ido conquistando de los moros.

Todo el año siguiente continuó el sitio del castillo de Alid sin otro efecto que el de causar graves disensiones entre los sitiadores. Los reyes de Marruecos y de Sevilla opinaban que se abandonase aquel cerco estéril é inglorioso, y se hiciese entrada en las tierras de los cristianos, donde la victoria sería mas facil y el botin mas seguro; pero Abdalasis, valí de Murcia, y los de Lorca y Almería, que no querian tener tan cercano aquel padrastro, estúvieron porque se continuase el cerco. Irritado Aben Abed con la oposicion, echó en cara á Abdalásis en el consejo de caudillos que tenia inteligencias secretas con el rey don Alonso. Abdalásis, que era jóven y valeroso, echó mano á la espada para vengar la injuria. Jucef mandó que le prendiesen, y el rey de Sevilla ejecutó esta órden. Apenas se supo en el ejército lo que habia pasado, se retiraron las tropas de Abdalásis, se acantonaron en los confines de su provincia, y no permitieron pasar

víveres al campo de los moros, en el cual hubo por esta causa hambre y desercion.

Invasion de los almoravides en el reino de Toledo (1090). Don Alonso, sabedor de lo que pasaba en el sitio de Alid, y que su guarnicion se hallaba en grande apuro por la falta de víveres, se puso al frente de su caballería escogida, y marchó la vuelta de Lorca, dejando órden en todas partes para que le siguiesen las demas tropas con la mayor prontitud posible. Jucef no tuvo por conveniente pelear con él, mucho mas estando los magnates de Andalucía divididos y discordes; y así se retiró á Lorca, y de allí á Almería, desde donde se embarcó para el Africa, resuelto á subyugar los moros de España antes de hacer empresa de consideracion contra los cristianos. Aben Abed y los demas príncipes levantaron el sitio. El rey de Sevilla se retiró á Lorca, y los demas á sus provincias.

El rey don Alonso entró en Alid, y halló su guarnicion muy disminuida por los combates, los afanes y las privaciones; y considerando que su conservacion estando tan metido en tierra de moros habia de costar mucho mas de lo que la fortaleza importaba, la evacuó y desmanteló. Los autores árabes dicen que de los 12000 hombres que la guarnecian al principio, apenas quedaron 100 caballeros; los demas habian perecido en rebatos, salidas y desafios. La evacuacion de Alid se verificó á principios de 1090.

Jucef reunió en África el mayor ejército

que pudo, y volvió á España, no llamado como la primera y segunda vez por los mahometanos de Andalucía, sino con el pretesto de *Algazía*, ó guerra santa contra los cristianos. Los potentados andaluces recelaron esta vez de su ambicion, y el primero que se atrevió á manifestar sus sospechas fue el rey de Granada. Jucef que lo supo, aceleró su empresa, desembarcó con sus tropas en Adra, marchó al norte, pasó la Sierra Morena, el Guadiana y el Tajo, y llenó de estragos el reino de Toledo, á cuya capital se retiró don Alonso, rey de Castilla, no hallándose á su vez con fuerzas para resistir en campaña al almoravide.

Los príncipes musulmanes de Andalucía, que desconfiaban ya de sus intenciones, no le asistieron en esta guerra; falta que no disgustó á Jucef, porque le daba un pretesto para subyugarlos, acusándolos de haber infringido la ley de Algazía. Detúvose poco en el territorio de Toledo, y atravesando la Mancha y Sierra Morena se dirigió á Granada, donde fue recibido por su rey Abdalá con cordialidad aparente que no engañó al de Marruecos; porque sabia que temiendo el poder de los almoravides, tenia tratos secretos con el rey de Castilla para entablar con él alianza ofensiva y defensiva contra el africano. Jucef, despues de haber estado dos meses en aquella ciudad, mandó prender á Abdalá, le envió encadenado á Marruecos con sus mugeres é hijos, y se apoderó de su reino.

Los reyes de Sevilla y Badajoz, que ya habian hecho alianza secreta con el rey don Alonso, enviaron embajadores á Jucef para darle la enhorabuena por la adquisicion de Granada; pero el marroquí no quiso verlos y mandó que se les despidiese con ignominia. Despues pasó á Málaga donde tambien estableció su señorío, y se volvió á Marruecos, dejando por caudillo del ejército de España á su lugarteniente Abi Bekir. Así concluyó esta campaña, quedando aterrados los príncipes musulmanes de Andalucía de la suerte que les amenazaba.

El rey don Sancho de Aragon, que en los años anteriores no habia cesado de hacer guerra á los mahometanos de Huesca, causándoles muchos daños y talas, y quitándoles tierras y castillos, obligó en fin á Abderraman, régulo de aquella ciudad, á reconocerse por tributario suyo, y bajo esta condicion firmó treguas con él. Despues pasó á Navarra, donde se concluyó este año la edificacion de Estella.

Juntó en Huarte las córtes de sus tres reinos de Navarra, Aragon y Sobrarbe con asistencia de sus hombres buenos ó diputados: primer ejemplo que refiere la historia en España y aun en Europa de la introduccion del estamento popular despues del establecimiento del feudalismo: y de comun acuerdo se hicieron reformas en la administracion de justicia, que entónces era breve, sencilla y bárbara. Nada se escribia: las querellas entre particulares se decidian por desafío. Los nobles entraban en el duelo á caba-

llo y con las armas usadas en aquel tiempo: los plebeyos á pie, con escudo y un palo. Otras veces los acusados, para probar su inocencia, metian el brazo desnudo en agua hirviendo ó levantaban con la mano un hierro caliente, y si no se quemaban, ganaban el pleito; la parte vencida pagaba una multa ademas de la cosa disputada, y en algunos casos la cuestion se dirimia con solo el juramento del acusado. Todos estos actos tenian fórmulas particulares para evitar que hubiese fraude. Habia campeones, que por amistad ó parentesco peleaban á favor de las partes. Los homicidios, las injurias y los robos estaban tasados, y se pagaban con multas, que se repartian entre los ofendidos si eran nobles, ó si no, entre el rey y los señores de los multados. La multa se pagaba aun cuando el homicidio fuese casual, ó el hombre se hiriese á sí mismo involuntariamente. Cuando el que mataba ó heria era un animal, su dueño pagaba la multa.

Estas costumbres bárbaras se pusieron primera vez por escrito en las córtes de Huarte. En ellas se establecieron y fijaron los límites entre los tres reinos: porque la falta de este deslinde producia reyertas frecuentes entre los pueblos fronterizos. En España tuvieron desde tiempos antiquísimos el derecho de dirimir sus disputas por medio de peleas; y aun tal vez usaron de él los barrios de una misma ciudad: de lo cual quedan algunos vestigios en varias poblaciones.

En la campaña siguiente se decidió la suerte de la España musulmana, y quedó sometida al imperio de Marruecos, mas poderoso que lo habia sido el de los Abenhumeyas de Córdoba en todo su esplendor; pero felizmente era ya tambien mas estenso y fuerte el territorio de los reyes cristianos y sus monarquías estaban exentas del gérmen de las guerras civiles que llevan en su seno todos los estados que profesan la religion de Mahoma, por el dogma absurdo de que la victoria es el indicio de la voluntad del cielo, y de que la fuerza de las armas produce legitimidad.

Abi Bekir, siguiendo las instrucciones de su monarca, dividió su ejército en cuatro cuerpos, y puesto al frente del mas considerable marchó sobre Sevilla, mientras los otros gefes acometian y tomaban á Córdoba, Jaen, Baeza, Úbeda, Segura, Ronda y Calatrava, plaza la mas lejana del reino de Aben Abed; pero entonces muy importante: porque el de Castilla se preparaba á enviar un cuerpo de tropas en socorro de su aliado: al cual ya no le quedaban mas plazas que Carmona y Sevilla. La primera fue entrada por asalto por los almoravides.

Un cuerpo castellano de 20000 hombres de caballería y 40000 de infantería (si ha de darse crédito á los historiadores árabes), mandado por el conde Gomez, probablemente el de Campde-espina, pasó la Sierra Morena y penetró en el reino de Córdoba, talando los cam-

pos y quemando las poblaciones. Abi Bekir, dueño ya de casi toda Andalucía, le salió al encuentro con sus mejores tropas y 10000 caballos berberiscos, y despues de una batalla muy reñida, en que ambos ejércitos padecieron graves pérdidas, los obligó á retirarse á Toledo.

Despues volvió sobre Sevilla, la puso sitio y la obligó á capitular. El infeliz Aben Abed fue conducido con sus mugeres é hijas al África, donde murió cuatro años despues tan pobre y miserable, que sus hijas ganaban hilando el miserable sustento de aquella familia desgraciada, infeliz ejemplo de las vicisitudes de la fortuna. De la calamidad comun de la dinastía de Aben Abed solo escapó una hija suya, llamada Zayda, reservada á una suerte muy diversa. Hallábase á la sazon en Toledo sin que se sepa el motivo de su viage. Lo mas probable es que los cristianos en la espedicion que hicieron al reino de Córdoba la retirarian con sus tropas, ó libertada del poder de los almoravides, en cuyas manos habria caido en alguna de las ciudades que conquistaron, ó confiada á la lealtad española por algun confidente de Aben Abed. Los almoravides concluyeron la memorable campaña de 1091 y la conquista de la parte meridional de España con la toma de Almería y ocupacion de todo aquel reino.

En este año se concluyó en el reino de Leon una causa muy ruidosa, fulminada algunos años antes contra don Diego Pelaez, obispo de

Santiago, acusado de varios delitos, entre ellos de tener inteligencias secretas con los normandos, que acababan de dominar la Inglaterra, para entregarles el reino de Galicia. El rey le habia destituido, puesto en prision y dádole un sucesor. Pero Urbano II, resuelto á defender las inmunidades de la iglesia contra la arbitrariedad de los príncipes, mandó que se viese de nuevo la causa ante el cardenal Raynero, á quien envió por legado á España.

Reunióse, pues, un concilio en Leon, que presidió el cardenal, y en él se confirmó la deposicion del obispo; pero se mandó sacarle de la prision, y se anuló el nombramiento de su sucesor como contrario á los cánones. En este mismo concilio se abolió el uso de la letra gótica, empleada hasta entonces en España desde el tiempo de los visogodos, y se mandó escribir en carácteres franceses, comunes en casi toda Europa, para facilitar el comercio y trato con las naciones estrangeras.

El rey don Sancho de Aragon, deseando estrechar mas á los moros de Zaragoza, construyó á vista de esta capital un fuerte llamado Castellar, que sirviese como de frontera para defender los paises que habia conquistado al norte del Ebro por la parte del mediodía. Este héroe fue el que sacó al reino de Aragon de su pobre cuna en las montañas de Jaca y de Sobrarbe y lo estendió hasta las fértiles llanuras que rodean á Zaragoza.

Nueva guerra entre los reyes de Aragon y

de Huesca (1092). Abderraman, rey de Huesca, se declaró vasallo de don Alonso de Castilla, y confiado en su auxilio y en la alianza de Abu Giafar, rey de Zaragoza, negó las párias á don Sancho de Aragon. Este príncipe salió á campaña contra él, ganó los lugares de Santa Olalla, Almenara y Nabal, y pobló á Luna. Su objeto era apoderarse de la ciudad de Huesca, padrastro de las armas cristianas por aquella parte, y á este fin dirigió todas las operaciones militares de las tres últimas campañas de su vida heróica, que fueron la de este año y las de los dos siguientes.

Entretanto acometian los almoravides la parte oriental de España. Los reyes de Denia, Játiva, Albarracin, Murviedro y Valencia, feudatarios del de Castilla, recibieron un cuerpo auxiliar de tropas castellanas, mandadas por el Cid Ruy Diaz del Vibar, que se apostó en Valencia. Pero era tan numeroso y esforzado el ejército que Jucef envió á aquellas provincias bajo las órdenes de su lugarteniente Aben Aija, que no fue posible hacerle resistencia. Denia y Játiva fueron tomadas casi sin pérdida: el rey de Albarracin quedó gobernador de aquel territorio por el rey de Marruecos.

Despues sitió Aben Aija á Valencia, y en una salida murió peleando su rey Yahía, que heredero de dos reinos, perdió el de Toledo á manos de los cristianos y el de Valencia á las de los moros. Despues de otros muchos rebatos y reencuentros, viendo los cristianos que era

imposible defender la plaza á pesar del valor de Alcadir, príncipe de la familia real, que quedó mandando en ella, la evacuaron y se retiraron á las fronteras de Castilla, y poco despues cayó Valencia en poder de los almoravides. Jucef no se resolvió á hacer guerra por entonces al rey de Zaragoza; sino celebró alianza con él: la cual, siempre que se hace entre el poderoso y el débil, es vasallage con nombre mas honesto. Ya el reino de Badajoz era tambien posesion de los almoravides: de modo que casi todas las fuerzas de la España árabe se hallaban reunidas bajo un mismo cetro.

A pesar de la cercanía de una nacion tan formidable, y que en poco tiempo habia hecho tantas conquistas, don Berenguel, conde de Barcelona, partió de peregrino á la Tierra santa, y dejó á su sobrino de edad de diez años con un consejo de regencia. Don Berenguel murió en Palestina, y quedó por único señor del condado su sobrino don Ramon IV.

Este año falleció doña Constanza, segunda muger del rey don Alonso el VI: el cual, viéndose con solo una hija legítima, que tuvo de esta esposa, que fue la infanta doña Urraca, la dió por muger á don Ramon de Borgoña; dado que no pudieron ayuntarse por la corta edad de la novia hasta un año despues. El rey pasó á terceras nupcias con doña Berta, princesa de la familia de los marqueses de Toscana, de la cual no tuvo sucesion.

En la campaña de 1093 se peleó casi á un

mísmo tiempo en el reino del Algarbe, cuya conquista acabó Abi Bekir, y la aseguró á la manera de los bárbaros dando muerte á los príncipes de la familia real de Badajoz; en Portugal, donde hizo entrada en tierra de moros desde Coimbra el rey don Alonso, y se apoderó de Santaren, Lisboa y Cintra; y en Aragon, donde don Sancho Ramirez llegó hasta Montaragon, á una legua de Huesca, recobró de los moros esta villa y la fortificó cuidadosamente, porque le habia de servir de plaza de armas para el sitio de Huesca que meditaba. Pero estos progresos se compensaron con la pérdida de Barbastro, de que se apoderó el rey de Zaragoza con el auxilio de los almoravides de Valencia. Tambien recobraron los moros la plaza de Fraga, conquistada en los años anteriores por los cristianos de Cataluña.

Sitios de Huesca y de Valencia: don Pedro I Sanchez, rey de Aragon y de Navarra (1094). En fin, don Sancho Ramirez, teniendo preparadas todas las cosas necesarias para el sitio de una plaza tan fuerte é importante como Huesca, movió su ejército contra ella. Abderraman, rey de Huesca, imploró el auxilio del de Castilla, como vasallo suyo, y don Alonso envió por la parte de Vitoria un cuerpo de tropas mandado por uno de sus condes; pero halló un ejército navarro que le impidió proseguir adelante y hubo de volverse á Castilla.

El rey de Aragon puso cerco á Huesca, y estableció su real en un cerro que por el suceso se

llamó despues el *Pueyo de don Sancho.* Reconociendo el muro en uno de los primeros dias del cerco, vió una parte mas flaca por donde le pareció que se podria combatir, y levantando el brazo para señalarle á los guerreros que le acompañaban, descubrió la escotadura de la loriga, y una saeta disparada del muro le hirió en el costado mortalmente.

El héroe, sin mostrar desaliento por aquella desgracia, mandó concurrir á su tienda los ricos hombres (asi se llamaban ya los principales señores de Aragon) y demas caudillos y gefes del ejército, y les hizo jurar, y antes que á todos á sus hijos don Pedro y don Alonso, que no levantarian el cerco hasta que la ciudad fuese ganada. Despues se le sacó la saeta é inmediatamente murió: príncipe á todas luces uno de los mas grandes que ha tenido España. Sucedióle su hijo mayor don Pedro, heredero así como su hermano don Alonso del valor y de las heróicas cualidades de su padre. Tenian otro hermano, llamado don Ramiro, que era monje en San Ponce de Tomares, monasterio de la diócesis de Narbona. Todos tres reinaron sucesivamente. Don Pedro cumplió su juramento y no levantó el sitio de Huesca hasta que se le rindió la ciudad.

Al mismo tiempo emprendió el Cid Ruy Diaz del Vibar la conquista de Valencia. Los almoravides cuando la tomaron por asalto y traicion dieron la muerte á su último rey Alcadir y nombraron valí de ella y de su territorio

á Amed, primer magistrado de la ciudad, ó *cadí*, que les habia dado entrada en la plaza. Los gobernadores de Albarracin, Játiva, Murviedro y Denia, unos por parentesco, otros por amistad con Alcadir, y todos por sentimientos de humanidad y de nobleza llevaron muy á mal aquel premio concedido á la alevosía: y apenas se retiraron los almoravides resolvieron castigar al malvado.

Juntaron para esto un cuerpo numeroso de caballería é infantería, y nombraron por su general al Cid Ruy Diaz del Vibar, el primer militar de aquella época, que con los cristianos que mandaba y con los refuerzos que le envió el rey don Alonso, se reunió á los mahometanos, marchó contra Valencia, la sitió y la obligó á capitular. Así perdieron los almoravides el fruto de las victorias de Aben Aija. El valí Amed fue preso y quemado vivo con gran parte de su familia: los historiadores árabes dicen que esta atrocidad se cometió por órden del Cid y contra la fe de la capitulacion. Pero Rodrigo del Vibar no aborrecia personalmente al cadí; y así es mas natural que la venganza procediese de los valíes: aunque si el hecho fue cierto, no puede escusarse de culpa al que tenia el supremo mando militar, y no impidió la ejecucion del atentado. Algunas circunstancias improbables que mezclan los árabes en esta narracion la dan visos de ser una fabula forjada á placer para hacer odioso el nombre y manchar la reputacion del héroe castellano.

Al año siguiente falleció doña Berta, reina de Castilla, y el rey pasó á cuartas nupcias con doña Isabel, hija de Aben Abed, rey de Sevilla, llamada antes Zayda, y que en el bautismo recibió aquel nombre. No puede dudarse de la existencia de este matrimonio por mas estraordinario que parezca: tales y tantos son los documentos históricos que lo confirman. El mismo año que Aben Abed murió pobre y miserable en África ascendió su hija al trono de Castilla. Dos causas muy probables pueden asignarse á este suceso: la gracia y hermosura de Zayda, que eran estraordinarias, y pudieron haber encendido en el pecho del rey una pasion amorosa, y el vehemente deseo que aquejaba á don Alonso de tener un hijo varon: lo que no habia logrado de ninguna de sus tres mugeres ni de su concubina doña Gimena Nuñez, y esperaria conseguirlo de la mora por alguna de las preocupaciones tan comunes en aquel siglo. Su esperanza no fue engañada: pues tuvo de ella al infante don Sancho, por sobrenombre el de Uclés, que adquirió por su muerte desgraciada en sus tiernos años.

Don Alonso casó al mismo tiempo su hija natural doña Teresa con el conde don Enrique de Besanzon, y le dió el gobierno de Portugal con título de condado para él y sus sucesores: único ejemplo de señorío feudal en las coronas de Castilla y Leon, si se ha de creer á los historiadores españoles: porque los portugueses dicen que se lo dió en toda soberanía. De cual-

quier manera que sea, esta concesion dió orígen á un nuevo estado soberano en España.

Batalla de Alcoraz: conquista de Huesca (1096). El sitio de Huesca por el rey don Pedro de Aragon continuaba, y este año reforzó don Pedro su ejército de tal manera que no dejó á Abderraman otro recurso sino la esperanza en los reyes de Zaragoza y Lérida, y en el socorro del rey de Castilla. Los moros considerando que la pérdida de aquella ciudad reduciria al poder de los aragoneses todo el alto Aragon, y estrecharia los límites de sus propios dominios, juntaron un poderoso ejército en Zaragoza, á los cuales se reunieron las tropas auxiliares de Castilla, que consistian en 300 caballeros y mucha gente de á pie. Mandábalas don García Ordoñez, conde de Nájera.

El ejército salió de Zaragoza la vuelta de Huesca, en tan gran número que desde Altabas hasta Zuera estaban los caminos cubiertos de gente, y el conde de Nájera escribió al rey don Pedro que levantase el sitio y se retirase si no queria esponerse á una perdicion segura. Don Pedro, constante en su propósito, salió á recibir á los enemigos á los llanos de Alcoraz, cercanos á Huesca. Llevaba la vanguardia su hermano el infante don Alonso, que era uno de los caballeros mas esforzados de aquel siglo, y el rey se puso en la retaguardia. En el centro pelearon los principales nobles de Aragon, y un cuerpo de gascones, cuyas armas eran mazas, con que hicieron grave daño en los enemigos.

Apenas llegó el ejército mahometano, comenzó el infante don Alonso la batalla con tal ímpetu que los moros empezaron á ciar con mucha pérdida. Entonces se hizo general el combate con grande estrago de los moros. El conde de Nájera quedó prisionero en poder de los aragoneses. La batalla duró sangrienta y ostinada hasta que la noche separó á los combatientes. Perecieron en ella de 30 á 40000 moros: la pérdida de los cristianos fue de 2000, si ha de creerse á los documentos históricos de Aragon.

El número de los infieles era tan crecido que don Pedro creyó que á pesar de su derrota renovarian la batalla al dia siguiente: mas no fue así, porque se retiraron con bastante desórden á Zaragoza, y fueron perseguidos por los cristianos hasta Almudevar. Abderraman, rey de Huesca, perdida toda esperanza de defenderse, capituló la entrega de la ciudad, y se salió de ella con los moros.

Esta fue la célebre victoria de Alcoraz, que tanta influencia tuvo en animar la Europa á la primera cruzada que predicaba entonces el Papa Urbano II, valiéndose del ejemplo de los aragoneses para incitar los demas pueblos cristianos contra los infieles de Asia. Muy pocos españoles concurrieron á aquella grande empresa: porque ni aun el mismo papa quiso que desguarneciesen su propio pais en el cual tenian que pelear contra los enemigos del cristianismo. Sin embargo algunos caballeros españoles toma-

ron la cruz, entre ellos tres catalanes muy esforzados: Guillen, conde de Cerdania, Guitardo, conde de Rosellon, y Guillen de Canet.

En el año siguiente de 1097 ponen los historiadores españoles una batalla entre castellanos y almoravides, dada junto á Rueda, pueblo de la Mancha cercano á San Clemente, en que los cristianos fueron vencidos, y suponen que la ganó en persona el rey de Marruecos Jucef. Pero este príncipe desde su espedicion del año de 1090 no volvió á España, segun las historias árabes, hasta el de 1103: y así si hubo batalla en Rueda, ó fue en 1030 en la invasion que hizo Jucef en el reino de Toledo, ó si fue en 1097, la ganó un lugarteniente del rey de los almoravides. Lo primero nos parece mas probable, porque los historiadores cristianos atrasan 7 años la conquista de Andalucía por el de Marruecos.

Espedicion del rey don Alonso al reino de Sevilla (1098.) La ciudad de Carcasona, sometida á los condes de Barcelona, habia sido usurpada durante la menor edad de don Ramon IV, por un caballero, llamado Pedro Aton, que tomó título de vizconde de aquella ciudad. El conde don Ramon reunió un buen ejército y pasando el Pirinéo, se puso sobre la plaza y la recobró, espeliendo al vizconde intruso. Este mismo año, habiendo determinado el rey don Pedro de Aragon recobrar de los moros la plaza de Barbastro, dirigió sus fuerzas á aquel territorio, se apoderó del castillo de Calasanz, y

fundó el de Traba para que le sirviese como de escalon para la toma de Barbastro.

Don Alonso de Castilla, resuelto á quebrantar la potencia de los almoravides, hizo entrada este año en Andalucía, y llegó hasta Alcolea cerca de Sevilla y situada sobre el Guadalquivir. Servia entonces á los moros el conde don García Ordoñez de Nájera, desnaturalizado de Castilla acaso porque el rey no le habia socorrido para su rescate de manos de don Pedro de Aragon, en cuyo poder habia caido en la batalla de Alcoraz. Este caballero, describiendo al gefe de los moros las superiores fuerzas de los castellanos, le persuadió á que no diesen batalla, sino se encerrasen en Sevilla. Don Alonso, talado el pais, se volvió á Toledo cargado de despojos. Los almoravides, mas fanáticos que sus antecesores, empezaron á enviar al África los cristianos que moraban en Andalucía sometidos á los moros. Estos muzarabes, al ver la transmigracion á que se les queria obligar, se pasaron á tierra de cristianos los que pudieron: de modo que en toda la Andalucía no quedaron mas habitantes que los que profesaban el islamismo.

En la campaña siguiente reforzados los almoravides con gentes de África, pagaron la visita del año anterior, acometieron á Toledo, que los habitantes defendieron con sumo valor, devastaron el pais, y al volverse se pusieron sobre Consuegra, que los cristianos habian fortificado muy bien, y la tomaron, dejando en ella buena

guarnicion para hacer frontera contra Castilla.

Este año falleció doña Isabel, cuarta muger del rey don Alonso, que casó en quintas nupcias con doña Isabel, princesa de la sangre real de Francia. Tuvo de ella dos hijas, doña Sancha, que casó con el conde don Rodrigo Gonzalez de Lara, y doña Elvira, muger que fue de Rugero I, rey de Sicilia, de la dinastía de los normandos. Casi al mismo tiempo falleció en Valencia el célebre Cid Campeador Ruy Diaz del Vibar; pero la ciudad, aunque lejana del centro de Castilla y amenazada continuamente por los almoravides, se sostuvo todavía algunos años por el valor de las tropas del Cid, por la intrepidez de doña Gimena, su viuda, y con los refuerzos que le enviaba el rey don Alonso.

Batalla de Malagon (1100). Abi Bekir, lugarteniente de Jucef en la península, habia preparado dos espediciones contra la España oriental; una marítima contra las islas Baleares, que estaban por el rey moro de Denia, con órden de que en habiendo conquistado aquellas islas, la armada se pusiese sobre Valencia; y otra por tierra, que atravesando la Mancha sitiase la misma ciudad.

El rey don Alonso envió á su yerno el conde don Enrique con un buen ejército para que embarazase el paso á los moros por la Mancha. Encontráronse cerca de Malagon los dos ejércitos, y se dieron una cruda batalla en que fueron vencidos los castellanos. Los almoravides penetraron en el reino de Valencia y pusieron sitio

á la ciudad; pero Alvar Fañez, que era su gobernador, hizo inútiles todos los esfuerzos del enemigo.

Reconquista de Barbastro (1101). Don Alonso envió nuevos refuerzos á Valencia, determinado á conservar aquella parte de España, que puesta en poder de los almoravides flanquearia sus dominios por el occidente. Ya, temeroso de la alianza entre Jucef y el rey de Zaragoza, habia fortificado muy bien la plaza de Almazan en la frontera de Soria.

Este año, despues de haberse apoderado de Pertusa, lugar situado en la orilla del Alcanadre, cercó el rey don Pedro en toda forma la plaza de Barbastro, que se le rindió con todos los castillos de aquella comarca, entre los cuales era muy notable el de Vililla por su gran fortaleza. Así todo el pais comprendido entre los Pirineos, el Cinca y el Ebro quedó ó en poder de los aragoneses, ó espuesto á sus incursiones.

Mientras Valencia no tuvo que sostenerse mas que contra las fuerzas terrestres de los mahometanos, bastó para la defensa de la ciudad el valor de la guarnicion. Pero la armada de los almoravides, despues de haber concluido la conquista de las Baleares, arribó á las playas de Valencia, y ademas de reforzar con su gente el ejército sitiador, cortó los víveres á los castellanos por la parte del mar. Así se vieron obligados á evacuar aquella importante conquista. Su retirada á Castilla se hizo con el mejor órden y sin ser inquietados por el enemigo, trayendo

doña Gimena, la viuda del Campeador, el cuerpo de su esposo, y tanto ella como los caballeros de la guarnicion todas sus riquezas. Esta retirada se verificó el año 1102. De este modo quedó el reino de Valencia agregado al imperio de los almoravides.

En la misma campaña hizo guerra el conde don Enrique en Portugal á un régulo mahometano, á quien parece que se habia dado en señorío feudal la plaza y territorio de Lamego. El moro trató de hacerse independiente, y negó el vasallage y las párias. Don Enrique sitió la plaza, y despues de alguna resistencia la rindió y la agregó al condado de Portugal. El régimen feudal pugnaba contra las costumbres españolas; y el corto número de territorios, dados en feudo en todo el discurso de nuestra historia de la edad media, ó se hacian independientes, como Barcelona y Portugal, ó volvian á incorporarse en la corona.

Alonso I el Batallador, rey de Aragon y Navarra (1104). Don Pedro I de Aragon falleció este año sin dejar sucesion: porque un hijo que tenia, de su mismo nombre, murió pocos dias antes que él. Sucedióle en ambas coronas de Aragon y Navarra su hermano don Alonso, insigne ya por la parte que tuvo en la victoria de Alcoraz y por otras muchas hazañas. Mereció el sobrenombre de Batallador por el gran número de combates que dió á los moros.

Este mismo año sitió y rindió el rey don Alonso de Castilla la plaza importante de Medi-

naceli; en ella se reunian antes los moros de Zaragoza para hacer entradas y correrías en los pueblos de la diócesis de Osma, y era menester que los castellanos hiciesen frontera en aquella parte. Don Alonso puso en ella fuerte guarnicion que contuviese á los musulmanes, y que sirviese de plaza de armas á los cristianos para talar los campos del reino de Zaragoza.

El año siguiente fueron vencidos los castellanos por los almoravides junto á un pueblo, llamado Sotillo, pero cuya posicion se ignora. Solo se sabe el éxito de la batalla, que fue desgraciado para las armas españolas, y que el general que las mandaba era Gutierre Suarez, uno de los caudillos mas aventajados de Castilla. Pero entónces peleaban los almoravides con todo el entusiasmo de un pueblo nuevo y conquistador.

En 1107 falleció á la edad de cien años el célebre Jucef, príncipe y fundador de la dinastía de los almoravides, dominadora en Berbería y en España. Sucedióle su hijo Alí, que por primicias de su reinado acometió las posesiones de los cristianos en Portugal, y ocupó á Lisboa y Santaren y la línea del Tajo. Despues se puso sobre Coimbra; pero el conde don Enrique defendia en persona la plaza, y se resistió tan bien, que los mahometanos levantaron el cerco y se retiraron al Tajo.

Batalla de Uclés (1108). En el año anterior habia fallecido doña Isabel, quinta esposa del rey don Alonso de Castilla, que pasó á sestas nupcias en este con doña Inés Beatriz, princesa

segun unos de la casa real de Francia, y segun otros, de la de Este, célebre ya en Italia. Don Alonso no tuvo sucesion de ella.

Este mismo año de 1108 falleció el conde don Ramon de Borgoña, dejando de su muger doña Urraca, hija mayor de las legítimas de don Alonso VI, un hijo llamado tambien Alonso, que despues reinó, y una hija llamada doña Sancha. Don Ramon murió de una calentura aguda en Grajal cerca de Sahagun, viniendo á verse con el rey su suegro, para tratar de defender el reino contra la terrible invasion que preparaba este año Alí, príncipe de los almoravides.

El temor de don Alonso no era vano: la campaña fue funestísima para Castilla y para su casa. Alí, heredero del valor y de la ambicion de su padre Jucef, envió á su hermano Temin, gobernador de Granada, con numerosa hueste, á la frontera de Castilla. Temin puso sitio á la fortaleza de Uclés. Don Alonso, ya muy anciano y enfermo, envió en socorro de la plaza sus tropas, mandadas por los condes, y con ellas á don Sancho, su único hijo varon, que entonces tendria de 9 á 10 años, bajo la custodia de don García, conde de Cabra, ayo del infante. Era entónces costumbre habituar desde niños á los combates y peligros á los príncipes de la casa real.

Temin salió de sus cuarteles cuando se acercaron los cristianos, y se emprendió una fiera y cruelísima batalla. Una tropa de caballería mora, penetrando en las líneas de los cristianos,

llegó hasta el sitio donde estaba el niño infante, le mataron el caballo, y despues á él y al conde don García su ayo, que le defendia cubriéndole con su cuerpo y peleando valerosamente. Este suceso desalentó á los cristianos, y dió la victoria á los almoravides. Los condes se retiraron á Toledo con pérdida de 20000 hombres: la de los moros no fue pequeña. Despues de la victoria entró Temin por asalto la plaza de Uclés.

Apenas se supo esta noticia en Leon, acudieron tropas de Galicia y de Asturias, que reforzaron el ejército cristiano, que conducian doña Urraca, hija del rey, y por la muerte infeliz de su hermano heredera de la corona, y don Diego Gelmirez, obispo de Santiago; dignidad á que le elevaron su mérito, y el favor de don Ramon de Borgoña, cuyo secretario habia sido.

Reforzados los castellanos, salieron segunda vez en busca de los moros. Temin, disminuidas sus fuerzas en la batalla, en el asalto de Ucles y en las fatigas de la campaña, no tuvo por conveniente esperarlos, y se retiró á Andalucía. Un cuerpo de su ejército penetró por Valencia en Cataluña, taló el campo de Tarragona y el de Barcelona hasta el castillo de Olerdula que tomó y demolió; pero habiendo acudido los catalanes con auxilios de Francia y del reino de Aragon, los almoravides se retiraron con su botin.

Al año siguiente de 1109 falleció don Alonso el VI de Castilla, de mas de 70 años de edad y á los 37 de reinado. Dejó á su nieto don Alonso Ramon, hijo de Urraca, el condado y

gobierno de Galicia: y como el infante solo tenia á la sazon tres años, quedó encomendado el gobierno al obispo de Santiago y al conde don Pedro Frolaz de Traba, ayo del príncipe niño. Tambien dejó concertado que su hija doña Urraca, heredera del reino, casase con don Alonso de Aragon y Navarra, su primo segundo; creyendo no sin razon que era necesario poner al frente de las huestes cristianas, reunidas contra los mahometanos, un héroe capaz de resistir á la potencia de los almoravides. Don Alonso el VI fue enterrado en el monasterio de Sahagun.

Su reinado fue mas ilustre que el de ninguno de sus predecesores por la conquista de Toledo, que puso en el Tajo las fronteras de la España cristiana occidental: por la introducion de las artes fabriles que trajeron de Francia y de Italia los nuevos pobladores que llamó don Alonso de todas partes concediéndoles fueros y privilegios: por los enlaces de la dinastía de Navarra, reinante en Castilla y Leon, con las casas mas ilustres de Francia y de Italia por medio de casamientos: por el valor con que resistieron los cristianos á la nueva y formidable potencia de los almoravides, á pesar de las crueles derrotas de Zalaca, Malagon y Uclés: en fin, por la literatura que empezó á dar algunas señales de vida, merced á don Bernardo, arzobispo de Toledo, que trajo de Francia y de Italia hombres célebres por su saber en los estudios eclesiásticos, que eran los únicos que entón-

ces se cultivaban en Europa. Desde el reinado de Alonso el VI empiezan á ser mas frecuentes y conocidos los monumentos históricos: se nota mas dulzura de costumbres, mas fuerza en el poder, mas tino en la política.

Contribuyeron tambien á hacer célebre esta época la conquista y poblacion de las tres plazas importantes de Toledo, Huesca y Tarragona, que aseguraban la independencia de los cristianos de España, muy precaria hasta entónces. Ya no era posible á un nuevo Almanzor correr libremente desde Córdoba hasta Santiago y Barcelona. Todo el norte de España estaba lleno de una poblacion valerosa, guiada á los combates por los descendientes de Sancho el Mayor, que ninguno degeneró de la intrepidez del fundador de su dinastía. Así es que los almoravides, á pesar de sus victorias, no lograron nunca forzar la línea del Tajo: y si en ella se detuvieron los cristianos cerca de un siglo sin pasar mas adelante fue porque, ademas del escesivo poder de los almoravides, era necesario antes de continuar la conquista dejar bien poblada toda la parte de Castilla que está al norte de aquel rio.

CAPÍTULO XXVII.

Doña Urraca.

Doña Urraca, reina de Castilla y Leon: don Enrique, conde de Portugal. Batalla de Valtierra: prision y libertad de doña Urraca. Guerra entre Castilla y Aragon: batalla de Campo de Espino. Don Alonso VII, rey de Galicia: batalla de Villadangos. Conquista de Tudela. Conquista de Mallorca por los cristianos. Conquista de Zaragoza. Batalla de Cutanda: conquista de Calatayud. Guerra entre Portugal y Castilla: conquista de Daroca. Batalla de Alcaraz. Espedicion de los aragoneses á Andalucía: batalla de Arinzol ó de Lirena.

Doña Urraca, *reina de Castilla y Leon: don Enrique, conde de Portugal* (1109). Muerto el rey don Alonso, subió al trono su hija doña Urraca, y dió á la España cristiana el espectáculo, nuevo hasta entonces, de una muger que manejaba por sí sola el cetro de Pelayo. Poco despues se celebraron, con grande consentimiento de los grandes y señores del reino, sus nupcias con Alonso de Aragon, su primo segundo. Repugnólas solamente don Bernardo, arzobispo de To-

ledo, que creía inválido el matrimonio por el impedimento del parentesco.

Este matrimonio fue infelicísimo y pernicioso á Castilla. Doña Urraca, educada con suma blandura por su padre, y tratada casi con respeto por su primer marido el conde don Ramon, habia contraido el hábito de la superioridad, mucho mas despues que se vió señora del reino. Ni oía consejos, ni sufria reconvenciones aun de los vasallos mas ilustres, ni aun del mismo Pedro Ansurez, llamado Peranzules en nuestras crónicas, que habia sido su ayo, y que quizá contribuyó á inspirarla soberbia con las condescendencias en la primera educacion.

Por otra parte doña Urraca, aunque no creamos la fama y tradicion comun que la pinta entregada á la deshonestidad y al adulterio, era amiga de ganar voluntades, lo que fácilmente se disculpa con las situaciones peligrosas en que se encontró; y la malignidad de sus enemigos le atribuyó por amantes los condes de Campdespina y de Lara, de cuyo auxilio necesitó para sostenerse en el poder; pero una reina debió haber tenido mas cuidado con su conducta para que nunca pudiese achacarse á amorío lo que no era mas que política. La muger de Cesar no debe ser ni aun sospechada.

Alí, príncipe de los almoravides, apenas supo la muerte del rey don Alonso el VI, acometió las fronteras del reino de Toledo, sitió y rindió á Talavera de la Reina; bien que en los años siguientes volvió á poder de los cristianos. Los

castellanos de Madrid hicieron casi al mismo tiempo una espedicion contra Alcalá de Henares, que estaba por los moros; pero sin efecto por la gran resistencia que hallaron en esta plaza.

Los almoravides se retiraron del Tajo por haber llegado á Castilla el rey don Alonso de Aragon con su ejército, coronado con los laureles que habia cogido en aquella campaña contra los moros de Zaragoza, auxiliados por los almoravides de Valencia. Quitóles á Tauste y Exea, y taló el campo de Zaragoza, del cual se retiró cuando llegaron los almoravides auxiliares, mandados por Muhamad, valí de Valencia. Éste, no viendo enemigos ante sí, hizo una invasion en Cataluña, taló sus campos y logró de ellos grandes despojos; pero al volverse con el botin fue acometido por los aragoneses en un camino muy áspero, y derrotado con gran pérdida. El mismo valí Muhamad quedó muerto en la accion.

Don Alonso fue recibido en Castilla con el respeto y aprecio que merecian sus grandes cualidades, y con la alegría que inspiraba tener al frente de casi toda la España cristiana un héroe capaz de purgar la patria de mahometanos. Don Alonso tomó, á ejemplo de su difunto suegro, el título de emperador, y comenzó su reinado preparando con grande actividad todo lo necesario para la guerra contra los moros y para la prosperidad del interior. Pobló á Belorado, Berlanga, Soria y Almazan; pero no pudo domar el

ánimo de la reina, que desde el momento que le vió le tuvo en aversion. Alonso, educado en los campos de batalla y entre los agrestes habitantes de las montañas de Jaca y de Sobrarbe, era mas guerrero que condescendiente: mas ambicioso que amante ni marido: y mal podria agradar en una córte donde ya se habia introducido cierta suavidad y aun licencia de costumbres.

No tardó, pues, en dividirse el palacio y el reino en dos partidos: uno á cuya frente estaba el conde Pedro Ansurez, que miraba al rey de Aragon como á protector nato de la cristiandad de España contra los moros: otro, dirigido por los condes de Campdespina y de Lara, que aborrecian la dominacion de los aragoneses, y clamaban porque la reina fuese independiente en el ejercicio de la autoridad real. Aumentaba la confusion y los gérmenes de discordia la independencia de Galicia y de Portugal.

Don Alonso Ramon, hijo de doña Urraca, se educaba en aquel reino, cuyo gobierno, semejante á una valía mahometana, le habia dejado su abuelo don Alonso VI. Don Enrique, conde de Portugal, que fijó su residencia y córte en Guimaraens, no solo se creía soberano independiente en su condado, sino tenia pretensiones á algunas tierras y dominios en Galicia y Leon hasta Astorga inclusive. De modo que los cristianos de España estaban afligidos por todos los elementos de discordia, precisamente cuando tenian contra sí al príncipe de los almoravides, jóven, ambicioso y señor de dilatados do-

minios y de naciones guerreras y valientes.

Batalla de Valtierra: prision y libertad de doña Urraca (1110). Por la muerte del valí de Valencia, tomó el mando de los almoravides en la parte oriental de España Ibrahim, gobernador de Murcia, que entró en el condado de Barcelona haciendo los estragos acostumbrados. Al penetrar por Fraga en el reino de Aragon, le salió al encuentro Alonso el Batallador con ejército compuesto de aragoneses y catalanes, y se dió una batalla, en que murieron 700 moros y mayor número de cristianos.

Despues de esta accion indecisa, los cristianos se pusieron sobre Tudela. Abu Giafar, rey de Zaragoza, acudió con la flor de su caballería en socorro de esta plaza por la orilla izquierda del Ebro subiendo hasta Valencia. Don Alonso levantó el sitio y le salió al encuentro. Dióse una batalla sangrienta y ostinada, sin reconocerse ventaja por ninguna parte: pero la muerte del rey de Zaragoza, que cayó atravesado de un bote de lanza, desalentó á los moros, y la victoria quedó por los cristianos. Sucedió á Abu Giafar en el reino de Zaragoza su hijo Abdelmelic.

En esta época habian llegado á su colmo las desavenencias entre la reina doña Urraca y su marido. Indignábase la reina de los contínuos y para ella desagradables consejos que le daba don Pedro Ansurez con la confianza de haber sido su maestro; cuyo tema era que sometiese su voluntad á la de su esposo. Acusábale de ser mas

afecto al rey de Aragon que á la que habia criado como hija, y en fin, le quitó todas las fortalezas y gobiernos que le habia dado don Alonso el VI en premio de la lealtad con que le acompañó en su destierro á Toledo cuando salió de Castilla y Leon por órden de su hermano el rey don Sancho II.

Don Alonso de Aragon reformó estas disposiciones de su muger, y restituyó sus estados á Pedro Ansurez. Este año fue afligida Toledo y sus cercanías por una terrible invasion de Alí, príncipe de los almoravides. Veinte y siete villas de aquella comarca fueron tomadas y saqueadas por los sarracenos. Los cristianos que no pudieron acogerse á la capital, buscaron asilo en las sierras, y toda la llanura quedó yerma y desierta. Alí puso sitio á Toledo; pero sus intrépidos habitantes, mandados por el célebre Alvar Fañez, la defendieron tan bien, que los almoravides desesperaron de tomar la ciudad, que entonces era mas fuerte que cuando se tomó de los musulmanes por un nuevo muro que Alonso VI habia mandado construir en la parte baja.

Levantaron, pues, el sitio, y corrieron la tierra descargando su furor en pueblos menos fuertes. En Madrid y Guadalajara, donde entraron, segun los historiadores árabes, hicieron terribles destrozos, y casi no quedó á vida ningun cristiano. El número de cautivos que llevaron fue muy considerable; pero Alí, siguiendo la política de su padre Jucef, no permitió á ninguno de éllos permanecer en España, y los

hizo transmigrar al reino de Marruecos.

Alonso de Aragon no pudo hacer una oposicion eficaz á los progresos de los almoravides en Castilla, porque en la época de su invasion estaba haciendo él la campaña laboriosa que hemos descrito contra los moros de Zaragoza y de Valencia; mas apenas la victoria de Valtierra le permitió atender á su nuevo reino, vino á Castilla, y dió el mando de las principales fortalezas á caballeros aragoneses y á castellanos de su confianza. Los castellanos no podian sufrir la preferencia que el rey daba generalmente á los de su patria, y los resentimientos y las iras se multiplicaron.

A ellos se añadió otro nuevo motivo. Los partidarios de doña Urraca lograron persuadirla que su union con su primo segundo era incestuosa. El escrúpulo de la religion fortificó la aversion que tenia á su marido: y las rencillas y desabrimientos entre los dos consortes llegaron á tal punto, que don Alonso, poco sufrido de su natural, mandó recluir á la reina en la fortaleza de Castellar, sita en el reino de Aragon.

Esta providencia violenta acabó de enagenar los ánimos de los castellanos, pero disimularon algun tiempo mientras lograban libertar á su reina. Un gran número de caballeros pasaron disfrazados á Aragon, y por medio de intrigas y sobornos sacaron á Urraca de la fortaleza, y la trajeron á Castilla. Los castellanos alegaban que la reina no debia sufrir malos tratamientos de un hombre que no era legítimamente su ma-

rido: los aragoneses por el contrario atribuían la fuga de Urraca y su conducta con don Alonso al comercio ilícito que decian haber entre ella y don Gomez, conde de Campdespina. Los hombres, amantes de su patria, que prevéían por estas discordias una guerra cruel entre aragoneses y castellanos, de la cual se aprovecharian los moros para destruir la cristiandad, no cesaban de aconsejar á los dos consortes que volvieran á reunirse y viviesen en buena armonía. En esta situacion incierta, que ni bien era paz, ni bien guerra, terminó el año de 1110.

No estuvo en él mas tranquila la Galicia. El conde don Pedro Frolaz de Traba y su muger Doña Mayor educaban en su castillo del Muño, cercano al monasterio de San Esteban de Ribas de Sil, al príncipe don Alonso Ramon. Algunos señores de la provincia, entre éllos dos hermanos Arias Perez y Pedro Arias, quisieron despojar al ayo de la autoridad que gozaba; y para lograrlo, no encontraron un medio mas oportuno que sitiar aquel castillo, pretestando que su tenencia pertenecia á uno de los dos hermanos. Los de dentro hicieron resistencia aunque desprevenidos, pues á la sazon no se hallaba en él el conde y su muger: previendo que no podria defenderse largo tiempo, envió á llamar á don Diego Gelmirez, obispo de Santiago, para que con su autoridad contuviese á aquellos sediciosos.

Cuando el obispo llegó, habia ya capitulado la fortaleza entregarse á los dos hermanos sa-

liendo libres todos los que habitaban en ella. Gelmirez entró en el castillo, y con él los sediciosos, que sin respeto á su dignidad, ni á su príncipe, quisieron arrancar al niño don Alonso de los brazos de la condesa, que lo pasó á los del obispo. Al fin se apoderaron de él no sin peligro de la vida del niño en la pugna violenta de los unos para llevarle, y de la condesa y del obispo para detenerle. Maltrataron á la condesa, y prendieron tanto á élla como á don Diego Gelmirez. La iglesia y la ciudad de Santiago clamaron contra la indignidad de esta conducta, y juntaron tropas en defensa de su prelado. Arias Perez, temeroso de conmover contra sí fuerzas tan considerables, dió libertad á don Diego Gelmirez y lo restituyó á su iglesia.

Para completar el infortunio de la cristiandad de España, el conde don Enrique de Portugal se apoderó de Tuy, avanzó hasta Leon y la puso sitio. Los habitantes recurrieron á Alonso el Batallador, que les permitió entregarse sino eran socorridos dentro de cuatro meses. Pero don Enrique tuvo que levantar el cerco y volar á la defensa de su frontera, en la cual habian entrado los moros del Algarbe, aprovechando la ocasion de su ausencia en el norte de España. Tomaron á Santaren, Cintra y otros pueblos adonde habian vuelto los cristianos, vencieron á los generales del conde, y tomaron é incendiaron el castillo de Santa Olalla. Los cristianos que guarnecian el de Soure, no hallándose con fuerzas para defenderle, le entre-

garon á lás llamas, y se retiraron á Coimbra.

Guerra entre Castilla y Aragon: batalla de Campo de Espino (1111). Las instancias de los amigos de la paz eran tan vehementes en Aragon y Castilla, y tan autorizadas por la calidad de los que la aconsejaban, la mayor parte de éllos eclesiásticos, que Alonso y Urraca volvieron á reunirse; lo que pareció dar algunas esperanzas á la cristiandad de España, tanto mas cuanto los moros no hicieron entrada este año, los de Zaragoza escarmentados y debilitados con la derrota de Valtierra, y los almoravides, porque el rey de Marruecos no pasó á Andalucía, y Abi Bekir, su lugarteniente en España, estaba gravemente enfermo.

Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto. El ódio cordial que se profesaban Urraca y el rey de Aragon se encendió de nuevo con mas fuerza por la necesidad de vivir juntos. Los castellanos echaban en cara á don Alonso su ambicion y despotismo: los aragoneses acusaban á la reina de trato ilícito con el conde de Campdespina. Daba lugar á estas hablillas el amor del conde, que segun la costumbre del siglo se habia declarado caballero de la reina, y ademas aspiraba á su mano cuando se disolviese el matrimonio con el de Aragon, como no se dudaba que sucederia; y Urraca tenia en él mas confianza que en ningun otro por ser el que mayores servicios le habia hecho.

Don Alonso resolvió acabar de una vez con tantos debates separándose de la reina, y trayéndola á Soria, donde la dejó; pero sin renunciar al dominio de Castilla y Leon. Para cohonestar la usurpacion alegó que era el descendiente varon mas cercano de don Sancho el Mayor, que fue señor de Castilla, y el pariente mas cercano tambien de Fernando I, rey de Leon; y olvidando que la casa de Navarra no entró en la posesion de ambas soberanías sino por el derecho de las hembras, quiso aniquilar el principio de la sucesion femenina. Confiaba en que todas las fortalezas estaban en su poder por el pleito homenage que habian hecho los alcaides castellanos y por la seguridad que tenia de los aragoneses.

De Soria pasó el rey don Alonso á Toledo para asegurar esta fortaleza contra los ataques de los moros y contra las tentativas del partido de la reina. El valiente Alvar Fañez, alcaide de Toledo, sabiendo que la ciudad de Cuenca estaba desprevenida, juntó su mesnada, marchó contra aquella plaza y la sorprendió; única accion de guerra que hubo este año entre cristianos y musulmanes.

Entretanto se organizaba en el reino de Leon la guerra contra los aragoneses. Urraca reunió en Sahagun á los señores de Castilla, Leon y Asturias. Todos se ofrecieron á servirla y á sacudir el yugo del aragones. Juntóse y alistóse un buen ejército, cuyos generales fue-

ron el conde de Campdespina y don Pedro de Lara, para quitar á los aragoneses sus alcaidías. A los gobernadores castellanos se mandó que pusiesen á disposicion de la reina las fortalezas que tenian por don Alonso. La mayor parte de estos obedecieron, incluso aquel de quien menos se esperaba, que era el conde don Pedro Ansurez.

La conducta de este guerrero anciano y respetable pinta las costumbres de su tiempo. Despues de haber entregado á la reina las fortalezas de que era alcaide, fue á presentarse al rey de Aragon, y le dijo: "La reina es mi señora natural, y no he podido negarle las fortalezas que son suyas segun la ley de buen vasallo; pero os falté á la palabra que os dí; y á ley de buen caballero vengo á entregaros mi persona para que satisfagais en élla el agravio." Don Alonso encolerizado mandó que le quitasen la vida; pero los caballeros aragoneses de su córte, admirados de la noble accion del anciano y compadecidos de él, intercedieron con el rey, que siendo tambien caballero y generoso, calmó su ira y le recibió en su gracia. Asi tuvo España su Postumio, que se entregó á sí mismo en satisfaccion de la palabra dada.

Urraca era ya reina de Castilla, escepto de las plazas que tenian alcaides aragoneses. Don Alonso, para no perderlas, se puso al frente de su ejército y entró en los dominios de su esposa. El conde de Campdespina le salió al

encuentro, y despues de varias marchas se avistaron las dos huestes enemigas cerca de Sepúlveda en un lugar llamado Campo de Espino, vecino á la sierra.

Mandaba la vanguardia de los castellanos el conde don Pedro Gonzalez de Lara, y la retaguardia el de Campdespina: entre los dos habia en el campo de batalla dos huestes formadas. Poco despues de haber comenzado la accion, cejó la vanguardia en que iba el estandarte real de Castilla, y abandonó el campo; pero la retaguardia y el centro pelearon con suma constancia y denuedo hasta que la muerte del conde de Campdespina dejó la victoria á los aragoneses.

Esta batalla decidió la suerte de Castilla. Don Alonso de Aragon pasó el Duero, ocupó á Burgos y á Palencia, y entró en Sahagun, Carrion y Leon. De la iglesia de San Isidoro de esta ciudad y del monasterio de Sahagun tomó las piezas de plata y oro, y permitió en todas partes á sus soldados el saqueo, porque no tenia dinero para pagar sus sueldos. Doña Urraca se retiró á Astorga, é imploró el auxilio de los gallegos y asturianos, cuyas dos provincias eran las únicas que le quedaban de su reyno.

Don Alonso VII, rey de Galicia: batalla de Villadangos (1112). Galicia no estaba en mejor situacion que Leon y Castilla. El faccioso Arias Perez tenia siempre en su poder al infante don Alonso, y ni reconocia la autoridad del obispo de Santiago ni la de la reina.

Urraca envió al efecto un cuerpo de tropas á Galicia; pero el conde don Pedro Frolaz de Traba, ayo del príncipe, y don Diego Gelmirez, deseando concluir sin sangre las desavenencias del pais, enviaron á decir á Perez que entregase al infante para que se le coronase rey de Galicia, título que le daria mayor autoridad en la guerra contra los aragoneses, y que hecho esto se olvidarian los agravios y se asentaria firme concordia entre todos.

Arias Perez, considerando que de la paz habia de sacar mejor partido que de la guerra, porque no tenia tropas para resistir á las de la reina y á las del obispo reunidas, accedió á la propuesta. Señalóse para la entrega el lugar de Cessures, junto al rio Ulloa. Allí concurrieron los principales señores de Galicia, se juró la concordia entre los de ambos partidos por la mediacion del obispo de Santiago, y se decidió que el infante fuese proclamado rey.

Esta transaccion llenó de alegria á todos por ver terminada la guerra civil. Hiciéronse con la magnificencia propia de aquel siglo los preparativos de la coronacion. El clero y el obispo de Santiago recibieron en la ciudad al príncipe niño, le llevaron en procesion á la catedral, y fue coronado y ungido ante el altar del santo Apóstol con asistencia de toda la nobleza de Galicia.

Alistáronse tropas, al frente de las cuales se puso el nuevo rey acompañado del obispo de Santiago, de su ayo el conde de Traba y

de muchos señores de cuenta. Su primera espedicion fue á Lugo, donde algunos parciales del rey don Alonso se habian declarado por él, y tenian la plaza á su devocion. Intimóseles que reconociesen al nuevo rey, y obedecieron. Despues marchó el ejército á Astorga, y presentaron á la reina su hijo. Tomóse despues resolucion sobre salir al encuentro á los aragoneses y recobrar á Leon.

El rey de Aragon habia reunido en esta ciudad toda la gente que pudo no solo de Aragon y Navarra, sino tambien de las comarcas de Nájera, Burgos, Carrion y Palencia; y apenas supo la llegada de los gallegos, salió á su encuentro. Los dos ejércitos se avistaron en Villadangos y se dieron cruel batalla. Los aragoneses eran superiores en número; y el obispo de Santiago, temiendo por la vida ó la libertad del niño rey, le sacó en sus brazos sano y salvo por entre unas huestes y otras, y se refugió con él en el castillo de Orsilion, donde estaba doña Urraca. El aragones quedó victorioso; mas solo perecieron de los vencidos 246 soldados.

Doña Urraca, previendo que el de Aragon emprenderia despues de su victoria el sitio de Astorga, pasó á Galicia con su hijo y con el obispo de Santiago para hacer nuevos alistamientos de gente. En efecto, no tardó en presentarse don Alonso de Aragon delante de Astorga, que se defendió muy bien. Arias Perez, el robador del niño don Alonso Ra-

mon, se rebeló al mismo tiempo contra doña Urraca con el objeto de formar en Galicia un partido aragones, y se hizo fuerte en el castillo de Lupaña. La reina, con la gente que habia ya levantado, le sitió en él, le obligó á rendirse, y le perdonó, pero no á otros cómplices suyos, á los cuales puso presos en diferentes fortalezas.

Poco despues se reunió á la reina la gente de Asturias, su cuñado el conde don Enrique de Portugal con la gente de su condado, y las nuevas levas levantadas en Galicia. Junto ya todo el ejército, marchó para socorrer á Astorga. Don Alonso de Aragon, previendo este movimiento, habia mandado á Martin Muñoz, uno de sus lugartenientes, que le tragese 300 hombres de armas aragoneses; pero este cuerpo antes de llegar á los cuarteles del sitio de Astorga fue acometido y deshecho, quedando prisionero el capitan y muchos caballeros por tropas castellanas del partido de la reina que estaban en emboscada.

El rey de Aragon, viendo que ademas de este revés, tendria que sostener el choque del ejército que traia contra él la reina de Castilla, levantó el sitio de Astorga, y se retiró á Carrion. Los de la reina le siguieron con rapidez, y á su vez le sitiaron en aquella plaza. Moviéronse tratos de paz, y se convino en una tregua, por la cual evacuó el aragones el reino de Leon, y quedó sin el fruto de la victoria de Villadangos, gracias al valor de la

guarnicion de Astorga y á la actividad de don Diego Gelmirez, que en una sola campaña levantó en Galicia dos ejércitos.

A esta sazon cayó enfermo en Astorga don Enrique, conde de Portugal, y falleció poco despues. Doña Teresa su esposa, condesa propietaria, pasó á segundas nupcias con Fernando Paez, conde de Trastamara, cosa mal vista en las viudas principales de España. El nuevo marido dominó á su muger, tiranizó á los señores del condado, que lo llevaron muy á mal, y peor que todos don Alonso, hijo y sucesor de doña Teresa y de don Enrique; pero no pudo manifestar su enojo por la pequeña edad que entonces tenia.

A fines de este año hubo algunas alteraciones en Galicia causadas por Arias Perez, Pedro Arias, Pelayo Gudesteo, Rodrigo Nuñez, parciales todos de don Alonso de Aragon, los cuales ocuparon el territorio de Deza; pero el obispo de Santiago levantó algunas tropas, los arrojó de la provincia, y los obligó á que se escapasen divididos á otros paises, con lo cual quedó por entonces tranquila la provincia.

El sumo pontífice, Pascual II, acérrimo enemigo de los mahometanos, llevaba muy á mal la guerra entre los cristianos de España, que era tan favorable al adversario comun; y para sosegarla y decidir al mismo tiempo sobre el matrimonio de don Alonso y doña Urraca, envió á España por legado al abad

del monasterio Clasense, situado en la diócesis de Ravena. El legado despues de haberse visto primero con el rey de Aragon y despues con doña Urraca, convocó un concilio en Palencia, que se celebró el año de 1114.

En el de 1113 comenzaron á ser conocidos los amores de la reina con don Pedro Gonzalez de Lara, que añadiendo al poder y soberbia de su familia el título de amante favorecido, y la esperanza de ser su esposo cuando se declarase nulo el matrimonio con el aragones, trataba con superioridad y despego á los demas señores; y como nadie ignoraba su conducta poco militar, por no decir cobarde, en la jornada de Campo de Espino, enagenó los ánimos de los castellanos hasta tal punto, que cuando Urraca los envió á decir que le acudiesen con sus mesnadas para recobrar á Burgos, que estaba por el aragones, no quisieron obedecerla. Recurrió entonces al fiel obispo de Santiago, que la trajo de Galicia un ejército numeroso y lucido. Los agentes del rey de Aragon sembraron en los caballeros gallegos las mismas hablillas y desconfianzas que agitaban á los castellanos, y muchos de ellos querian volverse. El obispo contraminó tambien estas intrigas, los desengañó, y se decidieron en fin á la jornada de Burgos. Esta ciudad recibió á la reina como su natural señora; y el castillo, á pesar de tener muy buenas tropas, que el rey de Aragon habia puesto en él, se rindió algun tiempo despues.

La reina, recobrada su capital, convocó en ella á córtes á los obispos y señores de su reino. Tratóse en el congreso de los medios de paz con Aragon. Entre los castellanos habia muchos afectos á don Alonso; y propusieron como único arbitrio para la tranquilidad la reconciliacion de la reina con su marido, y que volviese á vivir con él. El obispo de Santiago se opuso á ello fundándose en la nulidad del matrimonio por causa del parentesco: lo que irritó tanto á los del partido de Aragon, que despues de decirle muchas injurias quisieron acometerle, y le fue preciso escaparse con el favor de otros señores que le protegieron. La decision acerca del matrimonio se dejó al concilio que habia de juntarse en Palencia.

Mezdelí, uno de los caudillos almoravides de mas fama, hizo este año entradas en el reino de Toledo, puso sitio á la capital, la batió ocho dias con máquinas é ingenios, destruyó el castillo de san Servando y otros muchos de la comarca, en la cual hizo grandísimos estragos; pero acudiendo el valiente Alvar Fañez en defensa de la plaza, reforzado por las tropas gallegas que habian tomado á Burgos, puso al almoravide en una situacion muy crítica, de la cual se libró emprendiendo su marcha en una noche muy oscura, y pasando delante de los cristianos sin ser sentido. Despues marchó á socorrer á Medinaceli, que habia vuelto á poder de los moros y estaba sitiada por don García, conde de Guadalajara, que

hubo de retirarse del cerco apenas supo la llegada de Mezdelí.

Conquista de Tudela (1114). A principios de este año se reunió el concilio de Palencia para decidir la causa matrimonial; y con el dictamen del sumo Pontífice se declaró inválido el matrimonio de don Alonso de Aragon con doña Urraca. Desde este punto cesó el rey de hostilizar con fuerza armada y pública los dominios de Castilla; convencido de que en este pais las victorias mismas le eran funestas, resuelto á emplear sus armas con mayor utilidad contra los mahometanos de Zaragoza.

Pero su resentimiento y enojo duraba todavía; y no cesó de poner en ejercicio y dar calor con su influencia á los elementos de desórden que la guerra habia dejado en los dominios de doña Urraca. Asi los sediciosos de Galicia volvieron á parecer en aquel reino, alistaron gente y atrajeron á su partido otros señores. Don Diego Gelmirez hizo lo mismo por su parte, y juntó considerable ejército: con lo cual Pedro Gudesteo y Rodrigo Nuñez se recogieron á sus castillos, que estaban á orillas del mar, y Pedro Arias y Arias Perez se hicieron fuertes en las montañas.

Arribaron á la sazon á los puertos de aquellas fortalezas algunos buques ingleses que llevaban tropas de cruzados para la guerra de Palestina; y Gudesteo y Nuñez les rogaron que desembarcasen y les ayudasen á defender sus plazas; porque no ignoraban que el obis-

po de Santiago no tardaria en acometerlas. Los ingleses aceptaron: los caballeros de aquel siglo no se negaban á ningun trance de guerra que se les propusiese.

El obispo, sabedor del auxilio que habian recibido sus contrarios, pertrechó algunos buques que habia mandado construir en el Padron para defender las costas contra los corsarios mahometanos de Andalucía y Marruecos. Los ingleses salian de dia, corrian y talaban la tierra, y de noche se retiraban á sus naves. Don Diego Gelmirez preparó su espedicion de modo que al mismo tiempo que él marchaba por tierra con su ejército contra los castillos, la armada del Padron diese sobre los buques enemigos. La empresa tuvo feliz éxito: los navíos ingleses, despues de un reñido combate, cayeron en poder de los enemigos, igualmente que dos fragatas pertenecientes á los sediciosos.

Don Diego concedió libertad á los ingleses para que continuasen su mal interrumpida espedicion á la Tierra santa; sitió los castillos, los ganó, y sosegó la tierra; porque los sediciosos de la montaña, no creyéndose con fuerzas para resistirles, abandonaron sus posesiones y se refugiaron á Aragon; manifestando en el asilo que escogieron la mano que les habia dado impulso para la rebelion.

Don Bernardo, arzobispo de Toledo, cuya autoridad era grande en toda España, intervino para hacer las paces entre Aragon y Castilla; pero en vano. El rey de Aragon no quiso

perder el derecho de hacer á los castellanos todo el mal que pudiese; mucho mas cuando los ciudadanos de Segovia dieron la muerte en un tumulto al valiente Alvar Fañez, que tenia la fortaleza de Toledo por el aragones, y era ido á aquella plaza, segun se cree, á dar calor á sus partidarios. Asi pereció uno de los mas célebres guerreros de su siglo, digno discípulo del Cid Campeador.

Este año convocó el arzobispo de Toledo un concilio en Leon; pero concurrieron tambien á él los señores, y fue verdadera reunion de córtes. En ellas se hicieron los decretos siguientes: 1.º Que ningun lego acometa á los dominios de la iglesia; y que se restituyan todos los bienes eclesiásticos usurpados: 2.º que ningun lego tenga jurisdiccion en lo sagrado: 3.º que ningun lego tome ni usurpe diezmos, primicias ni ofrendas; y que ningun clérigo reciba iglesía de mano de lego: 4.º que los comerciantes, peregrinos y labradores no puedan ser inquietados ni en sus casas ni en los caminos: 5.º que el matrimonio legítimo no pueda separarse, y que los que se casen teniendo parentesco de consanguinidad, se separen so pena de escomunion. 6.º que los traidores y públicos perjuros no puedan ser testigos, por ser infames: 7.º que ninguno compre ni venda las cosas sagradas: 8.º que ningun clérigo tenga en su casa muger sino las que permiten los cánones: 9.º que los monjes y clérigos que dejen sus hábitos sean escomulgados hasta que

se enmienden: 10.° que los monjes vivan bajo la obediencia de su abad. Estos decretos manifiestan el estragamiento de las costumbres producido por la guerra y por la prepotencia que en tiempo de revueltas civiles ejercian los señores. Los obispos de Galicia, que no habian podido asistir á este concilio convocados por don Diego Gelmirez, celebraron otro en Santiago, y aprobaron los decretos de Leon.

Los moros hicieron este año dos espediciones al reino de Toledo, ambas infelices para ellos. Mezdelí, gobernador de Córdoba, pereció en la primera peleando valerosamente contra los cristianos. Su hijo Muhamad, á quien el príncipe de los almoravides dió el gobierno de su padre, salió á las fronteras para vengar su muerte, y murió combatiendo con el mismo denuedo que Mezdelí.

Pero la accion de guerra mas importante de esta campaña fue la conquista de Tudela. Desde el mes de enero estuvo don Alonso el batallador con su ejército en Castellar, y puso sitio á Zaragoza, resuelto á no levantarlo hasta que esta plaza importante se le rindiese. Divulgada la empresa, vinieron á militar en ella muchos caballeros franceses, siendo entre éllos los mas notables Gaston, señor de Bearne, Rotron, conde de Perche, Centullo, conde de Bigorre, el conde de Cominges, el obispo de Lescar, y Arnaldo, vizconde de Cabadan.

Los moros de Tudela, previendo que la toma de Zaragoza por los cristianos sería su rui-

na, auxiliaban en cuanto les era posible á los sitiados, haciendo correrías en la orilla del Ebro con grave daño de navarros y aragoneses, y salteando á los que llevaban víveres al ejército sitiador. El rey don Alonso, para libertarse de aquel enemigo importuno mas que peligroso, destacó contra él al conde de Perche con 600 hombres de armas. Salió el conde con tanta precaucion de los reales, que puso en celada los suyos sin ser sentido de los tudelanos, y envió algunos ginetes y peones á robar ganado é insultar las cercanías de la ciudad. Los moros salieron contra éllos, y viendo que se retiraban los persiguieron bastante trecho. Los de la celada acometieron á Tudela, que habia quedado indefensa, y la tomaron fácilmente: sus habitantes, cuando volvieron de la espedicion, no tuvieron mas arbitrio que rendirse. Esta ciudad se dió en feudo al conde de Perche; y se llamaron á ella pobladores concediéndoles el fuero de Sobrarbe. Asi quedó por los cristianos todo el Ebro de Navarra, y se facilitó la conquista de Zaragoza.

La reina doña Urraca debia el reino á los caballeros de Galicia y al obispo de Santiago; y para someter las fortalezas que estaban todavía por el rey de Aragon pasó á principios de 1115 á aquella ciudad á levantar nuevas levas. Allí se conoció lo vario y dominante de su caracter. Dió oidos á los enemigos del obispo, que no podia dejar de tenerlos en un pais donde dominaba aun mas por su capacidad que

por su dignidad, y trató de prenderle. Don Diego Gelmirez, avisado á tiempo por el conde de Traba, su amigo íntimo, juntó tropas para defenderse; pero la querella no llegó á rompimiento, porque los señores principales intervinieron, mostrando las fatales consecuencias que esta guerra civil traeria á los reinos de Castilla y Leon. Pero esta desavenencia dejó crueles resentimientos en el ánimo de doña Urraca.

Habiendo conseguido un ejército, marchó con él á la parte oriental de Castilla. Don Alonso de Aragon salió al opósito por la Rioja; mas no quiso esponerse al trance de una batalla, sino defender este último pais, alegando que siempre habia pertenecido á Navarra hasta la usurpacion de Alonso el VI de Castilla despues de la muerte de Sancho el de Peñalen. La reina se apoderó de algunas plazas, y asi terminó la campaña.

La actividad de don Diego Gelmirez era admirable. A pesar de los cuidados que le daba la guerra de Aragon, la mala voluntad de la reina y los enemigos declarados y encubiertos que tenia en Galicia, no perdió de vista la defensa de este pais, acometido frecuentemente por los corsarios musulmanes. Hizo venir de Pisa y de Génova, repúblicas célebres entonces por su habilidad en la navegacion, constructores que fabricasen una armada. Con ella no solo defendió sus playas, sino infestó las de los mahometanos, causándoles los mismos daños que habia recibido de ellos el litoral de Galicia.

Conquista de Mallorca por los cristianos (1116). Las enemistades entre la reina y el obispo de Santiago tomaron este año un caracter mas implacable y peligroso. Un caballero principal de Galicia llamado Melendo Muniz se sublevó, y con la gente de su parcialidad taló todo el valle del Limia. La reina acudió con tropas para castigarle; pero el rebelde se pasó á Portugal.

Doña Urraca hizo su residencia por algun tiempo en Castro Luparia, donde su córte se componia casi toda de los enemigos de don Diego Gelmirez. Formóse de nuevo el proyecto de prenderle. El obispo lo supo, como el año anterior, por el conde de Traba, y se quejó agriamente á la reina de que sin motivo alguno mas que las calumnias de los malsines, intentase infringir la concordia asentada. Urraca, no creyéndose bastante fuerte para lograr su proyecto, se redujo á desmentirlo, y pasó con su gente á Leon, no ocultando ni su mala voluntad ni sus intenciones contra Gelmirez y contra el ayo de su hijo don Alonso.

Estos dos señores, amenazados de la venganza femenil, emplearon para ponerse á cubierto de ella un medio que ni la moral politica ni la historia pueden aprobar, y fue el de destronar á la misma princesa que tan valerosamente habian sostenido contra las armas victoriosas del rey de Aragon. Tenian en su poder al príncipe niño don Alonso, rey de Galicia; y determinaron levantar el reino todo para en-

tregarle el cetro. Lograron su proyecto en Salamanca, Segovia, Avila y otros pueblos de Estremadura que alzaron pendon por don Alonso VII; pero doña Urraca acudió con sus tropas á aquellos puntos, y el obispo de Santiago se volvió á Galicia con el príncipe. Siguióle la reina; y desde Mellide escribió, tanto al obispo como á los demas señores, que no permitiesen que en aquel reino se le negase la obediencia debida.

Dividióse Galicia en bandos: algunos se pasaron á la reina, aumentando el ejército que traia de castellanos y leoneses; el conde de Traba estaba fuera de Santiago con buenas tropas; el obispo, el rey de Galicia y doña Mayor, condesa de Traba, se hallaban dentro de la ciudad con fuerte guarnicion para asegurar el palacio episcopal y los torreones principales. A cada momento se esperaba el rompimiento de una guerra impía entre madre é hijo.

Los ciudadanos de Santiago se presentaron al obispo, y le suplicaron que no permitiese que aquella ciudad, mirada como santa por el sepulcro del apóstol de España entre todas las naciones cristianas, fuese víctima de una guerra civil y parricida: que hiciese que el rey y la condesa saliesen de ella con sus tropas. El obispo condescendió con sus ruegos, y la guarnicion se retiró con doña Mayor y don Alonso al ejército del conde de Traba.

Pero los habitantes de Santiago, que estaban secretamente de acuerdo con la reina, ha-

bian engañado al obispo. Apenas salió la guarnicion avisaron á doña Urraca, que entró con sus tropas en la ciudad. Don Diego Gelmirez sorprendido se hizo fuerte en la torre de la catedral con algunos soldados; y el pueblo, aprovechándose de la ocasion, saqueó el palacio de su prelado.

Urraca queria castigarle como á rebelde; pero la interposicion de los señores, á quienes habia aterrado el movimiento popular, hizo que se renovase la paz del año anterior entre la reina y el obispo. Deseaba doña Urraca que su hijo saliese de manos del conde de Traba y de don Diego Gelmirez, cuyas intenciones de valerse de don Alonso para destronar á su madre eran ya bastantemente conocidas: y asi salió de Santiago con parte de sus tropas, y puso sitio á un castillo llamado Turonio, cùyo gobernador era Gomez Nuñez. Al mismo tiempo don Fernando Perez, hijo del conde de Traba, talaba el territorio de Salmes y sitiaba á Castro Luparia que estaba por la reina; pero se hallaba dispuesto á entrar en la concordia cuando el sitio de Turonio volvió á encender la guerra.

Tomó parte en ella la condesa de Portugal en contra de su hermana y á favor de don Diego Gelmirez, cuyo partido era mas favorable á la independencia de su condado; y envió un refuerzo considerable al conde de Traba, que obligó á la reina á levantar el sitio de Turonio y á retirarse á Soperoso, donde fue

sitiada. El ejército castellano y leonés acudió á libertar á su reina; los gallegos alzaron el sitio, y doña Urraca volvió con todas sus fuerzas á Santiago, donde renovadas las negociaciones, se asentó nueva concordia de palabra; y la reina se volvió á Leon con la guerra en el corazon.

Don Alonso de Aragon, que habia renunciado á sus pretensiones sobre los dominios de Castilla, solo atendió durante las turbulencias de Galicia á su proyecto principal, que era arrancar de las manos de los sarracenos la importante plaza de Zaragoza. Abdalá, hijo de Muhamad y nieto de Mezdelí, gobernador de Granada, movió sus huestes, y pasando por Valencia llegó en socorro de Zaragoza, y obligó á los cristianos á levantar el bloqueo de esta ciudad; pero Amad Dola, que era entonces su rey, temia tanto á los almoravides, siempre ambiciosos de estender su poderío, como á los aragoneses, y aun mas, segun manifestó el suceso; pues saliendo de su capital, y encastillándose con su familia y sus riquezas en un fuerte, hizo alianza con don Alonso contra los almoravides, que quedaron por entonces dueños de Zaragoza.

El ejército aragones, despues de haber recibido refuerzos considerables, marchó contra Abdalá, y en las cercanías del Ebro les dió batalla, en la cual fue vencido y muerto el moro, con el mismo y glorioso fin que tuvieron su padre y su abuelo. Los cristianos

se apoderaron de Lérida y de otras fortalezas de la tierra, y Amad Dola, confirmada la alianza con el rey de Aragon, volvió á Zaragoza.

En la frontera de Toledo un general castellano, llamado Albacil, venció dos cuerpos de almoravides que entraron á hacer algaras: el primero mandado por Acridelia, que murió en el combate, y el segundo por Abenhabet, que quedó prisionero. Albacil, conseguidas estas dos victorias, hizo entradas en las tierras de los moros, y llegó hasta Cencilia, probablemente la ciudad que hoy se llama Chinchilla.

En esta época florecia en armas, comercio y esplendor el condado de Barcelona. Don Ramon IV estaba casado con doña Dulce, hija de Giberto, conde de Provenza; y habiendo fallecido éste sin hijos varones, heredó don Ramon la Provenza por el derecho de su muger. Esta adquisicion le era muy útil no solo para defender los demas estados que poseía en el bajo estado de Languedoc, sino tambien para promover y aumentar el comercio y la marina de los catalanes.

Los almoravides, desde que se hicieron señores de las islas Baleares, no cesaron de infestar las costas de Italia, Francia y Barcelona con sus piraterías. Los de Pisa, república entonces poderosa en aquellos mares, hicieron en 1108 una espedicion á Mallorca, y aunque volvieron victoriosos, no pudieron acabar con los corsarios, que continuaron sus acostumbradas depredaciones.

El sumo pontífice, Pascual II, emprendió una cruzada contra éllos; Boson, legado de la Santa Sede, la predicó en Pisa, Luca y Roma, y la armada que se juntó salió al mar en 1114; pero por inhabilidad de los pilotos hizo el desembarco en Cataluña en la costa de Blanes, y cometieron algunas hostilidades, creyendo que aquella tierra era la de los moros con quienes venian á combatir. Advertidos de su error enviaron mensageros al conde de Barcelona, pidiéndole socorro y suplicándole que tomase el mando en gefe de la armada, que pasó á fondear en San Feliú de Quijols, donde concurrieron los buques y tropas de varios príncipes que habian ofrecido concurrir á esta guerra sagrada: éstos eran el señor de Mompeller, el vizconde de Narbona, el señor de Arles, los condes de Cerdania y Urgel, y muchos barones de la playa de Languedoc.

El conde don Ramon, deseoso de adquirir gloria, aceptó el mando que le ofrecieron y reunió á la armada muchos navíos y tropas. Hízose á la vela la espedicion; mas una tempestad la obligó á volverse á los puertos de Cataluña. La division pisana sumamente maltratada del huracan desembarcó su tropa de tierra, y pasó á reponerse á los arsenales de Pisa: no volvió á Cataluña hasta la primavera de 1116.

Dispuestas ya todas las fuerzas de la espedicion, que constaba de 500 velas, dirigió su rumbo á las Baleares. Íbiza fue tomada y

saqueada, y el 1.º de abril se apoderaron los aliados de la capital de Mallorca. El conde de Barcelona hubo de volverse á Cataluña, porque tuvo noticia de que los almoravides hacian entrada en élla: esta fue la invasion de Abdalá contra don Alonso de Aragon, que se creia dirigida contra el conde de Barcelona. Los pisanos quedaron dueños de la isla, y pusieron en ella por rey al hijo de la reina de Mallorca, despues de bautizado é instruido en la religion cristiana. Esta espedicion dió mucha gloria al conde don Ramon y á sus catalanes, que ya desde entonces comenzaron á hacerse célebres en los mares de Levante.

Al año siguiente de 1117 cambió la posicion de los partidos en Galicia. La faccion popular, compuesta de los habitantes de Santiago, habia llevado muy á mal que la reina, haciendo paces con el obispo, hubiese dejado al pueblo á merced de los aristócratas de Galicia, cuyos gefes eran don Diego Gelmirez, el conde de Traba y su hijo, y el conde don Gutierre, y no cesaba de amenazar al obispo de Santiago. Urraca bien hubiera querido oprimir á los nobles, á quienes aborrecia; mas eran dueños de la persona de su hijo don Alonso; y por otra parte los grandes de Castilla y de Leon no hubieran permitido nada contrario á los intereses de su clase. El siglo era aristocrático, y por tanto se corria mucho peligro en oponerse al espíritu general.

Doña Urraca, para asentar mejor y con-

solidar la concordia, convocó en Sahagun las córtes del reino de Leon, á que concurrieron los obispos y señores de las tres provincias de Leon, Galicia y Asturias. En estas córtes se reconcilió de nuevo la reina con los señores gallegos y con el obispo de Santiago, se firmó la concordia, se envió al príncipe don Alonso para que la firmase, y salieron por fiadores de ella 60 grandes del reino.

Doña Urraca, deseosa de ver á su hijo, fue á Galicia; y el príncipe que residia en un castillo á orillas del Tambre, la recibió con sumo amor. Despues pasó doña Urraca á la ciudad de Santiago con el objeto de reprimir las conspiraciones que se fomentaban en élla contra el obispo; conducta muy inconsiderada, porque debiendo ser mediadora, no le era decente perseguir á los que el año anterior habian favorecido su causa por sostener á su antiguo enemigo. Pero la reina tenia el instinto del despotismo, sin las fuerzas ni el talento necesario para usar de él con buen éxito.

De los enemigos del obispo unos consternados se refugiaron á las iglesias y monasterios, y otros enfurecidos levantaron un terrible tumulto, que obligó á la reina, al prelado y á sus partidarios á guarecerse en la iglesia del Apóstol. El pueblo amotinado la cercó é hizo grandes esfuerzos para romper las puertas, defendidas valerosamente por los que estaban dentro; en cuyo conflicto perecieron muchas personas de una y otra parte.

El pueblo, no pudiendo forzar las puertas con el hierro, recurrió al fuego; y cuando vió que empezaba á arder el edificio, gritaban: *Salga la reina; el obispo y sus parciales mueran.* La reina salió por consejo del mismo Gelmirez, y se refugió á la iglesia de Santa María, no sin ser maltratada en el tránsito de palabra y aun con golpes por algunos de los sediciosos.

El obispo escapó tambien disfrazado en medio del tumulto, y salió fuera de la ciudad. La iglesia ardia; el furor del pueblo redoblaba porque no se le escapase la víctima que creian todavía dentro del templo. Los que estaban en su defensa, viéndose rodeados por todas partes de las llamas, resolvieron abrirse paso por entre el pueblo, y lo consiguieron á fuerza de mucha sangre. Los sediciosos, habiendo buscado al obispo para matarle, y no hallándole, fueron los primeros en concurrir á apagar el incendio.

No tardaron en conocer cuán enorme era el atentado que habian cometido; y asi el primer paso que dieron fue solicitar el perdon de la reina que estaba demasiado aterrada para no concederlo; pero fue á condicion de que admitiesen á su obispo. Los amotinados vinieron en ello sin dificultad, porque la efervescencia y el ódio cesaron cuando dejaron de temer la persecucion. La reina se volvió á Leon, y Gelmirez á su iglesia, con tan grande seguridad, que al año siguiente solicitó del papa

Gelasio II, que era su amigo, la dignidad de metropolitana para la silla de Santiago.

Este año la ciudad de Toledo, que hasta entonces habia estado á devocion del rey de Aragon, levantó pendones, no por la reina, sino por su hijo don Alonso, rey de Galicia, que vino á tomar posesion del reino de Toledo, y entró en la plaza el 16 de noviembre. Todo era confusion en el gobierno, y cada ciudad seguia el partido mas favorable á los intereses ó mas conforme á las pasiones de los hombres influyentes y poderosos en élla.

Alí, rey de Marruecos, pasó á España con sus almoravides, é hizo grandes estragos en tierra de cristianos por la parte de Estremadura. Los toledanos salieron contra una de sus divisiones y fueron vencidos. El reino de doña Urraca, dividido en facciones, no tenia medios para resistirle: felizmente su algazía se limitó á talas y destrozos. Su hermano Temin, encargado de pelear con la tropa de Andalucía y Valencia contra el rey de Aragon, recobró á Lérida y combatió contra los aragoneses. La batalla fue sangrienta é indecisa; y Temin, viendo la gran pérdida que habia sufrido, se retiró á Valencia con 10000 hombres que le quedaron.

La condesa de Portugal, temiendo por sus estados, pobló y fortificó el castillo de Soure, que servia de puesto avanzado á la plaza de Coimbra y á la línea del Mondego. Nada muestra mas claramente la superioridad militar de los cristianos sobre los moros en esta

época, que la resistencia invencible que opusieron, aunque divididos y mal gobernados, al inmenso poder de los almoravides.

Conquista de Zaragoza (1118). Don Alonso de Aragon, quebrantado en los años anteriores el poder de los almoravides, declaró á Amad Dola que tenia necesidad de su ciudad, y que era forzoso que se la cediese. Esta infraccion de la alianza, jurada dos años antes entre ambos reyes, no parece que fue culpa del aragones, sino del moro, que no le asistió en la campaña anterior contra los almoravides, y que estaba en negociaciones secretas con éllos, como lo prueba la llegada de un gran cuerpo de caballería de Valencia en socorro de Zaragoza cuando ya la plaza se habia rendido á los cristianos.

Los aragoneses, taladas las vegas y el campo de Zaragoza, fueron reforzados con un considerable ejército de franceses que vinieron de los paises sitos en las vertientes septentrionales del Pirineo á solicitud del rey don Alonso, favorecida del papa Gelasio, como á una guerra sagrada. Estas tropas auxiliares se reunieron por mayo junto á la laguna de Ayerbe, y acometieron á Almudevar, lugar que á pesar de ser muy fuerte, fue entrado por asalto, pasando á cuchillo la guarnicion para escarmiento de los demas castillos: y en efecto, las fortalezas de Sariñena, Salcey, Robles, Zuera y Gurrea sobre el Gállego, que hasta entonces se habian defendido valerosamente contra los cristianos,

atemorizados con la suerte de Almudevar, se rindieron en esta campaña.

Sometido ya todo el pais entre el Gállego y el Ebro, pasaron los franceses entrambos rios, y unidos con los aragoneses establecieron sus cuarteles en todo el circuito de la ciudad. A los ocho dias de sitio ganaron el arrabal que está en la orilla septentrional del Ebro, llamado por los moros Atabahas, y despues por los cristianos Altabas. Don Alonso llegó á los cuarteles hácia fines de mayo, y dió á las operaciones del sitio nueva actividad, bien necesaria contra una poblacion tan numerosa y guerrera como encerraba Zaragoza. Asistieron al rey en esta empresa casi todos los ricos hombres de Aragon.

Los moros se defendieron con suma intrepidez. La mayor parte de los franceses se retiró del sitio pasado el mes de junio, fastidiados de lo largo de la empresa y desconfiados de su buen éxito. Solo quedaron los condes de Perche, de Bigorre y de Bearne con sus tropas, y algunos otros caballeros. Pero esta defeccion no desalentó á don Alonso; porque sabia que los defensores de Zaragoza no eran tantos que pudiesen salir á campaña á pelear contra él, ni tan pocos que les bastasen los víveres que tenia la ciudad, y asi puso todo su cuidado en bloquearla rigorosamente de modo que no pudiesen entrarle bastimentos.

Los moros quedaron, pues, sin mas esperanza que el socorro interesado de los almora-

vides, que no vendrian á auxiliarlos y salvarlos sino para imponerles su yugo. Pero este socorro llegó muy tarde, como ya digimos: y asi, despues de haber agotado todos los horrores del hambre, durante el estío y otoño, se rindió la plaza al Batallador el 18 de diciembre. El rey entró en ella y se aposentó en el palacio real de la Azuda, cerca de la puerta de Toledo.

Asi cayó en poder de los cristianos aquel poderoso baluarte de la morisma en España, llave del Ebro, y córte desde entonces de los reyes de Aragon, á los cuales habia costado cerca de un siglo de lides y combates descender desde las montañas de Jaca hasta la metrópoli, célebre en la antigüedad, y que aun hoy lleva, bien que corrompidos, los grandes nombres de Cesar y de Augusto.

La conquista de Zaragoza elevó hasta lo sumo la gloria de Alonso el Batallador; porque fue el suceso mas notable de los anales militares de España en este siglo, asi como la toma de Toledo lo fue en el siglo anterior. Perdidas estas dos plazas, no quedaba á los mahometanos mas lineas militares en el interior de España que el Guadiana, y en la parte oriental que el Guadalaviar.

Don Alonso llamó pobladores á su nueva córte, y les concedió grandes fueros: entre ellos el de *hermudios*, voz corrompida de la latina *inmunes*: fuero de que habia gozado esta ciudad en tiempo de los rómanos, y consistia en estar exento de todo tributo. Tambien se les

concedió que no se les obligase á militar sino en el caso de batalla campal ó cerco de algun castillo por el enemigo, y eso á sueldo del rey; porque no estaban obligados á llevar de su casa sino pan para tres dias.

Don Bernardo, arzobispo de Toledo, emuló este año la gloria del rey de Aragon, aunque en menor escala, quitando á los moros la fuerte plaza de Alcalá de Henares, de la cual no se les habia podido arrojar antes. Desde ella hacian graves daños en el territorio de Guadalajara. Con esta ciudad quedó por los cristianos la mayor parte de Alcarria. Las turbulencias de Castilla y Galicia calmaron este año, que en todos sentidos fue dichoso para la cristiandad de España.

El siguiente de 1119 no lo fue tanto para Castilla; porque en él comenzaron los disturbios y desavenencias entre doña Urraca y su hijo. Parece que la reina, despues de haber sido declarado nulo su matrimonio con don Alonso de Aragon, casó con don Pedro Gonzalez de Lara su amante, y tuvo de él dos hijos, don Fernan Perez, por sobrenombre Furtado, porque no habiéndose declarado públicamente el casamiento de la reina, se le tuvo por ilegítimo, y doña Elvira. Don Fernando fue tronco de la nobilísima rama de los Hurtados de Mendoza, y doña Elvira casó con un hermano del conde de Trastamara, marido de la condesa de Portugal.

Esta situacion de cosas era muy propia pa-

ra escitar disturbios. El príncipe don Alonso, cuyas nobles prendas, manifestadas desde la adolescencia, habian aficionado á él los gallegos, los leoneses y los castellanos, tenia un partido poderoso que llevaba muy á mal la prepotencia del de Lara. Aun el mismo palacio de la reina ardia en disputas, no queriendo reconocer los demas condes como superior al que siempre habian mirado como igual.

La discordia estalló con el motivo siguiente: doña Urraca determinó recobrar algunas plazas que tenia todavia en Castilla el rey de Aragon: juntó su ejército de castellanos y leoneses; siguióla el rey de Galicia su hijo con la gente de aquel pais, y se dirigieron á Soria, ciudad que estaba por el aragonés, con intento de recobrarla. Al llegar á Segovia se amotinaron las mesnadas de los condes sobre si esta fortaleza debia estar por la reina ó por el príncipe: el de Lara pugnaba por conservarla á doña Urraca. El ejército de don Alonso se separó del de su madre: los condes don Gomez de Manzanedo y don Gutierre Fernandez de Castro prendieron á don Pedro Gonzalez, y le confinaron en el castillo de Mansilla. La reina se volvió casi sola á Leon.

Don Alonso de Galicia continuó la empresa, recobró á Soria y su comarca, puso en ella buena guarnicion, sin que el de Aragon, ocupado entonces en arrejar los moros de Tarazona, Borja, Alagon y otras fortalezas al Sur del Ebro hácia la raya de Castilla, hiciese la me-

nor oposicion contra los castellanos: tan convencido estaba por la esperiencia que no tenia que esperar gloria ni provecho de la guerra con Castilla.

Los condes don Gomez y don Gutierre, ya declarados á favor de don Alonso, sitiaron á la reina en Leon con el objeto de que aquella ciudad se declarase por el príncipe. Los leoneses resistieron muchos dias. Al fin doña Urraca cedió y se reconcilió con su hijo. Desde entonces, aunque siempre conservó el nombre de reina, estaba casi toda la autoridad en manos del rey de Galicia. Asi concluyó el año sin mas hostilidades con los moros que las que hizo la armada de los marroquíes en las costas de Portugal, Galicia y Asturias, de las cuales se llevó muchos cautivos.

Batalla de Cutanda: conquista de Calatayud (1120). El rey don Alonso de Aragon, viendo cuánto prosperaban sus armas contra los moros, habia casi desistido de la empresa de Castilla; y juntando sus huestes y las de los príncipes franceses que le asistian, emprendió la conquista de Calatayud, plaza la mas fuerte que tenian los mahometanos en la Celtiberia; que hasta entonces conservaron este nombre los paises situados entre el Jalon, el Moncayo, el Ebro y las montañas de Cuenca.

El valiente Temin, hermano de Alí, envió contra Alonso un fuerte ejército; pero fue vencido y completamente derrotado junto á Cutanda con muerte de 20000 mahometanos,

entre ellos muchos capitanes de cuenta. El rey de Aragon conseguida tan señalada victoria, se puso sobre Calatayud, fundada por el caudillo árabe Ayub en el siglo VIII cerca de las ruinas de la antigua Bilbilis, en un lugar muy alto en la confluencia del Jalon y del Jiloca. Mas no le valió su fortaleza. La guarnicion aterrada con la derrota reciente de sus compañeros le rindió por capitulacion.

Poblóla el rey de gente de guerra concediéndoles grandes privilegios: porque aquella ciudad no solo era fronteriza contra los moros de Molina, Cuenca y Valencia, sino tambien contra los reinos de Toledo y de Castilla. Despues sometió todos los pueblos que hay subiendo las orillas del Jalon y del Jiloca; como Bubierca, Alhama, Ariza; arrojando á los moros de todos los lugares que poseían hasta la raya de Castilla. Débil recompensa de tantas pérdidas fue la entrada que hizo Aló, príncipe de los almoravides, por la parte del Algarbe, haciendo los daños y destrozos acostumbrados, y entrando por asalto en Sanabria.

Ya en este año se habia levantado en Africa contra los almoravides la secta de los *almohades*, llamados así porque su fundador Abdalá, natural del reino de Sus, tomó el título de *Mehedi*, esto es, reformador enviado por Dios. Este fanático, seguido primero de algunos jóvenes ardientes, entre ellos, Abdelmumen, predicaba en todas partes contra los vicios y demasías de los grandes y poderosos: y aun se atrevió á de-

clamar sus diatribas en Marruecos mismo. Alí le mandó llamar, habló con él, y le dió órden que saliese de la córte. El Mehedi partió con Abdelmumen, á quien habia nombrado su visir, fuera de Marruecos, construyó una choza entre unos sepulcros, y allí concurrian á verle y oirle las tribus feroces é ignorantes del África.

El rey de Marruecos, temeroso del fuego de la sedicion que prendian las palabras de aquel Marabuto, mandó darle muerte. Pero Abdalá, sabidor á tiempo de esta resolucion, huyó á Tinmal, tierra del reino de Sus: allí concurrieron todos sus secuaces, y alentado por su número y su fanatismo, levantó el estandarte de la rebelion. Esto sucedió en 1120.

Este año gozaron los reinos de Castilla y Leon algun reposo conservándose la buena inteligencia entre la reina doña Urraca y su hijo. Solo en Galicia hubo algunas conmociones entre los señores, y tomaron las armas, pero la reina se presentó y reprimió fácilmente aquellos alborotos, mucho mas habiéndose publicado el dia del apóstol Santiago en la catedral de la ciudad de su nombre la bula de Calixto II, en que erigió aquella sede en metropolitana, dándole por sufragáneas las que lo habian sido de Mérida, que aun estaba en poder de los infieles, en tiempo de los visogodos. Este acontecimiento, fausto para Galicia, produjo alegría universal, y contribuyó no poco á calmar por entonces las disensiones. La ereccion habia costado muchas dificultades, no porque la córte de

Roma no se prestase á ello, sino porque los agentes de don Diego Gelmirez, para pasar á Italia, tenian que ir disfrazados por los dominios del rey de Aragon: si no eran presos y detenidos. Tal era el encono de este príncipe contra la reina y todo lo que pertenecia á ella ó á su reino.

Parece que este año hizo sus primeras armas el célebre don Alonso Enriquez, hijo de la condesa de Portugal, todavía adolescente. Ganó de los moros á Leiria y Torres nuevas. Era digno heredero de su abuelo materno Alonso VI, y en su corta edad se descubrian ya las grandes y heróicas virtudes que desplegó en su reinado, y que le hicieron digno de fundar una nueva dinastía en España.

Guerra entre Portugal y Castilla: conquista de Daroca (1121). Este año emprendió el rey de Aragon la conquista de Daroca, plaza fuerte y muy importante en la frontera de Cuenca, situada en las orillas del Jiloca. Despues de haberla rendido, subió por el rio hasta su fuente, donde hay un pueblo, llamado Monreal; y en él estableció un convento de *Caballeros del sepulcro*, órden que entonces creó para que defendiesen aquella frontera contra los mahometanos. Esta órden, que solo duró mientras vivió don Alonso el Batallador, fue la primera militar que hubo en España; á semejanza de ella, y de las creadas en la Tierra Santa, del Hospital, del Temple, y de los caballeros Teutones, se fundaron otras en nuestra península,

mezclando lo religioso y lo militar. Esta union constituía al carácter de aquellos siglos, principalmente en una nacion, como la española, que debia su existencia á la guerra contra los mahometanos.

No tardaron en encenderse de nuevo en Galicia los fuegos de la discordia; mucho mas con motivo de la guerra que entonces movió la condesa de Portugal á su hermana doña Urraca, en solicitud de una parte de aquella provincia que decia pertenecer á su condado por la donacion de su padre Alonso VI. La reina se puso al frente del ejército castellano y leonés, entró en Galicia, prendió al conde don Nuño, señor principal, causa de todos los alborotos, y no le puso en libertad hasta que pagó una crecida multa, y entregó todos los castillos que tenia por el rey; pero apenas se vió libre, volvió á juntar amigos y allegados, y taló las comarcas de Monterroso y Lemados, procurando recobrar los castillos que habia perdido.

El arzobispo de Santiago, á quien la reina encargó que castigase aquella demasía, juntó su mesnada, agregó á ella las de otros señores leales, se puso sobre el castillo de Issi, donde á la sazon se hallaba el conde, le entró por asalto, degollando la guarnicion, aunque el conde don Nuño se escapó, y mandó demoler la fortaleza hasta los cimientos. Lo mismo hizo con el castillo de Raneta, que tenia Fernando Perez, hijo del conde de Traba, fomentador tambien de las discordias.

Entretanto la condesa de Portugal habia entrado con ejército en Galicia y apoderádose de Tuy y de otras plazas que despues de la muerte del conde don Enrique su marido habian vuelto á poder del rey don Alonso VII. Doña Urraca le salió al encuentro con sus tropas, á que se agregó su hijo con las suyas; como tambien el arzobispo de Santiago y el ejército de Galicia. Los portugueses, no pudiendo resistir á fuerzas tan superiores, abandonaron las plazas en que habian entrado, y se retiraron á la orilla meridional del Miño. El ejército de la reina pasó este rio, unos á nado, otros en barcos: el arzobispo llevaba la vanguardia, que fue el primer cuerpo que entró en Portugal.

Los enemigos se replegaron, y el ejército de la reina taló todo el pais hasta las orillas del Duero, y sitió á doña Teresa en el castillo de Lanioso. El arzobispo, á pesar de los buenos servicios que habia hecho en esta entrada, llevaba á mal la guerra entre los príncipes cristianos, y pidió licencia á doña Urraca para volverse á Santiago con su mesnada; sin duda porque el tiempo del servicio militar á que le obligaban las leyes feudales habia concluido.

La reina, siempre suspicaz, siempre vehemente en sus pasiones, siempre dispuesta á dar oidos á los malsines, creyó que don Diego Gelmirez favórecia el partido de la condesa de Portugal, y resolvió vengarse. A este fin permitió que se retirase la gente del arzobispo, pues no podia retenerla mas tiempo; pero á él mandó

que no faltase á la asistencia de su persona en la córte. La condesa, que supo lo que proyectaba su hermana por los espías dobles que nunca faltan en tiempos de revueltas, escribió al arzobispo que tomase precauciones, y que huyese de los lazos que se le tendian.

La reina volvió con su ejército á Galicia, y apenas pisó la orilla septentrional del Miño, acampó las tropas, y mandó prender al arzobispo, á tres hermanos suyos y á casi todos sus criados. El arzobispo de Braga y el obispo de Orense, amigos de don Diego Gelmirez, temiendo igual suerte, huyeron á sus diócesis. Doña Urraca mandó llevar al prelado al castillo de Orsilon, de que era alcaide Juan Diaz: y no creyendo bastante segura la prision, le transfirió al de Cira, obligando á su alcaide Bermudo Suarez á que lo entregase á Diaz.

Suarez pasó inmediatamente á Santiago, y dió noticia del suceso. El clero y el pueblo á una voz prorumpieron en gritos de desesperacion: y los que tres años antes querian quemar en su palacio á don Diego Gelmirez, lamentaban ahora su prision como una calamidad pública. Todos los habitantes concurrieron á la iglesia eshalando su pesar en imprecaciones contra la reina. En fin determinaron enviar cuatro canónigos para que en nombre del cabildo pidiesen á doña Urraca la libertad del arzobispo; pero se volvieron sin conseguir nada. Entonces el cabildo se juramentó en librar á su prelado, aunque

se consumiesen en la demanda todas las rentas de la catedral.

Doña Urraca llegó á Santiago la víspera del dia del apóstol, entrada ya la noche: y cuando al dia siguiente por la mañana pasó á la iglesia, la halló toda enlutada en señal de dolor por el cautiverio de su prelado. Los eclesiásticos y seglares principales la preguntaron con reverencia qué causa habia dado el arzobispo para que se tomase contra él aquella determinacion. El pueblo, que concurrió al templo, daba señas manifiestas de enojo; pero doña Urraca no cedia.

El príncipe don Alonso, el conde de Traba y otros señores amigos del arzobispo salieron de Santiago con sus tropas, se acamparon á orillas del Tambre, y manifestaron su intencion de no permitir que pasase adelante el triunfo de los malsines de palacio. Al mismo tiempo los habitantes de Santiago, alentados con aquella defeccion, se presentaron en tumulto á la reina, la pidieron á gritos su prelado, mezclando entre las peticiones muchas injurias, y apoderándose de la persona de Juan Diaz, á quien estaba encomendada la custodia del preso, para que respondiese por él.

La reina, no siendo poderosa á otra cosa, dió libertad al arzobispo, que solo estuvo ocho dias en prision, y que hizo su entrada en la ciudad enmedio de los vivas y aclamaciones de todo el pueblo. Presentóse á doña Urraca, y le pidió que devolviese á la iglesia todos los castillos y posesiones que le habia quitado. Resistíalo la

reina. El prelado reunió sus tropas con las del príncipe don Alonso: Urraca salió de Santiago, y se puso al frente de las suyas. Todo anunciaba una guerra civil entre madre é hijo: el arzobispo la cortó, proponiendo que se estuviese á lo que determinasen dos jueces árbitros en la cuestion de los castillos. Así se hizo, y la reconciliacion se firmó, dando la reina por fiadores de la paz sesenta de los señores mas principales de su partido. La córte de Roma, apenas supo la prision del arzobispo, escribió á su legado en España, que escomulgase á la reina si no ponia en libertad al prelado y restituia sus bienes á la iglesia de Santiago; mas toda la querella se habia terminado cuando llegó este decreto conminatorio.

Taxfin, hijo de Temin, y sobrino de Alí, príncipe de los almoravides, hizo este año entrada en el reino de Toledo, tomó á Aceca, degollando su guarnicion, hizo lo mismo en Bargas, se puso sobre Toledo, entró en el castillo de San Servando y pasó á cuchillo todos los cristianos que halló en él; pero vista la fortaleza de la ciudad y la imposibilidad de tomarla, levantó el cerco y se retiró á Valencia.

El año siguiente de 1122 comenzaron nuevas desavenencias en Galicia por las escisiones y confederaciones de los partidos. El príncipe don Alonso se indispuso de nuevo con su madre. El conde de Traba y sus hijos se sublevaron contra la reina que pasó á Galicia, y los puso en prision; pero Arias Perez, enemigo en otro

tiempo del conde, y ya su yerno y aliado, tomó las armas contra la reina en el castillo de Luparia. Todo era desórden y desconcierto en aquella desgraciada provincia.

Batalla de Alcaraz (1123). El rey don Alonso de Galicia hizo los mayores esfuerzos para reconciliar á su madre con el arzobispo de Santiago, y al fin lo logró á pesar de la desconfianza de este prelado; pero á condicion, impuesta por él, de que la concordia se hiciese por escrito, saliendo por fiadores de ella don Munio, obispo de Mondoñedo, don Alonso, obispo de Astorga, don Pedro Gonzalez de Lara, que ya habia vuelto á Castilla, y otros cinco señores principales.

Reconciliada la reina con el arzobispo, pasó á Galicia á sujetar á Arias Perez y otros caballeros de la parcialidad del conde de Traba, que no habia querido adherirse á la concordia; pero el rey don Alonso VII, que amaba mucho á su ayo, y que quizá le instigaba en secreto á balancear el poder de su madre, impidió que se hiciesen operaciones militares de importancia. Así la discordia prosiguió haciendo estragos en aquella provincia.

Don Alonso el Batallador, incansable en la guerra contra los moros, despues de haberlos arrojado de las orillas del Jalon y del Jiloca, revolvió hácia la parte oriental de sus estados contra los musulmanes que aún quedaban en las del Cinca y del Segre. Taló sus comarcas á uno y otro lado de este rio, afirmando sus operacio-

nes en la fortaleza de Balaguer. En esta espedicion tomó á Alcolea, castillo fuerte de los moros fundado sobre el Cinca: y pasó á los territorios de Lérida y Fraga. La primera de estas plazas era muy fuerte y rica por la fertilidad de su campo. Ademas estando fronteriza de los aragoneses y catalanes, y en perpétua guerra con éllos, tenia gente muy belicosa, y tambien recibia frecuentemente socorros de Berbería y Valencia. El rey la sitió, y puso su real sobre un collado que domina la plaza, llamado la Almoalla de Garden; pero no la rindió, ya fuese porque su régulo se conviniese á pagar tributo, ya porque el aragonés desconfiase poderla tomar por la gran fortaleza que tenia. El hecho es que no volvió don Alonso á atacarla en el resto de su reinado.

Levantado el sitio, marchó el ejército aragones la vuelta de Valencia, y atravesó este reino llevándolo todo á sangre y fuego. Hizo lo mismo en la vega de Denia, y en la huerta de Murcia, desde la cual se encaminó al territorio de Alcaraz. Acompañáronle en esta espedicion los obispos de Zaragoza y Huesca con sus mesnadas, y Gaston, vizconde de Bearne, con un cuerpo de tropas francesas.

Los musulmanes, viendo el ejército cristiano en el centro de sus dominios talándolos impunemente, reunieron un grande ejército, mandado por once valíes, los mas principales de la España sarracénica, y fueron á buscar á don Alonso que sitiaba entonces á Alcaraz. El rey

de Aragon salió á recibirlos, y logró de éllos una completa victoria. Siendo ya muy entrado el otoño, y hallándose tan lejos de sus estados, tomó cuarteles de invierno en aquel territorio.

Ya los almohades se atrevian á pelear con los almoravides en campo abierto. Abu Bekir, valí almoravide de Sus, salió por órden del rey Alí á buscar á los contrarios en 1121; pero sabiendo la inumerable multitud de tribus berberiscas que seguian al Mehedi, y el órden y concierto de guerra en que marchaban, pidió refuerzos, que se le enviaron, mandados por su hermano Abu Isaac. Al trabar la batalla huyó la vanguardia de los almoravides poseida de terror pánico: en la fuga desbarataron las demas líneas de su ejército, que fue vencido sin pelear; bien que los almohades siguiendo el alcance, mataron mucha gente al enemigo, y se apoderaron de su campo que estaba lleno de riquezas.

Esta victoria, que debió parecer milagrosa á los sectarios fanáticos del Mehedi, les dió invencible aliento, y así derrotaron fácilmente otro segundo ejército que envió contra éllos Alí á las órdenes de Sir, uno de sus lugartenientes, mucho mas habiéndose unido á ellos la tribu de Hinteta y otras muy esforzadas.

Al año siguiente de 1122 fueron vencidos tercera vez los almoravides por los almohades en Quig, lugar del pais de Sus, á pesar de tener por general al valiente Temin, hermano de su príncipe, y valí á la sazon de Granada. El Mehedi fortificó á Tinmal, y desde ella hacia cor-

rerías hasta Marruecos, con grande daño de los vasallos de Alí: el cual no halló otro medio para contener las depredaciones de sus enemigos que construir otra fortaleza en el camino de Marruecos á Tinmal. Tal era la situacion de la dinastía de los almoravides en el reinado del hijo de su fundador: acometida en África por un enemigo fanático y victorioso; y en España por una nacion guerrera, con un héroe á su frente, que se disponia á entrar en el centro de los dominios musulmanes.

Espedicion de los aragoneses á Andalucía: batalla de Arinzol ó de Lyrena (1124). En efecto, el ejército aragonés, apenas lo permitió la estacion, se dirigió al reino de Murcia, penetró por él en la parte oriental del de Granada, y asoló la campiña de Baza, ciudad que halló bien defendida por sus habitantes, y perdió alguna gente en el ataque de su fortaleza. Levantó el sitio, y se dirigió á un lugar llamado Gayana.

Allí se le reunió un gran número de cristianos del pais, que sin sacerdotes ni templos habian conservado los principios del cristianismo por tradicion. Otros muchos se le agregaron en esta espedicion de los demas puntos de Andalucía. Era tan grande su número en Granada, que el valí Temin no se atrevió á encarcelarlos, y hubo de contentarse con las protestas de fidelidad que le hicieron. A estos cristianos, que nuestros historiadores llaman Muzárabes, daban los mahometanos el nombre de *Muhahidines*. Diez mil de ellos abandonaron sus casas y bie-

nes en esta espedicion; pero el rey don Alonso el Batallador los indemnizó ámpliamente dándoles tierras y domicilio en los pueblos recien conquistados de Aragon que iban poblándose entonces. A los que quedaron en Andalucía, se les transfirió al África por órden del rey de Marruecos: y tanto éllos como los que transmigraron en tiempo de su padre Jucef militaron con sumo valor en el ejército de los almoravides en sus guerras contra los almohades.

Temin juntó ejército numeroso, y lo acampó alrededor de Granada. Don Alonso llegó á vista de esta ciudad con sus tropas, que ascendian á 50000 hombres. Hubo gran sobresalto en aquella capital, y en todas las mezquitas se hizo *la azala del temor*: así llaman los mahometanos á la asistencia á sus templos en tiempos de consternacion y de peligro, que se abrevian las postraciones y ceremonias y se entra en las mezquitas aunque sea con armas y sangre.

Pero el objeto de don Alonso no era perder gente en tomar ciudades y plazas que no podria conservar, sino vivir á costa de los enemigos y desolar su país. Atravesó, pues, el reino de Granada, entró en el de Córdoba, saqueó á Cabra y otros pueblos, seguido siempre de Temin, que le picaba la retaguardia, y á veces le daba rebatos muy sangrientos.

Así llegaron hasta un pueblo, que los historiadores cristianos llaman Aranzol, y los árabes Lyrena: quizá Lucena. Temin se arriesgó á tentar la suerte de las armas en batalla campal; y

un dia antes de amanecer atacó la vanguardia de los aragoneses, y la arrolló apoderándose de los bagages que iban en ella. Cebáronse los moros en los despojos creyendo que ya era vencido el enemigo; pero don Alonso, avisado de los fugitivos de la vanguardia, puso en órden el resto de su ejército, y acometió con cuatro columnas de caballería á los vencedores desordenados, y los derrotó con pérdida de mucha gente y de todo su bagage y aparato. La matanza de los moros hubiera sido mayor si don Alonso no hubiese entrado en batalla á media tarde.

Desde entonces quedó libre el ejército aragonés de la molesta persecucion de los almoravides, que aunque le seguian, era desde lejos y sin atreverse á cortarle el paso. Dirigióse el rey don Alonso hacia las costas del Mediterráneo, que vieron por la primera vez en el mediodía de España los guerreros cristianos. Al pasar por las quebradas del rio de Motril, que son angostas y cenagosas, dijo á los suyos: "¡qué buena sepultura si hubiese quien nos echase tierra encima!" Llegado á la playa del mar, hizo construir una barquilla, salió á pescar y comió de los peces que habia cogido: accion cuya memoria han conservado los historiadores árabes.

Desde allí movió su campo hácia Granada, y en el camino tuvo algunas escaramuzas con los campeadores almoravides: atravesó la vega fortificando sus reales donde hacia mansion, porque sabia que la ciudad estaba llena de gente de guerra. Por Guadix volvió al reino de Murcia,

y por Játiva á sus estados. Desde Granada hasta Játiva le siguieron los almoravides para impedir los robos y talas en cuanto pudiesen; pero evitando cuidadosamente dar batalla ó recibirla.

Esta fue la célebre espedicion de don Alonso el Batallador á Andalucía, digna de ser contada entre las mas famosas de nuestra historia, no por las ventajas militares que de ella resultaron, que solo fueron los despojos numerosos que trageron los aragones; sino por haber manifestado prácticamente cuán débil era el imperio de los almoravides, pues 50000 hombres habian paseado impunemente toda su parte oriental. Don Alonso de vuelta de su espedicion se apoderó de Molina de Aragon.

Este año vino por legado del pontífice Calixto á España el cardenal Deusdedit, que ya habia estado en ella, y era amigo personal del arzobispo de Santiago, con la comision de pacificar á Galicia, terminando las disensiones entre el rey don Alonso de Galicia y su madre doña Urraca: y despues de haber conferido la materia con el arzobispo de Santiago, convocó un concilio á Valladolid, donde se reunieron los prelados y señores de los reinos de Castilla y Leon, y se hizo la concordia entre la madre y el hijo.

Al año siguiente celebró otro el arzobispo de Santiago, en que se estableció una especie de tregua en los dias de fiesta, y se dictaron reglas para asegurar las inmunidades y propiedades de la iglesia. Las reyertas y disensiones civiles que por tantos años afligieron á Galicia, con trastor-

no de todas las ideas recibidas de órden y de derecho, hicieron necesaria esta transaccion.

En 1125 lograron los almoravides una señalada victoria contra los almohades al pie de los muros de Marruecos. El Mehedi habia enviado desde Tinmal, su residencia ordinaria, órdenes á todas las tribus de su obediencia para que acudiesen adonde él estaba para una espedicion. Juntó de este modo 40000 hombres, la mayor parte de infantería, y nombró por caudillo de aquel ejército á Abu Muhamad, uno de los diez varones que se juramentaron para seguir su secta. Mandóle que marchase contra Marruecos, y se hiciese dueño de esta capital y del imperio de África: y él se quedó en Tinmal por hallarse enfermo á la sazon.

Abu Muhamad se puso en marcha, y se le reunieron en el camino las gentes de Agmat y otras tribus. El ejército de los almoravides le salió al encuentro en número de cien mil hombres, y fue derrotado con gran matanza, y perseguido hasta las puertas de Marruecos, á la cual puso sitio el vencedor. Los rebatos y escaramuzas eran contínuos y sangrientos entre sitiadores y sitiados; pero con mayor daño de los almoravides, hasta que un mahometano andaluz, llamado Abdalá, despues de manifestar al rey cuánto desalentaba á los suyos estarse encerrados en la ciudad, siendo superiores en número, adaptó contra los almohades, cuyas lanzas eran muy largas, el remedio de traer entre sus gentes tiradores y ballesteros muy diestros: con lo cual

logró una ventaja muy decidida en una escaramuza que tuvo con éllos.

Esta hazaña fue muy aplaudida: y Alí, aprovechándose del nuevo ardor que manifestaban los almoravides, mandó á su ejército que acometiese al campo enemigo. La pelea fue tan brava y cruel, y la victoria tan decisiva para los del rey, que del ejército de los almohades solo se escaparon 400 caballos, y todo su campo quedó en poder de los almoravides. El caudillo Abu Muhamad pereció en el combate; y ninguno de su gente se hubiera salvado á no ser por el valiente Abdelmumen que cubrió la retirada.

Cuando las reliquias del ejército vencido llegaron á Agmat, hubo allí otro combate con el enemigo que los perseguia, en el cual perecieron otros cinco de los diez primeros juramentados al Mehedi. Cuando este supo la espantosa derrota, preguntó: "¿Ha muerto Abdelmumen?" y respondiéndole que no: dijo: "pues él vive, todavía permanece nuestro imperio." El fanático creía ligada la suerte de su secta á la conservacion de aquel jóven guerrero, que fue efectivamente el fundador de su dinastía en los tiempos posteriores.

Pero entonces quedó debilitada para algunos años la potencia de los almohades con la victoria de los almoravides junto á Marruecos: y Alí, asegurado ya de su dominacion en África, pudo atender con mas libertad á la guerra contra los cristianos de España. En este mismo año hizo entrada don Alonso de Aragon en el reino de

Valencia; pero sin mas resultado que las talas y correrías ordinarias. Los moros hicieron tambien su algara hácia la parte del Jiloca y Jalon; mas fueron rechazados, porque el rey les salió al encuentro con todo su ejército.

Por este tiempo hubo una guerra muy semejante á las feudales de aquella época entre don Ramon, conde de Barcelona, y don Alonso, conde de Tolosa, por la posesion de Beaucaire y otros castillos de Provenza, que el de Tolosa alegaba pertenecerle; pero esta guerra cesó por la concordia que hubo entre los dos condes: á saber, que el de Tolosa poseyese la parte de Provenza al norte del Durance y la mitad de la ciudad de Aviñon, y el resto quedase al de Barcelona, con reversion á los hijos de éste de aquellas cesiones si el de Tolosa no dejaba hijos de su muger Faidida, cuyos derechos alegaba como descendiente que era esta señora de los antiguos condes de Provenza.

A principios del año 1126 reunió don Diego Gelmirez otro concilio con el objeto de contener en los límites de la paz, jurada entre doña Urraca y su hijo, á los señores de Galicia, que por sus intereses particulares continuaban enemistados; pero la muerte de la reina, que ocurrió por marzo de dicho año, alteró las combinaciones políticas. Doña Urraca, reina de Castilla y Leon, falleció á los 17 años de reinado y 45 de edad. Fue sepultada en San Isidro de Leon.

En esta reina se hizo el primer ensayo, que no fue dichoso, del mando de una muger sobre

los pueblos españoles con el título de soberana; pero hase de advertir, que ya antes de su reinado se habian distinguido por sus talentos para el gobierno Adorinda, muger de don Silo, doña Teresa, madre de Ramiro III, doña Elvira, madre de Alonso V, y doña Sancha, muger de Fernando el grande y reina propietaria de Leon. Los errores de Urraca no tanto fueron propios de su sexo, como de su siglo y de su carácter particular.

Tenia ánimo varonil y corazon vigoroso, como se mostró en tantas ocasiones en que guió sus tropas, y en haber arrostrado tantas sediciones. Pero su condicion era vehemente, soberbia é incapaz de ceder: de modo que puede asegurarse, que mas bien le hicieron daño las cualidades propias del otro sexo que las debilidades del suyo: de las cuales ninguna está probada, por mas que hayan dicho algunos historiadores, sino el inmoderado deseo de ser querida; y aun este, en las circunstancias en que se halló, puede racionalmente atribuirse á política mas bien que á flaqueza mugeril. Su amor con el conde de Lara, justificado por el matrimonio, nada tuvo que fuese contrario á su honor, mucho mas no habiendo dejado á su nuevo esposo mas parte en el gobierno que la que élla queria que tuviese.

Pero su pasion predominante era la ambicion, y ella fue causa de todas las amarguras que sufrió. Comenzó su reinado bajo escelentes auspicios. Casada con el héroe de Aragon, que

solo respiraba guerra y muerte contra los mahometanos, pudo haber vivido tranquila y gloriosamente auxiliándole con las fuerzas de Castilla para triunfar del enemigo comun. Pero don Alonso queria ser rey en la monarquía de su muger mas de lo que le era permitido; y la reina, en vez de contenerle, le cobró tal aversion, que todos los medios empleados para reconciliarlos fueron inútiles. Esta fue una grande imprudencia: la union de Castilla y Aragon era necesaria para luchar útilmente con los agarenos. Pero Urraca solo atendió á su pasion, y compró su divorcio á costa de una guerra.

Cuando los castellanos defendiendo su independencia obligaron al aragonés á desistir de la empresa de Castilla, suscitó Urraca contra sí nuevos enemigos. No podia sufrir el escesivo influjo en los negocios de Galicia que tenia el obispo don Diego Gelmirez; y ya en guerra con él, favorecida de los habitantes de Santiago, ya reconciliada sin confianza, ya temerosa del poder de su mismo hijo, que en edad juvenil mostraba grandes virtudes y mas prudencia que su madre, no cesó de atormentar mientras vivió aquella desventurada provincia. Su política era variable é incierta: ni supo conocer á sus amigos ni á sus enemigos: y ni tuvo el arte, muchas veces necesario á los que gobiernan, de ocultar sus pretensiones, ni la fuerza necesaria para sostenerlas.

Su reinado no dejó ninguna memoria agradable sino la de haber sido Urraca hija de

Alonso VI y madre de Alonso VII. En él se sostuvo la línea del Tajo, y se conservó á Toledo mas bien por el valor de sus habitantes y de sus alcaides que por el cuidado y la prevision del gobierno. Felizmente Alonso de Aragon, el mayor enemigo de Urraca, llamó á sí la atencion de los mahometanos, les quitó á Zaragoza, pasó el Ebro, conquistó casi todo el mediodia de Aragon, devastó los reinos de Valencia, Murcia y Granada; venció en muchas y grandes batallas al enemigo comun, y obligó á los almoravides, cuyo imperio estaba entero todavía, á volver contra él todas sus fuerzas. Alonso el Batallador fue el héroe de la cristiandad de España en este reinado; y sus victorias ahorraron grandes calamidades á la monarquía de Alonso VI.

CAPÍTULO XXVIII.

Don Alonso VII el emperador.

Don Alonso VII el emperador, rey de Castilla y Leon: don Alonso Enriquez, conde de Portugal. Sitio de Bayona por don Alonso el Batallador. Don Ramon V, conde de Barcelona: batalla de Lucena. Primera espedicion de Alonso VII á Andalucía; conquista de Mequinenza. Batalla de Fraga: Ramiro II el Monje, rey de Aragon. García VII el Restaurador, rey de Navarra. Batalla de Santa María del Monte. Petronila, reina de Aragon. Segunda espedicion de Alonso VII á Andalucía. Conquista de Oreja: batalla de Ourique. Batalla de Gallur. Conquista de Coria: batalla de Alcanabet. Combate de la Mata de Montelo: tercera y cuarta espedicion de Alonso VII á Andalucía. Conquista de Santaren. Batalla de Chinchilla: quinta y sesta espedicion de Alonso VII á Andalucía: sitio de Almería: conquista de Calatrava, Lisboa, Tortosa, Fraga y Lérida. Séptima espedicion de Alonso VII á Andalucía: batalla de Córdoba: saco de Jaen: Sancho VI, rey de Navarra. Octava espedicion: batalla de Jaen. Novena y décima: saco de Andújar. Undécima, duodécima: principios de la órden de Alcántara.

Don Alonso VII *el emperador*, rey de Casti-

lla y de Leon (1126). El impulso sedicioso comunicado á los hombres mas poderosos de la nacion en el reinado de Urraca no se reprimió tan pronto en el de su hijo, que ascendia al trono en la juvenil edad de 20 años: pero la prudencia y valor que desplegó no tardaron en anunciar á los pueblos de Castilla y de Leon un verdadero rey y un reinado feliz y victorioso.

Apenas supo la muerte de su madre, pasó á la ciudad de Leon, y convocó en ella á todos los prelados y señores del reino para que le proclamasen. La mayor parte concurrió, entre ellos don Suero, conde de Astorga y del Vierzo, caballero de grande autoridad en el reino de Leon. Pero habiéndose apoderado del alcázar de la capital don Pedro Gonzalez de Lara, marido de la difunta reina, y su hermano don Rodrigo Gonzalez con sus parciales y amigos, no querian entregarlo á pesar de las instancias que les hicieron el conde don Suero y el arzobispo de Santiago, enviados al efecto por el rey: el cual, viendo aquella resistencia insensata, se puso al frente de sus tropas, se hizo dueño del palacio, tuvo en su poder á los defensores, y les dió libertad para retirarse adonde quisiesen. Este rasgo indicó á todos que el rey á ninguno temia: y el reino se creyó seguro bajo una autoridad que confiaba en sí misma: así todos los señores de Asturias, Leon y tierra de Campos vinieron á jurarle la obediencia. No era necesario el reconocimiento de los de Galicia, que le habian proclamado en su niñez.

De Leon pasó á Zamora á tener una conferencia con su tia doña Teresa, condesa de Portugal, sobre la guerra que se habia movido entre ambos estados. Los castellanos no querian perder la soberanía del condado, alegando que la donacion de don Alonso el VI habia sido bajo condicion de feudo y homenage: los portugueses no solo afirmaban que la cesion se habia hecho en absoluta independencia, sino que les pertenecian algunos territorios de Galicia comprendidos en la donacion. La entrevista fue en Ricobayo, pueblo situado en la confluencia del Orbigo y del Duero. De estas vistas resultaron treguas por algun tiempo.

Durante la permanencia del rey en Zamora vinieron á rendirle obediencia los señores de Castilla y á hacer su corte los de Galicia, excepto el conde don Pedro de Lara y su hermano don Rodrigo, que se hicieron fuertes en las montañas de Santillana, don Gimeno Íñiguez, que ocupaba á Valencia de Don Juan, y Arias Perez que en Galicia se habia levantado con Castro Luparia, Peña, Cornaria y otras tierras. Daban ademas cuidado á don Alonso los castillos de Carrion, Castrogeriz, Burgos, Villafranca de Montes de Oca, Belorado y Nájera que estaban todavía por el rey de Aragon. Los habitantes de Carrion, Burgos y Villafranca se levantaron contra las guarniciones aragonesas, y las arrojaron proclamando á Alonso VII. Pero la de Burgos, mandada por Sancho Aznares, se retiró al castillo; los

burgaleses le sitiaron en él, le asaltaron con denuedo; y habiendo muerto Aznares de un saetazo, se rindieron los demas y el fuerte quedó por Alonso VII.

Este suceso dejó al rey de Castilla mas desembarazado para atender á sus rebeldes. Encomendó la reduccion de Arias Perez al arzobispo de Santiago y al conde Gutierre Fernandez. El primero puso sitio á Taberiolas, y el segundo á Luparia. Ambas fortalezas fueron entradas con muerte ó prision de sus defensores, y Galicia quedó asegurada por el rey don Alonso.

Al mismo tiempo el conde don Rodrigo Martinez Osorio sitió por órden del rey á Valencia de Don Juan, y estrechó tanto la plaza, que el conde don Gimeno se vió obligado á rendirse: pero como el sitiador era enemigo suyo en bandos que habian tenido antes de esta época, envió un mensagero al rey pidiéndole que recibiese por sí mismo el castillo. Hízolo así don Alonso, y dió perdon y libertad á don Gimeno. Así en poco tiempo sujetó todos sus rebeldes, escepto á los Laras.

Entretanto el rey de Aragon continuaba sus gloriosas campañas contra los sarracenos. La de este año fue notable por el peligro en que se halló el héroe. Despues de haberse puesto con su ejército sobre Caudiel, villa situada en los confines de Aragon y Valencia, habiéndola rendido despues de algunos dias de cerco, penetró en el reino de Valencia, cu-

yo gobernador Amorga, no pudiendo resistirle, pidió auxilio á los almoravides de Andalucía. Acudió en su socorro Alhamin, uno de los caudillos de aquella parte de España, y reuniendo sus fuerzas con las de los moros valencianos, sitiaron á don Alonso, que talaba entonces las sierras, en un lugar llamado Setina, cuya posicion se ignora. Tres dias le tuvieron en aquel estado peligroso: pero al cuarto, despues de muchas oraciones á la Vírgen y á los santos protectores de su reino, formó un solo cuerpo de todas sus tropas, y acometió á los enemigos muy superiores en número. La batalla duró largo rato, hasta que un caballero aragonés, llamado Garcerán Sanchez, pudo con un trozo de caballería que mandaba vencer un repecho, desde el cual cayó sobre los mahometanos con tanta furia que no pudieron resistir su ímpetu, y huyeron en desórden del campo de batalla. Así se libertó de aquel peligro el ejército aragonés.

Casi al mismo tiempo se pelcaba con los moros en las orillas del Segre, en las del Guadiana y en la serranía de Alcaráz. Taxfin, hijo de Alí, rey de Marruecos, viendo asegurada el África por la última victoria conseguida contra los almohades, pasó á España trabajada por las armas de los aragoneses. Cerca de Badajoz desbarató á los fronterizos del reino de Leon, que habian hecho entrada hasta aquella plaza. Pasó despues contra los de Toledo, que habian llegado hasta Alca-

raz, los derrotó, y no debieron su salvacion sino á la aspereza de las montañas por las cuales se retiraron. Los de Lérida y Tortosa acometieron la parte oriental de Aragon mientras el rey batallador estaba en la espedicion de Valencia: pero el conde de Barcelona salió contra éllos, y les dió en Corbius, lugar cercano á Balaguer, una áccion indecisa, en que la pérdida fue igual de ambas partes.

Al año siguiente de 1127 quiso el rey de Aragon recobrar las plazas que habia perdido en Castilla mientras hacia guerra á los moros, y entró con un formidable ejército en este pais. El rey de Leon le salió al encuentro con todas sus fuerzas: los dos campos se dieron vista cerca de Zamora. Temíase un terrible conflicto en que se arruinase la flor de la cristiandad sin utilidad algúna para la causa pública. Esta consideracion movió á los prelados y señores mas prudentes de uno y otro partido á aconsejar á sus reyes que lo viesen mejor, y no espusiesen la suerte de España á un trance tan cruel llevados de sus pasiones. Empezáronse pues las negociaciones, y de ellas resultó la paz. El de Aragon restituyó al de Castilla las plazas que le tenia usurpadas, y conservó á Castrogeriz, en prenda de algunas sumas que reclamaba, mientras se liquidase esta deudá. Viéronse despues en una conferencia particular. Alonso VII admiró al héroe encanecido en los combates, y el de Aragon al jóven monarca que se preparaba á

comenzar una carrera tan gloriosa como la suya.

Desembarazado don Alonso VII de la guerra de Aragon, acudió á Galicia, acometida por los portugueses despues de concluida la tregua anterior. Las tropas castellanas obligaron al enemigo á evacuar el territorio de Tuy, donde habia entrado, penetraron en Portugal, hicieron daños y talas en las comarcas vecinas á la frontera, y se ajustaron paces por mediacion del arzobispo de Santiago.

Don Alonso Enriquez, conde de Portugal (1128). Don Alonso, hijo de don Enrique y de doña Teresa, condes de Portugal, era ya jóven, valiente y llevaba muy á mal el despotismo de su padrastro. Igualábanle en el odio los principales señores y el pueblo de aquel estado. Ofreciéronle al príncipe heredero sus personas y vidas para acabar con la tiranía. Don Alonso, auxiliado de éllos, se proclamó conde de Portugal, y se dirigió á Guimaraèns, residencia de la condesa, venció sus tropas, sitió á su madre en el castillo de Leganoso, se apoderó de él, ahuyentó á su padrastro de Portugal, y comenzó su glorioso reinado. Doña Teresa falleció dos años despues.

Al principio del año siguiente de 1129 se celebró un concilio ó córtes en Palencia, á que concurrieron todos los prelados, señores y abades de los reinos de Castilla y de Leon, y en él se establecieron las leyes siguientes, que prueban hasta qué punto habia llegado la in-

disciplina con las revueltas pasadas: 1.ª Ninguno tenga ni consienta en su casa al traidor, al ladron público, al perjuro ni al escomulgado. 2.ª Ninguno posea iglesia por derecho de herencia: ni se reciban diezmos ni oblaciones de los escomulgados. (Esta ley es muy notable: la iglesia rechaza, como Dios, los dones de los que no son hijos suyos). 3.ª Los señores no quiten sus haciendas á los pueblos sin causas muy justas. 4.ª Las iglesias no se den á los legos ni por empréstitos ni en arrendamiento. 5.ª Restitúyanse á los monasterios las iglesias, *familias* y heredades que se les hayan quitado. (Estas familias eran las de los *siervos* afectos á los monasterios é iglesias). 7.ª Que los monjes vagamundos se recojan á sus monasterios, y ni aun los obispos puedan tenerlos en sus casas sin permiso de los abades. 8.ª Que ningun prelado reciba á su comunion á los escomulgados de otro. 9.ª Que los adúlteros é incestuosos sean separados. 10. Que los clérigos no reciban las iglesias de manos de los legos, ni los vicarios de los obispos lo permitan. 11. Que los obispos procuren componer las diferencias de sus súbditos. 12. Se impone la pena de reclusion en un monasterio ó de destierro al que salga al camino á clérigos, menores viajantes, mugeres, peregrinos ó romeros de Santiago. 13. Que nadie cobre portazgos sino los que se pagaban en tiempo de don Alonso VI, ni hurte ó haga prenda de bueyes, ni obre contra la paz. (Este artículo tenia por obje-

to reprimir las demasías de los señores en sus territorios y las guerras de unos con otros). 14. Que se castigue con pena de escomunion la desobediencia al rey. 15. Que los eclesiásticos no puedan ser obligados á ir á la guerra, á llevar armas ni hacer ningun otro acto contra los canónes. 16. Que los legos no perciban las tercias ni las ofrendas de las iglesias. 17. Los monederos falsos sean escomulgados y saquenseles los ojos.

El rey de Aragon intentó este año romper el tratado hecho en 1127 con el de Castilla, y vino con ejército á las fronteras de Medinaceli y Moron, alegando que estas dos plazas le pertenecian. Puso sitio á Moron: Alonso VII, apenas lo supo, envió á decir á los cercados que marchaba en su socorro, y así que defendiesen la plaza con el mayor teson. Juntó sus tropas y se puso en marcha, enviando delante 700 soldados escogidos; llegó á Atienza, pasó á San Justo, y se preparaba á ir á Moron, cuando el aragonés, sabiendo la vecindad del rey de Castilla, levantó el sitio, ocupó á Almazan y se fortificó en ella. El de Castilla se puso á vista de esta plaza con ánimo de acometerla.

El rey de Aragon consultó con los señores y prelados que seguian su ejército lo que debia hacerse en tales circunstancias. El obispo de Pamplona le aconsejó que abandonase aquella guerra injusta y sin utilidad, y ademas contraria á la fé de los tratados. El aragonés

siguió este dictámen, aunque opuesto al odio inveterado que tenia á los castellanos. Retiróse, pues, con su ejército, y Alonso VII despues de muy bien fortificadas las plazas de aquella frontera, se volvió á Leon á atender á los movimientos de los Laras, que encastillados en las montañas de Santillana no habian querido seguir al rey á la frontera de Aragon.

Sitio de Bayona por don Alonso el Batallador (1130). En efecto, el conde don Pedro Gonzalez y su yerno el conde don Beltran pasaron á principios de año á Palencia, donde tenian muchos parciales, con el ánimo de levantar esta ciudad contra el rey: pero don Alonso puesto en ella suficiente presidio, pasó á las Asturias de Santillana, prendió á don Rodrigo Gonzalez de Lara que las defendia, quitó á los Laras todas las alcaidías que tenian en el reino, y les mandó salir desterrados de sus dominios. Don Pedro falleció poco despues en Burgos. Don Rodrigo se sometió al rey, imploró su piedad, y fue restituido á su gracia y á los honores y dignidades que antes poseia. Encargado despues de la alcaidía de Toledo hizo grandes servicios á su rey y á su patria.

Este año pasó don Alonso el Batallador por el Pirineo de Navarra á poner sitio á Bayona, al cual concurrieron don Centullo, conde de Bigorre, y otros señores sus aliados. Ignóranse las causas de esta espedicion. Se cree como mas probable que Guillermo, duque de Aquitania, á quien pertenecia aquella plaza, movió

guerra á los Bearneses y Bigorreses, aliados del aragonés, y que éste para defenderlos llevó la guerra á Gascuña. El cerco de Bayona duró todo el invierno, y don Alonso no se hizo dueño de ella hasta el año siguiente.

Esta conquista lejana, y que los aragoneses no podian conservar, le costó la plaza de Castrogeriz: porque Alonso VII, aprovechándose de la ocasion que le daba la ausencia del de Aragon, determinó recobrar aquel castillo y algunos otros de las cercanías que tenian guarnicion aragonesa. Un caballero de esta nacion, llamado Oriolo García, era gobernador de Castrogeriz, y tenia la fortaleza, ya casi inexpugnable por su situacion, muy bien provista de gente y municiones. Alonso VII, resuelto á no arriesgar nada en su conquista, la bloqueó tan estrechamente que ya á fines de año escaseaban mucho los víveres en el castillo.

Los moros de Lérida, Tortosa y Valencia hicieron una entrada en el alto Aragon. Saliéronles al encuentro don Esteban, obispo de Huesca, y don Gaston, vizconde de Bearne, y pelearon con éllos. La batalla debió de ser contraria á los cristianos, pues los dos capitanes perecieron en la accion. Casi al mismo tiempo falleció Acmat Dola, último rey mahometano de Zaragoza, á quien de aquella poderosa monarquía árabe solo quedaban ya algunas fortalezas en los confines de Aragon y Valencia. Sucedióle su hijo Seif Dola, llamado Zafadola por los cristianos. Uno y otro se hicieron

odiosos á los musulmanes por la dependencia en que vivieron de los reyes de Aragon y Castilla.

Este año falleció el célebre Mehedi, caudillo de los almohades; pero murió rodeado de laureles. Despues de la rota que los suyos sufrieron junto á Marruecos en 1125, estuvo algunos años sin emprender nada: pero en 1130 volvieron á salir los almohades mas terribles que nunca de las montañas de Tinmal en número de 30000 hombres, mandados por Abdelmumen. Dirigiéronse al territorio de Marruecos: uniéronse á éllos las tribus de Hinteta, Ganfisa, Hezama y otras berberiscas que desde la anterior derrota habian vuelto á la obediencia de los almoravides; y acrecentada con estas fuerzas la hueste de Abdelmumen, llegó á las cercanías de Agmat, donde le salió al encuentro el ejército almoravide, mandado por Abu Bekir, hijo segundo de Alí, rey de Marruecos.

Hubo ocho dias de combates terribles y encarnizados. Al fin la victoria quedó por los almohades, que persiguieron las reliquias del ejército enemigo hasta encerrarlas en su capital. Abdelmumen, despues de haber estado algunos dias en el territorio de Marruecos, se volvió á Tinmal. Esta jornada decidió la suerte de África: porque desde entonces no volvieron los almoravides á prevalecer contra sus enemigos.

El Mehedi salió á recibir á los vencedores: se informó muy por menor de la espedicion,

elogió el valor de los caudillos y de los soldados, y despues les dijo que se reuniesen con el pueblo en la mezquita y en la plaza pública, porque tenia que despedirse de éllos. Todos se maravillaron de esta resolucion, porque no podian persuadirse á que intentase dejarlos: algunos que sabian que su enfermedad se habia agravado entraron en gran recelo de su muerte.

Congregado el pueblo, se presentó el Mehedi; les predicó su doctrina, y se retiró á su casa á morir. Durante su enfermedad, Abdelmumen, á quien habia nombrado Iman de la Azala, hacia oracion pública por él. Cuando conoció que era llegada su muerte, llamó al visir, le entregó el libro en que se contenian los principios de su secta, le hizo varios encargos tocante á sus funerales, y le encomendó que tuviese oculta su muerte algunos dias.

Así falleció este hombre estraordinario, destinado á causar una revolucion en el imperio mahometano de África y de España. Era de mediana estatura, color aceitunado, ojos hermosos: austero y cruel así con los enemigos, como con los suyos, solia enterrar vivos á los que deseaba castigar con crueldad. Llamaba á los almohades *el ejército de Dios.*

Este fanático era natural de Ilerga, pueblo del reino de Sus: hizo sus primeros estudios en Córdoba, y pasó al oriente á concluirlos. En Bagdad fue discípulo de Algazali, gefe de secta entre los mahometanos, y autor de un libro

heterodoxo entre éllos, intitulado *Resurreccion de las ciencias y de la ley*, que habia sido condenado y quemado por mano de verdugo de órden de Alí, príncipe de los almoravides. El Mehedi volvió á occidente imbuido en los principios de Algazali, y siendo perseguido en Mahedia y Bugía, pasó á Melela, donde halló en una aldea á Abdelmumen, á quien conoció niño, de verle ir á la mezquita de su aldea á aprender á leer, y al cual habia cobrado notable aficion. Abdelmumen era jóven, capaz, ardiente, ambicioso, y por tanto muy á propósito para iniciarle en sus doctrinas y proyectos. Entonces comenzó su predicacion, y fundó el nuevo imperio, que obtuvo el Mehedi cerca de nueve años; siendo de admirar la exactitud con que eran obedecidas las leyes de disciplina militar que introdujo en las tropas que formó y en el pueblo que subyugó con su elocuencia.

Estaban divididos los oficiales y soldados en varias clases: las tres principales eran las de los diez, de los 50 y de los 70, llamados así del número de individuos de que constaba cada una. De la primera clase solo quedaban cuatro cuando murió el Mehedi, porque los demas habian perecido peleando con los almoravides. Estos decemviros convinieron en que uno solo los gobernase á todos, segun el principio político del mahometismo, y tenidos sus consejos con las clases de los 50 y de los 70, eligieron por rey y señor de los almohades al visir Abdelmumen, uno de los cuatro; sin que hubiese dis-

cordia alguna en la eleccion por las prendas militares y políticas de este héroe, como para honrar la memoria del Mehedi que siempre le habia mirado como á su hijo adoptivo.

Don Ramon V, conde de Barcelona: batalla de Lucena: (1131). En este año rindió á Bayona Alonso de Aragon con el auxilio de las naves guipuzcoanas y vizcainas que bloquearon la entrada de la ria: pero cuando repasó los Pirineos ya Castrogeriz se habia perdido. Su guarnicion se defendió valerosamente hasta el mes de mayo: pero habiéndose casi consumido las provisiones, concertó su caudillo Auriolo García con Alonso VII que le entregaria el castillo y las demas fuerzas si no era socorrido dentro de un término que se señaló: pasado el cual se entregaron á los castellanos, ademas de Castrogeriz, Ferraria, Castrelo y otros puestos de menor importancia que dependian de la fortaleza principal. Las guarniciones aragonesas se volvieron á su pais cubiertas de gloria.

Alonso VII, domadas las rebeliones interiores, y concluidos todos los motivos de disputa con el rey de Aragon, volvió su atencion á la guerra de los moros, que entonces presentaba esperanzas de éxito favorable, ya por el terrible enemigo que se habia levantado en África contra los almoravides, ya porque la doctrina de Algazali, predicada por el Mehedi, habia empezado á echar raices en la España mahometana, principalmente en el Algarbe, ya

en fin porque debilitado el poder de los almoravides, los moros españoles trataban de recobrar su independencia.

Dió principio á este movimiento Saif Dola, hijo del último rey de Zaragoza; que mal hallado con los pequeños dominios, restos de la monarquía de su padre, y cierto de que no podria defenderlos á un mismo tiempo contra los almoravides que aspiraban al dominio de toda España, ni contra dos reyes tan poderosos como los de Castilla y Aragon, formó el proyecto de engrandecerse, con el auxilio de los castellanos, á costa de los de su misma religion.

Los almoravides, no ignorando sus intenciones, procuraban haberle á las manos para quitarle la vida y hacerse dueños de sus dominios: pero él se anticipó, entregándose á la proteccion del rey don Alonso VII, haciéndole señor de sus dominios, y declarándose su vasallo. El rey envió á los condes don Rodrigo Martinez y don Gutierre Fernandez, y Saif Dola les entregó la fortaleza de Roda en la Mancha de Aragon, que era la principal de las que le quedaban y donde tenia su residencia, Pasó despues á la córte de don Alonso, que le recibió muy bien, y le dió en el reino de Toledo castillos, feudos y lugares con que pudiese vivir con la decencia correspondiente á su real estirpe.

En este tiempo Farax, alcaide de Calatrava, y los de San Esteban y de Oreja hicieron entrada en tierra de Toledo: y poniéndose en

celada, enviaron algunos pocos soldados á robar ganado con órden de que atrajesen hacia donde estaba el lazo los cristianos que saliesen á perseguirlos. Hiciéronlo así: cogieron algunos bueyes y otras reses, y empezaron á retirarse. Don Gutierre Hermenegildez, alcalde de la frontera de Toledo, que se hallaba á la sazon en Ajofrin, visto el corto número de los forrageadores, salió á éllos con 40 caballos, los siguió para recobrar la presa, y cayó en la celada, donde murió peleando con sumo valor. Su gente quedó muerta ó cautiva. Uno de los prisioneros fue Nuño Alfonso, alcaide de Mora, que despues se rescató.

Lograda esta empresa, pasó Farax con los suyos á hacer correrías en la vega de Toledo. Salieron contra él don Rodrigo Gonzalez con la gente de la ciudad, Domingo y Diego Alvarez con la de Escalona, y Fernando Fernandez con la de Hita: pero los mahometanos dispusieron tan bien sus movimientos, que pelearon separadamente con estos tres cuerpos, y los derrotaron con gran mortandad de los castellanos.

Al mismo tiempo el príncipe Taxfin, hijo de Alí, estaba en Andalucía levantando tropas para hacer guerra á los cristianos, y habia mandado á los valíes de Córdoba y Sevilla y demas alcaides del pais que acudiesen al campamento que tenia formado en Lucena, ciudad del reino de Córdoba, y donde ya habia reunido mucha gente de guerra.

Los vecinos de Avila y Segovia habian tambien juntado un cuerpo de 1000 caballos y muchos infantes para hacer entrada en tierra de moros. Parece, pues, que ya desde entonces, y acaso desde tiempo inmemorial, se reunian los ciudadanos bajo el pendon del consejo para salir á campaña: pero esta es la primer vez que se hace mencion de los vecinos como de un cuerpo militar. El pequeño ejército atravesó el Tajo por Talavera, pasó el Guadiana de Estremadura y la Sierra Morena; é hizo entrada en tierra de Córdoba, ignorante de lo que allí pasaba: pero cuando supieron que se hallaba en Lucena Taxfin con un poderoso ejército, se dieron por perdidos. Mas no por eso los abandonó el valor: resueltos á triunfar, ó por lo menos á vender muy caras sus vidas, dejando algunos soldados en defensa de su campamento, marcharon los demas desde media tarde, con gran silencio, midiendo sus pasos de modo que llegasen á media noche al real de los almoravides.

Lograron acercarse á él sin ser sentidos; y acometiendo de improviso espada en mano, fue tan grande la confusion y espanto que causó la sorpresa en los moros que casi no pelearon. Huyeron desórdenados por varias partes. Taxfin, herido en un muslo, escapó á Córdoba á curarse. Los demas le imitaron, abandonadas tiendas, bagages y todas las riquezas del campamento. Los cristianos las recogieron, y se volvieron á sus tierras cargados de

gloria y de botin. Esta derrota fue muy célebre entre los mahometanos, cuyos historiadores no hacen mas que citarla, suprimiendo las circunstancias: pero una elegía, escrita por un poeta moro consolando al príncipe Taxfin de su infortunio, indica bastantemente que la pelea fue de noche, que Taxfin peleó valerosamente, y que los suyos le abandonaron en la accion.

Al mismo tiempo los moros de Badajoz hicieron una entrada en Portugal, talaron las campiñas de Beira, y ocuparon á Trancoso. El conde don Alonso Enriquez salió con sus tropas contra éllos, los derrotó en un primer combate, y despues en otro segundo, habiéndose reforzado los fugitivos con un cuerpo que marchaba en su socorro. La guarnicion mahometana, que habia quedado en la fortaleza, viendo la derrota de los suyos, se rindió al vencedor.

Despues de esta espedicion, hizo otra á Galicia, sin duda con el objeto de perseguir á los parientes y parciales de sú padrastro, poderosos en aquella provincia, y que desde ella perturbaban la tranquilidad de Portugal: pero don Fernando Perez, don Rodrigo Velazquez, y otros condes y señores de la frontera, juntando la gente de guerra, le obligaron á repasar el Miño.

El conde don Ramon IV de Barcelona falleció este año á fines de julio, y fue sepultado en el monasterio de Ripol. Habia tomado al morir el hábito de Templario, órden religiosa y

militar la mas famosa de aquel tiempo, porque satisfacia las dos necesidades dominantes de la sociedad, que eran la religion y la guerra. Entre sus dos hijos Ramon y Berenguel repartió sus estados; dando á éste lo de Provenza, y á aquel lo de Cataluña. Dejó ademas dos hijas, doña Berenguela, casada ya con Alonso VII, rey de Castilla y Leon, y Cecilia que fue muger del conde de Foix.

Al año siguiente de 1132 tenia determinado Alonso VII emprender la guerra contra los moros: pero se lo impidieron dos condes llamados don Gonzalo Pelaez y don Rodrigo Gomez, que se levantaron en Asturias, y Alonso Enriquez de Portugal, que hizo entrada en Galicia en el territorio del Limia, y edificó en él el castillo de Zelmes, donde dejó muy buena guarnicion, bien provista de víveres y municiones.

El rey salió en persecucion de los condes rebeldes, y hubo á las manos á don Rodrigo, á quien quitó todos sus castillos, y envió desterrado fuera del reino. Gonzalo Pelaez se hizo fuerte en el castillo de Tudela, y sitiado por Alonso VII, no lo rindió sino á condicion de salir libre; y apenas el rey volvió á Leon con sus tropas, se apoderó de Pruaza, Buanga y Alba de Quiros, donde vivió algunos años casi independiente, aprovechándose de las guerras que distraian á otros puntos las fuerzas del monarca.

El rey pasó á Galicia, puso sitio al castillo de Zelmes, y despues de algunos dias le rin-

dió, haciendo prisionera la guarnicion portuguesa, y quedando en su poder todos los acopios de víveres y municiones, en que habia hecho don Alonso Enriquez crecidos é inútiles gastos. Concluida esta espedicion, volvió á Leon cuidadoso de la invasion que el príncipe Taxfin habia hecho en el reino de Toledo, causando innumerables destrozos, tomando á Aceca y á Bargas. El primer castillo lo sorprendió á media noche, degollando ó haciendo prisioneros los 300 hombres que lo guarnecian.

El rey nombró alcaide de la fortaleza de Toledo al conde don Rodrigo Gonzalez de Lara, hermano de don Pedro, el último marido de la reina doña Urraca, y le dió el cargo de la guerra contra los moros en aquella frontera. Cuando don Rodrigo hubo juntado su ejército, los moros se retiraron á la Mancha, Córdoba y Granada. El castellano invadió el reino de Sevilla, lo taló á todo su placer, y ganó una sangrienta batalla contra Omar, alcaide de Sevilla, que le salió al opósito. La disposicion del ejército cristiano era la siguiente. Las tropas de Avila formaban el ala derecha, las de Segovia la izquierda, y enmedio las de Toledo y de lo interior de Castilla para acudir á cualquier parte que flaquease. Como el combate durase mucho, viendo don Rodrigo que las tropas de Sevilla eran las mas fuertes del ejército contrario, cargó sobre ellas con casi toda su hueste y las desbarató, en cuyo choque pereció el alcaide Omar y los principales cabos de los ene-

migos. Así quedó decidida la victoria por los castellanos. Don Rodrigo, antecogiendo el inmenso botin que habia hecho en esta campaña, se retiró á Toledo, sabiendo que Taxfin venia á marchas dobles en busca suya desde la Andalucía oriental.

Taxfin, no pudiendo haber á las manos á este enemigo, pasó al reino de Badajoz, en el cual habian hecho una entrada los pendones de Salamanca y de otros pueblos vecinos. El almoravide llegó á vista de ellos un dia al anochecer, y esperó á la mañana siguiente para lograr mas completa la victoria. Los cristianos degollaron aquella noche los cautivos que habian hecho; pero de poco les valió esta crueldad. Acometidos por las fuerzas superiores de Taxfin, huyeron á los primeros encuentros; toda la gente de á pie, abandonada de la caballería, fué pasada á cuchillo, y el botin que habian hecho cayó en poder de los sarracenos. Así alternaban la fortuna, las victorias y los reveses en la guerra de España.

Mas decisivos eran los golpes que daban los almohades al imperio de los almoravides en Africa. Abdelmumen venció sucesivamente las tribus que se le oponian, tomó las plazas de Deraa, Tifar, Fezan y Guyuza, insultó á Marruecos, se apoderó de Tudela, y Salé le abrió sus puertas, sin que los almoravides se atreviesen á oponérsele en campaña.

Primera espedicion de Alonso VII á Andalucía: conquista de Mequinenza (1133). Al

año siguiente se apoderó Abdelmumen de todo el pais de Teze. Alí, rey de Marruecos, no podia enviar socorros á Taxfin su hijo para que adelantase las conquistas en España, y así este príncipe, aunque valiente y hábil capitan, no podia resistir á las fuerzas del poderoso y terrible adversario que el cielo le habia suscitado en Alonso VII de Castilla.

En esta campaña hizo el príncipe almoravide su acostumbrada correría en el reino de Toledo. El rey don Alonso, avisado por Saif Dola, reunió con prontitud su ejército, y le salió al encuentro. Taxfin se retiró al Andalucía ante las fuerzas superiores del castellano. Resuelto don Alonso á pagarle la visita en su mismo pais, atravesó la Mancha. Al llegar á Sierra Morena dividió su ejército en dos partes: al frente de la una pasó por el puerto real, y Rodrigo Gonzalez de Lara, que mandaba la otra, se dirigió por el puerto de Muradab.

Jamas se habian presentado en las campiñas del Guadalquivir fuerzas cristianas de tanta consideracion. Pero la guerra se redujo á quemar las mieses, arrancar viñas y olivares, destruir arboledas, saquear los pueblos abiertos, robar los ganados, llevarse cautivas las poblaciones, abrasar las mezquitas, y pasar á cuchillo los ministros de la religion mahometana. Taxfin se batió en retirada hasta Sevilla. Los cristianos atravesaron el reino de Córdoba, corrieron toda la orilla oriental de Guadalquivir, y llegaron hasta la playa del seno gaditano, que vieron

entonces por la primera vez los castellanos y leoneses.

Taxfin, habiendo reforzado su ejército con los mahometanos que pudo de Andalucía, salió en forma de batalla al encuentro de don Alonso, que desde el mar volvia hácia Sevilla. Los cristianos le acometieron, y viéndose el príncipe inferior en número y su gente acobardada, se retiró á Sevilla, escusando como hábil guerrero esponer al trance de la guerra el único ejército que protegia la España mahometana.

Los valíes de las ciudades y pueblos principales de Andalucía, considerando que sus territorios estaban á merced de los castellanos, empezaron á tratar con Saif Dola, que acompañaba á Alonso VII en esta espedicion, y alcanzaron por su medio ser reconocidos como vasallos del rey de Castilla, al que pagaron tributò para libertar sus tierras del saquéo. En esta ocasion adquirió Saif Dola, que era prudente y valeroso, las conexiones con que despues grangeó tanto poder en Andalucía. Don Alonso, llevando riquísimos despojos del pais, dirigió su marcha á Talavera, probablemente por la Estremadura, y licenció su ejército.

El héroe de Aragon, despues de haber dado á sus tropas el debido descanso de vuelta de la espedicion de Bayona, resolvió hacer un grande esfuerzo contra los mahometanos, y quitarles todo lo que poseian aún al norte del Ebro, que eran las plazas de Lérida, Tortosa, Mequinenza y Fraga. La primera empresa que se propuso

llevar á cabo fue la de Tortosa; y para ella y las operaciones del sitio hizo grandes cortes de madera en los montes de San Millan, y construyó barcas que descendieron por el Ebro. Conociendo que para su proyecto principal le era necesario apoderarse antes de Fraga y Mequinenza, puso sitio á esta ciudad, y al cabo de algunos dias la entró por asalto, pasando á cuchillo la guarnicion.

Taló despues la comarca de Lérida para dar botin á su gente, y se puso sobre Fraga; pero encontró en esta plaza mas resistencia de la que habia pensado. No por eso desistió de su intento, y así conservó el sitio todo el invierno con el objeto de reunir á la primavera siguiente las fuerzas necesarias para rendirla, y pasó bajo las tiendas la estacion de las lluvias y de las nieves.

Batalla de Fraga: Ramiro II el Monje, rey de Aragon: García VII el Restaurador, rey de Navarra (1134). Para rendir á Fraga convocó el rey don Alonso á los señores comarcanos de Francia y aliados suyos. Concurrieron con sus tropas don Gaston, vizconde de Bearne, y don Centullo, señor de Bigorre, don Guido, obispo de Lercar, y otros señores y caballeros franceses. Al mismo tiempo reforzaron el ejército aragonés con sus mesnadas los obispos de Huesca, Roda y Barbastro y el abad de San Victoriano.

Era á la sazon valí de Valencia por los almoravides Aben Gania, capitan valeroso y esperimentado: el cual, viendo el peligro que corria aquella importante fortaleza, juntó mu-

chas tropas de su gobierno y del de Murcia, y avisó de la situacion de Fraga al príncipe Taxfin para que le enviase algun socorro. Mientras se le reunian las fuerzas auxiliares, se encaminó con las que tenia á Fraga, é hizo dos tentativas para socorrer la plaza, ambas inútiles: porque siempre le salió al encuentro el rey don Alonso con fuerzas superiores, y le ahuyentó de los reales y de las cercanías de la ciudad.

La guarnicion de Fraga, viendo imposible el socorro por el número superior de las tropas aragonesas, trataron de rendir la plaza, y no pidieron mas condicion que la de salir libres con sus haciendas. Don Alonso, irritado por la resistencia, no quiso concederles lo que pedian: consejo imprudente, como todos los que dicta la pasion.

Ya en este tiempo habia reunido Aben Gania diez mil almoravides, que le envió Taxfin, y ademas mucha gente de Sevilla, Córdoba y Granada que acudieron á una empresa tan importante. Con este aumento de fuerzas marchó contra los reales de don Alonso, á tiempo que por faltar bastimentos en el campo cristiano habia destacado el rey un cuerpo considerable para que los trajese de los pueblos circunvecinos.

El dia 17 de julio empezó á descubrirse desde los cuarteles aragoneses el ejército de Aben Gania, que marchaba contra éllos en órden de batalla. El rey y sus principales cabos, conociendo que el peligro seria mayor esperando al enemigo en las trincheras, donde no podrian

hacer uso de todas sus fuerzas, formaron delante de los cuarteles las tropas cristianas para recibir á los musulmanes. Empezóse la batalla con grande ardor de una y de otra parte, y aunque los aragoneses pelearon con su valor acostumbrado, fueron desbaratados y deshechos por el número superior de los enemigos, quedando muertos en el campo de batalla los obispos de Huesca y Barbastro, el abad de San Victoriano, los señores de Bearne y Bigorre, Aimerico de Narbona y otros muchos caballeros franceses; y de la principal nobleza de Aragon y Navarra, don Garces de Gadescan, don Gomez de Luna, Beltran de Lanues, Fortunel de Roll, Oger de Miramont, Raymundo de Jalar y otros muchos.

El dia de Fraga fue para los cristianos lo que el de Calatañazor para los musulmanes: y don Alonso de Aragon, digno émulo del célebre Almanzor, y semejante á él en el número y grandeza de sus victorias, lo fue tambien en su muerte. Escapó del campo de batalla despues de haber perdido setecientos soldados de su guardia de *almugábares* (así se llamaba la parte mas escogida de la infantería aragonesa) con solo diez caballeros, uno de los cuales fue su sobrino don García Ramirez, de la casa real de Navarra; y pasando por Zaragoza, no se detuvo hasta llegar al monasterio de San Juan de la Peña, donde murió de pesadumbre á los ocho dias.

Aben Gania, conseguida la victoria, se apoderó del campamento. En la tienda de don Alon-

so donde estaba su capilla, encontró muchas riquezas, é hizo prisionero al obispo de Lescar y á los capellanes del rey, que llevó cautivos á Valencia, y sacó gran precio de su rescate. Los cristianos que se hallaban en los pueblos vecinos, sabida la derrota, huyeron á sitios mas apartados y montañosos, y los moros se estendieron por las vegas del Segre, del Cinca y del Ebro, llevándolo todo á fuego y sangre.

Así acabó uno de los mas grandes héroes que ha producido España, sin que pueda censurársele en toda su larga carrera de otro defecto que su injusto ódio á los castellanos y el escesivo pesar de la derrota de Fraga. Peleó toda su vida contra los mahometanos, y fundó, por decirlo así, el reino de Aragon, estendido por sus conquistas hasta la serranía de Cuenca. Unido con Navarra, Rioja y las tres provincias vascongadas y con los feudos franceses de los Pirineos, formaba una monarquía no despreciable. Pero la muerte de Alonso el Batallador desmembró este señorío; y solo despues de algunos años volvió Aragon á recobrar su esplendor, eclipsado en los campos de Fraga.

Apenas se supo la muerte del rey, juntaron los señores aragoneses y navarros córtes de entrambos reinos en Borja: abierto el testamento, hecho durante el sitio de Bayona, y confirmado en Sariñena tres dias antes de la batalla de Fraga, se vió, no sin sorpresa, que aquel monarca religioso y guerrero, hallándose sin sucesion,

dejaba sus estados al órden de los Templarios, célebre entonces en toda la cristiandad; como al que por instituto podia defenderlos y aumentarlos peleando contra la morisma.

Ni los navarros ni los aragoneses fueron de ese dictámen, y declararon que á falta de sucesion, la facultad de disponer de la corona se devolvia á los reinos que libremente la instituyeron en su origen. Procedióse á los preliminares de la eleccion; y el que mas partido reunia era don Pedro Atares, señor de Borja y descendiente de don Sancho el mayor, como nieto que era del conde Sancho Ramirez, hijo bastardo de Ramiro I de Aragon. Pero su caracter áspero y altivo desagradó á los navarros, y se cuenta que yéndole á visitar un dia algunos caballeros de Pamplona, uno de sus criados no los admitió, diciendo que su señor estaba en el baño. Los navarros se retiraron á su pais, resueltos á elegir un monarca que recibiese con mas facilidad sus visitas. Sea de este hecho lo que fuere, es cierto que los navarros estaban deseosos de separarse de los aragoneses y de tener reyes propios como antes de Sancho Ramirez, y al mismo tiempo los aragoneses querian conservar la dinastía de sus monarcas y colocar en el trono á Ramiro, hermano menor de Alonso el Batallador, aunque ya anciano y Monje, como hemos dicho, en el monasterio de San Ponce de Tomeras. Los habitantes de Jaca eran los que mas favorecian esta eleccion por el amor que profesaban al rey Sancho Ramirez, padre de Pedro,

Alonso y Ramiro, y que les dió los privilegios de que gozaban.

Con intenciones é intereses tan opuestos era dificil que las dos naciones, igualmente altivas y pertinaces, pudiesen convenirse en la eleccion de un rey. Los navarros juntaron córtes en Pamplona, y nombraron á don García Ramirez, hijo de don Ramiro, infante de Navarra, y de doña Elvira, hija del Cid Campeador, y nieto de don Ramiro, hermano de don Sancho de Peñalen. Así era legítimo sucesor de este rey. Agregábase á esto haber casado con Margarita, sobrina del conde de Perche, que la dió en dote la plaza de Tudela, conquistada por él mismo del poder de los moros; y la agregacion de esta importante ciudad al reino de Navarra, al mismo tiempo que aumentaba su territorio, completaba la fortificacion de la línea del Ebrò.

Los aragoneses reunieron sus córtes en Monzon, y levantaron por rey al monje don Ramiro, bien que contra el dictámen de los militares: pero prevaleció el de los obispos. Don Ramiro salió del monasterio, subió al trono, y para satisfacer los deseos de sus súbditos, que querian conservar la corona á la descendencia de Sancho Ramirez, casó con Inés, hermana de Guillermo, duque de Aquitania, dando la dispensa de los votos el antipapa Anacleto, cuyas pretensiones á la tiara favorecia aquel duque.

No tardaron en arrepentirse aragoneses y navarros de la poca armonía que tuvieron entre sí. No bien supo Alonso VII de Castilla el desas-

rre de Fraga, cuando entró con poderoso ejército por la Rioja, y tomó las plazas de Nájera y Calahorra. Esta provincia, perteneciente en los principios al reino de Leon, fue despues conquistada y poblada por los navarros, en cuyo poder subsistió hasta la muerte de don Sancho de Peñalen. En esta época don Alonso VI de Castilla y don Sancho Ramirez de Aragon se convinieron en repartir los estados de Navarra en vez de pelear por todo el reino, y la Rioja se adjudicó á Castilla. Alonso el Batallador, cuando peleó por el dominio de todo el reino de su muger doña Urraca, aunque perdió sucesivamente las demas plazas de Castilla y Leon, conservó sin embargo la Rioja, agregándola al reino de Navarra al cual pertenecia. Alonso VII la restituyó á Castilla en esta espedicion.

Conquistada la Rioja, pasó adelante con su ejército, ocupó fácilmente á Tarazona y demas plazas del Aragon meridional, porque sus habitantes, temerosos de los moros, que despues de la victoria de Fraga corrian impunemente toda aquella tierra, miraban á los castellanos como á sus defensores. Con igual facilidad entró en Zaragoza, donde vinieron á visitarle don Ramon, conde de Barcelona, su cuñado, y Alonso, conde de Tolosa, y se declararon *vasallos* suyos; pero esta palabra no significaba entonces señorío feudal, sino *mera proteccion*, ó reconocimento de superioridad en poder, y así no es de estrañar que siguiesen el ejemplo de aquellos condes los reyes mismos de Aragon y Navarra. Alonso VII,

adquirida tanta gloria, y dejando buenas guarniciones en Zaragoza, Tarazona y otras plazas socolor de defenderlas contra los mahometanos, se volvió á Leon con su córte. Así la desunion de navarros y aragoneses hizo perder para siempre á los primeros una provincia rica y fertilísima; y á los segundos, por algun tiempo, las mas gloriosas conquistas de don Alonso el Batallador.

Ni se terminaron con esto las calamidades. Al año siguiente de 1135 empezó á haber desavenencias muy serias entre aragoneses y navarros. Don Ramiro sostenia que la corona de Navarra era suya como heredero de su hermano don Alonso, y don García Ramirez alegaba á la de Aragon el derecho de ser el descendiente mas cercano á la línea real, y añadia que don Ramiro, por ser monje profeso, no podia ocupar el trono. Los señores de uno y otro reino, que previan grandes males si los ánimos llegaban á enconarse, predicaron la reconciliacion para que se pudiese atender á la guerra contra los moros. Al fin consiguieron que se hiciese una concordia, por la cual cada uno gobernaria su reino; don García se consideraria como hijo de don Ramiro, y le sucederia en el reino de Aragon despues de sus dias: y entretanto se conservaria la union entre ambos reinos, gobernando García, como mas jóven, todo lo relativo á la guerra; y don Ramiro, como mas letrado, los negocios civiles, políticos y religiosos. Tampoco fue duradero este convenio singular: porque á

fines del año le nació á don Ramiro, aunque ya anciano, una hija, á la cual se dió el nombre de Petronila, y don García perdió todas las esperanzas de suceder en Aragon.

Con esta disposicion de los ánimos pocos esfuerzos tenia que hacer Alonso VII para conservar en su dependencia á entrambos reyes; pero quiso dar una sancion política y religiosa á la superioridad que gozaba sobre todos los príncipes cristianos de España, tomando el título de emperador, y haciendo que le coronasen como tal en la catedral de Leon. Ya antes de él habian tomado este título don Sancho el Mayor de Navarra, Fernando I y Alonso VI de Castilla, y Alonso el Batallador de Aragon; pero sin solemnidad, y digámoslo así, sin consecuencia. Aquel título significaba un monarca poderoso que tenia bajo su proteccion y vasallage á otros príncipes.

Para celebrar esta fiesta, convocó don Alonso córtes á Leon, á las cuales concurrieron todos los obispos, condes, abades y señores del reino, y el mismo don García, rey de Navarra, dando con su asistencia una muestra positiva de su inferioridad. Las sesiones se celebraron en la iglesia mayor; y habiéndose decretado en la sesion segunda dar al rey el título de emperador, le condujeron del palacio á la iglesia, le llevaron en procesion al altar mayor vestido de un rico manto, y le pusieron la corona y le dieron el cetro. Llevaba por bracero al lado derecho al rey de Navarra, y al izquierdo al obispo de Leon.

Trasladáronse despues las córtes al palacio del rey, y en ellas se determinó: 1.° que cada pueblo se gobernase por los fueros y leyes que habian regido en tiempo de Alonso el VI. 2.° que á las iglesias se restituyesen las heredades y familias que se les habian usurpado. 3.° que las villas y pueblos, destruidas por las guerras, se volviesen á poblar, plantando viñas y árboles. 4.° que los jueces castigasen segun las leyes á todos los malhechores sin acepcion de personas. 5.° que se impusiese la pena de muerte á los hechiceros y brujos (Pena absurda de un delito imposible: lo que exigia la justicia era castigar con otras mas suaves á los embaidores que abusaban de la credulidad del vulgo). 6.° que los alcaides de Toledo y de las fronteras mahometanas hiciesen todos los años entradas en las tierras del enemigo.

Don Alonso Enriquez, conde de Portugal, mandó este año construir el castillo de Leiria, punto avanzado de la línea del Mondego para impedir las correrías de los moros por aquella parte. Pero la potencia de los almoravides en España se resentia de los terribles golpes que les daban los almohades en África. Este año fundó Abdelmumen, príncipe de esta nacion, la ciudad de Rebatteze, que fue algunos años metrópoli de su imperio.

Batalla de Santa María del Monte (1136). Este año hubo una confederacion entre el rey de Navarra y el conde de Portugal contra Alonso VII. El primero no podia digerir la pérdida

de la Rioja: el segundo queria no solo que se reconociese la independencia de Portugal de la corona de Leon, sino tambien la agregacion á su condado de ciertas tierras de Galicia que decia pertenecerle. Cada uno de ellos era harto débil para pelear con Alonso VII; pero hallándose á tanta distancia uno de otro, esperaban dividir sus fuerzas, y vencerlas separadas, mucho mas don Alonso Enriquez, que confiaba en algunos señores de Galicia que eran de su parcialidad, entre ellos los condes Gomez Nuñez y Rodrigo Perez Velloso.

En efecto, apenas los portugueses pasaron el Miño y se apoderaron de Tuy, se rebelaron abiertamente aquellos señores contra el emperador, y el primero entregó el castillo y tierra de Turonio, y el segundo mucha parte de la Limia, á don Alonso de Portugal. El emperador, que habia tomado á su cargo la guerra de Navarra, dejó la de Galicia á los condes de este pais.

Don Fernando Juanes, conde de Allariz, levantó gente contra los portugueses y los señores rebeldes. El portugues fortificó muy bien los castillos que habia tomado, y se vió obligado á volver á Portugal, porque los moros del Algarbe, viéndole ocupado en el norte, invadieron sus fronteras del mediodía, entrando por asalto el castillo de Erena, cercano á Santaren, y degollando mas de 250 cristianos, entre ellos algunos señores de que constaba su guarnicion. Á su llegada se retiraron los moros: y de-

jando bien provista aquella frontera, se volvió á la Limia. Los condes que estaban por el emperador se encontraron con él en Coruesa: y apenas comenzó la batalla, cargó con tanta impetuosidad don Alonso Enriquez, que obligó al enemigo á huir desbaratado y deshecho. El conde don Rodrigo, uno de los capitanes del emperador, cayó prisionero en poder de los portugueses; pero dos soldados suyos, valiéndose de ardid, consiguieron ponerle en salvo.

El emperador hizo su entrada en Navarra talando los campos, y tomando los castillos de las fronteras. Dió vista á Pamplona, y se retiró, viendo que el ejército enemigo no daba señas de venir á batalla. En esta campaña tuvo vistas con Ramiro el Monje en Alagon, y le dió la ciudad de Zaragoza, ocupada todavía por guarnicion castellana, en feudo y vasallage. Casi al mismo tiempo vino á España el cardenal Guido, legado del pontífice Inocencio II, para solicitar la paz entre los reyes cristianos, y persuadirles á que convirtiesen sus armas contra la morisma.

Ya no era alcaide de Toledo el conde don Rodrigo Gonzalez de Lara. Habiendo notado en el emperador cierta frialdad hácia él, reliquia de la antigua aversion á su familia, ó sospechando de Alonso VII lo que quizá no pensaba, resignó el destino de frontero de aquella ciudad, en el cual habia hecho tan señalados servicios, y besándole la mano le pidió licencia para partir á la guerra de la Tierra Santa. Obtenido el permiso, hizo el viage de Palestina con algunos

que quisieron seguirle por su valor y liberalidad.

Hizo notables proezas contra los sarracenos, venciéndolos en muchos combates con su pequeño, pero valiente escuadron, y edificó á vista de la plaza de Ascalon, un castillo muy fuerte, que abasteció de todo género de municiones, y en el cual puso muy buena guarnicion. Cuando volvió á España de la Tierra Santa entregó aquella fortaleza á los Templarios.

Este hombre singular no quiso volver á Castilla: vivió algun tiempo con don Ramon V, conde de Barcelona, y despues siguió la córte del rey de Navarra. No creyéndose seguro entre ellos por el respeto que uno y otro tenian al emperador don Alonso, buscó un asilo en el palacio de Aben Gania, valí de Valencia; pero aunque fue recibido con el agasajo y distincion debido á su sangre y á su mérito, le dieron una bebida, de la cual se le originó una enfermedad de lepra. Esto le obligó á dejar aquel asilo y volverse á la Tierra Santa, donde acabó su vida.

El emperador dió la alcaidía y mando de Toledo, vacante por desestimiento de don Rodrigo de Lara, al conde don Rodrigo Fernandez: el cual, obedeciendo lo mandado en las córtes de Leon del año anterior, juntó las tropas de Toledo, de Estremadura y de todas las ciudades y villas á que se estendia su jurisdiccion; y formando una buena hueste, entró en los dominios de los moros á sangre y fuego, haciendo grandes talas, saqueando los pueblos

y robando muchos ganados y cautivos.

Ya se volvia de su espedicion, cuando el príncipe Taxfin, reunidas las mesnadas de sus alcaides y alguna gente de África, salió á marchas forzadas en seguimiento de los castellanos, y los alcanzó en Almonte, que, segun parece, es hoy Santa María del Monte, al poniente de Puerto Lapice en la Mancha. El conde don Rodrigo ordenó sus haces, y acometió á los moros con el mayor denuedo: el combate fue largo y sangriento; la victoria quedó por los cristianos. Taxfin se retiró á Andalucía, y don Rodrigo, recogidos los despojos, se volvió á Toledo con tódo el botin que habia hecho.

Los *anales* de Toledo dicen que este año fueron muertos en Huesca los principales señores, sin esplicar la causa ni el resultado de esta matanza. No se sabe si procedió de un movimiento popular, ó de una órden del rey, indignado por la burla que de él hacian los grandes, como dice la conseja vulgar de la campana de Velilla. Lo primero nos parece mas probable.

Petronila, reina de Aragon (1137). En esta campaña corrió Taxfin las tierras de Huete y Alarcon, sitió á Cuenca, que se habia rebelado contra los almoravides, la entró á fuerza de armas, y degolló á todos los habitantes en castigo de su rebelion; pero en este tiempo le llegaron cartas de África, en que le avisaba su padre del mal estado de su imperio y de las frecuentes y rápidas victorias de los almohades; y le decia que era necesario que pasase á Mar-

ruecos á sostener el vacilante imperio de los almoravides. Taxfin obedeció, y desde su partida empezaron á descaecer los negocios de aquel pueblo conquistador, pero ya abatido, en España; sin mejorarse por eso en África.

A pesar de su ausencia, la guerra que tenia Castilla con Portugal y con Navarra proporcionaba ocasiones á los moros para hacer crueles daños en las tierras fronterizas de los cristianos. En esta campaña determinó Alonso VII combatir en persona contra los portugueses, y así envió tres de sus condes para observar la frontera de Navarra con la gente de Castilla. Estos capitanes no hicieron mas que defender su territorio.

La guerra fue mas activa en los confines de Portugal. El emperador juntó un ejército numeroso de las mesnadas de Leon y Galicia, y entró en aquel condado, tomó algunos castillos y taló la tierra. Don Alonso Enriquez, que salió á su opósito, encontró la vanguardia leonesa separada del cuerpo de batalla, la desbarató, é hizo prisionero á su caudillo el conde don Ramiro.

El emperador, que marchaba en socorro del conde, se puso enfrente del ejército portugues, y hubo algunas escaramuzas entre unos y otros, y se anunciaba una accion general, que siempre seria calamitosa para los cristianos cualquiera que fuese el vencedor. Ya los moros de Santaren se habian aprovechado de la ocasion que les presentaba la ausencia del conde

de Portugal á las fronteras de Galicia, para acometer el castillo de Tomar; lo entraron por asalto, degollando la guarnicion, y lo demolieron. Así las dos campañas de los portugueses contra Alonso VII les costaron dos de sus mejores castillos en Estremadura. Esta desgracia y la superioridad numérica del ejército leonés movió á los portugueses á solicitar de Alonso Enriquez que diese oidos á proposiciones de paz. Por otra parte el emperador deseaba verse libre de esta guerra para emplear todas sus fuerzas contra los moros, estimulado por las amonestaciones del cardenal Guido, legado de la Santa Sede. No fue dificil, pues, ajustar las condiciones, que se redujeron á restituir las plazas que se habian tomado recíprocamente y los prisioneros. La paz se confirmó con una entrevista amistosa que tuvieron los dos Alonsos.

En la paz de los reyes perdieron los facciosos. Los condes don Gomez Nuñez y don Rodrigo Perez Velloso, rebeldes contra el emperador y que habian seguido el partido de don Alonso Enriquez, fueron despedidos de Portugal á peticion de la córte de Leon. Ninguno de los dos se atrevió á volver á Galicia. Don Gomez pasó á Francia, y entró monje en el monasterio de Clugny, Alonso VII tuvo piedad de don Rodrigo, le perdonó y le dió tierras con que pudiese sostener el esplendor de su casa.

Parece que en la paz de Portugal fue incluida Navarra: pues en los años siguientes estuvo desocupado el emperador de las guerras con los

cristianos, que podian llamarse civiles, y se dedicó esclusivamente á la de los moros. En general, los historiadores y cronistas españolas describen de muy mala gana estas reyertas de la cristiandad española, y manifiestan que les causaba tanto disgusto como á los pueblos que las sufrieron. Solo pintan con mas ó menos talento, pero siempre con entusiasmo, las victorias contra los musulmanes.

Durante la campaña del emperador en Portugal, el conde don Rodrigo Fernandez, alcaide de Toledo, hizo una brillante espedicion contra los moros con las huestes de sus fronteras. Pasó desde el Tajo al Guadiana, y siguiendo las orillas de este rio, llegó talando el pais y haciendo grandes presas de hombres y rebaños, hasta Serpa, donde se reunieron á hacerle frente los valíes de Mérida, Badajoz y Algarbe. Hubo una reñida batalla, en que los cristianos quedaron victoriosos. Ahuyentados los moros, se volvió don Rodrigo á Toledo con el inmenso botin que habia hecho.

Este año Guillermo, duque de Aquitania, y cuñado de don Ramiro el Monje, rey de Aragon, convertido por San Bernardo, no solo dejó de favorecer al antipapa Anacleto, y reconoció al pontífice Inocencio II, sino tambien abandonó la vida estragada y criminal que hasta entonces habia tenido. Casó á su hija y heredera con Luis, primogénito del rey de Francia, y vino en romería á Santiago de Galicia á visitar el sepulcro del santo apóstol: peregrinacion ya muy acos-

tumbrada en toda la cristiandad. Despues de haber orado en el santuario, le sobrevino una enfermedad de que murió, y fue sepultado junto al altar mayor de la catedral de Santiago.

Este suceso tuvo consecuencias muy notables en Aragon. El rey don Ramiro empezó á dudar de la validez de la dispensa que le habia dado el antipapa cuando celebró su matrimonio con la hermana del duque Guillermo, y consultado el caso, resolvió no solo separarse de su muger, sino tambien descender del trono. Reunió, pues, á los prelados y señores de su reino en Barbastro: y en estas córtes se determinó que su hija Petronila, habida en un matrimonio inválido, pero contraido de buena fé, le sucederia en el reino: fue desposada con Ramon V, conde de Barcelona, para que en teniendo edad casase con él: y se encargó el gobierno durante su minoría á su futuro marido. Estipulóse ademas, que si Petronila falleciese antes de llegar á edad de poderse casar, la sucediese en el trono don Ramon de Barcelona.

Tal fue el contrato estraordinario que colocó á una niña de poco mas de un año en el trono de Aragon, bajo la tutela de su futuro esposo que al mismo tiempo era su sucesor. El advenimiento al trono de una niña era un acto irrefragable del derecho de las hembras á la sucesion, mucho mas existiendo varones colaterales descendientes de Sancho el Mayor, entre ellos el rey García de Navarra, por línea masculina y legítima. Pero este y los demas derechos de suce-

sion estuvieron siempre subordinados en Aragon al principio de sucesion electiva y á la aprobacion de las córtes, hasta el siglo XV, en que caducó este principio.

Don Ramon V, conde de Barcelona, era buen guerrero y aun mejor político. Conoció perfectamente que su mision era unir con lazo indisoluble la Cataluña y el Aragon, formando de esta manera una monarquía considerable, poderosa en mar y en tierra, capaz de hacer conquistas sobre los moros, y de hacerse respetar de los cristianos. Para conseguirlo eran necesarias dos cosas: no despertar la altivez é independencia aragonesa, ni los celos del rey de Castilla, monarca el mas poderoso de España.

Uuo y otro lo consiguió á fuerza de sagacidad. Aunque era el árbitro de Aragon, jamas quiso tomar el nombre de rey, sino se contentó con el de *príncipe*, y siempre reconoció á Petronila como la única y verdadera reina. En cuanto al rey de Castilla, que estaba casado con su hermana Berenguela, se valió del ascendiente que esta tenia sobre su marido, y de los vínculos del parentesco, para estrechar con él firme amistad. Este mismo año consiguió de Alonso VII, que le cediese, aunque á título de feudo y vasallage, todas las plazas que el castellano ocupaba en Aragon desde la muerte de Alonso el Batallador.

Don Ramiro el Monje, habiendo asegurado la sucesion de su hija, y el gobierno del reino bajo los auspicios de un príncipe capaz y vale-

roso, se retiró á Huesca á la iglesia de san Pedro, donde hizo vida particular en compañía de los clérigos que ministraban en aquel templo. Allí acabó sus dias algunos años despues.

Segunda espedicion de Alonso VII á Andalucía (1138). Los moros poseian todavía en las cercanías de Toledo, hácia la parte oriental, la fortaleza de Oreja, desde la cual hacian frecuentes entradas y gravísimos daños en las vegas del Tajo, principalmente desde que el príncipe Taxfin en una de sus algaras destruyó á Aceca, castillo opuesto al de Oreja, y que contenia á su guarnicion.

Un caballero particular, llamado Goselino, alcaide de la fortaleza de Ribas de Jarama, pidió licencia al emperador para reedificar á Aceca á su costa. Alonso VII la concedió, y mandó al alcaide de Toledo don Rodrigo Fernandez que cubriese con su gente los trabajos de la reconstruccion, é impidiese que los moros la embarazasen. En efecto, los moros de Oreja hicieron varias tentativas para destruir las obras; pero siempre fueron rechazados por don Rodrigo.

Viendo su impotencia, y conociendo cuán grande era el obstáculo que se levantaba contra sus depredaciones, imploraron el auxilio de Farax, alcaide de Calatrava, el cuál acudió con la mas gente que pudo, se reunió con los de Oreja, y marchó contra Aceca. Salióle al encuentro Goselino, le dió batalla, y le obligó á volverse sin haber hecho efecto

alguno. La fortaleza se concluyó; Goselino se trasladó á ella con su familia y las de sus hijos y yernos, puso muy buena gente de guarnicion, y la abasteció de todo género de municiones. Asi es como en aquellos tiempos se adquiria el señorío de los pueblos. El señor era el capitan, y sus vasallos los soldados.

Desembarazado el rey don Alonso de las guerras de Portugal y Navarra, meditó hacer una segunda invasion en Andalucía, pero no fue tan afortunada como la de 1133. Juntó un numeroso ejército, eligió por lugartenientes al alcaide de Toledo y á don Rodrigo Martinez, gobernador de Leon, que trajo mucha gente de Estremadura. Encaminóse á la Andalucía, atravesando el puerto de Muradal; y taló las comarcas de Ubeda, Baeza, Andujar y Jaen, haciendo grandes presas de cautivos, ganado y alhajas.

Un cuerpo de tropas de la gente de Estremadura se separó del ejército sin órden del emperador, pasó el Guadalquivir, é hizo considerables presas en los campos y pueblos cercanos; pero al volverse con élla, una horrible tempestad de aguaceros que sobrevino á media noche, aumentó tan considerablemente el caudal del rio, que no fue posible esguazarlo. Los mahometanos, sabiendo que aquel cuerpo estaba separado de lo restante del ejército, sin poder recibir socorro por estar los puentes muy lejanos, se juntaron en gran número, y dieron sobre los estremeños

al dia siguiente á las nueve de la mañana. Los cristianos, ciertos ya de morir, degollaron todos los cautivos que habian hecho, y vendieron muy caras sus vidas, sin escapar mas que uno, que atravesó á nado el Guadalquivir, á pesar de la fuerte corriente que llevaba, y llegó salvo al ejército del emperador. Este príncipe, entristecido con tan lamentable suceso, levantó el campo, se volvió á Toledo, repartió las tropas en cuarteles de verano, y mandó que estuviesen prevenidos para entrar en campaña cuando avisase.

Meditaba entonces la conquista de Coria, plaza muy importante en la frontera de Estremadura; y asi apenas pasaron los grandes calores del verano, dió órden al conde don Rodrigo Martinez para que acudiese con su gente á Salamanca, y reunida con la de esta ciudad se dirigiese á aquella plaza. Las partidas de vanguardia talaron la comarca de Coria, robaron los ganados, é hicieron cautivos á los habitantes de las alquerías.

Aproximáronse las tropas cristianas á la ciudad, cuyos habitantes eran tan belicosos y tenian tanta y tan buena gente de guerra, que no dudaron salir al campo á pelear para impedir la formacion de los cuarteles. Los cristianos escaramuzaron largo rato, y poco á poco trajeron al enemigo á una emboscada, donde estaba Alonso VII en persona. Los moros, rodeados por todas partes, murieron peleando como buenos. Los que habian quedado

en Coria cerraron sus puertas determinados á defenderla hasta el último trance.

Estableciéronse los cuarteles alrededor de la plaza, y la gente de Estremadura y de Leon que los guarnecia hizo tan buena guardia que no era posible que entrase ni saliese nada. La fuerza y altura de los muros obligó á los generales cristianos á construir torres muy altas para señorearlos, y desde ellas los batian con las máquinas é instrumentos acostumbrados en aquel siglo.

Un dia que el emperador habia salido á caza á los bosques cercanos, al tiempo de batir las murallas desde las torres de madera, como solian hacer todos los dias, subió á una de aquellas torres el conde don Rodrigo Martinez con algunos soldados escogidos; y estando ocupados en diruir el muro que tenian en frente, dispararon desde él una saeta con tanta violencia, que dando en las celosías de la torre, dejó en élla el asta, y el hierro, pasando la gola del conde, le atravesó el cuello. Apenas se sintió herido, se arrancó la flecha, y perdió tanta sangre que murió á puestas del sol del mismo dia.

Asi acabó este escelente caballero y hábil capitan. Su muerte fue llorada de todo el ejército; el emperador manifestó grande sentimiento por élla, y dió á su hermano don Osorio todas las alcaidías y dignidades del difunto. El sitio no prosiguió adelante, porque los cabos desconfiaron de su buen éxito, y

las tropas marcharon á Salamanca, donde se licenciaron.

Este año mandó el príncipe Taxfin levantar en Andalucía un cuerpo de 4000 ginetes muzarabes, y conducirlos á Africa. Con esto lograba tres fines, limpiar la España sarracena de cristianos, segun la costumbre constante de los almoravides, tener un aumento de escelentes tropas contra los almohades, y no desguarnecer á España de los ejércitos africanos, que tan necesarios eran para defenderla contra el emperador.

Conquista de Oreja: batalla de Ourique: Alonso I Enriquez, rey de Portugal (1139). Tan atemorizados tenia á los habitantes del reino de Toledo el castillo de Oreja, que este año resolvió conquistarlo Alonso VII, mal contento con el éxito poco afortunado de sus armas en la campaña anterior. Mandó, pues, á los condes don Rodrigo Fernandez y don Gutierre Fernandez su hermano que previniesen la gente de Toledo y cercasen aquel castillo.

Era alcaide de él un moro valiente y sagaz, llamado Alí, que le tenia muy bien pertrechado de gente, armas y bastimentos. El sitió del fuerte comenzó en abril, y fue célebre, porque á él concurrieron casi todas las fuerzas de la España cristiana y árabe. El emperador no se desdeñó de cubrir el sitio con muy buenas tropas que trajo de Leon, Castilla y Galicia, y mandó construir máquinas é-

ingenios para batirlo. Cortó tambien á los sitiados el agua del rio y de una fuente cercana de donde se abastecian para que la sed los rindiese.

Alí habia dado aviso de la empresa de los cristianos á los valíes de Córdoba, Sevilla y Valencia para que le socorriesen. Estos juntaron sus tropas, que con un refuerzo que recibieron de Africa ascendian á 30000 combatientes; salieron de Córdoba, llegaron á los pozos de Algodor, en las cercanías de Ocaña, y dispusieron una fuerte celada por si el emperador salia contra ellos. Dieron tambien aviso á los sitiados para que si los cristianos levantaban el campo hiciesen una surtida, quemasen las fortificaciones de los reales, y se dirigiesen á Toledo, donde ellos marcharian.

El emperador supo por sus espías el intento de los mahometanos, y habiendo consultado con sus capitanes, resolvió esperar al enemigo en sus cuarteles; atendido que nada habia que temer de ninguna demostracion que hiciesen contra Toledo. Los moros, viendo malogrado su primer designio, y que los cristianos no se movian de su campo, marcharon contra la capital, y asaltaron un fuertecillo cercano al castillo de San Servando; pero los cristianos le defendieron con valor y rechazaron á los contrarios. Otro cuerpo moro que marchó contra Aceca tuvo el mismo éxito. Todo era ver si podian sacar al emperador de sus cuarteles.

Hallábase á la sazon en Toledo la emperatriz doña Berenguela, y envió á decir á los caudillos mahometanos, que si eran valientes y deseaban pelear, fuesen á Oreja, donde estaba su marido; porque hacer guerra á una muger ni era de caballeros, ni de capitanes generosos. Los valíes le respondieron con suma urbanidad que ignoraban que estuviese en la ciudad, y que la pedian perdon de su yerro. Al mismo tiempo le suplicaron que se dejase ver en su alcázar, que se descubria desde el campo de los moros, para que tuviesen el honor de besar la mano, aunque desde lejos, á tan gran señora.

La emperatriz condescendió con este ruego, y se presentó en los balcones del alcázar con la mayor pompa y acompañamiento que fue posible: los valíes la hicieron cortesías, y desde entonces cesaron de hacer daño en las cercanías de Toledo. La *Crónica* de don Alonso el emperador nos ha conservado este rasgo de galantería árabe.

Los valíes, conociendo que las fuerzas del emperador eran muy superiores para empeñarse en atacarlas en sus mismos cuarteles, se volvieron á Andalucía y dejaron entregada la plaza á sí misma. El emperador guardaba con mucho cuidado las riberas del rio, y estrechaba el cerco de modo que nada pudiese salir ni entrar. Los pozos del castillo se agotaron, y muchos mahometanos perecieron de sed, al mismo tiempo que las máquinas de

los cristianos empezaban á derribar una parte de las murallas.

Alí, gobernador de Oreja, viéndose en tan crítica situacion, pidió treguas á condicion de que entregaria la fortaleza si no era socorrida dentro de un mes, y que saldrian libres las tropas de Calatrava que eran parte de la guarnicion: el emperador las concedió, pero á condicion de que se le diesen en rehenes 15 personas de las mas principales del pueblo, y que pasado el término se le entregaria el castillo con todas sus armas y pertrechos, y todos los cautivos cristianos, cuyo alimento correria por cuenta del rey mientras durase la tregua. Estipulóse que al entregarse la plaza saldria libre toda la guarnicion con los bienes que pudiese llevar.

Durante el mes del término envió á pedir socorros el gobernador á Andalucía y á Marruecos, dando parte del convenio que habia firmado; y fuele respondido que se sometiese á la suerte, pues no era posible socorrerle por entonces. Cumplido el término entregó el castillo. Alonso VII entró en él el 31 de octubre. Agasajó mucho á Alí y á sus cabos algunos dias que los tuvo en su compañía para que descansasen; entrególe los rehenes, y mandó á don Rodrigo Fernandez, alcaide de Toledo, que los escoltase hasta Calatrava. El emperador reparó la fortaleza, la guarneció con buenas tropas y la proveyó de todo lo necesario.

Este suceso causó grande alegría, princi-

palmente en Toledo, que quedaba libre de un padrastro tan importuno. El pueblo hizo todo género de regocijos, y cuando llegó el rey fue recibido con aclamaciones de alegria, y conducido en procesion por el clero á la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias por el feliz éxito de la campaña.

Aun mas gloriosa fue la que hizo el valiente conde de Portugal don Alonso Enriquez contra los moros del Algarbe. Juntó el ejército mas numeroso que pudo de sus dominios, resuelto á llevar la guerra á las provincias que estan al otro lado del Tajo, y que componen la que hoy se llama Alentejo. Con esta noticia los alcaides de Badajoz, Yelves, Évora y Beja, reunidos con Ismar, comandante del cuerpo auxiliar africano que habia pasado este año á Andalucía, reunieron sus fuerzas, y salieron en busca de los portugueses, que atravesando el rio saquearon todo el pais, y se hallaban entonces en los campos de Ourique, famosos por esta espedicion.

Don Alonso, viendo llegar al enemigo muy superior en número, se hizo fuerte en una montaña. Los enemigos le acometieron por todas partes; pero los portugueses defendieron con tanto valor sus trincheras, que ninguna pudieron forzar los mahometanos. Despues que éstos hubieron perdido mucha gente en ataques infructuosos, un cuerpo cristiano salió de la fortificacion, y se lanzó sobre los ene-

migos con vehemencia. Don Alonso le siguió con el resto de su gente, y en corto rato desbarataron á los moros, haciendo en ellos gran mortandad, y los obligaron á huir. Siguieron los portugueses el alcance, en el cual mataron á muchos, é hicieron un gran número de cautivos, entre éllos á Omar, sobrino del caudillo almoravide Ismar.

Gozosos los cristianos con la victoria, proclamaron rey de Portugal en el mismo campo de batalla á su valiente adalid el conde don Alonso Enriquez, que en esta batalla se mostró digno de los héroes que habian llevado el mismo nombre en Castilla, Leon y Aragon. El valor que mostraron los portugueses fue anuncio de sus triunfos venideros, y del alto destino que les estaba reservado en los anales de la historia.

Mientras los dos Alonsos de Castilla y Portugal peleaban contra los moros, el rey García de Navarra, irritado de ver perdida la esperanza de poseer algun dia el reino de Aragon, movió contra su príncipe don Ramon una guerra mal conocida de los historiadores y sus resultados. Parece que en una invasion que hizo este año se apoderó de los castillos de Sos y Pitilla.

Batalla de Gallur (1140). El príncipe don Ramon de Barcelona, mas político que su rival, buscó primero la alianza del emperador su cuñado, con quien tuvo vistas en Carrion. Allí hicieron un convenio de conquista y re-

partimiento de Navarra en los términos siguientes: A Castilla se agregarian todos los pueblos que estan al Sur del Ebro, como los poseyó el rey don Alonso el VI; y á Aragon los que habian tomado los navarros en aquella frontera. La Navarra propia se dividiria, quedando el emperador con la tercera parte, y con las otras dos el rey de Aragon, haciendo homenage por ellas al rey de Castilla, con la condicion de que Estella fuese comprehendida en la parte del rey de Castilla, y Pamplona en la del aragones.

Hecho este tratado, partió el príncipe don Ramon á sus estados para hacer los preparativos de la guerra, y el emperador, reunido su ejército en Burgos, pasó los montes de Oca, entró en Navarra, y se le entregaron sin resistencia Milagro, Funes, Peralta y Falces. Emprendió despues el sitio de Pamplona. Don García de Navarra, que era muy hábil general, dejó que el ejército castellano consumiese sus fuerzas en el cerco de la capital, donde habia puesto muy buena tropa de guarnicion, ya que no era bastante su ejército para pelear en campo raso con el del emperador. Al mismo tiempo incitó por sus embajadores al nuevo rey de Portugal á que hiciese una diversion en Galicia en virtud de la alianza que tenian entre sí los dos príncipes.

En esto empezaron á moverse las tropas aragonesas y catalanas al mando del príncipe don Ramon, amenazando la frontera oriental

de Navarra. Don García, previendo que si se reúnian con los castellanos en los cuarteles de Pamplona era llegada la perdicion de su reino; tomó una resolucion atrevida, y fue, ocultando á los castellanos su marcha, volar rápidamente al encuentro del príncipe de Aragon.

Diéronse vista los dos campos entre Córtes y Gallur; y tuvieron una batalla sangrienta, en que don Ramon fue vencido, y hubo de volverse á Zaragoza. El emperador que habia adivinado la intencion del navarro cuando supo la direccion de su marcha, levantando el cerco de Pamplona, le siguió para dar socorro á su aliado. Pero llegó tarde; porque encontró á los navarros recogiendo los despojos de la victoria de Gallur.

Don García, cuando vió llegar á los castellanos, mas poderosos que él, se retiró á Tudela, y el emperador pasó á Castilla á tomar cuarteles de verano. Cuando llegó el otoño determinó entrar por Soria, en cuyo territorio podian reunírsele los aragoneses, y evitar que se repitiese la anterior desgracia marchando unos y otros reunidos. Los castellanos pasaron á Calahorra é invadieron aquella frontera de Navarra. Don García no hacia mas que observarle, fiel á su sistema de contemporizacion. Los prelados y señores de Castilla, viendo fastidiado al emperador de una guerra costosa y sin resultados, se aprovecharon de la disposicion en que se hallaba para inspirarle pensamientos de paz. Los mediadores hicieron

tan bien su oficio, que lograron una conferencia entre los dos reyes. De élla resultó no solo paz entre Castilla y Navarra, sino tambien el matrimonio de don Sancho, hijo mayor del emperador, con doña Blanca, hija de don García. El príncipe de Aragon no quiso acceder á esta concordia, y continuó, bien que infructuosamente, la guerra con Navarra.

Don Alonso de Portugal, fiel á la alianza del navarro, hizo su entrada en Galicia por la frontera del Limia. El conde don Fernando Yañez y otros señores del pais juntaron la gente de él, y tuvieron algunos reencuentros con los portugueses con vario suceso. En uno de ellos, un infante de la mesnada del conde don Fernando hirió con una lanza al rey de Portugal; por cuya causa estuvo don Alonso algunos dias enfermo en la cama.

Los moros del Algarbe, aprovechando como siempre la ocasion, entraron en el mediodia del Portugal, y tomaron y demolieron el castillo de Leiria. Este revés disgustó á los portugueses de la guerra contra Leon y Castilla, cuyos perniciosos efectos conocieron al fin por los progresos que hacian los moros mientras ellos peleaban con los castellanos. Pidieron, pues, á su rey que hiciese paz con el emperador, y el tratado se concluyó el mismo año.

El valiente don Rodrigo Fernandez, alcaide de Toledo, vengó el desastre de Leiria; porque entrando en tierra de moros con la

gente de su frontera y la de Estremadura hizo grande presa; y habiéndose reunido los alcaides mahometanos para recobrarla, los derrotó junto á un lugar llamado Silvia, cuya posicion se ignora, y volvió victorioso al Tajo.

En venganza de esta derrota juntaron sus tropas al año siguiente de 1141 los valíes de Córdoba y Sevilla, é hicieron entrada en el reino de Toledo, llegando hasta Escalona con sus talas y saqueos; y de vuelta se apoderaron del castillo de Mora, porque no le tenia con la prevencion debida su alcaide Nuño Alfonso. Los moros, viendo que aquel era un punto importante para hacer entradas en las tierras de los cristianos, dejaron en él muy buena guarnicion y bien provista de todo. El emperador cuando supo la pérdida de Mora, mandó que se construyese enfrente otro castillo, que se llamó Peña Negra, nombrando alcaide de él á Martin Fernandez, caballero muy esforzado.

En tanto Nuño Alonso, tan valiente como el mejor, y muy pundonoroso, aunque en el ataque de Mora se habia libertado de caer en manos de los moros, no se atrevió de corrido á presentarse al emperador hasta lavar su mancha con alguna generosa hazaña. Para lograr la ocasion de acometerla, pidió socorro á sus amigos, juntó una partida numerosa, entró con ella en las tierras de los moros, llevándolas á sangre y fuego, los derrotó en

varios reencuentros, y enriqueció su gente con el botin que hizo.

La guerra proseguia entre navarros y aragoneses; pero floja y desmayada porque ninguna de las dos naciones se prestaban de buena gana á las pasiones rencorosas de sus príncipes. Los capitanes de Aragon que peleaban con los moros de Lérida en la frontera del Cinca, les quitaron las plazas de Chalomera y Alcolea, noticia mas agradable á los aragoneses que la de una gran victoria que se hubiera conseguido contra los navarros. En este año reclamaron los caballeros templarios el dominio de Aragon en virtud del testamento de Alonso el Batallador. No fue dificil probarles la nulidad de aquel testamento, no aprobado por las córtes; pero el príncipe don Ramon, que deseaba tenerlos en sus estados para la guerra que pensaba hacer á los moros, quiso contentarlos dándoles tierras, casas y templos. Muchos de éllos se establecieron en Aragon y Portugal, creyendo que no faltaban á su instituto peleando contra los musulmanes de España.

Conquista de Coria: batalla de Alcanabet (1142). El príncipe de Aragon, continuando su malhadada guerra contra los navarros, llegó con su ejército á Lumbier, la cercó y la dió algunos asaltos que fueron valerosamente resistidos. Don García de Navarra acudió á la defensa de la plaza con los suyos, y el aragones levantó el sitio y se retiró.

Entretanto el emperador hacia una conquista tan deseada de él como importante. Reunidas sus tropas en Salamanca, despues de haber ordenado al esforzado alcaide de Toledo que hiciese entrada con sus gentes en las tierras de los mahometanos, se dirigió á Coria, ante cuyos muros se presentó de improviso con fuerzas numerosas, y la cercó estrechísimamente; de modo que, á pesar de la fortaleza de la ciudad y del valor de la guarnicion, abatió el ánimo de los moros, primero la cruel hambre que no tardó en sentirse en la plaza, y despues una torre de madera que dominaba la muralla, y desde la cual hacian los sitiadores grandes estragos en los sitiados.

Enviaron, pues, los de la ciudad un parlamentario á Alonso VII, pidiéndole treguas, y prometiéndole rendir la fortaleza si no eran socorridos en el término de un mes. El emperador lo concedió; pero Coria no podia esperar auxilios de los valíes de la Bética y Estremadura, acometidos por el alcaide de Toledo y por Nuño Alonso; y asi se entregó en el término prefijado.

Esta plaza era de la mayor importancia para los cristianos de Castilla y aun de Portugal, porque cubria todos los territorios que uno y otro poseían al sur del Duero, comprometidos siempre por las invasiones de los musulmanes mientras éstos fueron dueños de Coria. Este año reedificó el rey de Portugal el

castillo de Leiria, necesario para la defensa de Coimbra, mientras los moros poseyesen la línea del Tajo.

La pérdida de Coria hizo desmayar á los musulmanes de Estremadura, de modo que abandonaron algunos de los castillos que poseían cerca de aquella ciudad, entre ellos el de Albalate. La gente de Avila y Salamanca, sabiendo esto, fueron á él unidas y lo demolieron. El emperador, contento de su nueva adquisicion, estableció en élla sede episcopal, y se volvió con su ejército á Salamanca.

No fue menos dichosa la espedicion del conde don Rodrigo Fernandez. Entró en las tierras de los moros, les impidió que enviasen socorro á Coria, los derrotó en Alcanabet, y se volvió á Toledo con grande botin y mas de 10000 cautivos. Nuño Alfonso hizo tambien gravísimos daños á los moros con su partida. Noticioso el emperador de sus hazañas, y sabiendo el motivo que le impedia presentarse en la córte, le mandó llamar, le recibió con grande afabilidad y agasajo, y le hizo teniente de alcaide de Toledo.

Las cosas de los almoravides iban de caida, asi en España como en África, y esta era la ocasion de que los cristianos hubiesen podido dar golpes mortales al islamismo de la península si hubiesen estado mejor unidos entre sí los príncipes que los gobernaban. Las guerras frecuentes que se hacian distraian sus fuerzas y su atencion. Don Ramon, conde de

Barcelona y príncipe de Aragon, en vez de lanzar los moros de las plazas que aun les quedaban al norte del Ebro, estaba entretenido en una guerra sin objeto contra el rey de Navarra.

Esta pequeña monarquía, que en tiempo de don Sancho el Mayor fue la primera de la cristiandad española, no solo se hallaba reducida á límites muy estrechos, sino estando rodeada por todas partes de dominios cristianos y sin ningun contacto con los moros, no veia posibilidad alguna de engrandecerse, cuando Portugal tenia el Algarbe por cebo de su ambicion, Castilla la Andalucía, y Aragon, reunido ya con Cataluña, las valías de Valencia y Murcia. El interes de los navarros era vivir tranquilos y contentos en la patria, pequeña, pero fertil y abundosa que les habia creado el valor de sus antepasados. La ambicion de don García el Restaurador les impidió gozar por algunos años de esta ventura.

Don Ramon, conde de Barcelona, príncipe de Aragon y prometido esposo de la reina Petronila, preparaba con sagacidad los medios de triunfar de los moros, y no queria empezar las operaciones hasta que hubiese reunido las fuerzas necesarias para lanzarlos á la otra parte del Ebro. Pero entonces le era preciso asegurarse el afecto y obediencia de los aragoneses, y verificar la union de éstos con los catalanes en una sola monarquía.

Los dos Alonsos de Castilla y de Portugal

se hallaban en mejor posicion para acometer á los moros de España en el mismo centro de sus dominios; pero de éste, que debia ser el norte de su política, los separaban con frecuencia sus guerras y sus alianzas con los reinos de Navarra y de Aragon, que despues de haberse separado voluntariamente en la muerte de Alonso el Batallador, querian volverse á reunir por medio de la guerra y de la conquista.

Entretanto el principio del fanatismo, que tanto vigor dió á los sarracenos en su primera invasion de España, debilitado ya por la opulencia, por las delicias del pais y por el trascurso del tiempo, se rejuvenecia con la doctrina de Algazali, maestro del Mehedi, que iba cundiendo en Andalucía y en los Algarbes. La conformidad de principios con los almohades hizo fácil á éstos la conquista de la España árabe, y presentó á los cristianos un pueblo nuevo y vigoroso, que puso por la cuarta y última vez en problema la existencia de la cristiandad de España despues de Tarif, Almanzor, y Jucef el almoravide.

Pero los almohades encontraron ya mas crecidas y vigorosas las monarquías cristianas de la península. Merced á las conquistas del Batallador, de Alonso Enriquez, del emperador y de don Ramon de Barcelona, era ya mayor el territorio español que el sarraceno, estaba bien poblado, y cultivado con las artes de la paz. Asi pudo resistir sin notables pérdidas el primer

choque del fanatismo de los almohades, y esperar á que esta tribu, como todas las demas del mahometismo, se debilitase con la opulencia y los deleites.

Combate de la Mata de Montelo: tercera espedicion de Alonso VII á Andalucía (1143). Nuño Alfonso reunió este año un cuerpo de 900 caballos escogidos y 1000 infantes, compuesto de la gente de Toledo, Avila y Segovia, y pasando la Sierra Morena, barrera ya muy flaca contra los castellanos, entró en la campiña de Córdoba y la taló completamente. Recogido el botin se volvió á Toledo.

Uno de los moros que habia cautivado se escapó, y dió cuenta á los valíes de Córdoba y Sevilla, que ya habian juntado sus huestes contra él, del corto número de hombres que llevaba, como tambien del camino que seguia. Con esta noticia, reforzando su ejército con nuevas levas, salieron en persecucion de los cristianos.

Nuño Alfonso, apenas los divisó, ocupó un alto llamado la Mata de Montelo: y habiendo establecido allí sus tiendas, dividió su gente en dos batallones, y los animó con sus palabras y ejemplo. El enemigo cuando se acercó, viendo el corto número de los cristianos, tuvo por cierta la victoria. Nuño, conociendo que la principal y mas esforzada hueste de los moros era la que obedecia á Abenceta, valí de Sevilla, cargó sobre ella con gran denuedo, esperando que vencido lo mas fuerte, no

sería difícil desbaratar á los otros. Iban con él dos toledanos llamados Pedro Albacil y Roberto Mongamariz, que arremetiendo intrépidamente al valí de Sevilla, le hirieron de muerte, le derribaron del caballo y le cortaron la cabeza. Azuel, valí de Córdoba, y los demas capitanes, desmayaron con la muerte del sevillano, y comenzaron á retirarse. Nuño Alfonso los persiguió con rapidez, y alcanzando á Azuel le derribó de un bote de lanza y le cortó la cabeza. La mortandad de los mahometanos fue grande; y quedaron en poder del vencedor muchos prisioneros, algunas banderas, armas, caballos, ricos vestidos y todo el bagaje. Las cabezas de los dos valíes se pusieron en los hierros de dos estandartes, y las de los cabos mas principales en picas. Los cuerpos de Abenceta y Azuel fueron envueltos en tafetanes y entregados á los cautivos moros para que les diesen sepultura.

Esta costumbre bárbara de hacer trofeo de la cabeza del enemigo muerto en la batalla ha sido siempre y es en el dia peculiar de los pueblos mahometanos; y no es de estrañar que los cristianos de España la imitasen aunque no fuese mas que por espíritu de represalias. Nuño Alfonso, alegre con su victoria, entró con su gente en Toledo por el puente de Alcántara, llevando delante las cabezas de los dos alcaides, despues los cautivos, y luego los caballos y acémilas cargados de armas y despojos. De esta manera llegó á la catedral,

donde salieron á recibirle la emperatriz, que á la sazon estaba en Toledo, y el arzobispô con todo el clero. Nuño y los suyos, despues de dar gracias á Dios, entregaron á la iglesia el diezmo del botin, ofrecido en el trance del combate si conseguian la victoria.

Esta fue tan ilustre que el emperador, llamado por su esposa, vino desde Ávila á ver al vencedor; el cual salió á recibirle en el mismo órden que habia entrado en Toledo. El despojo se repartió segun la costumbre, y se envió una rica ofrenda á la iglesia de Santiago. Las cabezas de los valíes muertos se fijaron en el alcazar segun la usanza árabe; pero Alonso VII, mas humano que su siglo, las mandó embalsamar y enviar á las mugeres de los alcaides.

El príncipe Taxfin de Marruecos, que sostenia dificilmente en Africa la guerra contra los almohades, no halló mejor medio para conservar á España y reparar la pérdida de los valíes de Córdoba y Sevilla, que nombrar á Aben Ganía, valí de Valencia, al vencedor de Fraga, su lugarteniente general en la península, agregando á su gobierno la Andalucía, y enviándole considerables sumas con que levantase tropas y vengase la muerte de sus compañeros.

Entretanto el emperador, reunido su ejército, determinó hacer entrada en Andalucía: encomendando antes á Nuño Alfonso y á Martin Fernandez, alcaides de Toledo y de Hita,

que ocupasen á Peña negra con gente escogida, impidiesen que los moros aumentasen las fortificaciones de Mora, y se opusiesen á cualquier tentativa que el enemigo hiciese por aquella parte.

Tomadas estas disposiciones marchó Alonso VII al reino de Córdoba, donde llegó al tiempo de la siega, lo taló sin piedad, pasó saqueando todo el pais á Carmona y Sevilla, en cuyas comarcas hizo lo mismo, y se volvió á Talavera cargado de despojos. Pero alli encontró noticias infaustas que disminuyeron mucho el placer de la buena campaña que habia hecho.

Mientras él asolaba la Andalucía, Farax, alcaide de Calatrava, reuniendo sus tropas con las de otros capitanes moros de la Mancha, resolvió hacer entrada en tierra de Toledo y abastecer el castillo de Mora. Nuño Alfonso, sabiendo que andaban moros por la comarca, salió de descubierta con 40 soldados del castillo de la Peña negra. Las tropas, discurriendo por el camino de Calatrava, hallaron en una cueva un moro escondido. Lleváronle al alcaide, que supo de él cómo Farax venia con cerca de 4000 hombres á meter en Mora un convoy de provisiones. Acabando de hablar el moro, apareció la vanguardia de los de Calatrava. Nuño Alfonso le acometió con la poca gente que tenia, y le hizo volver las espaldas.

Hecho esto entró en Peña negra á consultar con Martin Fernandez lo que debia ha-

cerse, y resolvieron salir juntos á pelear contra el enemigo. Halláronle en órden de batalla junto á los pozos de Algodor. Trabóse una sangrienta pelea, en que murieron muchos de ambas partes. Retiráronse unos y otros del campo para rehacerse. Martin Fernandez habia quedado herido en el combate; y el magnánimo Alfonso le dijo: "Id á Peña negra con vuestra gente para impedir que los moros entren en el castillo. Mi resolucion es esperarlos aqui." Al mismo tiempo mandó á un entenado suyo que siguiese al alcaide; pero el valiente joven se quedó á morir con su padrastro.

Martin Fernandez, conociendo la necesidad de no dejar indefenso el castillo, se entró en él. Farax, apenas notó la poca gente que quedaba á los cristianos, cargó sobre ellos. Nuño y los suyos se defendieron como leones, y sus lanzas fueron funestas á los valientes que se atrevian á acercárseles; pero viéndose rodeados por todas partes de un número superior, se retiraron á un alto llamado Peña del Ciervo, donde los moros los acabaron á ballestazos. Farax mandó cortar á Nuño la cabeza y el brazo y pierna derecha, y envió estos trofeos de la victoria á las viudas de los valíes de Córdoba y Sevilla, y despues á Marruecos.

Asi pereció el valiente Nuño Alfonso, víctima de la órden que habia recibido del emperador de oponerse á cualquier entrada que

intentasen los moros. Este héroe fue ascendiente de dos hombres célebres que vivieron en el siglo XVI en muy diversa posicion: Felipe II rey de España, y Miguel de Cervantes, autor del Quijote.

La guerra entre Navarra y Aragon continuaba. El rey don García, para vengar el sitio que en el año anterior habia puesto su rival á Lumbier, cercó en este la ciudad de Tarazona; pero con mas felicidad, porque logró apoderarse de ella. En el resto de la campaña no hizo mas que correr la vega del Ebro talando y saqueando el pais.

Cuarta espedicion de Alonso VII á Andalucía (1144). El emperador, que manifestó el mayor pesar por la muerte de Nuño Alfonso, emprendió, en venganza de ella y para asegurar la frontera del Tajo, el sitio de Mora desde los primeros dias de abril. La plaza se rindió poco despues, no se sabe si por asalto ó por capitulacion.

Concluida esta empresa, mandó á toda la gente de guerra de Castilla y Leon que concurriesen el mes siguiente á Nájera para hacer guerra á don García, rey de Navarra. El objeto de Alonso VII era obligarle á hacer paces con el príncipe de Aragon, que este año tenia que pasar á Provenza para dar auxilio á su hermano don Berenguel; y no convenia á los intereses de Castilla que el de Navarra se aprovechase de esta ausencia para engrandecerse.

El navarro, inferior en fuerzas, solicitó la paz por medio de los prelados y señores de uno y otro reino, á la cual accedió gustoso el emperador. Don García, que se hallaba viudo, casó con doña Urraca, hija natural de Alonso VII, y suspendió la guerra contra Aragon. Las bodas se celebraron en Leon, adonde concurrieron entrambas córtes. La *Crónica del Emperador* ha conservado la memoria de las fiestas que se hicieron con esta ocasion; y consistieron en músicas, juegos de cañas, toros (ambos regocijos propios de los árabes, y se nombran en este año por la primera vez en la historia de la España cristiana) y *fiestas de ciegos*, que dan una idea bastante exacta de la grosería del siglo. Metian en un coso cerrado á los ciegos, y se les echaba un puerco, cuyo gruñido los guiaba para darle con sus palos, y que era de aquel que lo matase. Los ciegos gruñian para que respondiese; y de esto resultaba con frecuencia que unos se apaleasen á otros con gran risa y diversion del vulgo.

Por el mes de setiembre reunió el emperador su ejército en Toledo y pasó á Andalucía. Recorrió los territorios de Córdoba, Carmona, Sevilla, Granada y Almería sin encontrar resistencia en ninguna parte sino en los pueblos fortificados; y habiendo hecho inmenso botin se volvió con él al Tajo muy contento de su espedicion.

En este año comenzó á desplomarse el im-

perio de los almoravides en África y en España. Abdelmumen, príncipe de los almohades, se habia apoderado de las provincias de Ateza, Gebala y Gieza sin poder hacerle resistencia, porque las tribus berberiscas que habitaban en ellas adoptaron la doctrina del Mehedi. El príncipe Taxfin, que habia sacado de España la caballería almoravide, presentó varias veces la batalla á los almohades; pero siempre fue vencido. Su padre Alí, abrumado de la edad y de los pesares que le causaron tan frecuentes derrotas, falleció en este año, y Taxfin subió al trono vacilante de los almoravides.

Abdelmumen, habiendo reunido ejército numeroso, pasó las sierras de Tedula y Gomera, hizo grandes estragos en el pais llano, y se dirigió á las montañas que están entre Fez y Telencen. Taxfin salió contra él, le rodeó con su innumerable caballería, é hizo gran matanza en los almohades. Esta fue la última victoria de los almoravides en esta guerra. Abdelmumen se guareció en la fragosidad de las sierras, y Taxfin ocupó los llanos. En los frecuentes combates que tenian siempre llevaban lo mejor los almohades defendidos por la aspereza de los montes. Taxfin pasó el invierno bajo las tiendas por no perder de vista al enemigo; lo que causó mucha pérdida á sus tropas tanto por el frio, que fue muy intenso, como por la escasez de víveres. Los llanos estaban desiertos, y los berberiscos de las mon-

tañas, que eran del partido de los almohades, no llevaban provisiones á sus enemigos. Abdelmumen asentó su campo en los montes de Telencen, y en esta ocasion se hizo partidaria suya la tribu de los Zenetes. Asi esperaron los dos ejércitos la primavera siguiente, en la cual debia decidirse tan sangrienta lucha.

Entretanto el Algarbe y la Andalucía eran teatro de crueles discordias. Aben Cosaí, natural de Yelves y sectario de la doctrina de Algazali, que tenia ya muchos prosélitos en Algarbe, se unió á los partidarios de Muhamad de Sevilla, otro apostol de la misma doctrina. Viendo acrecentadas sus fuerzas, resolvió apoderarse de Mértola, que era entonces la plaza mas fuerte del Algarbe, y la sorprendió una mañana al rayar el dia. Reuniéronsele todos los de su secta, y ademas los moros españoles, que estaban cansados de la dominacion de los almoravides, cuyo despotismo sufrian sin utilidad alguna; pues no les daban auxilios para libertarse de las invasiones de los cristianos.

Aben Cosaí hizo guerra á los almoravides, se apoderó de Beja, de Yelves, de Olisonoba y de Mérida. Pasó el Guadiana, tomó á Huelva despues de mucha resistencia, y puso sitio á Niebla, donde encontró grande oposicion; pero al fin se apoderó de ella con el favor de uno de sus partidarios ocultos que mandaba en un puesto principal de la plaza, y lo entregó. Aben Cosaí pasó despues á la comarca

de Sevilla, se apoderó de la fortaleza de Aznalcazar, y tomó posicion en Triana, arrabal de Sevilla, separado de la ciudad solo por el Guadalquivir.

Aben Ganía, gobernador de España por el rey de Marruecos, se puso en marcha hácia Sevilla apenas supo la pérdida de Niebla. Los rebeldes tuvieron noticia de su movimiento por los partidarios ocultos que se comunicaban con ellos en todas partes; y al punto evacuaron á Triana y se retiraron al Algarbe. Aben Ganía los alcanzó, los derrotó en un combate y puso cerco á Niebla. Durante esta guerra fue la espedicion que hizo este año Alonso VII á Andalucía; y asi no es de estrañar que no hallàse resistencia en parte alguna, teniendo los moros ocupadas sus fuerzas en destruirse unos á otros. El sitio de Niebla bien defendida por los rebeldes se prolongó hasta muy entrado el invierno, sufriendo los sitiadores todo género de incomodidades.

Mientras el valí procuraba tranquilizar el occidente de la provincia, los sectarios de Córdoba, viendo tan lejanos á los almoravides, se levantaron, dieron muerte al cadí, y nombraron por su caudillo á Abu Giafar. Esta noticia obligó á Aben Ganía á levantar el sitio de Niebla y volar al socorro de la Andalucía central; pero en el camino supo que el pueblo de Valencia alborotado contra los almoravides, los habia obligado á salir de la ciudad y retirarse á Játiva. Iguales noticias re-

cibió de Murcia, Almería y Málaga. En esta última ciudad los almoravides se retiraron á la Alcazaba, y el pueblo los tuvo sitiados en ella siete meses. Asi concluyó el año de 1144, funesto á la potencia de los almoravides en España.

Los gobernadores de Badajoz, Ébora y Beja, antes de la rebelion de Aben Cosaí, hicieron entrada en el territorio portugues con grave daño de los cristianos. Los capitanes que el rey don Alonso Enriquez tenia en aquella fortaleza, y con ellos los caballeros templarios, establecidos ya en Portugal, salieron al encuentro al enemigo; pero sufrieron una rota considerable.

Don Ramon, príncipe de Aragon, pasó á Provenza á pelear con Raimundo Baucio, que se habia rebelado contra el conde don Berenguel. Este príncipe murió á manos de unos piratas de la faccion de Baucio, y dejó un hijo que le sucedió. Don Ramon sujetó á Mompeller que tambien se habia rebelado, y obligó á Baucio y sus secuaces á someterse á su sobrino.

Conquista de Santaren (1145). Aben Ganía, viendo que el impulso de la rebelion estaba dado, y pronosticando sus consecuencias, aconsejó á su hermano Muhamad que partiese de Sevilla en las naves y con las tropas almoravides que allí habia, que diese la vela para las Baleares, tomase de paso los buques que estaban en Almería, y conquistase y for-

tificase aquellas islas. Hízolo asi Muhamad: arrojó de Mallorca á los pisanos, y se hizo fuerte en aquel punto.

En Sevilla, desguarnecida de las fuerzas navales, hubo un alboroto en que perecieron muchos almoravides; pero fue reprimido y castigado por Aben Ganía, que llegó entonces, y fijó allí la residencia de su gobierno. Entretanto los cordobeses echaron á Abu Giafar, que se habia apoderado del gobierno, y pusieron en su lugar á Seif Dola, que tenia gran partido entre ellos por su política y sus grandes riquezas, bien que les disgustaba el verle tan favorecido del emperador. Por este motivo, tan fuerte entre los mahometanos, le echaron á los pocos dias, y volvieron á recibir por valí á Abu Giafar.

Uno de los principales actores de esta revolucion era Farax, alcaide de Calatrava, que fingiéndose adicto á Seif Dola, favoreció en secreto á su rival. Queriendo llevar la perfidia hasta el fin, acompañó al valí depuesto cuando salió de Córdoba, esperando encontrar alguna ocasion para matarle ó entregarle. Pero Seif Dola, que no ignoraba su trato doble, mandó á los soldados cristianos de su ejército (pues el emperador le habia dado tropas auxiliares) que le quitasen la vida. Hecho esto, se apoderó de Jaen, Ubeda y Baeza: hizo grandes é inútiles esfuerzos para poseer á Granada, donde el pueblo tenia la ciudad y los almoravides la Alham-

bra. Mejor suerte tuvo en Murcia, donde arrojados los almoravides, todos los habitantes con unánime consentimiento, le recicieron por valí. De Játiva fue arrojado Abdalá, sobrino y lugarteniente de Aben Ganía, y se dió aquel gobierno á Abdalaris, moro muy esforzado, que conociendo lo peligroso de la situacion, rehusó largo tiempo aceptar el mando, hasta que vencieron su resistencia las súplicas de sus amigos.

Asegurado en el mando, persiguió á los almoravides de la España oriental, apoderándose de Denia y Alicante, mientras Saif Dola, señor de Murcia, los arrojaba de sus dominios. Los almoravides abandonaron para siempre las provincias de Valencia y Murcia, y se retiraron á la de Almería, donde consiguieron sujetar al pueblo y restablecer su poderío.

Los de Granada abandonaron la fortaleza de la Alhambra, previendo que la falta de víveres los obligaria á rendirse, y se reunieron con sus compañeros que campeaban en la vega. Los que estaban en la fortaleza de Málaga la rindieron por avenencia. La ciudad reconoció á Seif Dola por su señor.

En este tiempo el pueblo de Granada, viéndose sin gefe, reconoció á Seif Dola, que fue á tomar posesion de la ciudad. Aben Adha, cadí de Granada, salió á recibirle, y le hospedó en su casa. Como Seif Dola pidiese agua y se le sirviese, un esclavo que allí estaba gritó: *Sul-*

tan, no la bebas, que está confeccionada. Aben Adha, hombre virtuoso, avergonzado de que se desconfiase de su lealtad, viendo que Saif Dola no queria beber, apuró la copa, y quitó toda sospecha de sí; pero aquella noche murió emponzoñado, porque una mano desconocida, enemiga de Seif Dola, habia puesto yerbas en la bebida.

Abdalasis no gozó mucho tiempo el señorío de Valencia. El pueblo incitado por Aben Ayadh, lugarteniente de Seif Dola en lo de Murcia, se levantó contra él: y salió fugitivo del gobierno que tanto habia rehusado, vagó errante y sin encontrar asilo por las montañas de Murcia y Granada, pasó disfrazado al territorio de Almería, y allí fue reconocido, preso y llevado á Abdalá, sobrino de Aben Ganía, el cual ni quiso darle muerte, por consideracion á sus virtudes, ni libertad, por temor de su esfuerzo: y así siempre le tuvo prisionero y á buen recaudo; y cuando se retiró á Mallorca le llevó consigo. A fines de 1145 no quedaba á los almoravides en España mas que los valíes de Almería y Sevilla: en ésta mandaba Aben Ganía, en aquella su sobrino Abdalá. El Algarbe estaba por Aben Cosaí; Córdoba y la Mancha por Abu Giafar; Jaen, Granada, Murcia y Valencia por Seif Dola.

Alonso Enriquez, rey de Portugal, quiso aprovecharse de las revoluciones de la España musulmana. Deseaba apoderarse de Santaren, y tener un pie sobre el Tajo; línea que habian perdido los cristianos con gravísimo perjuicio

suyo en tiempo del conde don Enrique su padre. Pero aquella plaza era muy fuerte, y el rey carecia de los recursos necesarios para sitiarla en regla. Determinó, pues, valerse de la astucia y deber á ella lo que no podia conseguir por la fuerza de las armas.

Cuando los moros estaban mas descuidados y atentos solo á sus divisiones intestinas, juntó con gran secreto sus tropas mas valerosas, y sin confiar á nadie lo que trazaba, se puso en marcha, llegó sin ser sentido poco antes de amanecer á las cercanías de la plaza, y apenas se abrieron las puertas, acometió de improviso un cuerpo de guardia, entró la ciudad, y en pocas horas se hizo dueño de ella. Algunos mahometanos se escaparon con los cautivos que tenian. Así volvió á poder de los portugueses aquella fortaleza importante.

Ni era mejor en África que en España la suerte de los almoravides. Apenas llegó la primavera de 1145, Abdelmumen se internó en las montañas de Telencen, y Taxfin, rey de Marruecos, marchó contra él al frente del ejército numeroso, que habia tenido acampado en los llanos durante todo el invierno, despues de habérsele reunido mucha gente de las tribus de Zanhaga que eran parciales suyas. Resuelto á echar de las sierras á los almohades, hizo que sus tropas subiesen á las primeras colinas por la parte de Wbad, pueblo cercano á Telencen. Abdelmumen bajó al encuentro del enemigo; y se dió una terrible batalla, en que los almora-

vides fueron completamente derrotados, y perseguidos en los mismos llanos con grande mortandad.

En vano el valiente Taxfin, reuniendo gente de Sigilmesa, de Bugía y de Marruecos, hizo el último esfuerzo, y volvió á tentar la suerte de las armas al pie de las sierras de Telencen. Abdelmumen, aunque inferior en el número, le dió una segunda rota mas decisiva aún que la primera. Taxfin se retiró á Telencen, que fue sitiada por el vencedor é intrépidamente defendida.

Cansado el caudillo de los almohades de combatir sin fruto una plaza que no le era posible tomar, marchó contra Oran, fortaleza no menos inexpugnable, pero en la cual no creía encontrar al rey de Marruecos. Pero se engañó: Taxfin, poniéndose al frente de un cuerpo escogido, se abrió paso por entre los cuarteles de los almohades que cercaban á Oran, y entró en ella resuelto á defenderla ó sepultarse entre sus ruinas.

Abdelmumen se obstinó en tomarla. Las surtidas y escaramuzas eran frecuentes y sangrientas. Taxfin deseaba pasar á España para traer de allí nuevas levas: y saliendo en una noche muy oscura á embarcarse en el puerto de Mazalquivir, la yegua en que iba le despeñó de un barranco. Así pereció el último héroe de los almoravides, y dejó el espirante imperio de Marruecos á su hijo Isaac. Oran se resistió valerosamente aunque los almohades le habian cortado el

agua, y Abdelmumen no se apoderó de ella sino entrándole por asalto.

Batalla de Chinchilla: quinta espedicion de Alonso VII á Andalucía (1146). Abdelmumen, rey de los almohades, despues de rendida Oran, ocupó á Mazalquivir: y dejando estas dos fortalezas bien guarnecidas, se puso con su ejército sobre Telencen: despues de un largo cerco y porfiada resistencia la entró por asalto, y pasó al filo de la espada mas de cien mil personas. Sitió luego á Fez; y como esta plaza se defendiese con gran constancia y valor, construyó un murallon con troncos de árboles en el rio, represó las aguas, formó un grande estanque: y cuando estuvo lleno, rompió el murallon. Las aguas descendiendo con ímpetu, fueron á dar contra la ciudad, y derribaron sus muros hasta los cimientos.

Mas no por eso logró entonces apoderarse de Fez: porque la misma corriente que destruyó muchas casas y edificios de la ciudad, impedia á sus tropas entrar en ella. Las surtidas y escaramuzas seguian con varia suerte, hasta que la injusticia, y la traicion su hija, entregaron la plaza á los almohades. Era valí en Fez el príncipe Yahía, hermano de Taxfin; pero dirigia los movimientos militares un valeroso capitan, llamado Abdalá, natural de Jaen. Abdalá amaba estraordinariamente á una doncella de sangre principal con la cual pensaba casarse; pero Yahía, tambien enamorado, la pidió á sus padres y fue preferido. El furor de los celos no pudo

sin embargo hacer mella en la lealtad de Abdalá, que defendió valerosamente la plaza; pero Yahía le pidió cuentas de ciertas sumas de dinero, y le instaba á que las entregase. Abdalá dijo que las habia empleado en las fortificaciones de la ciudad. El valí le trató mal; y Abdalá no pudiendo sufrir la injuria, entregó la fortaleza á Abdelmumen. Yahía se refugió en Tanger y de allí pasó á Andalucía.

Á la conquista de Fez sucedieron las de Agmat, Mequinez y Salé, que habia vuelto al poder de los almoravides: de modo que solo quedaba á éstos en África la ciudad de Marruecos y algunas otras plazas menos considerables. Entonces meditó Abdelmumen estender su imperio á España, y encargó á su caudillo Muza que con 10000 hombres de buenas tropas desembarcase en la playa de Algeciras, seguro de que se le unirian los moros de España que profesaban la doctrina de Algazali.

En la península continuaban las guerras y divisiones intestinas. Seif Dola, viéndose dueño de la España oriental, creyó que era llegada la hora de emanciparse, y así disputó á los caudillos cristianos auxiliares que tenia en su ejército los despojos que habian cogido en los campos de Úbeda y Baeza, ciudades rebeladas contra Seif Dola y sometidas por ellos. Los castellanos no quisieron cederlos, y se retiraron con el botin. Estos caudillos auxiliares eran el conde don Manrique de Lara, alcaide de Toledo, Armengol, conde de Urgel, llamado el *Castellano*,

porque pasó casi toda su vida en la córte de Castilla, el conde don Ponce, alcaide de Salamanca, y don Martin Fernandez, que lo era de Hita.

El emperador resolvió quebrantar el poder de Seif Dolá, y encargó á los señores ya nombrados que reforzasen sus tropas y pasando á la provincia de Valencia, pusiesen sitio á Játiva. Uniósceles Abdalá, valí de Cuenca, feudatario de Alonso VII y enemigo personal de Seif Dola. Los cristianos sitiaron la plaza. Seif Dola para defenderla juntó grande ejército de Valencia, Murcia y Jaen.

Los caudillos cristianos temiendo que se reuniesen todos los enemigos, levantaron el cerco, y marcharon contra la gente de Murcia antes que se le uniesen las demas tropas. Mas no pudieron impedirlo: los valencianos hicieron tan buena diligencia que se incorporaron con la gente de Murcia en Albacete, donde tenia Seif Dola su cuartel general, un dia antes que llegáran los cristianos.

La batalla se dió en el campo de Lug, cercano á Chinchilla, y fue sangrienta y ostinada. En lo mas recio de ella recibió Seif Dola un bote de lanza que le rompió el pecho, y cayó envuelto en su sangre. Murieron tambien peleando los caudillos de Valencia y Murcia con lo cual desmayaron los moros; y aunque Aben Ayadh, lugarteniente de Seif Dola, hizo prodigios de valor, le fue preciso retirarse favorecido por las tinieblas de la noche.

Los cristianos despues de tan señalada victoria, pasaron á Murcia, derrotaron la guarnicion de la plaza, que les salió al encuentro, se hicieron dueños de ella, y la entregaron al valí de Cuenca. Bien quisiera éste impedir que los cristianos permaneciesen en la ciudad, cosa que desagradaba mucho á sus nuevos vasallos: mas no le fue posible evitarlo.

Aben Cosaí, que dominaba en el Algarbe, pero que tenia al frente á Aben Ganía, caudillo valiente y sagaz, y que sostenia en Sevilla las reliquias del moribundo poderío de los almoravides, cuando supo las victorias de los almohades en el reino de Marruecos, escribió á Abdelmumen incitándole á apoderarse de Andalucía, y á acabar en España con los comunes enemigos. El almohade le nombró valí de Algarbe, y se preparó como ya hemos dicho á enviar tropas á la península.

Aben Ganía, sabido esto, escribió á Muhamad y á Omar, lugartenientes de Aben Cosaí, mostrándoles cuán perversa era la política de su gefe, que queria traer á España á los almohades, pueblo bárbaro y feroz: que su intencion no era como la de Aben Abed, el que llamó á los almoravides, libertar á los musulmanes de la prepotencia de un rey cristiano y victorioso como era Alonso VI, sino medrar y engrandecerse á costa de sus conciudadanos con el auxilio de una nacion fiera y estraña. "Yo no aspiro á otra cosa, añadia, sino á defender las fronteras del mahometismo contra los cristianos del norte."

Estas exhortaciones de Aben Ganía produjeron efecto. Muhamad y Omar se sublevaron contra su gefe Aben Cosaí, el cual para resistirlos, viendo lejano todavía el auxilio de los almohades, hizo alianza con Alonso Enriquez, rey de Portugal, y le pidió tropas auxiliares. Los portugueses entraron con los soldados del valí en los territorios de Mérida y Beja, donde se habian hecho fuertes los dos caudillos; pero la conexion de Aben Cosaí con los cristianos aumentó el ódio contra él, y tuvo que despedirlos colmados de presentes. Los rebeldes le sitiaron despues en Mértola, tomaron la fortaleza y le prendieron; pero Abdalá ben Aly, que llevaba su voz, logró apoderarse de Beja, donde estaba preso; y le restituyó á su libertad y al gobierno del Algarbe. Omar vencido por Abdalá se refugió en Sevilla en la córte de Aben Ganía.

Este valí, reducido al territorio del Guadalquivir inferior, habiendo neutralizado las fuerzas del Algarbe con la rebelion que suscitó, tomó las armas contra Abu Giafar, sultan de Córdoba. Este imploró el auxilio de los cristianos, y el conde Manrique de Lara pasó desde las fronteras de Murcia al reino de Córdoba, y ocupó á Baeza, Andujar y otras plazas. Aben Ganía se apoderó de la ciudad de Córdoba: y apenas lo supo el emperador, pasó con todo su ejército la Sierra Morena, y se puso sobre esta capital.

En este tiempo desembarcó Muza con sus diez mil almohades en la playa de Algeciras, y

al punto se le reunió Aben Cosaí con la gente del Algarbe. Puso sitio á Algeciras, y los almoravides que estaban en ella de guarnicion, no esperando ningun buen partido del enemigo, se abrieron paso por los cuarteles espada en mano, y se retiraron á Sevilla. Tomada Algeciras, los almohades ocuparon sucesivamente casi sin resistencia á Gibraltar, Sidonia y Jerez.

Aben Ganía, oprimido por los almohades en el mediodía de su provincia y por los cristianos en el norte, incapaz de resistir á las fuerzas de Alonso VII que le tenia sitiado en Córdoba, hizo de la necesidad virtud, y trató alianza con él contra los almohades. El emperador aceptó la propuesta, y despues de haber entrado en la plaza, donde no dejaron de hacer sus tropas daños y desacatos, se la entregó en feudo al almoravide con todo el reino de Córdoba, escepto la plaza de Baeza, donde dejó por alcaide y fronterizo al conde don Manrique, y se volvió á Toledo, meditando una grande empresa contra Andalucía, á la cual concurriese toda la cristiandad de España. Incitábale á ello el mal estado de los potentados musulmanes, y sus guerras civiles, tan favorables al logro de su proyecto; pero la guerra entre navarros y aragoneses se oponia á la reunion de todas las fuerzas cristianas contra los moros de Andalucía.

Para destruir este obstáculo, convidó á una conferencia á García de Navarra y á Ramon de Aragon, y designó para celebrarla el castillo de San Esteban de Gormaz. Concurrieron á ella el

emperador, aquellos dos príncipes y muchos señores y prelados de los tres reinos; pero por mas que hizo Alonso VII, no pudo conseguir la paz, sino solo una tregua entre navarros y aragoneses. Mas logró que prometiesen auxiliarle en la espedicion que meditaba para el año siguiente.

El valí de Cuenca, á pesar de las tropas auxiliares castellanas, no se sostuvo mucho tiempo en Murcia. Aben Ayadh, valí de Valencia, marchó contra él, sitió la plaza, cuyos habitantes eran contrarios al de Cuenca porque habia introducido cristianos en la ciudad; y así en un asalto que dieron los valencianos, se tumultuaron los del pueblo, y atacaron desde lo interior á los del de Cuenca, que se defendian contra el enemigo de fuera. No fue dificil, pues, á Aben Ayadh entrar en la ciudad. El de Cuenca y los suyos huyeron: pero el valí al salir por la puerta fue herido de muerte. Aben Ayadh no perdonó á ninguno de los cristianos que pudo coger.

Esta crueldad recibió su castigo poco despues. Aben Ayadh, persiguiendo los restos del ejército enemigo, llegó hasta Uclés, y pasando una noche por un desfiladero, á pesar de las piedras y flechas que los enemigos le tiraban desde las alturas, fue herido de muerte con una saeta. Los valencianos eligieron por rey á Muhamad Aben Sad, lugarteniente del difunto, y generalmente bienquisto por sus escelentes cualidades. Este dominó desde los confines de Va-

lencia con Cataluña hasta las fronteras de Granada; y Valencia, Alicante, Murcia, Guadix y Baza le obedecian.

Conquista de Calatrava: sesta espedicion de Alonso VII á Andalucía: saco de Almería: conquista de Lisboa (1147). No se engañó el emperador en sus presentimientos. Este año fue uno de los mas felices para la cristiandad de España por la toma de dos plazas importantes que adelantaban su línea militar, y por el saco de una metrópoli musulmana, rica y opulenta.

El emperador don Alonso habia convocado todas las tropas de sus dominios para la espedicion que meditaba; y habiéndose reunido las de Toledo y Estremadura, mientras llegaban las demas, puso sitio á Calatrava, fortaleza importante desde la cual hacian los moros graves daños en las tierras de Toledo, como ya hemos visto en los años que fue alcaide de ella el atrevido y astuto Farax. La plaza se rindió á fines de enero; y con su adquisicion se estendieron las fronteras de Castilla hasta el Guadiana de la Mancha.

Reunido todo su ejército, y determinado á sitiar á Almería, plaza muy dañosa á los cristianos de España é Italia, por las piraterías que la habian enriquecido y que era la principal ocupacion de sus habitantes, viendo que no le seria posible tomarla sin fuerzas navales, envió á don Arnaldo, obispo de Astorga, embajador suyo, á don Ramon, conde de Barcelona, á Guillermo, duque de Mompeller, y á las re-

públicas de Génova y Pisa, para que le auxiliasen, pues todos estaban interesados en destruir aquella cueva de ladrones, sitiándola por mar con sus escuadras. Todos prometieron su asistencia, y convinieron en hallarse con sus bageles sobre Almería á principios de agosto. Don García, rey de Navarra, vino en persona á la espedicion con un cuerpo de tropas.

El emperador entró por mayo en Andalucía, rindió á Baños y á Cazlona, castillos que juntamente con el de Baeza aseguraban su retirada, y llegó á principios de agosto á Almería, en cuyas aguas apareció al mismo tiempo la escuadra combinada. El emperador empezó á batir la plaza por la parte de tierra con los instrumentos y máquinas comunes entonces. Hubo en el cerco varias escaramuzas y asaltos. Pero el 17 de octubre se rindieron los habitantes á condicion de salvar las vidas: porque no tenian esperanza ninguna de que los socorriese Aben Ganía, feudatario del emperador, y que ademas se hallaba acometido en Sevilla por los almohades y en Córdoba por los partidarios de Abu Giafar.

El saco de Almería produjo inmenso botin; con el cual volvieron las tropas de tierra y mar, así nacionales como estrangeras, ricas y contentas á sus casas. El emperador, habiendo dejado buena guarnicion en la ciudad, se volvió á Toledo. Parece que tenia esperanza de conservarla por medio de las plazas que poseía ya dentro de Andalucía y por sus relaciones con el caudillo de los almoravides en España.

Pero estas esperanzas se desvanecieron con la ruina total del imperio de Marruecos y el triunfo definitivo de los almohades en Africa y en la península. Abdelmumen, dueño ya de todas las provincias que poseian los almoravides, puso sitio á la capital, acampando sus tropas en el monte Gelez, que está al occidente de la poblacion: y previendo que el cerco seria largo, fundó allí una nueva ciudad, en la que su ejército estuviese defendido de la intemperie.

Los almoravides salieron de la ciudad á pelear con los enemigos, que cediendo poco á poco los llevaron hasta unas celadas. Los almohades que estaban en ellas, acometiendo con ímpetu, desbarataron fácilmente á los marroquíes ya cansados, y los obligaron á retirarse á la ciudad con mucha pérdida: pero mayor sufrieron al entrar por las puertas, á causa de la estrechura y prisa de entrar, alanceados siempre por el vencedor.

Los almoravides no se atrevieron á hacer otra salida, y los sitiadores se redujeron á guardar cuidadosamente las avenidas, de modo que no entrasen víveres, confiados en que una poblacion tan numerosa consumiria muy pronto los acopios que tuviese. Entretanto se rindió Tanger á los almohades: y Marruecos, despues de haber sufrido todos los horrores del hàmbre, en la cual perecieron 200000 personas, fue entrada casi sin resistencia. El infeliz Isaac, último príncipe de los almoravides, cayó con to-

da su familia en poder de Abdelmumen, que los mandó matar.

Ni era menos feliz en España su lugarteniente Muza. Apoderóse de Arcos, Lebrija, y últimamente de Sevilla, que le abrió sus puertas, mientras Aben Ganía sustentaba con suma dificultad la causa ya perdida de los almoravides en el reino de Córdoba. Su alianza con Alonso VII aceleró su ruina: porque enagenó los ánimos de todos los musulmanes que conservaban todavía algun afecto á la dinastía destronada.

Don Alonso I, rey de Portugal, que en la campaña del año anterior en socorro de Aben Cosaí tuvo ocasiones de conocer la debilidad de los mahometanos de España, viendo que los del Algarbe se habian sometido á Abdelmumen, resolvió, antes que los almohades pasasen con mas fuerzas á la península, apoderarse de Lisboa, plaza importantísima tanto por su puerto, como porque su posesion aseguraba al naciente reino de Portugal toda la línea del Tajo, que era su antemural contra las empresas y correrías de los moros del Algarbe.

Juntó, pues, todo su ejército, se apoderó de los castillos cercanos á la plaza, y la puso sitio. La guarnicion se defendió con intrepidez; pero una feliz casualidad favoreció mucho á los cristianos. Una armada de cien bajeles ingleses, flamencos, alemanes y franceses pasaba á la sazon con un refuerzo considerable de cruzados de aquellas naciones á la guerra de Palestina. Una tempestad la obligó á entrar por la barra

de Lisboa sabiendo que los portugueses la ocupaban. Don Alonso pasó á verse con los capitanes, les mostró que estando tan adelantada la estacion no podrian continuar su viage á levante sin esponerse en el Mediterráneo á las tempestades del equinoccio, les suplicó que le auxiliasen en su empresa, la cual era tambien una cruzada contra los infieles, y les persuadió á desembarcar y tomar parte en los trabajos del sitio.

La resistencia fue tenaz. Despues de cinco meses de asedio, asaltaron los cristianos la plaza el 25 de octubre. Hubo un sangriento y porfiado combate; pero los moros fueron vencidos, y los sitiadores entraron á sangre y fuego en la ciudad. La mortandad fue terrible: los habitantes que escaparon del primer furor, quedaron reducidos á esclavitud, y se hizo riquísimo botin. El rey don Alonso premió con generosidad á sus valerosos auxiliares, de los cuales muchos se establecieron en Portugal. Despues de haber reparado las fortificaciones de Lisboa, y puesto en ella competente guarnicion, rindió las fortalezas de Cintra, Almada, Palmela y otras cercanas que cubrian su nueva conquista.

Conquista de Tortosa (1148). Aben Ganía, deseoso de adquirir nombre ilustre entre los musulmanes y de borrar la sospecha de ser afecto á los cristianos, prometió al emperador entregarle la fortaleza de Jaen si venia en persona á tomar posesion de ella. Alonso VII estaba resuelto á hacer la espedicion, pero sus capitanes

no habian olvidado la traicion de Rueda en tiempo de Alonso VI, y no lo permitieron. El conde Manrique de Lara enviado para encargarse de la plaza, fue preso con los caballeros que le acompañaban de órden de Aben Ganía. Pero el pueblo de Jaen, temeroso de la venganza del emperador, que conocia ya muy bien el camino de la Bética, arrancó los presos de manos de la guarnicion y los puso en libertad.

Pronto fue castigada esta traicion por los almohades. Muza su caudillo tenia sitiada á Carmona, plaza entonces muy fuerte, y reclutando tropas en el reino de Sevilla, marchó contra Córdoba que defendió Aben Ganía con su acostumbrada intrepidez; pero viendo que no podia sostenerse en ella, salió de la plaza y pasó á Granada, que desde la muerte de Seif Dola habia vuelto á poder de los almoravides.

Muza rindió á Córdoba, y pasó al territorio de Jaen, donde tuvo varios encuentros con Aben Ganía; pero habiéndose rendido Carmona en estas circunstancias, Muza reunió todas sus tropas, ocupó el gobierno de Jaen y penetró en la vega de Granada. Aben Ganía le salió al encuentro con el resto de las fuerzas almoravides que habian sobrevivido al imperio, y cayó como valiente atravesado de mil heridas. Así pereció el vencedor de Fraga, el último de los almoravides.

El principe de Aragon comenzó este año las operaciones contra los moros de su frontera. Tortosa era el padrastro de Cataluña. Fortale-

za aun mismo tiempo marítima y terrestre, infestaba el condado de Barcelona con algaras y sus playas con piraterías. En la espedicion del año anterior en que concurrió con los de Mompeller, Génova y Pisa á la conquista de Almería contrató con ellos que le auxiliasen para la de Tortosa.

Apenas llegaron los buques auxiliares que entraron por la embocadura del Ebro, é interceptaron la comunicacion de la ciudad con la marina, se presentó por tierra el ejército de don Ramon, y cercó la ciudad por todas partes. Los moros no ignoraban de antemano los proyectos del príncipe, habian juntado muy buenas tropas, hecho grande acopio de municiones de guerra y prevenídose de víveres en abundancia, y así el sitio fue largo y sangriento; pues duró desde junio hasta el último dia de diciembre, y hubo muchos asaltos y surtidas. Pero las torres de madera que aproximaban los sitiadores á los muros y desde las cuales causaban mucho estrago en la guarnicion, hicieron desmayar á los sitiados, que por otra parte no tenian de donde esperar socorro; porque Aben Sad, rey de Valencia y Murcia, viendo á los almohades ya en Granada y tan cerca de sus estados, mas que en guerrear contra los aragoneses y catalanes, pensaba en hacer alianza con ellos contra los africanos. De las montañas de Prados en el territorio de Tarragona, ocupadas todavía por los moros, poblacion casi selvática y muy belicosa,

nada podian esperar : porque las mesnadas del príncipe y de Guillermo, duque de Mompeller, guardaban al norte de la ciudad todos los pasos de la sierra.

Los sitiados se retiraron pues al castillo de la Azuda, donde creyeron que no podrian acercarse las torres; pero los cristianos despues de cegar la cava, construyeron una torre muy alta, bien trabada y capaz de 300 soldados. Acercóse al muro de la Azuda, y los 300 empezaron á batirle, y aunque recibieron mucho daño, rompieron un lienzo del muro y mataron á muchos de los defensores. Los moros desalentados pidieron treguas á condicion de entregarse si no eran socorridos dentro de 40 dias. Aceptóse esta condicion, dando los sitiados cien rehenes de las mas principales familias de la ciudad.

Cumplido el plazo rindieron los moros la fortaleza. El príncipe don Ramon cedió á la república de Génova una tercera parte de la ciudad segun el convenio hecho anteriormente con ella, otra tercera á don Guillen de Moncada, senescal de Cataluña, que hizo grandes servicios en esta conquista, y la otra tercera parte reservó para sí. Así se completó la línea del Ebro, no quedando al norte de ella en poder de los mahometanos mas que las plazas de Lérida y Fraga y la serranía de Prades.

Entretanto Abdelmumen, despues de rendida Marruecos, afirmaba su imperio en África con nuevas victorias. Las tribus Masamudes y las demas del Almagreb (así llaman los ára-

bes á la parte mas occidental del imperio de Marruecos) se pusieron bajo su proteccion. Un hombre llamado Muhamad, que ganaba su vida curando lienzos en el puerto de Salé, que era su patria, se atrevió á hacer el papel de Mehedi. No faltaron fanáticos que le siguiesen ; y aun tuvo la habilidad ó la fortuna de conseguir algunas victorias contra los almohades; pero este pueblo conquistador no habia envegecido aun; y no podian emplearse contra él las armas del fanatismo que arruinaron á los almoravides.

Muhamad tomó á Temicena, ganó las tribus de Zanhaga, que le reconocieron por rey, y juntó un ejército tan formidable que Abdelmumen no podia contar en su nuevo imperio mas que con las ciudades de Marruecos y de Fez. Pero al fin fue vencido y muerto en una batalla dada junto á Tensifel en el reino de Sus. Conseguida esta victoria importante, volvió el rey de los almohades sus armas contra las tribus de Dukela, las venció en una batalla dada junto al mar y las exterminó. Despues partió á Sigilmesa, que estaba aun por los almoravides, y la rindió por capitulacion, dando seguro de las vidas á los habitantes. No sucedió así con los de Beni Guete, á los cuales combatió hasta que quedaron exterminados.

Los habitantes de Ceuta se rebelaron contra la guarnicion almohade, la arrojaron de la ciudad, degollaron á los que no escaparon á tiempo, y pidieron auxilio á Aben Gania, que aun

no era muerto, y que les envió alguna tropa, mandada por Durawi, capitan muy esforzado. Pero Abdelmumen vino sobre la plaza con sus almohades, derrotó el ejército de los de Ceuta, Durawi le ofreció servirle y fue perdonado, y Ceuta imploró misericordia. Abdelmumen no tomó de ella mas venganza que destruir sus muros y fortificaciones. Los autores árabes cuentan entre las tropas de este conquistador un cuerpo de ginetes muzarabes de Andalucía que hizo señalados servicios en todas estas guerras.

Conquista de Fraga y Lérida. (1149). El príncipe de Aragon juntó toda su gente de guerra, y sitió al mismo tiempo las dos plazas de Fraga y Lérida, célebre la primera por la derrota de Alonso el Batallador, y la segunda por la victoria de César contra los lugartenientes de Pompeyo. Ambos sitios duraron un mes; y las dos plazas sin esperanza de ser socorridas, estando por decirlo así clavadas en medio de las posesiones aragonesas y apartadas de las fronteras de los moros, se rindieron en un mismo dia, que fue el 24 de octubre. Con ellas vinieron á poder de los cristianos muchas villas de las comarcas que estaban muy pobladas de moros.

Asistieron al príncipe en esta guerra los condes de Urgel y de Pallas, el vizconde de Bearne, y un gran número de ricos-hombres de Aragon con los pendones de los concejos. Estos servian por tiempo limitado, y sus tropas no eran estimadas como las mejores, sino las de al-

mugábares mas ejercitados en la guerra. La ciudad de Lérida fue dada como feudo al conde de Urgel por los señalados servicios que hizo en el cerco. Tambien se le concedió la conquista de varios lugares y castillos que estaban aun por los moros en la orilla del Noguera Ribagorzan: los principales eran Alguayre, Albesa, Almenara, Algerri y Alfarraz.

Séptima espedicion de Alonso VII á Andalucía: batalla de Córdoba: saco de Jaen: Sancho VII el Sabio rey de Navarra. (1150). El emperador Alonso VII, viendo ocupada la parte mas opulenta de Andalucía por los almohades, resolvió emprender la guerra contra ellos, y hacer ver á los moros de Andalucía que sus nuevos protectores no prevalecerian mas contra él que los almoravides.

A este efecto reunió tropas de todos sus dominios, y formó un grande ejército, al cual se reunió el rey don García de Navarra con muy buena hueste; se puso en marcha, pasó la Sierra Morena, y halló junto á Córdoba el ejército de los musulmanes puesto en órden de batalla. El emperador los acometió, y encontró en éllos valerosa resistencia; pero al fin consiguió la victoria, y obligó al resto del ejército vencido á encerrarse en la ciudad.

Alonso VII estuvo dudoso despues de la victoria si pondria sitio formal á esta capital, cercada ya por sus tropas; pero previendo que perdería mucha gente y tiempo, levan-

tó el campo, marchó sobre Jaen, ciudad menos fortificada, la entró por asalto y la saqueó. Habia contratado que una escuadra francesa entrase por el Guadalquivir, y se pusiese sobre Sevilla, mientras él la sitiaba por tierra, pero los navíos no parecieron: por lo cual se volvió á Toledo con inmensos despojos y cautivos.

Los moros audaluces enviaron una diputacion solemne á Abdelmumen, rey de Marruecos, suplicándole que atendiese á la triste situacion de aquellas provincias, saqueadas casi anualmente por los cristianos, y espuestas á caer bajo su poderío. Abdelmumen les hizo grandes promesas, y aun les envió algunas tropas; pero entonces meditaba una espedicion en Africa, que no le permitia distraer sus fuerzas ni pasar en persona á la península.

Don Ramon de Aragon se empleaba entonces en poblar de cristianos las ciudades de Tortosa, Fraga y Lérida recien conquistadas. Don García de Navarra, de vuelta de la espedicion de Andalucía, murió en Estella de una caida del caballo que dió en la caza. Sucedióle su único hijo varon Sancho VII, por sobrenombre el *Sabio*, merecido por su política y por sus desvelos en mejorar la legislacion de su pais. La reina viuda doña Urraca pasó á Castilla, y su padre el emperador don Alonso le dió el gobierno de Asturias, por lo cual fue llamada Urraca la asturiana.

Al año siguiente de 1151 pasó el príncipe don Ramon, despues de celebrar sus bodas con la reina Petronila, á sus estados del Languedoc, donde se habia levantado contra él Trincabel, vizconde de Beziers. Apenas llegó don Ramon á Narbona, se sometió el vizconde y fue aquella ciudad á rendirle la obediencia debida. El príncipe le dió en feudo la ciudad de Carcasona y todo su territorio, la de Rodez con su vizcondado, y el castillo de Laurac.

Con la muerte de don García, rey de Navarra, se suscitaron las pretensiones de ambas coronas de Castilla y Aragon: de la primera, sobre algunos pueblos que habia tenido Alonso VI y entonces estaban incorporados en Navarra, y de la segunda á todo el reino que habian poseido tranquilamente los reyes de Aragon Sancho Ramirez, Pedro I y Alonso el Batallador. Alonso VII y don Ramon se confederaron contra Sancho VII de Navarra, y para ajustar estas diferencias tuvieron vistas en Tudilen. Allí convinieron en dividir el reino de Navarra, quedando la parte oriental con Pamplona para el príncipe don Ramon, y la occidental con Estella para Castilla. La ciudad de Tudela se repartia por mitades entre ambos reyes. Este tratado no tuvo efecto alguno por el valor y política con que supo defender su reino don Sancho VII.

Mas valedero fue el tratado que allí mismo ajustaron de repartimiento de las conquistas que se hiciesen de los dominios mahometanos.

La division fue así: que el príncipe de Aragon poseyese la ciudad de Valencia, la de Denia, todo el pais que hay desde Tortosa hasta el Júcar, y todo el territorio de Murcia, escepto los castillos de Lorca y Vera. El emperador se obligaba á auxiliarle en estas conquistas, y el aragonés á tenerlas en feudo del mismo emperador.

Al mismo tiempo entablaba alianza el príncipe don Ramon con Aben Sad, rey de Valencia, que se reconocia por vasallo de su corona, á condicion que le protegiese y amparase contra los almohades, á los cuales dan el nombre de *Mazmutes* los historiadores aragoneses. Parece que este mismo año envió tropas don Ramon en socorro del rey de Valencia, acometido por los almohades de Andalucía.

Octava espedicion de Alonso VII á Andalucía: batalla de Jaen (1152). En este año dió á luz doña Petronila, reina de Aragon, su primer hijo, llamado Ramon; pero que mudó su nombre en el de Alonso cuando subió al trono. Estando la Reina en dias de parir ordenó su testamento, que contenia cláusulas muy notables. Dejó el reino despues de la muerte de su marido al mayor de los hijos varones que tuviese, encargándole que no reconociese vasallage al rey de Castilla ni á otro alguno por los estados que heredase ó conquistase de los moros, *como el príncipe su marido lo habia hecho en perjuicio suyo;* y si no dejaba hijo varon, mandaba que á su marido quedase libre

el reino, casando á las hijas y dándoles dotes conforme á su nacimiento. Esta última cláusula pareció muy estraña; porque Petronila destruia en ella el principio de sucesion femenina en virtud del cual reinaba. Pero ni este testamento tuvo efecto, porque no se verificó el caso previsto en él, ni fue aprobado por ningunas córtes; lo que era necesario en Aragon para establecer legalmente las determinaciones en materia de sucesion.

El emperador don Alonso, interrumpida en el año anterior la entrada en Andalucía, la hizo en la presente campaña con numeroso ejército por si pudiese socorrer á Almería, sitiada por los almohades. Abdelmumen, que á pesar de los ruegos de los mahometanos andaluces, no habia podido auxiliarlos, porque meditaba la conquista de Alger y Bugía, empresa que tuvo muy secreta y que terminó por la celeridad con que atacó estas plazas, hallándose desembarazado de guerras en África, envió á su hijo Abu Said con fuerzas de mar y tierra para reconquistar á Almería. Abu Said construyó un gran recinto al rededor de la plaza, y lo fortificó para establecer en el sus cuarteles. Los cristianos resistieron con tanta constancia é intrepidez, que el sitio duró cinco años.

El emperador, despues de haber talado el territorio de Guadix, ocupado entonces por los almoravides, volvió sobre Jaen, que los mahometanos habian fortificado muy bien, y en

cuyo territorio habian apostado fuerzas considerables que don Alonso no podia dejar atras para socorrer á Almería. Su hijo mayor el infante don Sancho salió á pelear contra los enemigos mientras el emperador sitiaba á Jaen, y logró de éllos una completa victoria, pero inútil, porque la plaza no presentaba indicios de poderse tomar. El emperador se volvió á Toledo, dejando en las fronteras algunos caudillos con encargo de hacer cuanto les fuese posible para socorrer la guarnicion de Almería.

Estas tropas se reunieron con las de Aben Mardenis, lugarteniente de Aben Sad, rey de Valencia, y que mandaba en la frontera de Murcia. Tenia guerra continua con los almohades, enemigos comunes de los castellanos y los valencianos. Entraron por la parte de Lorca, llegaron á los cuarteles de Abu Said; y no pudiendo ni mover á éste á salir á batalla contra éllos ni acercarse al muro que habia construido, formaron otra cerca que rodeaba la de los almohades. Entre ambos recintos se trababan contínuamente escaramuzas, en las cuales perecieron muchos cristianos, mas empeñados que los moros de Aben Mardenis en penetrar á la plaza ó en destruir los trabajos del sitio. En fin, viendo que allí consumian inútilmente el tiempo y los soldados, se retiraron á sus fronteras.

El tratado concluido entre Castilla y Aragon relativo al repartimiento de Navarra, quedó olvidado por el nuevo lazo de parentesco

que unió á don Sancho VII con el emperador. El navarro hábil político y que no ignoraba la tempestad que le amenazaba, pidió en matrimonio la infanta doña Sancha, hija de Alonso VII y de su difunta esposa doña Berenguela, en ocasion que el mismo emperador estaba esperando á su nueva esposa doña Rica, hija de Ladislao II, duque de Polonia. Alonso VII dió su consentimiento á este enlace: y habiendo llegado la emperatriz se celebraron entrambas bodas en Soria. El mismo don Ramon asistió á ellas; y en medio de los regocijos asentó treguas con el rey de Navarra. Estos sucesos pertenecen al año de 1153.

Concluidas las fiestas y hallándose desocupado de otras guerras el príncipe de Aragon, determinó arrojar de Cataluña los moros que infestaban aún parte de este pais. Ya el conde de Urgel y el senescal de Cataluña habian ganado muchos castillos del Cinca y del Segre, y últimamente los de Seros, Aytona y Gebur. Pero quedaba todavía una sierra muy áspera entre Tarragona y Tortosa hacia el mar, llamada la montaña de Prades, cuyos habitantes eran musulmanes, y aunque rodeados de posesiones cristianas, por la fragosidad del terreno, por la fortaleza de los castillos que tenian, y por los grandes y espesos bosques que habia allí cercanos á la plaza, defendian su independencia, y aun hacian muchos daños en los pueblos vecinos.

El príncipe de Aragon mandó combatir

primero el mas fuerte de los castillos, que era el de Siurana, puesto en un risco casi inaccesible: pero los catalanes atajaron todos los pasos y desfiladeros, de manera que no pudiendo ser socorridos ni recibir víveres los moros que lo defendian, hubieron de rendirse. Desde este fuerte principal se dominó toda la sierra.

Despues acometió don Ramon el castillo de Mirabete, que tambien era de moros, situado en las orillas del Ebro, y una de las fortalezas principales de aquella frontera. Costó mucho trabajo y tiempo apoderarse de él. El príncipe dió su tenencia á Pedro de Roveira, gran prior de los templarios en España, y caballero muy esforzado, para que le guardase contra los moros.

En Tortosa y su partido habia frecuentes disputas de jurisdiccion entre sus tres señores, que eran el príncipe don Ramon, el senescal de Cataluña y la señoría de Génova, que la habian repartido despues de la conquista: y para evitar estas disensiones, se convino el príncipe con aquella república en comprar la parte que á ella pertenecia en una cierta suma que se pagó en varios plazos en Niza, y en exencion de derechos á los genoveses. Sin embargo éstos se reservaron, en memoria del auxilio que dieron para la toma de la plaza, la isla de san Lorenzo.

Novena espedicion de Alonso VII á Andalucía (1154). Este año hizo entrada en Anda-

lucía el emperador; pero la encontró mas fortalecida que antes, y ya se conocia que mandaba en ella el pueblo valeroso y aguerrido de los almohades. Puso sitio á Andújar, que halló mejor defendida que otras veces, y hubo de levantarlo despues de varios asaltos inútiles. La historia ha conservado el nombre de un caballero castellano muy esforzado, que pereció en uno de los ataques: llamábase Felix Ibañez. El ejército se volvió á Castilla muy disgustado del mal éxito de su espedicion, aunque con los despojos de la parte del pais que habian ocupado.

Don Ramon envió este año á Valencia tropas auxiliares á Aben Sad, que reunidas con las de su lugarteniente Aben Mardanis, hicieron entrada en Andalucía por la frontera de Murcia, vencieron un cuerpo almohade que les salió al encuentro, é hicieron grandes daños y estragos en los territorios de Jaen y Granada: mas nada pudieron conseguir en favor de la plaza de Almería, cuyo sitio continuaba.

Luis VII, á la sazon rey de Francia, se habia divorciado de Leonor, hija y heredera de Guillermo, duque de Aquitania, ofendido de su liviandad. Enrique II, rey de Inglaterra, menos delicado ó mas ambicioso, se casó con la divorciada, y recibió en dote su ducado: orígen de la preponderancia de los ingleses en el occidente de Francia, y de las guerras funestas que se movieron entre las dos naciones.

Luis casó despues con Constanza, hija de

Alonso VII de Castilla, y las bodas se celebraron este año en Orleans. Esta fue la primer princesa española que ocupó el trono de Francia. Entonces se contaban ya Castilla y Aragon entre las principales potencias de Europa; bien que mal conocidas, porque fue muy corto el número de caballeros españoles que fueron á la conquista de la Tierra Santa, donde concurrian y se trataban las personas mas ilustres de Europa, y se dió el primer impulso, despues de la barbarie feudal, á la civilizacion moderna. Por otra parte, la situacion de la península apartada del centro de las grandes especulaciones políticas, que era entonces Italia, no se prestaba á guerras ni alianzas con otros estados: y la perpétua lid de los españoles contra los mahometanos no les permitia tampoco entender en los negocios políticos de otros pueblos. España desde la invasion de los árabes era como un mundo aparte, que ni tenia influjo en Europa, ni permitia á la Europa tener influjo en ella: mucho mas desde la decadencia del imperio de Carlomagno por la que se destruyeron las relaciones de los reyes de España con los Carlovingios contra los árabes, enemigos comunes entonces de españoles y franceses.

Este año se levantaron los habitantes de Fez contra Abdelmumen, marcharon á Marruecos, y se apoderaron por sorpresa de esta capital; pero Abdelmumen, que entonces estaba en Salé, acudió á ella con tanta presteza, que

sorprendió tambien á los agresores y los esterminó. Su lugarteniente Aben Yumur se apoderó al mismo tiempo por asalto de la plaza de Leila que tenia sitiada: mas usó cruelmente de la victoria; porque habiéndose retraido los vecinos á los arrabales mas lejanos del puesto por donde asaltaron las tropas, los persiguió y degolló. En solo un arrabal perecieron 8000 personas, y en las cercanías de la ciudad mataron los almohades 4000 hombres. Despues puso en venta Aben Yumur todas las mugeres y niños y todos sus bienes, alhajas y vestidos. Abdelmumen castigó esta crueldad con la justicia propia de un bárbaro. Mandó venir encadenado á su córte á Aben Yumur, le afeó su maldad, le puso en la carcel y despues de larga prision le perdonó; pero nada restituyó á los moradores de Leila que quedaron vivos, ni volvió la libertad á las mugeres vendidas por esclavas. Tales eran los hombres con quienes estaban ya en contacto los cristianos de España.

Décima espedicion de Alonso VII á Andalucía: saco de Andújar (1155). El emperador don Alonso, deseando vengar el desaire que habia sufrido en el año anterior en el sitio de Andújar, juntó el ejército mas numeroso que pudo de sus dominios para hacer entrada en Andalucía: pero antes quiso apoderarse de algunas fortalezas que poseian los moros en la Mancha, y desde las cuales hacian entrada en la parte de esta provincia que se

iba poblando de cristianos. Los castillos que tomó en esta espedicion fueron los de Carazuel, Mestanza y Almodóvar.

Despues pasó la Sierra Morena, puso sitio á Andújar, la rindió y saqueó, y lo mismo hizo con Pedroche y Santa Eufemia. Las noticias históricas que tenemos sobre esta campaña, sacadas de los *anales* de Toledo y de la *historia* del arzobispo don Rodrigo, son tan escasas que no se estienden á una palabra mas de lo que hemos dicho, y los escritores árabes nada dicen de ella. Ademas su costumbre es pasar en silencio los triunfos de los cristianos á no ser tan notables y de tanta influencia, que suprimidos, quedase cortada la série de la historia.

Mientras el emperador estaba en Andalucía, hubo en España un acontecimiento nunca visto, y que llamó grandemente la atencion del vulgo y de los magnates. Esta fue la venida de Luis VII, rey de Francia, con su esposa doña Constanza, hija de Alonso VII, á visitar el sepulcro de Santiago. Claro es que bajo este pretesto de devocion se ocultaba alguna mira política. La que le atribuye el arzobispo don Rodrigo en su historia es el deseo de averiguar por sí mismo si el nacimiento de su muger era tan ilustre como habia creido; pues algunos malsines de su palacio susurraban que no era hija legítima, sino bastarda, del emperador. Luis era delicado en materia de honor, y suspicaz, y los pesares que le habia causado la

deshonestidad de Leonor de Aquitania, su anterior esposa, le hacian temer con la nueva igual suerte si su sangre no era pura y tenia en su misma madre perversos ejemplos que imitar. Aumentaba su sospecha saber que en España no se hacia grande escrúpulo entonces en esta materia; pues García VI el Restaurador, rey de Navarra, habia casado con doña Urraca, hija natural del emperador. Resolvió, pues, el viage á Castilla para salir de estas incertidumbres; porque era grande la ignorancia que se tenia en Europa de los sucesos de España, y difíciles los medios de averiguar por otras comunicaciones lo que el rey de Francia deseaba saber.

Mariana dice que no ha hallado en los historiadores franceses noticia de este motivo secreto de Luis, y el marques de Mondejar lo tiene por fabuloso. Pero el conde de Segur, á quien hemos seguido por texto en la historia de Francia, lo asegura como cierto; sin que sepamos si tomó el hecho del arzobispo don Rodrigo, que floreció en aquel siglo, y pudo recoger lo que se decia en la córte de Toledo sobre este viage, ó si lo encontró en algunos historiadores ó documentos franceses. Tambien se disputa sobre el año de la venida de Luis VII, poniéndola unos en 1155, y otros en el anterior.

Luis entró en España por Navarra, y le hospedó Sancho VII su concuñado magníficamente. Allí pudo tomar las primeras noticias

de lo que venia á averiguar; pues Sancha, reina de Navarra, era hermana entera de Constanza, y ambas hijas de Alonso VII y de su primera muger doña Berenguela de Barcelona. Siguió despues el camino comun de los peregrinos, festejado y obsequiado en todas partes.

Don Alonso recibió en Andalucía la noticia de su llegada, y escribió á su yerno y á su hija que esperaba verlos en Toledo á su vuelta de Santiago. Mandó igualmente que en todos los pueblos por donde pasasen se les hiciese el gasto de su casa y córte. Los augustos peregrinos, despues de visitar el sepulcro del Apóstol, pasaron á Toledo, donde estaba ya el emperador, que salió á recibirlos en compañía del rey de Navarra, del príncipe de Aragon, de los valíes moros tributarios de Castilla, en fin, de toda la nobleza de la cristiandad de España y de parte de la morisma.

La afluencia de gente que concurrió de todo el reino á ver la entrada del rey de Francia fue tan estraordinaria, que no pudiendo caber todos en la ciudad, se alojaron en tiendas en la vega del Tajo. Entre ellas se distinguian las de los moros, acostumbrados á desplegar todo su lujo en los campamentos. El espectáculo que se ofreció á la vista de Luis era tan magnífico como nuevo para él; porque la córte de Alonso VII fue mas brillante que la de ningun otro monarca de Europa en su tiempo; y las artes mahometanas, mas superiores en

aquel siglo á las europeas, habian penetrado en las ciudades y provincias de los españoles. Hiciéronse grandes fiestas y regocijos segun la costumbre del tiempo. Luis, curado de sus infundados temores, se volvió á Francia por Zaragoza y Jaca, en cuyo viage le acompañó y obsequió mucho don Ramon, príncipe de Aragon.

Poco despues tuvo que pasar don Ramon á Provenza contra la faccion de Hugo Bucio, que desde el castillo de Trincataille, que se le habia dado en el convenio anterior, hacia graves daños en el condado y pretendia apoderarse de él, alegando dos privilegios de los emperadores Conrado y Federico Barbaroja su sobrino. Don Ramon, juntando grandes tropas de Aragon y Cataluña, pasó el Pirineo, entró en los dominios de aquellos barones, tomó por asalto la plaza de Baux, y puso sitio á Trincataille; mas no pudo rendirle segun era fuerte su posicion. Los Baucios, afligidos con los daños que habian hecho en sus tierras las tropas del príncipe, se mostraron mas sumisos, y don Ramon volvió con su ejército á España.

Un hecho muy singular, perteneciente á este año, se encuentra en las memorias árabes. Abdelmumen, rey de los almohades y conquistador bárbaro, era ó afectaba ser muy amigo de la literatura; y uno de los sucesos que mas le irritaron contra Aben Yumur, el destruidor de Leila, fue que en el saqueo de los arrabales de esta ciudad pereció degollado Abu

Hakem, literato é historiador muy afamado. En muestras de su aficion á la amena literatura mandó Abdelmumen que fuese permitida la lectura de los libros de esta clase, prohibió severamente *que se quemasen los libros de caballería*, y permitió que se escribiesen historias, aventuras y cuentos.

Undécima espedicion de Alonso VII á Andalucía: principios de la órden militar de Alcántara (1156). Los almohades continuaban la guerra contra Aben Sad, rey de Valencia; y no bastando á éste los socorros del príncipe de Aragon para resistir á un enemigo tan formidable, pidió auxilio al emperador, declarándose tambien vasallo suyo.

Alonso VII tanto para socorrerle, como para ver si podia hacer algo en favor de la guarnicion de Almería que continuaba sitiada, hizo entrada en el reino de Granada, sitió á Guadix, y no pudo tomarla. Volviendo hácia las fronteras de Murcia, arrojó de ellas á los almohades, y taló la campiña de Lorca; mas no pudo penetrar hasta Almería; y asi hubo de volverse á Castilla con los despojos que recogió en esta espedicion.

Entretanto hubo grandes alteraciones en el reino de Granada, donde los almoravides poseían aún el puerto de Almuñecar y gran parte de la Alpujarra. Era su caudillo Alí, caballero muy esforzado y muy estimado de los moros granadinos. Mientras los almohades peleaban contra el rey de Castilla y estaban

atentos al sitio de Almería, consiguió, al favor de sus amigos, hacerse dueño de la ciudad de Granada; pero de allí á poco murió de un veneno que le dieron, y los almohades, despues de la retirada del emperador, revolvieron sobre la vega de Granada, y volvieron á señorearse de esta capital.

Los habitantes los recibieron con grandes muestras de sumision, y juraron obediencia á Abdelmumen, el cual agregó este territorio al gobierno de Abu Said su hijo, el que sitiaba á Almería; pero apenas salieron las tropas, dejando una guarnicion en la fortaleza, se sublevó el pueblo, degolló los soldados que habian quedado en defensa del castillo, y admitió en la ciudad á Aben Mardenis, lugarteniente del rey de Valencia, el cual se hizo fuerte en ella, aumentando su ejército con algunas tropas de los cristianos fronterizos y con las que levantaron los granadinos.

El príncipe don Ramon solicitó de don Sancho, rey de Navarra, que le devolviese algunos lugares que tenia éste ocupados del reino de Aragon, y no pudiéndolo conseguir, le declaró guerra, y entró con su ejército en el valle de Roncal, desde el cual hizo guerra á los navarros, que se defendian valerosamente. Favorecia su partido un caballero principal de Navarra, llamado don Ramon García Almoravit, y esta fue la causa de que don Ramon lograse mas ventajas en esta guerra que en las anteriores que habia hecho contra aquel reino.

Al mismo tiempo reclamaba de don Alonso el emperador las estipulaciones del tratado de Tudilen, y aun las renovó pidiendo para esposa de su hijo don Ramon, que aun era niño, la mano de la infanta doña Sancha, niña tambien, é hija del emperador y de su segunda muger doña Rica. Este matrimonio convenia á don Alonso; y asi se renovó en Lérida por medio de embajadores aquel tratado ya caduco.

Zurita dice que el emperador, á pesar del nuevo convenio, no quiso tomar parte en aquella guerra, y en efecto, no era de esperar que tratase de destronar á su yerno ni á su hija, y que se escusó con la necesidad que tenia de acudir á la guerra de los moros; pero Ferreras, fundado en un privilegio citado por Moret, dice que Alonso VII entró efectivamente en Navarra con sus tropas y llegó hasta Artajona. Uno y otro puede ser verdad; porque esta demostracion de hostilidades fue muy debil, y como añade Zurita, si el emperador hubiera querido podria haber dado mas impulso á la guerra, y quitado al rey de Navarra todos los medios de defenderse.

El de Aragon envió embajadores á Toledo dándose por engañado. Alonso VII respondió que no podria mover su ejército contra Navarra hasta el noviembre del año siguiente, porque le era forzoso hacer entrada en Andalucía: que entretanto no daria favor ni en dicho ni en hecho á don Sancho; y que en el

tiempo señalado juntaria sus tropas con las aragonesas. Don Ramon hubo de contentarse con esta respuesta no muy satisfactoria.

Dos caballeros de Salamanca, deseando emplearse en el sostenimiento de la religion y de la patria, como ocupacion esclusiva ,contra las armas é invasiones de los musulmanes, imitando á los religiosos del Hospital y del Temple, buscaron un lugar proporcionado para verificar su proyecto. De estos dos señores el uno se llamaba don Suero y el otro don Gomez. Mientras andaban discurriendo por las orillas del rio Coales para hallar un puesto que pudiese servir á un mismo tiempo de fortaleza para pelear contra los enemigos de la fé y de monasterio para entregarse á la oracion cuando no hubiese guerra, les salió al encuentro un ermitaño, llamado Amando, que en aquellas soledades vivia santamente, y sabido el intento de los caballeros, lo alabó mucho, y les dijo que podian hacer asiento en una ermita, dedicada á San Julian, que no estaba lejos de allí, y que era lugar muy á propósito para construir un castillo, y dar en él principio á la nueva órden que querian fundar. Al mismo tiempo se ofreció á auxiliarlos en cuanto alcanzasen sus fuerzas.

Reconocieron los dos caballeros la ermita y el sitio: pareciéronles como el ermitaño les habia dicho muy acomodados para su intento. Volvieron á Salamanca, y pidieron la ermita al obispo don Ordoño, á cuya diócesis perte-

necia aquel terreno. El obispo se la concedió, y los dos juntos con el ermitaño empezaron á construir un castillo, comprehendiendo la ermita dentro de él.

Una empresa semejante no podia dejar de encontrar colaboradores en aquel siglo, en que la idea de la patria estaba ligada á la de la religion. Habiéndose reunido número suficiente de caballeros, dió principio el órden militar de San Julian de Pereiro, que despues tomó el nombre de Calatrava. Don Suero fue el primer superior y maestre. Pidió regla para los ejercicios espirituales al obispo de Salamanca, que les dió la de San Benito segun el instituto del Cister, acomodándola á la vida militar.

Duodécima y última espedicion de Alonso VII á Andalucía (1157). El rey don Alonso VII pasó tambien este año á Andalucía con el mismo objeto que los anteriores, que era el de ver si podia de alguna manera socorrer la plaza de Almería, cuya valiente guarnicion se defendia durante tantos años. Pero á principios de esta campaña, no pudiendo sostenerse mas, se entregó al príncipe Abu Said, capitulando el seguro de las vidas y el libre paso para sus tierras. Abdelmumen, sabida esta noticia, mandó á su hijo Jucef, que era valí de Sevilla, reunir la gente de su provincia y del Algarbe con el ejército de Abu Said que habia tomado á Almería, y poner cerco á Granada, ocupada desde el año anterior por Aben Mardenis y los cristianos sus auxiliares.

Don Alonso procuró penetrar hasta esta ciudad para favorecer á su vasallo, y derrotó á un cuerpo mahometano que le impedia el paso; pero sintiéndose enfermo, encargó el mando de la espedicion á su hijo mayor don Sancho que le acompañaba, y se volvió: al pasar el puerto del Muradal, en un pueblo llamado la Fresneda, se le agravó el mal, y falleció el 21 de agosto á los 52 años de edad y 31 de reinado. Don Sancho su hijo, apenas supo su muerte, dejó la frontera á cargo de sus capitanes, y pasó á la Fresneda, de donde condujo á Toledo el cadáver del emperador, que fue sepultado en la capilla mayor de aquella catedral.

Don Alonso VII fue casado dos veces: la primera con doña Berenguela, hija de don Ramon Berenguel, conde de Barcelona y hermana del príncipe de Aragon: la segunda con doña Rica, hija de Ladislao II, duque de Polonia. De su primer matrimonio tuvo cuatro hijos y dos hijas. Los hijos fueron don Sancho, á quien dejó el reino de Castilla, don Fernando, á quien dejó el de Leon, y don García y don Alonso, que fallecieron antes que su padre. Las hijas fueron doña Constanza y doña Sancha: la primera casó con Luis VII, rey de Francia, que la apreció y amó sobre manera por sus grandes virtudes despues que averiguó la legitimidad de su nacimiento: la segunda con don Sancho VII el Sabio, rey de Navarra.

De doña Rica tuvo á don Fernando, del cual no quedó sucesion, y falleció en 1208, y una hija, llamada tambien Sancha, que casó con Alonso II, rey de Aragon, con quien su padre la dejó capitulada, siendo ambos esposos niños todavía.

Alonso VII fue el tronco de la dinastía de Borgoña, que es la cuarta de las que han reinado en España, y la mas fecunda en héroes y heroinas. Apenas hubo en ella un rey que no se distinguiese por sus hazañas: los dos Alonsos, el de las Navas, y el del Salado, afirmaron con estas dos señaladas victorias el imperio de Castilla: Berenguela é Isabel valieron por muchos reyes: hasta el mismo Pedro, tan maltratado por los historiadores, no pudo perder el renombre de Intrépido. Entre todos estos nombres ilustres descuella el del gran Fernando el Santo, modelo de hombres, de ciudadanos y de reyes: ni fue menos célebre el de su hijo Alonso, si no por las prendas militares y políticas, por sus obras legislativas y por el grande impulso que dió á la civilizacion en un siglo bárbaro todavía.

Alonso VII fue digno de presentarse al frente de esta noble série de monarcas. Cuando subió al trono halló muy menoscabada la autoridad real por la conducta impolítica de su madre doña Urraca, y muy aumentada la licencia de los señores que en todas partes formaban bandas y facciones con desdoro del trono y detrimento de la prosperidad pública. Alon-

so el Batallador, ilustre por sus victorias contra los mahometanos, era enemigo de Castilla, y poseía en el centro de ella plazas y castillos considerables. En fin, los almoravides, dueños del mediodia y del oriente de España, habian sitiado á Toledo varias veces, aunque inútilmente, y tenian á las mismas puertas de la ciudad fuertes bien defendidos, desde los cuales inundaban el reino, y hacian en él grandes talas y destrozos. Añádase á esto la pretension de los portugueses á una parte de Galicia, y su confederacion con uno de los partidos que desolaban este reino, y se formará una idea del estado infeliz de la monarquía al advenimiento de Alonso el emperador.

Pero apenas subió al trono, su valor, su firmeza y su política hicieron variar el aspecto de los negocios políticos. Contuvo en sus límites á los portugueses, obligados por otra parte á hacer frente con sus cortas fuerzas á los mahometanos del Algarbe: sometió la hidra del feudalismo, dirigiendo con sagacidad el valor y la ambicion turbulenta de los señores contra el enemigo comun: fue poco á poco recobrando las plazas de Castilla que tenia en su poder el rey de Aragon; y cuando éste pereció despues de la jornada de Fraga, recobró la Rioja, y empleó toda su política en que Navarra no volviese á unirse con Aragon sin que por lo menos una gran parte de aquel reino quedase en sus manos. Rodeado de príncipes débiles asi mahometanos como cristianos, que

necesitaban de su proteccion para existir, tomó el título de emperador, y supo llenarlo debidamente, sometiendo á su política los diversos estados de España.

Pero lo que hizo mas célebre y popular su nombre fueron sus numerosas victorias contra los musulmanes. Aprovechóse hábilmente de la decadencia de los almoravides y de sus guerras en África con los almohades para quitarles los castillos, desde los cuales infestaban el reino de Toledo, y las fortalezas importantes de Coria y Calatrava. Las doce espediciones que hizo á la Andalucía, el botin que logró en ellas, la toma de Úbeda, Baeza, Andujar, Córdoba y Almería, manifiestan la superioridad de la monarquía de Alonso VII sobre los musulmanes del mediodia; superioridad que no perdieron los cristianos por algunos años sino por la venida de los almohades, y la separacion de los reinos de Castilla y Leon. La suerte de Alonso VII fue mas venturosa que la de su abuelo Alonso VI; porque murió antes de ver como este príncipe vencidos sus ejércitos por las nuevas tribus vomitadas del África.

La ventaja mayor de este reinado fue que conquistadas Oreja, Mora y Calatrava, y establecida en la Mancha la frontera de los cristianos en el Guadiana, el territorio comprehendido desde este rio hasta los montes de Guadarrama, libre de las correrías de los moros y de los estragos de la guerra, se cultivó y po-

bló, y aumentó notablemente las fuerzas del reino de Castilla.

El único acto impolítico que puede notarse en la vida de Alonso VII es la division de sus estados entre sus dos hijos Sancho y Fernando. El afecto paternal pudo mas que los escarmientos históricos y las exigencias de la patria. Un hombre tan sagaz como el emperador debió preveer que á un pueblo nuevo y una monarquía estensa y poderosa, como la de los almohades, era conveniente oponer no pequeños estados, divididos por las rencillas y rivalidades de sus príncipes, sino una gran nacion que á la voz de un solo monarca moviese sus fuerzas contra un enemigo tan formidable.

El reinado de don Alonso (*) fue tambien ilustre por los progresos que en él se hicieron en el oriente y occidente de España contra los musulmanes. Fueron arrojados de las orillas del Segre y del Ebro por los aragoneses, y reducidos á la provincia litoral de Valencia, y en el interior de Aragon, á la frontera del Guadalaviar. Los mismos reyes de Valencia y Mur-

(*) Alonso VII pagó tributo á la debilidad humana, y tuvo de una noble señora de Asturias, llamada Gontrada, una hija natural, cuyo nombre fue Urraca, y que casó con García el Restaurador, rey de Navarra: y de doña Sancha Fernandez de Castro, de una de las familias mas ilustres y célebres de Castilla, á doña Estefania, que casó despues de la muerte de su padre con el conde Fernando Ruiz. Son falsos todos los sucesos trágicos que se divulgaron de esta señora, y dignos solamente del teatro y de las novelas.

cia, aunque mahometanos, estaban sometidos á la política de Aragon y Castilla que los defendian contra los almohades. La conquista de Santaren y Lisboa y la gran victoria de Onrique estendieron el pequeño reino de Portugal y le dieron el Tajo por frontera. Los almohades cuando pasaron á España, hallaron la cristiandad, aunque dividida en varios estados, con fuerzas y medios suficientes para defenderse.

CAPÍTULO XXIX.

Don Sancho III el Deseado, Don Fernando II.

Don Sancho III el Deseado, rey de Castilla: don Fernando II, rey de Leon. Origen de la órden militar de Calatrava.

Don Sancho III *el Deseado, rey de Castilla: don Fernando II, rey de Leon.* Aunque por muerte de don Alonso VII se dividieron los reinos de Castilla y Leon, fue tanta en aquel siglo y en los siguientes la conviccion de que no debian haberse separado, que la numeracion de los reyes continuó como si hubiesen reinado en toda la monarquía; y asi cuando despues se reunieron bajo Fernando el Santo,

su hijo se llamó Alonso X, aunque Alonso IX, padre de san Fernando, solo reinó en Leon; porque de la sucesion de este reino se tomaban los números de los reyes, bien que el título de Castilla fuese el primero nombrado, y con el que mas comunmente eran conocidos. Una escepcion hubo de esta regla, que fue la de Enrique I; pues aunque solo reinó en Castilla, dió principio á la numeracion en los demas del mismo nombre que reinaron tambien en Leon.

Sancho III, llamado el *Deseado* porque fue muy tardo al nacer y muy pronto al morir para los votos de sus vasallos, poseia, asi como su hermano, el valor, la pericia militar y la sagacidad política, que distinguieron, con muy pocas escepciones, á los reyes de su familia; pero le era peculiar la bondad y mansedumbre de sentimientos y costumbres, muy rara en su siglo, y el amor de la humanidad y de la justicia, mas raro aun en todas épocas. Sus vasallos le adoraban, y lloraron su temprana muerte con lágrimas sincéras. Su hermano Fernando de Leon era mas ambicioso y astuto, y solo gustaba de la equidad cuando no se oponia á sus intereses.

Desde el principio del nuevo reinado se reconocieron en un hecho muy importante los diversos caractéres de los dos hermanos. Don Fernando, apenas subió al trono, despojó al conde don Ponce de Minerva y á otros señores de las tenencias y feudos que les habia dado

Alonso VII en premio de sus hazañas y servicios. Los despojados recurrieron al rey don Sancho, que los recibió con su benignidad acostumbrada, y les ofreció sus buenos oficios. Al instante se puso en marcha para Leon, y su hermano salió á recibirle. La entrevista se verificó en el monasterio de Sahagun, donde comieron juntos. Don Sancho manifestó al rey de Leon con sumo calor cuán poco honor tributarian á la memoria de su padre si despojaban á los vasallos beneméritos del fruto de sus sudores y hazañas; y don Fernando le prometió restituir á aquellos señores los bienes que les habia quitado.

Este beneficio, hijo de la bondad de su corazon, no quedó sin paga. El príncipe de Aragon, sabida la muerte del emperador, vino á Castilla á verse con el rey don Sancho, y á tratar del convenio de las dos coronas contra Navarra. Don Sancho le hizo ver que en principios de reinado, y teniendo en las fronteras á los almohades, no le era posible tomar una resolucion definitiva en aquellas circunstancias. Don Ramon, como hábil político, dirigió su solicitud á la abolicion del vasallage de Aragon á la corona de Castilla por las plazas de Zaragoza y Calatayud, ocupadas por Alonso VII despues de la muerte del Batallador, y cedidas despues como en feudo á Ramiro II. Don Sancho dejó libres de todo vasallage y servicio á los reyes de Aragon, escepto de la asistencia á la coronacion de los reyes de Cas-

tilla, en cuya ceremonia habian de llevar el estoque real. Don Ramon se convino, y volvió á Aragon resuelto á asentar paces con Navarra.

Don Sancho VII, que despues de la muerte del emperador se preparaba á recobrar la Rioja, aprovechó la ocasion é hizo paces con los aragoneses, restituyéndoles la plaza de Tarazona y algunos otros lugares de las fronteras que estaban en su poder. Hecho esto, reunió su ejército, pasó el Ebro y entró en Rioja. Don Sancho de Castilla encomendó el gobierno de sus tropas al conde don Ponce de Minerva, que aun no habia vuelto á Leon, y que agradecido á los buenos oficios del rey de Castilla en favor suyo, salió al encuentro á los navarros, los derrotó en un combate y los obligó á repasar el rio.

Entretanto las fuerzas de los almohades prevalecian en la Bética. Jucef y Abu Said, hijos de Abdelmumen, reforzados con numerosas huestes que su padre les envió de Africa á las órdenes del caudillo Otman, pusieron sitio á Granada, combatieron por mucho tiempo la ciudad con las máquinas acostumbradas y contínuos asaltos, y la entraron á sangre y fuego haciendo cruel destrozo. Aben Mardenis, que la ocupaba, y pocos de los suyos escaparon por la ligereza de sus caballos.

Las historias árabes dicen que en el asalto de Granada murió peleando *el héroe de los cristianos.* Es cierto que Aben Marde-

nis tenia entre sus tropas algunos cristianos auxiliares; y aunque todos fuesen buenos y esforzados caballeros, ninguno era de tanta nombradía que mereciese aquel título enfático. Ni el conde don Ponce, ni don Manrique de Lara, ni don Gutiere de Castro, que eran entonces los mas valientes y señalados capitanes de la cristiandad de España, perecieron ni se hallaron en el asalto de Granada. Por otra parte el nombre de *héroe de los cristianos* á nadie competia en aquella época sino al emperador Alonso VII; y como falleció casi en los mismos dias de la toma de Granada, no es estraño que los historiadores almohades, para engrandecer su victoria, supusiesen que don Alonso habia perecido en la derrota, asi como supusieron que Alonso el Batallador, rey de Aragon, habia muerto en la jornada de Fraga.

Los almohades, dueños ya de Granada y libres del temor que les inspiraba el poder y el valor de Alonso VII, atacaron las plazas que los castellanos ocupaban en Andalucía: los Pedroches, Baeza y Andujar cayeron en su poder, y los capitanes cristianos que las defendian se retiraron á la frontera del Guadiana.

Abdelmumen, alegre con estas nuevas, determinó hacer grandes esfuerzos para la conquista de España, que tambien habia comenzado, y envió numerosos cuerpos de tropas á la Andalucía. Entonces hubo alteracion muy notable en la córte de Marruecos; porque su visir Aben Atia, moro español y muy hábil en

literatura árabe y en política, acusado de haberse enriquecido con las vejaciones que causaba á los pueblos, fue depuesto y preso, y se le confiscaron los bienes. Su hija, que estaba casada con Abu Hafas, uno de los hijos del rey, fue repudiada; y Abu Hafas casó con la hija del nuevo visir Abdelselem, á pesar del amor que este príncipe tenia á su primera esposa.

La noticia de los grandes armamentos de Abdelmumen causó grande consternacion en los caballeros del Temple que tenian por el rey á Calatrava; y la cedieron á don Sancho creyéndose sin fuerzas suficientes para defenderla. El rey mandó publicar por edicto que al rico hombre que se quisiese encargar de esta plaza se le daria con todas sus tierras.

Hallábase á la sazon en Toledo, donde estaba la córte, san Raimundo, abad del monasterio de Fitero, con otro monje de la misma casa, llamado fray Diego Velazquez, que en su juventud habia seguido la carrera de la milicia. El hábito del Cister no habia destruido enteramente sus inclinaciones marciales; é indignado de ver que nadie queria esponerse á una empresa tan peligrosa por el bien de la patria y de la religion, propuso á su abad que la pidiese para sí y su comunidad: que él buscaria medios de defender y asegurar la fortaleza. El santo abad rehusó al principio tomar á su cargo aquella empresa, contraria al espíritu de su instituto; pero fray Diego volvió á instarle, y venció sus escrúpulos, di-

ciéndole que nada de lo que cedia en utilidad de la patria y seguridad de la religion podia ser contrario á la regla que profesaban. Asi un monje de Fitero fue el Escipion de Castilla.

Origen de la órden militar de Calatrava (1158). El rey don Sancho de Castilla, á quien amenazaban principalmente las armas de los almohades, procuró hacer alianza con los navarros y aragoneses contra el enemigo comun. A este efecto tuvo vistas con don Sancho de Navarra en Almazan, y asentaron paz y liga entre los dos. En esta ocasion se presentó al rey el abad de Fitero, y le pidió para defenderla la plaza de Calatrava. El rey se la concedió fiado en sus virtudes y santidad, cuya fama corria por toda la península.

El abad predicó una especie de cruzada para la defensa de la plaza; y su nombre y la eficacia de sus sermones reunió 20000 soldados que tomaron las armas para tan justa empresa. San Raimundo los llevó á Calatrava, y con ellos muchos monjes de Fitero, con ganados y municiones para alimentarse y defenderse. Conociendo que unidos con un vínculo religioso pelearian con mas valor, y exentos de otros cuidados atenderian esclusivamente á lo que habian tomado á su cargo, instituyó un órden militar que, del nombre de la plaza, se llamó de Calatrava, y dió la regla del Cister acomodándola á la profesion de la guerra.

Sin embargo, este año no hicieron progre-

sos las armas de los almohades en España, porque en él verificó Abdelmumen su grande espedicion á Tunez y Mahedia, situadas en las costas del mar cerca de Cartago, y poseidas entonces por los normandos de Sicilia, que desde esta isla habian desembarcado con fuerzas considerables en la antigua provincia de Africa, y apoderádose de sus principales ciudades. Tunez era célebre desde el tiempo de los cartagineses: Cairvan y Mahedia, fundadas por los árabes, se habian hecho opulentas por el comercio, siendo los emporios entre Asia y Africa occidental, y entre Europa y el Africa interior.

Cuando los cristianos de Sicilia se apoderaron de Mahedia, reinaba en ella Alhacem, de la familia de Taxfin, fundador de la dinastía de los almoravides. Alhacem, perdido su señorío, se retiró á Argel á vivir como un particular. Abdelmumen le conoció en la espedicion que pocos años antes hizo contra Bugía; porque Alhacem salió de Argel á recibirle, y el almohade, pagado de su gentileza y de su noble estirpe, le casó con una hija suya, y le convidó á establecerse en Marruecos dándole casas y tierras para que viviese con el decoro correspondiente á su dignidad. Alhacem le acompañó en esta espedicion contra los normandos.

El ejército destinado á ella constaba de 70000 hombres de infantería y mucha caballería; y atravesó desde Salé hasta Mahedia co-

mo una tempestad que se acerca con lentitud. Iba dividido en cuatro huestes á cierta distancia unas de otras, para que á ninguna faltase agua ni bastimentos. La marcha duró seis meses, aunque la distancia era solo de 70 dias de jornada á caballo. Acompañaron al rey Abdelmumen en esta espedicion los príncipes sus hijos y muchas tropas de beduinos y zenetes.

Acometió primero la provincia de Zaba y las fortalezas de la comarca de la antigua Cartago, que se le sometieron. Marchó á Tunez, y salió á recibirle una embajada de los principales habitantes, pidiéndole seguro y que los recibiese bajo su fé y amparo. Abdelmumen les respondió: "Os doy seguro para vuestras vidas, mugeres, hijos y familias; pero vuestros bienes se repartirán entre mis soldados."

Descontentos los de Tunez con esta respuesta, se negaron á admitirle en su ciudad. El almohade la cercó, estuvo sobre ella tres meses, y viendo que se prolongaba el sitio, dejó el número de tropas necesario para continuarlo, y pasó adelante con el grueso de su ejército. Apoderóse de Cairvan, Susa y Safes, y se dirigió á Mahedia, que era la capital de la provincia. Antes de llegar á ella, el cerco de Tunez se siguió con tanta estrechura que los tunecinos hubieron de aceptar las condiciones de Abdelmumen. Apenas éste lo supo, volvió á Tunez con su caballería, saqueó la ciudad, y mandó llevar á un campo fuera de ella todas las riquezas de sus moradores. Divi-

diólas con la equidad propia de un buen bandolero entre sus tropas; y éstas las vendieron á los mismos tunecinos, que las compraron con el dinero que habian podido ocultar. En lo alto de la ciudad mandó fabricar una alcazaba, y puso en ella escogida guarnicion.

Asegurado aquel puesto importante, volvió á Mahedia, que estaba defendida por 3000 cristianos. Abdelmumen la cercó por mar y tierra. Al mediodia de la plaza la batian los almohades desde un sitio estrecho y fortificado con un muro, sobre el cual podian ir apareados dos hombres á caballo.

La escuadra dal rey de Sicilia llegó en socorro de la plaza; pero le salió al encuentro Aben Maymun, almirante de Abdelmumen, con los navíos de Andalucía, Algarbe y Almagrel, le dió batalla delante de la puerta de mar de la ciudad, y la derrotó completamente con grave pérdida. El sitio duró hasta el año siguiente; y los normandos capitularon salir libres para Sicilia con sus bienes y armas. El dominio de los almohades en Africa se estendia entonces desde el mar Atlántico hasta el golfo de la Sirte, y desde el Mediterráneo hasta el desierto de Zahara: estension inmensa de pais poblada de tribus feroces y belicosas, que dirigidas por un gobierno vigoroso todavía y no discorde, iban á caer sobre la cristiandad de España.

Pero á lo menos en esta campaña no pudieron prevalecer los almohades de la penín-

sula contra los cristianos en dos espediciones que éstos hicieron en territorio musulman. La primera fue de la gente de Avila, que formando un escuadron poco numeroso, pero valiente, entró en la comarca de Sevilla, hizo en ella grandes talas y destrozos, venció en batalla campal á Jucef, hijo de Abdelmumen que le salió al encuentro, muriendo en el combate dos de los principales caudillos de los moros, y se volvió á Castilla cargada de botin.

La segunda espedicion fue mas importante todavía. Don Alonso Enriquez, rey de Portugal, pasó el Tajo con su ejército y cercó á Alcazar do Sal, plaza muy fuerte del Alentejo, y que los moros defendieron valerosamente. En una de las salidas hicieron grave daño al ejército sitiador. Pero al fin la constancia é intrepidez de los portugueses venció todos los obstáculos; y los sitiados, no teniendo esperanza de ser socorridos, entregaron la plaza por capitulacion el 24 de junio.

El 31 de agosto falleció en Toledo el rey don Sancho III de Castilla, al segundo año de su reinado y á los 25 de su edad. Fue sepultado en la capilla mayor de la catedral de Toledo. De su esposa doña Blanca, hija de don García el Restaurador, rey de Navarra, dejó un solo hijo llamado Alonso, que al nacer cortó la vida á su madre. Quedó en la menor edad de tres años no cumplidos, bajo la tutela de don Gutierre de Castro, que habia sido ayo del rey don Sancho, y á quien éste

nombró en su testamento gobernador del reino.

Los castellanos honraron con lágrimas sincéras el funeral de su rey, no solo por sus virtudes y por las escelentes esperanzas que daba de un reinado largo y feliz, sino tambien por los disturbios que se temian de una larga minoridad, que en efecto fue tempestuosa; pero que terminó con el advenimiento de uno de los mas grandes reyes que ha tenido España.

Fin del tomo 1 de la historia de España, XVIII de la moderna, XXVI de la obra.



ÍNDICE

de los capítulos comprendidos en este tomo.

HISTORIA DE ESPAÑA

por don Alberto Lista.

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO X.

CAPÍTULO XI.

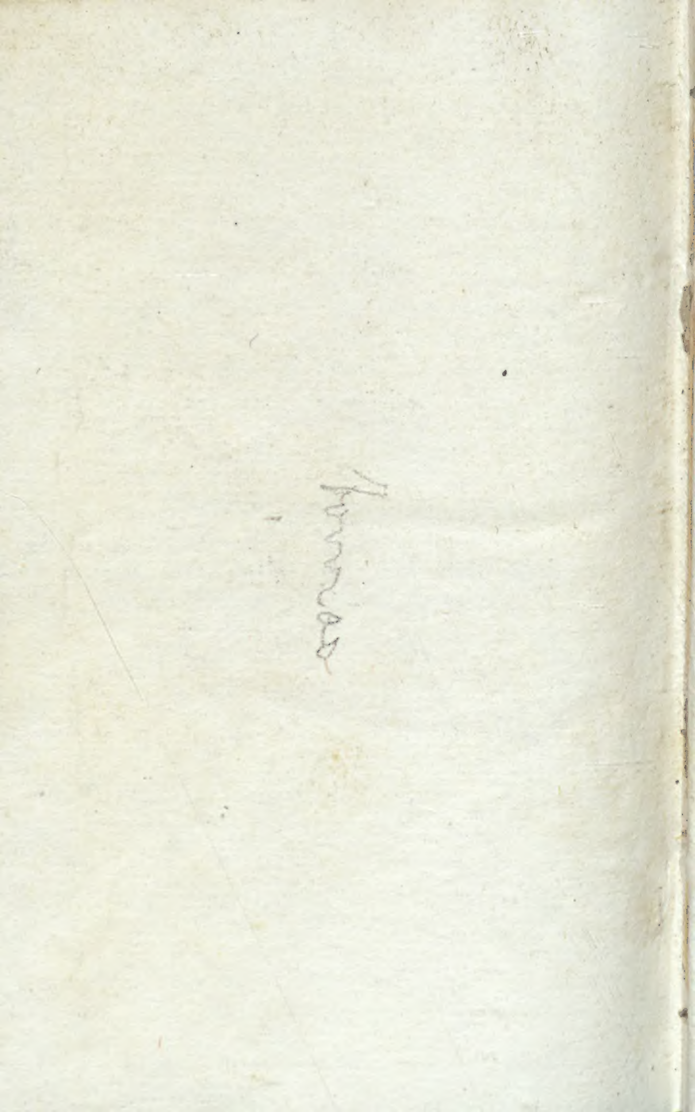
CAPÍTULO XII.

CAPÍTULO XXII.

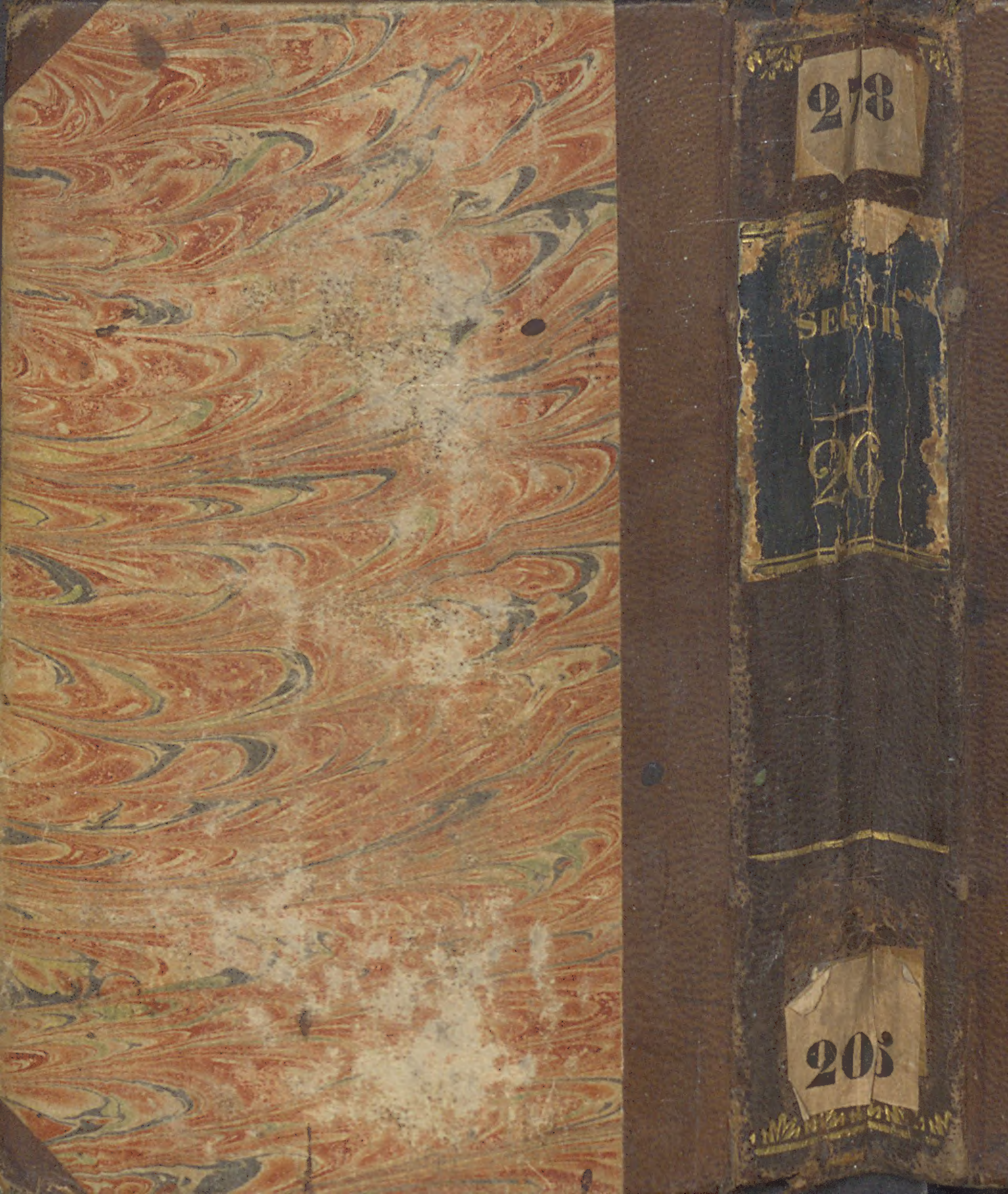
CAPÍTULO XXIII.

CAPÍTULO XXIV.

CAPÍTULO XXV.






278
SEGUR
26
205



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm